

Mariano Lebrón Saviñón

HISTORIA DE LA CULTURA
DOMINICANA

PRIMER TOMO



Santo Domingo, R.D.
1981

Publicaciones de la
Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña (UNPHU)

© 1981, Univ. Nac. Pedro Henríquez Ureña
Dirección de Publicaciones
Santo Domingo,
República Dominicana.

INDICE

INDICE

INTRODUCCION	9
CAPITULO I	35
Antecedentes. España en la historia.	
CAPITULO II	45
Prehistoria de la Cultura Dominicana. Origen del hombre americano. Hipótesis de la procedencia asiática. En Quisqueya o Haití. Costumbres. Idioma. Rasgos sociales. Cultura de los indios. Ciencia Taína.	
CAPITULO III	63
La primogénita de España en América. Colón en Santo Domingo. Primera ciudad de América. La vida en los tiempos del virreinato. Un romance en el Alcázar.	
CAPITULO IV	91
Los primeros civilizadores de América. Primeras luces. Siglo XVI: Primeros civilizadores de América. Poetas y escritores del siglo XVI. Grandes dominicanos del siglo XVI. Cristóbal de Llerena: un entremés famoso. Otras manifestaciones culturales del siglo XVI.	
CAPITULO V	129
Los siglos XVII y XVIII.	

CAPITULO VI	147
Recuento Histórico de los siglos XVI y XVII. Misión de Aguado. Rebelión de Roldán. La revolución de Roldán. Triunfo de Roldán. Degeneración de las conquistas de Roldán. Prisión de Colón. Juicio acerca de Colón. Días de gloria para la colonia. El padre Las Casas. Más sobre el siglo XVI. Calamidades.	
CAPITULO VII	183
Circunstancia Histórica del siglo XVIII.	
CAPITULO VIII	191
Del siglo XVIII al XIX. Circunstancias Históricas.	
CAPITULO IX	207
Movimiento Cultural en las últimas décadas del siglo XVIII y las primeras del XIX. Decadencia y Oscuridad. Desde la reconquista hasta el fin de la España Boba. Núñez de Cáceres poeta. Núñez de Cáceres en el exilio. Otros intelectuales dominicanos de tiempos de la España Boba.	
CAPITULO X	223
Manifestaciones folklóricas hasta el siglo XIX. Rondas y Nanas. Romance en Santo Domingo. Otras manifestaciones folklóricas del siglo XVI al XVIII.	
CAPITULO XI	259
Un enfoque del arte del siglo XVIII. El insulso siglo XVIII. La arquitectura del siglo XVIII.	
CAPITULO XII	263
Invasión de Boyer. Boyer. Ocupación Haitiana. Emigraciones.	

INTRODUCCION

¿Hay una cultura dominicana? La pregunta, con insólita respuesta negativa, se la hacen reiteradas veces nuestros discípulos en escuelas y universidades. Muchos nos la han hecho a nosotros. ¿Hay una cultura dominicana? Por supuesto que sí: y una cubana, y mexicana y haitiana. Todos los pueblos tienen su cultura, con sus rasgos, que les son propios, aunque la raíz primigenia no haya brotado en sus propias tierras.

¿Qué es cultura? Toda colectividad humana se sitúa, forzosamente, en un triángulo, cuyos vértices son: INDIVIDUO, SOCIEDAD, CULTURA. El individuo, al agruparse, forma la sociedad, y en ella se acomoda y crea sus esencias, constituyendo su cultura. ¿Qué es la cultura, pues? Es la forma de vida de una sociedad; y nada más simple, entonces. Si sabemos que todo conglomerado humano, desde las ignaras agrupaciones tribales hasta los pueblos más avanzados, tienen su propio estilo de vida, entonces sabremos que hay una cultura dominicana, como hay una cultura del paleolítico superior. Nace de una propensión íntima y natural de todo hombre: el instinto gregario.

Para tratar el problema cultural en Santo Domingo hay que ir a tientas, con el objeto de ser veraces en los enfoques. Aunque siempre hemos tenido un desalentador escepticismo para la valorización de nuestras conquistas, es indudable que a través de algunas personalidades connotadas de nuestro quehacer cultural,

hemos logrado estructurar una cultura con perfiles muy nuestros. No importa que muchas de sus manifestaciones nos hayan llegado de Europa, la gran proveedora; todas las culturas se han nutrido de fecundas herencias, y la misma Grecia estructuró la suya, aunque la jerarquizó dándole características muy entrañables, de las semillas que regaron las primitivas civilizaciones.

Si en las raíces de nuestra cultura no hay ninguna raicilla que se pueda decir proveniente de nuestros aborígenes, la verdadera razón de ello es que éstos no tenían nada que ofrecer desde el punto de vista de savia enriquecedora. Una tosca cerámica y una tradicional conseja de canciones y danzas o AREITOS, de los cuales sólo queda un verso, el IYI AYA BONGNBE, que algunos estiman una falacia, es todo lo que ofrecen. En cambio, desde los primeros días de la colonia hay una inusitada actividad cultural que se manifiesta, principalmente, en la literatura y en el orden arquitectónico. Es la cultura española una de las más independientes que floreció en Europa, por derivar, en gran parte, del acervo medieval de la rica España de siempre.

Desgraciadamente, pese a las innumerables investigaciones realizadas, en las que se han destacado sabios de la talla de Pedro Henríquez Ureña y Rodríguez Demorizi, las noticias que nos llegan de la espléndida vida colonial de La Española, son muy fragmentadas. El fuego devoró gran parte del material bibliográfico, y el que no, fue vil despojo de la rapiña de piratas y filibusteros. De todas maneras, es cosa sabida que Santo Domingo, capital de la isla, fue en un tiempo llamada ATENAS DEL NUEVO MUNDO. "Frase muy del gusto del español del Renacimiento — dice Henríquez Ureña—; pero ¡qué extraña concepción del ideal ateniense! : una Atenas militar, en parte, en parte conventual". Empero, había palpar de vida activa y de entrañable valorización de conceptos eternos, en sus universidades, — las primeras de América—, sus conventos, su breve atuendo virreinal y su Real Audiencia. Durante los quince años que siguieron al Descubrimiento de América, Santo Domingo fue la única ciudad europea del Nuevo Mundo, y en

algunos aspectos trataba de parearse con las mejores de España. En 1502 tenía conventos de recia arquitectura roqueña, y las primeras escuelas que impartieron enseñanza europea en las tierras vírgenes del Nuevo Continente; la primera arquitectura secular con las primeras bóvedas y arcos se elevaron, también, en la llamada “Cuna del Nuevo Mundo”.

La Española fue la primera tierra de América que se estremeció con la liturgia cristiana (1493) y la primera, también, que tuvo sedes episcopales (1504) y la primera que tuvo Real Audiencia (1511) y la primera que obtuvo el privilegio de erigir universidades: la de Santo Tomás de Aquino (1538) y la de Santiago de la Paz en 1540, trece y once años, respectivamente, antes que Perú y México.

Controversia inútil es la de pretender preterir nuestras universidades, por un vano afán de primacías. Otros centros americanos suplantaron a Santo Domingo, por razones de vastedad y de riquezas, pero es obvio que en Santo Domingo se cantaban coplas de rancio sabor castizo, se madrigalizaba y se pulsaban laúdes y vihuelas, cuando todo el resto de América no conocía otras culturas que las nativas, aunque algunas muy egregias, como la de Guatemala, México y el Perú, pero distantes de las fragancias ecuménicas que exhalaba la española.

Nuestra cultura no tiene huellas del primitivo aborígen, cuya sangre se diluyó en la del dominicano actual, desapareciendo como ejemplar étnico más o menos puro, y las únicas huellas remotas que vamos a encontrar en la gleba de nuestras inquietudes, es uno que otro instrumento primitivo, como la GAYUMBA, algún rústico manjar de agreste adobo, como el CAZABE, y la muy ignara organización agraria de los CONUCOS. El BOHIO rural – el JACAL de los mexicanos – es la tradicional forma taína de primitiva arquitectura. Si conocemos las sonancias – por cierto muy armoniosas – de su habla, con sus graves eufónicos y sus sonoras concurrencias de vocales, es porque los españoles nos dejaron un reducido léxico, en sus crónicas, de nombres propios que se conservan, en su mayoría, en una buena parte de la toponimia.

De modo que la primera cultura sólida que se impone en la

isla, es la española. Dominicano es también el primer contingente de americanos que hacen activa labor cultural. El primer movimiento colonizador que se efectúa en la isla antillana trae hombres de condiciones excepcionales, poetas y escritores, predicadores y músicos que quieren imprimir en las incipientes ciudades del Nuevo Mundo Continente, un estilo de vida superior. Con dos nombres basta: Gonzalo de Oviedo y Tirso de Molina.

Y hombres valentísimos que desde temprana hora de la gran aventura antillana, ya discuten la conquista.

Y no es por un azar el que en Santo Domingo surja la primera controversia del mundo moderno: el derecho de todos los hombres y todos los pueblos a gozar de su libertad. A partir del 1520 el Renacimiento lanza sus ráfagas vivificadoras, con la presencia de ALESSANDRO GERALDINI.

Fugaz fue el esplendor de la colonia. Cuando desde el peñón antillano los españoles avistan la grandeza del continente descubierto y dilatan su ambición por otras latitudes, Santo Domingo, con la parvedad de su extensión y sus limitados recursos, queda rezagado. Pero aún así mantiene su señorío y su dignidad en el afecto, visto siempre por los españoles del siglo XVI con dulce nostalgia. Y por eso afirma PEDRO HENRIQUEZ UREÑA:

“La ciudad de Santo Domingo del Puerto fundada en 1496 se quedó siempre pequeña, aun para los tiempos; inferior a México y Lima; pero en el Mar Caribe fue durante dos siglos la única con estilo de capital, mientras las soledades de Jamaica o de Curazao, y hasta de Puerto Rico y Venezuela, desalentaban a moradores hechos a cultura y vida social, como Oviedo, el obispo Bastida, Lázaro Bejarano, Bernardo Valvuela. Los estudiantes universitarios acudían allí de todas las islas y de la tierra firme de Venezuela y Colombia. La cultura alcanzaba aun a los indios: Juan de Castellanos describe al cacique Enriquillo, el gran rebelde a quien educaron los frailes de

San Francisco en su convento de la Vera Paz, como "gentil lector, buen escribano".

Hubo hasta un conato de corte virreinal, con Diego Colón y María de Toledo, y con caballeros muy principales que vinieron en busca de conquistas mejores a la colonia.

Cuando ya entrados los siglos XVI y XVII, las universidades medraron, es la propia isla la que va a aportarles profesores y de alta calidad, como el padre Diego Ramírez, Cristóbal de Llerena, Francisco Tostado de la Peña, Diego de Alvarado y Luis Gerónimo de Alcocer.

Sus desventuras — ya no desmedro de actividades culturales sino huracanes de pasiones y agresivas contingencias fatales que amenazan con hacerla sucumbir — crea uno de los casos más insólitos de la Historia: Una España que se aleja indiferente (si no desdeñosa), dejando su colonia al azar de su caída, y una Española que se aferra con garfios, casi mágicos, al tronco de su españolía, con fe casi inquebrantable. En ese afán, inconcebible, el borbotón de sangre española, que fue el azarbe que vitalizó nuestro contenido cultural, se mantuvo más o menos puro en el caos que pudo haberlo extinguido.

España se debate, entonces al filo del siglo XVII, en una lucha contra Europa, que es como decir contra el mundo. Lucha por la supervivencia de sus grandes conquistas que todos le disputan. En esa lucha gigantesca se desangra y su desangre la hace propicia a los despojos. América va a ser entonces la víctima de esas agrias rivalidades de supremacía que impacientan la Historia. Inglaterra, Francia y más tarde Holanda, aprontan sus materiales para tomar los frutos del festín. Son países imperialistas como España y no pueden ver con buenos ojos que en sus dominios nunca se ponga el sol. Y vuelcan sus piratas y filibusteros en la orgía trapera, alcanzando grados de nobleza aquellos que más feroces fueron en su rapacidad. Tal fue el caso de Sir Francis Drake. Para estas aventuras las islas eran víctimas propicias.

La obra la inició el nefasto e inepto Osorio con sus trágicas

despoblaciones que dejaron abandonada una porción de la isla al festín de las rapiñas. Cuando tal se hizo, pávidamente se les entregaba a los ladrones del mar un pedazo de tierra que España debió de respetar. Lo que iniciaron los piratas lo terminó Francia cuando nombró a Bertrand D'Oregon gobernador de la parte usurpada: "Desde entonces – afirma CARLOS SANCHEZ Y SANCHEZ – la marea negra comenzó a rodar contrario a la marcha del sol, porque en el Este aguardaban las mejores tierras y los mejores pastos. Tanto creció la ola invasora y tan fuerte se hizo, que su existencia legal fue implícitamente reconocida, primero por el Tratado de Nimegas (17 de Septiembre de 1678) y, luego, por el Tratado de Rinswich, del 20 de Septiembre de 1697, por el cual España ratificaba, sin darse cuenta y sin proponérselo, la ocupación por Francia de una porción de la parte occidental de la isla Española".

La usurpación se hacía por dejadez, porque el español en este momento no supo defender lo que era suyo, y el medro de la nueva colonia, que ya se levantaba como una puñalada en el mismo costado de La Española, era mayor cada vez. Porque, como afirma SANCHEZ Y SANCHEZ:

"Publicistas dominicanos equivocados y haitianos interesados, han sostenido que el Tratado de Nimegas, y más aún el de Rinswich, reconocieron la ocupación de la parte occidental de la isla, por Francia. A esta solución sólo se puede llegar por inducción, porque lo cierto es que en ninguno de los dos tratados se acordó nada al respecto, no siendo ni siquiera mencionadas las colonias de la isla de Santo Domingo".

Lo cierto es que mala interpretación en los términos de estos tratados llevó al Gobernador español, Francisco Segura Sandoval y Castillo, "con equivocada diligencia", a enviar al sacerdote español, Lic. Juan Bautista Escoto a la isla de la Tortuga, para tratar con el Gobierno francés de esa isla acerca de los límites precisos entre las dos colonias. El Tratado de

Aranjuez, firmado el 3 de Junio de 1777 entre Francia y España legalizó para siempre la arbitraria división. Como dice EMILIANO TEJERA: “la obra de los filibusteros estaba completa; tenía vida en la esfera del derecho”.

La parte Este constituirá desde entonces la parte española de la islas. En la parte francesa ocurrirá una de las grandes y tormentosas hazañas de la Historia. El levantamiento de una multitud de esclavos, que se resienten de la dura —durísima— opresión a que han sido sometidos, rompe cadenas, y en medio del caos se levanta un pueblo de negros con afanes imperialistas.

Y ese deseo de expansión habrá de realizarse a expensas de la parte española, primero, y la República Dominicana, después, con olímpico desprecio, que hace proterva la iracundia, de sus derechos indoblegables. Como dice, dramáticamente, CARLOS SANCHEZ Y SANCHEZ:

“Una fatalidad de la historia ha amarrado, como a Prometeo, sobre un mismo peñón del Caribe, a dos pueblos disímiles en todo. La lengua, la raza y la tradición, factores primordiales que modelan el alma de los pueblos, ensanchan la irremediable disparidad. No hay medios de colmar el abismo, y, sin embargo, ahí estamos uno al lado del otro, como dos mellizos trágicos”.

Un aferramiento del dominicano a sus esencias españolas ha debido nacer de este afán de salvaguardar su patrimonio. Esto le ha permitido no sucumbir en las olas fatales que han amenazado arrasarlo con inundaciones de sangre y de sombras.

Por eso reaccionó contra el francés. En el momento en que los triunfantes esclavos a fuerza de sangre y odio, miran hacia Santo Domingo, con sus feroces generales como fieras prestas al zarpazo, Francia pudo haber sido la solución. De hecho, dominicanos egregios como Juan Barón, lucharon denodadamente al lado de los franceses para detener al avance de las hordas negras de Occidente. Pero el dominicano siguió pensando en España y añorándola con patéticas nostalgias;

soñaba con esa España que en mal hora le había dicho “adiós” al terruño que fue su legítima conquista y se lo había entregado a Francia, como se cede un trofeo o se brinda un manjar.

La musa popular se desbordó en lamentaciones, ya emigradas las mejores familias, sin acertar a explicarse la causa de tantas desventuras que un poeta resumió con esta quintilla, trágica por el rejalgar de su humorismo:

*Ayer español nací,
a la tarde fuí francés,
a la noche etíope fuí,
hoy dicen que soy inglés:
no sé qué será de mí.*

Días después, su autor, el Padre Juan Vásquez, encontró trágica respuesta a sus versos cuando las huestes de Enrique Cristóbal lo quemaron vivo con la madera del coro de la iglesia de Santiago.

Parte de esa angustiosa ansiedad en que se vivía, podemos descubrirla en estas tres estrofas del poeta FRANCISCO MUÑOZ DEL MONTE, quien explica cómo a los cinco años de edad estos aquelárricos acontecimientos obligaron a su padre a emigrar del país llevándose lo consigo:

*...Fatal discordia en mi país ardía,
y la sangre francesa y la española
empapaban los campos encantados
de la aurífera Haití, do el africano
de tez tostada libertad gritando
la libertad buscaba envuelta en sangre.*

*Mas sus furores yo no comprendía
y con leda sonrisa contemplaba
al implacable negro que quemaba
de su señor la habitación umbría,
y en el cañaverál que cultivaba
el tizón encendido sacudía.*

*Luego, a forzada emigración la suerte
mi vida encadenó. No más un lustro
pasado por mí había,
y ya era fuerza abandonar la patria,
y la ribera en que el sonoro Yaque
revuelve el oro entre su azul arena;
y, eterno adiós diciendo al suelo haitiano
librado a la discordia, al fuego, al hierro,
del patrio hogar partir y en el cubano
nueva suerte buscar en el destierro.*

De todas maneras, estas contingencias arrojaron fuera del país oleadas de familias dominicanas que no se avenían con el régimen francés y que fueron a llevar los efluvios de sus inquietudes culturales a otros puntos de América. Fue un desangre colosal para la patria. Sangre generosa fue a encauzarse por otros predios menos inquietantes. Muchos de estos descendientes, como los Villaurrutia brillaron notablemente, principalmente JACOBO VILLAUURUTIA, periodista en Guatemala, donde dirigió en 1794 el periódico *Gaceta* y en México, donde funda el periódico *Diario de la Marina*, segundo cotidiano de América, y del que fue codirector el distinguido historiador mexicano CARLOS MARIA BUSTAMANTE; diario que duró hasta 1817. Esas emigraciones fueron llamadas civilizadoras pues algunas llevaban germen poderoso y dieron descendencia paradigmática; tales los Heredia, que emigraron a Cuba y allí arraigaron formando muy ilustres familias.

JOSE FRANCISCO HEREDIA Y MIESES, espíritu superior y notable prosista, fue el padre de JOSE MARIA HEREDIA, nacido en Cuba en 1803, ganando nombradía como buen poeta y patriota cubano, autor de la inmortal oda a las cataratas del Niágara.

El hermano de aquél, DOMINGO HEREDIA Y MIESES, fue el padre del otro JOSE MARIA HEREDIA, el autor de *Los trofeos*, la mejor colección de sonetos franceses escritos por un parnasiano, que, habiendo nacido en Cuba, en 1842, se fue a residir a Francia, donde alcanzó un escaño en la Academia

Francesa. Otros puntos de emigraciones fueron Puerto Rico y Venezuela: los Del Monte (entre otros ese DEL MONTE Y TEJADA, nuestro Tucídides, siendo José Gabriel García nuestro Herodoto), los Muñoz del Monte, los Pichardo y Tapia, José Antonio Bernal y Muñoz, catedrático de Anatomía en la Universidad de la Habana; Fray José Félix Ravelo, Rector de la Universidad de La Habana en 1881; Juan Mata y Tejada, introductor de la litografía en Cuba, etc.

Los dominicanos empezaban a tener breves instantes de sosiego bajo el temperamento organizador de Louis María Ferrand. Pero se resentían por su perdida hispanidad. Una vuelta a España era la idea sorda que bullía en los corazones. Y un singular paladín, nacido en la villa de Cotuí, Juan Sánchez Ramírez, fue la mano activa de este deseo. Francia no quiso ceder su presa, pero al fin el empuje dominicano — aliado al español — culminó la empresa de la Reconquista. España vuelve. Un probo general la trae otra vez. Pero España ya no es la poderosa de otrora; la que anchaba el mundo con sus proas majestuosas y sembraba en la tierra semillas milenarias de grandeza. España no le ofrecía a su colonia más que sosiego, gobernadores abúlicos y un gran silencio cultural. Este período fue llamado de *La España Boba*.

Se inicia en el 1808, fecha la menos propicia para que España, que se debate en una lucha heroica por su independencia, contra Napoleón Bonaparte, pueda controlar sus colonias de América. De hecho, al calor de los aires que les llegaban de la Revolución Francesa, los pueblos de América se convulsionan y van a luchar, a su vez, por sus libertades.

Pero se abre la Universidad de Santo Domingo, y al calor de las cátedras de filosofía y literatura, que impartía en su propia morada el Arz. Pedro Valera y Jiménez, el primer arzobispo nativo del país, y de las tertulias que centra el ilustre varón, Lic. José Núñez de Cáceres, el Santo Domingo señorial trata de sacudir su modorra. Otros ilustres personajes coadyuvan a esta labor el Dr. TOMAS DE PORTE E INFANTE, futuro arzobispo; JUAN SANCHEZ RAMIREZ, autor, con su espada vencedora, de la reincorporación; FRANCISCO JAVIER

CARO, único hispanoamericano que ejerció la rectoría de la Universidad de Salamanca; JOSE JAOQUIN DELMONTE, los sacerdotes JOSE GABRIEL AYBAR, ELIAS RODRIGUEZ, MANUEL GONZALEZ REGALADO y BERNARDO CORREA Y CIDRON. Otros dos ilustres personajes cabe mencionar aquí: JOSE MARIA MORILLAS y JUAN VICENTE MOSCOSO, notable jurisconsulto a quien llamaron el Sócrates dominicano.

España estaba en Santo Domingo y nada más. Nada hacía — no lo podía hacer— por levantar el nivel de la colonia, cada vez más desmedrante. Todos los países hispanoamericanos en ese entonces (entre 1808 y 1825) se desgarraban heroicamente por alcanzar sus respectivas independencias. Entonces Núñez de Cáceres decidió, en 1821, la separación de España, cosa que se efectuó sin lucha: los españoles estaban a desgana en una colonia que nada les ofrecía.

La nación embrionaria, casi inerte y amenazada por un gigante feroz —el pueblo haitiano, libre desde 1804, y muy numeroso y ávido de conquista— quiso incorporarse a la federación de la Gran Colombia, bajo la rectoría de Simón Bolívar. No pudo ser, y en febrero de 1822 las hordas negras invadieron el desventurado país, y se quedaron, estrangulándolo todo bajo una ola de fealdad y de sombras, por veintidós años. El haitiano quiso borrar de los labios el sabor de nuestro hispanismo, enturbiarlo en nuestra sangre, exprimirlo en nuestros corazones, arrancarlo de nuestro pensamiento. Pero no pudo:

“Aquel pueblo no había muerto —dice Pedro Henríquez Ureña—. Entre los que quedaron sobrevivió el espíritu tenaz de la familia hispánica. Los dominicanos jamás se mezclaron con los invasores. La desmedrada sociedad de lengua castellana se reunía, apartada y silenciosa, en aquel cautiverio babilónico, como decía la bachillera y bondadosa doña Ana de Osorio. Se leía, aunque no fuese más que el Parnaso Español de Sedano; no faltaba quien poseyera hasta el Cantar del Mio Cid, en las Poesías anteriores al siglo XV, coleccionadas por Tomás Sánchez.

Se escribía y para cada solemnidad religiosa, la ciudad capital se llenaba de versos impresos en hojas sueltas. Se hacían representaciones dramáticas, prefiriendo las obras cuyo asunto hiciera pensar en la suerte de la patria”.

La nueva nacionalidad se iba fraguando en torno a los hombres de pensamiento. Un peruano de grata recordación para los dominicanos, GASPAR HERNANDEZ, a quien llamaban *El limeño*, era el principal educador de la época y propugnaba, como medida salvadora, la vuelta a España. Otros pensaban en la entera independencia, como el Dr. JUAN VICENTE MOSCOSO, quien se la aconsejó a Juan Sánchez Ramírez, y seguía manteniendo su idea y divulgándola en la escuela que instaló en su propio hogar como un esfuerzo para que no se apagase el sentimiento hispánico de nuestra cultura, que el invasor quería ahogar en su afán de haitianizarnos.

Otros que se dedicaron a la enseñanza fueron el Dr. MANUEL MARIA VALVERDE y el padre JOSE MARIA SIGAVAN, que enseñaba latín.

La fuerza influyente más poderosa que emergió entonces, como resorte de nuestras tradiciones, fue la de un joven pálido y rubio, de tranquila faz nazarena y corazón de acero. Su nombre se haría inmortal: se llamaba JUAN PABLO DUARTE. Aglutinó la juventud dispersa y le insufló anhelo de patria; hizo que floreciera en cada corazón una rosa de esperanza hinchándolo de valor espartano e inflamándolo con sangre patricia. A su redor formóse una congregación epopéyica que logró al milagro de la independencia, el 27 de febrero de 1844. Duarte había recibido educación en España y adquirió una cultura poco común para su época. Hablaba inglés, francés, alemán, portugués; se ejercitaba en las lenguas muertas; tocaba piano, guitarra y flauta; estudió Historia y Geografía; bebió del agua generosa de la Filosofía en la fuente de *El Limeño*; escribió versos y trajo de Europa las primeras ráfagas del romanticismo, casi para la misma época en que el poeta Esteban Echavarría lo introducía en Argentina.

Duarte hacía llegar de España los mejores libros que se

publicaban entonces. El romanticismo español, pleno en la poesía del Duque de Rivas y Martínez de la Rosa, sonaba fresco en su boca. Conspiró como buen romántico, y como *La Numantina* de Espronceda, fundó la sociedad secreta *La Trinitaria*, el 16 de julio de 1838, de esencias cristianas, a pesar de que la impregnó de símbolos masónicos. Al influjo de sus esfuerzos y de su decisión de varón magnífico se proclama la independencia. Ese sentimiento de lo español — mantenido por Juan Sánchez Ramírez frente a Francia, y por Duarte frente a Haití — fue la salvación del patrimonio naufragante e hizo posible el renacer de nuestra cultura con sus primeras esencias. Un hatero terrible, sustentador de la independencia con su espada, mantendrá también latente el sentimiento español. Mas, lo estragará en el acto insólito de una vuelta a España, entregándole la patria maniatada, como un nuevo Atalo antillano del siglo XIX, a España.

En la hora de las luchas y de inestabilidad emocional que siguen a la independencia, lo que florece es el *romanticismo*. Este se ha extendido por toda América con el esplendor de sus vehemencias. Lo introdujo con su poema *La cautiva*, en la capital del Río de la Plata, Esteban Echavarría, en 1832. Ya antes se había propugnado un auténtico movimiento de liberación literaria mediante el cual se singlara la embarcación de la cultura americana por sus propios cauces. La *independencia literaria* vino de Londres en la voz de un venezolano genial, cuando en 1823 Andrés Bello escribió la primera de sus *Silvas americanas*. Aun así, la segunda de sus silvas se remansa en las aguas tranquilas de Horacio y de Virgilio, y en la profusión inventiva de Luis de Góngora y Argote. Lo que quería el humanista americano, autor de la mejor Gramática de la lengua castellana, era un retorno a la naturaleza. Años después surgió lo que Pedro Henríquez Ureña llama una nueva generación descontenta, pero que la que logró la independencia política de nuestro continente. Con ella vino el vendaval romántico.

El cetro del romanticismo fue sostenido en América por los colombianos José Eusebio Caro, casi purista y generoso;

Gregorio Gutiérrez González y Julio Arboleda; el venezolano José Antonio Martín y la eximia cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda, triunfadora en España con sus poderosos dramas *Munio Alfonso* (1844), *Baltasar* (1858), y *Saúl* (1849).

El romanticismo proponía a cada pueblo la creación de su propio estilo, apoyándose en sus tradiciones, cosa que no había logrado Bello, a pesar de su grito de libertad, ni los neoclásicos que le siguieron, como Olmedo y Heredia.

El romanticismo, que se había anunciado con Duarte, a su regreso de Europa, penetró hondamente, en Santo Domingo, con MANUEL MARIA VALENCIA, un patriota del grupo de los trinitarios, aunque se le adelantó otro dominicano, FRANCISCO XAVIER FOXA, quien en 1838 estrenó en Cuba el primer drama romántico escrito en América y uno de los primeros de la lengua española, solamente precedido por el Duque de Rivas y Martínez de la Rosa.

Si fueron tímidos los primeros pasos del romanticismo dominicano, alcanzan exuberancia, esplendor y jerarquía con José Joaquín Pérez y Gastón Deligne.

SALOME UREÑA, como neoclásica, es solariego ingenio que fluctuó entre Quintana y Gallego, y las esencias románticas entonces vibrantes. El poeta ahora se asoma a la naturaleza y hace búsquedas sonoras por los meandros de las cosas patrias; es así como hay emoción nacionalista, dolor por las turbulencias inquietantes y asomo a las costumbres e historia de los primeros habitantes de la isla en las *Fantasías indígenas* de JOSE JOAQUIN PEREZ. Entonces MANUEL DE JESUS GALVAN da a la luz su *Enriquillo*, la mejor novela histórica escrita en América, en un estilo que discurre con la severidad del más correcto clasicismo; pero la intención es romántica, y Galván logra injertar en su obra, junto a la trama central, que es la rebelión en la sierra del Bahoruco del cacique a quien Américo Lugo llama "el primer capitán de América", amores desventurados con culminación trágica, como el de María de Cuéllar y Juan de Grijalva, muy del gusto de los románticos. Los escritores y los poetas de este período son políticos, como MANUEL RODRIGUEZ OBJIO, muerto en el patíbulo

liberticida, o personajes de relieves apostólicos, como ULISES FRANCISCO ESPAILLAT y EMILIANO TEJERA.

Los novelistas escarcean por los predios patrios en busca de escenarios para sus narraciones: FRANCISCO GREGORIO BILLINI nos da una visión más o menos romántica en su *Baní o Engracia y Antoñita*, del valle de Peravia, y PEDRO MARIA ACHAMBAULT, con sus *Pinares adentro*, más que una novela nos da una visión costumbrista de un pueblo montañés de la región del Cibao.

La educación florece bajo el impulso de gente abnegada como el PADRE BILLINI, pero alcanza grados de primera magnitud con la llegada al país del gran americano, nacido en Puerto Rico, EUGENIO MARIA DE HOSTOS, inspirador de esa paradigmática mujer que fue Salomé Ureña de Henríquez, que le entregó a la patria el primer contingente de educadoras egregias.

En las artes plásticas y pictóricas teníamos entonces muy poco que ofrecer. LUIS DESANGLES y ALEJANDRO BONILLA, crean con cierta timidez en el arte de la pintura y LEOPOLDO NAVARRO le imprime a sus paisajes características europeas. Más dominicano es ABELARDO RODRIGUEZ URDANETA, autodidacto, quien nos ha dejado dos esculturas maestras (*Caonabo encadenado* y *Uno de tantos*), que reflejan el gran temperamento artístico de su autor.

Entonces viene el *modernismo*, anticipado en la obra valiosa de José Martí, Julián del Casal, José Asunción Silva, Gutiérrez Nájera y otros, y triunfante en la poesía y la prosa del más alto ingenio poético de nuestra América, Rubén Darío. Detrás de la pereza romántica viene el grito estruendoso del modernismo. Grandes voces van a oírse en América: Lugones, Herrera y Reissig, Rodó, etc.

Aunque ya Pedro Henríquez Ureña ha incursionado en las osadas aventuras modernistas con sus *Flores de otoño*, muchos opinan que el primer fulgor modernista del país viene en una joyita de ALTAGRACIA SAVIÑON, que se llama *Mi vaso Verde*, publicado en 1902. Pero para muchos el primer modernista dominicano, cronológicamente hablando, es

VALENTIN GIRO. Los corifeos del *modernismo* fueron todos buenos poetas y escritores: VIRGILIO DIAZ ORDOÑEZ, OSVALDO BAZIL, FEDERICO BERMUDEZ, RAFAEL DAMIRON, RAMON EMILIO JIMENEZ, EMILIO MOREL, RICARDO PEREZ ALFONSECA, FABIO FIALLO y DOMINGO MORENO JIMENES en sus primeras manifestaciones poéticas. En prosa: TULIO MANUEL CESTERO, AMERICO LUGO, y dos de los personajes ecuménicos de nuestra cultura: los hermanos PEDRO HENRIQUEZ UREÑA y MAX HENRIQUEZ UREÑA.

Ahora nuevas influencias asoman en nuestra literatura. Poetas como ANDREJULIO AYBAR escriben según modos franceses. Es Francia, ahora, y no España, la gran inspiradora. No obstante haber traído el modernismo remozamientos de metros españoles ya olvidados, todo el *simbolismo* francés apasiona a nuestra gente. En su ensayo *Tendencia en nuestra literatura contemporánea*, dice Pedro René Contín y Aybar:

"He aquí, pues, las tres mayores tendencias a observar en la literatura dominicana: la imitación de los maestros españoles, el injerto galo y las ramificaciones dominicanistas, organizadas estas últimas con fines de ascendencia indígena del pre Descubrimiento (Fantasías indígenas, de José Joaquín Pérez), o con morbos nacionalistas (Engracia y Antoñita de Francisco Gregorio Billini; las criollas de Arturo Pellerano Castro)".

Entonces llega el momento de encauzar nuestra cultura por los surcos de sus propias tendencias. Y aparecen movimientos de verdadera liberación literaria que se inician en Chile con el *creacionismo* de Vicente Huidobro, y se manifiestan en Santo Domingo con un movimiento, el *postumismo*, de Domingo Moreno Jimenes.

Rodó, en estudios que hiciera de Montalvo, aseveró: "Sólo han sido grandes en América aquéllos que han desenvuelto por la palabra o por la acción, un sentimiento americano".

MORENO JIMENES lo primero que hizo fue desentenderse de las formas tradicionales, y con adorable anarquismo penetró en la naturaleza y en las cosas dominicanas, entregándonoslas hermoseadas en la poesía. En el malezal de sus versos hay poemas eternos y definitivos. Junto a él se irguieron ANDRES AVELINO, RAFAEL AUGUSTO ZORRILLA y MANUEL LLANES. Abiertas las puertas de nuestra propia expresión, la poesía dominicana busca sus esencias y quiere surgir con un mínimo de deudas: es RAFAEL AMERICO HENRIQUEZ, recogiendo el paisaje para entregarlo con su mundo de sonancias transformado en su taller lírico; Tomas Hernández Franco, MANUEL DEL CABRAL, mago del antillanismo; HECTOR INCHAUSTEGUI CABRAL, el poeta que después de Morejo Jimenes da con mayor plenitud las cosas de su patria; PEDRO MIR, muy dominicano aunque a veces tenga acentos lorquianos y nerudianos.

Detrás viene el movimiento de *La poesía sorprendida*, cuyos animadores y directores pertenecen a tres generaciones: FRANKLIN MIESES BURGOS, ALBERTO BAEZA FLORES, chileno; RAFAEL AMERICO HENRIQUEZ, AIDA CARTAGENA PORTALATIN, MANUEL VALERIO, MANUEL RUEDA, JOSE MANUEL GLASS MEJIA, ANTONIO FERNANDEZ SPENCER, FREDDY GATON ARCE y MARIANO LEBRON SAVIÑON.

"El tono de La Poesía Sorprendida —dice el ensayista argentino Enrique Anderson Imbert— fue de exigencia estética: Se desprendió del peso de los temas locales y de la coerción de las formas tradicionales, pero no para entregarse a la facilidad sino para imponer un nuevo rigor. Se mantuvo atenta a las novedades de la literatura mundial y así fue refinando sus modales imaginativos. El superrealismo pasó por sus páginas, pero no hubo una estética que prevaleciera. Al contrario: buscaba la integración de antiguos y modernos, de europeos y americanos, de simbolistas y existencialistas. Respetaba

todo aquello que incitara al esfuerzo y concertara la cultura dominicana con la del mundo''.

Al margen de *La Poesía Sorprendida* se movían excelentes poetas como RUBEN SURO, HECTOR PEREZ REYES, CARMEN NATALIA, etc.

Luego viene la *Generación del 48* y otros poetas jóvenes, entre los cuales podemos mencionar a MARCIO VELOZ MAGGIOLO, JUAN SANCHEZ LAMOUTH, ABELARDO VICIOSO, RAFAEL LARA CINTRON, ABEL FERNANDEZ MEJIA, JUAN ALBERTO PEÑA LEBRON, VICTOR VILLEGAS, MAXIMO AVILES BLONDA, LUPO HERNANDEZ RUEDA y RAFAEL VALERA BENITEZ.

Más auténticamente dominicana se mostró la novelística, sobre todo *Over*, de RAMON MARRERO ARISTY, que es la tragedia de los cañaverales, expuesta en una narración cruda y valiente, sin ambages ni rodeos.

Los prosistas más destacados de esa tendencia puramente dominicanista son: MAX HENRIQUE UREÑA, notable por sus *Episodios dominicanos*; SOCRATES NOLASCO, cultivador del cuento criollo y costumbrista; FRANCISCO MOSCOSO PUELLO, quien también retrotrae el problema de los cañaverales con su novela *Cañas y bueyes*; ENRIQUE AGUIAR, cultivador de la novela corta; CARLOS FEDERICO PEREZ, de la novela de la ciudad; MIGUEL ANGEL MONCLUS, narrador del criollismo en *Cosas criollas* y *Escenas criollas*; PEDRO HENRIQUEZ UREÑA, el primer humanista americano y el hombre que en la ausencia más suspiró por su patria; JUAN BOSCH, quien en sus narraciones prefiere describir la vida sencilla del campesino con sus grandes tragedias; MANUEL AMIAMA, jurista y narrador; JOAQUIN BALAGUER, ensayista de péñola florida; ANDRES FRANCISCO REQUENA, etc.

También en la filosofía los dominicanos buscan sus propias lucubraciones, tales ANDRES AVELINO, autor de una *Metafísica categorial*, en la que disiente de algunos metafísicos consagrados como Kant, anteponiéndole a las *categorías* de éste

sus *categoriales* y OSVALDO GARCIA DE LA CONCHA, propietario de una teoría de la *relatividad*. Y tiene la filosofía dominicana su historiador con ARMANDO CORDERO.

En las artes plásticas, YORYI MOREL será, en lo figurativo, el máximo expositor de nuestros paisajes y la vistosidad de nuestras costumbres; peleas de gallos, enramadas con bailarines de merengues, el campesino torrado de sol, etc., pasarán por su paleta magnífica. JAIME COLSON con su *neohumanismo* y DARIO SURO, maestro dentro del quehacer pictórico, se dan con entera personalidad en una potísima creación. Detrás de ellos viene toda una legión de magníficos pintores, que dentro de la tendencia abstracta figurativa, presenta el espectáculo de la autenticidad.

En las primeras manifestaciones pictóricas de relativo valor (con la sola excepción de ABELARDO RODRIGUEZ URDANETA, el artista dominicano de más valía a principio de siglo) se seguía la tradición del siglo XIX europeo. Algunos como Desangles y Bonilla, se daban tímidamente; otros como LEOPOLDO NAVARRO, lograron imprimirle a sus paisajes una encendida luz tropical.

Los trazos pictóricos más vigorosos, desde la gruta de *Los Nuevos*, venían en los lienzos de DARIO SURO, quien a su regreso de México inclinó su obra hacia el indigenismo. En su obra había vibración de maestro y se notaba una constante preocupación por lo autóctono, que fue a favorecer, de manera generosa y espontánea, a los pintores más jóvenes de aquella época; hoy, todos, de verdadera significación: GILBERTO HERNANDEZ ORTEGA, ALVAREZ DEL MONTE, CLARA LEDESMA y MARIANELA JIMENEZ. A esta primera generación va a seguir otra no menos interesante y en igual actitud creadora: NOEMI MELLA, SILVANO LORA, ELIGIO PICHARDO, DOMINGO LIZ, RAFAEL FAXAS, GUILLO PEREZ, AQUILES AZAR, etc.

La más poderosa fuerza impulsadora de las artes plásticas fue la Escuela Nacional de Bellas Artes, creada en la década del 40, la que contó con una serie de profesores que el *maremágnum* de la guerra trajo a nuestras playas. GEORGE

HAUSDORF, retratista genial que iluminó su niebla germana con la luz de nuestro trópico; el catalán JOSE GAUSACHS, la más alta personalidad pictórica que por aquella época pasó por nuestro país; ERNESTO LOTHAR, JOSE FULÓP, MANOLO PASCUAL, ANTONIO PRATS VENTOS, EUGENIO FERNANDEZ GRANELL y JOSE VELA ZANETTI. Por su labor, que fue fecunda, y a su influjo, surgieron nuevos grupos que trataron de seguir las huellas de sus maestros, pero siempre siguieron el impulso de sus propios temperamentos, tales: ELSA DIVANNA, NIDIA SIERRA, PEÑA DEFILLO, MARIANO ECKERT, JOSE L. ALAVAREZ, AIDA ROQUES, LILIANA GARCIA y uno de los pintores más notables del país: PAUL GIUDICELLI.

Los escultores creadores de una personalidad, muy dominicanista, fueron en su mayoría discípulos de Manolo Pascual, incluyendo a Prats Ventós, creador auténtico, quien, por haberse formado en nuestro país, es considerado dominicano. La imaginación creadora de nuestros escultores se hace notable en LUIS MARTINEZ RICHIEZ, triunfador en París; RADHAMES MEJIA, ANTONIO TORIBIO, DOMINGO LIZ y GASPAR MARIO CRUZ.

Por último, la música también ha profundizado los cauces de nuestras tradiciones. Teniendo como gloria histórica el hecho de que CRISTOBAL DE LLERENA, en el siglo XVI, es el primer músico de América, la música dominicana se ha hundido, para salir enriquecida, en el filón de su propia tradición. Durante los primeros siglos de la colonia y las primeras décadas del siglo XIX, la música española fue la predominante, presente en las danzas que con desgarradas añoranzas, cantaban los colonos al son de vihuelas, laúdes y, sobre todo, la guitarra que va a ganar prontamente carta de ciudadanía. Empero, desde lejos, empezaron a oírse aires africanos en boca de los esclavos. Sus ritmos siempre nostálgicos adquieren tonos de dolorosas dulcedumbres. Aquí surge la afirmación de FLERIDA DE NOLASCO, siempre tan oportuna: "Nuestras canciones provienen de ritmos españoles... Aun si admitiéramos que nuestro folklor musical es el producto de una

doble cultura, la española y la africana, el arte sigue invariablemente una procedencia más noble y más pura. La música folklórica dominicana es música española adaptada a los gustos nativos y sólo por accidente puede ser afectada por los salvajes ritmos africanos”.

No faltarán los *africanistas* que tratarán de darle origen negro a todo nuestro folclor, a extremo de presentar como dominicanos los *buloyas* cocolos y el *gagá* y el *vodú* haitianos, porque se bailan en los bateyes donde es densa la población haitiana, y los dominicanos, fascinados por sus ritmos, participen de sus danzas.

Los compositores dominicanos se apoyan en ese folclor para crear una música auténtica, tanto rapsodias como sinfonías. ESTEBAN PEÑA MORELL, un músico negro que triunfó en Barcelona, no vacila en escribir *mangulinas* y *carabinés*, en tanto que JULIO ARZENO, folclorista convencido, afirma: “Debemos abandonar todos los ritmos extraños. Debemos convertirnos en músicos dominicanos, no alemanes o puertorriqueños. Debemos crear un arte basado en los recursos naturales y espontáneos de nuestra vigorosa vida nativa”. Y hasta un músico erudito e *impresionista*, como ENRIQUE DE MARCHENA, afirma: “todo músico dominicano escribe instintivamente música dominicana”. Y así vemos que músicos de acrisolada inspiración como LUIS E. MENA, se inspiran en aires nativos, rondas y nanas y la música del *carabiné*; aires de *merengue*, de *media tuna* y de *mangulina* van a entrelazarse en los temas de las sinfonías de JUAN FRANCISCO GARCIA; y RAFAEL IGNACIO en su *suite*, y en sus rapsodias LUIS RIVERA, explotan nuestras mejores melodías folklóricas. JOSE DE JESUS RAVELO es la excepción; inspirado y puro, escribe cuartetos, oratorios, misas y cantatas en las formas tradicionales del mejor romanticismo musical europeo, en el que un Verdi elegante busca asomarse.

De nuevo viene a ser un ilustre emigrado español, ENRIQUE CASAL CHAPI, quien será el maestro de nuestros mejores músicos. Entre esos productos podemos mencionar a

MANUEL SIMO, nuestro gran sinfonista ENRIQUE MEJIA ARREDONDO, JOSE DOLORES CERON y otros.

Podemos, pues, decir que, a partir de la segunda década del siglo XX, Santo Domingo empezó a sentir los movimientos emancipadores de la cultura. Para lograr autenticidad buscó remansarse en sus propias tradiciones. Pero éstas tienen aromas hispánicos, porque muy poco debemos —comparando la nuestra con otras culturas— a la negra, en razón de que nuestros negros vivieron una esclavitud con caracteres muy especiales. Aquí no se vieron las controversias de otras latitudes donde los esclavos africanos vivieron marginados y sólo conocieron sus propias tradiciones.

Carecemos, pues, de esos grupos étnicos con un mágico folclor estructurado con una mitología ancestral hecha de *güijes* y de *ñeques*, moradores de los ríos que salen en busca de negritos para estrangularlos.

Por eso nuestra *poesía negra* o *afroantillana* (como se la ha llamado por estas latitudes) no abunda en elementos míticos ni en airados gritos de protesta. En nuestras *Notas para la historia de la cultura*, al hablar de la poesía negra, hacíamos la siguiente afirmación: “En Santo Domingo el negro aparece ya en la época colonial integrando la vida cultural, de tal manera que el moreno Tomás Sosa, por su gran cultura, pronuncia homilias y sermones en la capilla del Virrey”. En la segunda mitad del siglo XVIII, por la colonia pasaba, causando agrado y risa, el negrito Meso Mónica. Su repentismo y su gracia al improvisar eran celebrados por todos, en todos los círculos. Ya entonces el decimero anónimo vindicaba al negro, enumerando las virtudes de la negrura:

*Si el negro te causa epanto
no le muetre tu noblesa,
lo jueve y lo vieine santo,
de negro ponen ei manto
en aquei sagrado aitai,
y de negro debe tai
jata ei sábado a su ora,*

*y pa dentrai en la gloria
todo semo de un iguai.*

En cuanto a la poesía afroantillana en nuestro país, el más híbrido, porque aquí escasea la discriminación racial, no adquiere el tono bravío y de altiva rebeldía que le imprimen Nicolás Guillén o Regino Pedroso, sino un tono burlesco, cuando lo que evoca es un haitiano ignaro, que espanta mosquitos, como en el ejemplo de Rubén Suro:

*Maditte moquitte
me tié fuñíe
con ese zumbíe*

.....

*No en que tenga niede
de que puea picá,
e que ese zumbíe
tiene que azará.*

.....

*Oye buen moquitte,
animá bonitte,
si yeve conseje
tu muere de vieje,
bucá gente blanche
pa que te de gute,
pa que puea picá,
que si pique un negre
te pué envenená.*

Manuel del Cabral, uno de los grandes poetas de nuestra América, cuando aborda el tema afroantillano, lo que nos da son estampas pintorescas de un colorido exacto:

*Danzan los cocolos bajo los cicales
y su danza evoca monos de Ceilán.
Carcajada blanca rompe la armonía
de sus tenebrosas carnes de alquitrán.*

*Los haitianos pican sobre la llanura;
tienen en sus picos enredado el sol.
Sobre el azabache de su piel lampiña
lloran sus espaldas gotas de charol.*

.....

*Mulata que te hicieron de la noche y el día,
en el café con leche
bebo tu carne de fantasía.
Tabaco para hacerlo picadura
con el cuchillo de la dentadura
tu talle
que le roba los ojos a la calle.*

Cuando el dominicano quiere asomarse al misterio atávico que anida en el corazón de la raza, se va a una de las pequeñas Antillas, y TOMAS HERNANDEZ FRANCO nos regala *Yelidá*, largo poema de una mulata antillana, hija de un noruego rubio de ojos azules y una pobre negra, en la que laten todas las inquietudes de un ancestro atormentado. Pero ya en sus *Canciones del litoral alegre* había cantado a los negros marineros que pasean su mirada salada — de agua yodada antillana— por los muelles de esta Santo Domingo abierto como una rada a todas las naves de la cordialidad. HECTOR DIAZ —poeta juglaresco— que solía cantar sus versos con fino acompañamiento de guitarra— nos da la estampa de un negro haragán en un batey. Y, por último, CARLOS LEBRON SAVIÑON, el mejor intérprete de la poesía afroantillana en el país, ha escrito festivas poesías negras, pero sobre todo una *Sinfonía de la raza*, que es uno de los poemas más intensos del género, escritos en nuestro país.

También nuestra música —sobre todo nuestros cantos y nuestras danzas— abunda en elementos de la negritud. No los tiene el merengue, ni la mangulina. El carabiné, en cambio, publica un posible origen haitiano, —negado por Fradique Lizardo con argumentos valederos dignos de su ejemplar labor—

nacido en el campamento de Gaillard, donde lo bailaban las tropas de Dessalines. De hecho, muchas danzas haitianas, como el *vodú*, que es danza ritual de una religión henchida de paganía, han sido rechazadas por el pueblo dominicano. Ritos africanos, como el de cubrir de flores el cadáver de los niños y danzar cantando a su alrededor, persiste en algunos de nuestros campos: es el *baquiní* o *baquiné*. Muchas costumbres haitianas han penetrado en nuestros campos a través de las corrientes migratorias que se inician en 1890 para los menesteres de la zafra azucarera. Sabemos que los negros dominicanos oriundos de Africa, en los días de la colonia, y a quienes se les prohibía intervenir en los festivales públicos, tenían su baile propio: la *bomba*. Pero nada de esto ha persistido, salvo algunos de sus instrumentos como el *bongó*, los *quijongos*, el *balsié* y los *atabales*. Palabras como *Cumbancha* y *bachata*, han sido incorporadas a nuestro léxico.

Es todo.

En resumen: nosotros podemos ufanarnos de nuestra cultura y afirmar que ésta no le va muy a la zaga a las más adelantadas de nuestra América.

1970.

CAPITULO I

ANTECEDENTES.

ESPAÑA EN LA HISTORIA



A República Dominicana hizo su aparición en el mundo de la Historia iluminada por la aurora de un glorioso destino. Madre cultural del Nuevo Continente, bebió en las fuentes hispánicas sus ricas tradiciones. Ha sido sempiternamente fiel a esas aguas tradicionales: las frescas y cantarinas aguas de sus maravillosas acequias de cultura, han corrido activas a lo largo de nuestros casi cinco siglos de existencia.

Cuando España da al mundo el milagro de un nuevo continente, está en la época de la consolidación de su cultura. Tras ocho siglos de lucha con los árabes, para cimentar su destino, fiel a sus tradiciones y creencias, España logró centrar el mundo. Y el siglo XVI es español enteramente. Ese es el pueblo que va a determinar el movimiento cultural de toda una serie de nuevos pueblos, los cuales mamarán en los senos de la más generosa de las madres.

Es a finales del siglo XV cuando España realiza el supremo ideal de su unidad nacional. Cuando Isabel y Fernando, los Reyes Católicos, asentaron su planta triunfadora sobre el último bastión árabe, desplazando a Boabdil, que va a llorar su derrota desolado ante el desborde irascible de su madre, al arrancar el último grano de esta granada, objeto de eternal nostalgia, ya las

flotas de Aragón rompían con sus quillas conquistadoras las aguas mediterráneas. Y España, que había vivido, en contraste con sus hermanas de Europa, un rico medioevo, muy suyo, va a ser fiel, sempiternamente fiel a sus pasadas tradiciones: su epopeya cidiana, su Gonzalo de Berceo, su Arcipreste de Hita, su Celestina y el imponderable joyel de su romancero. Y en la primera mitad del siglo XVI florecieron la lengua y la cultura clásicas.

Lo que contribuyó esencialmente al triunfo de la cultura latina fue:

1ro. La *imprensa*, que permitió la publicación de infinidad de libros españoles y dio a conocer la bibliografía clásica.

2do. La creación, por el Cardenal Cisneros, de la *Universidad de Alcalá de Henares*, verdadero centro de cultura humanística, donde se imprimió la *Biblia Poliglota* o *Complutense*, y que se llamó así porque fue impresa en caldeo, hebreo, griego y latín. Esta obra monumental, que consta de seis tomos en folios, es una curiosa joya bibliográfica.

3ro. La protección prestada al movimiento renacentista por Fernando de Aragón e Isabel de Castilla, los Reyes Católicos, que dieron un elevado ejemplo de amor a la cultura, (1) seguido por muchos personajes influyentes de la nobleza. Isabel aprendió el latín e hizo que sus hijos lo aprendieran.

Entre los educadores de la nobleza castellana —duchos en griego y en latín— hay una buena copia de humanistas, entre los que se destacan: FRANCISCO VIDAL DE NOYA, maestro del rey católico, y una dama culta y linajuda, DOÑA BEATRIZ GALINDO, llamada *La Latina*, pues enseñó latín a la reina Isabel. También estuvieron al servicio de la corte de Castilla los humanistas italianos PEDRO MARTIR DE ANGLERIA y LUCHO MARINERO SICULO.

Pero el español más eminente de fines del siglo XV y principios del XVI es ANTONIO DE NEBRIJA, hombre excepcional, de cultura enciclopédica, profesor de la célebre Universidad de Alcalá y uno de los colaboradores en la impresión de la *Biblia Poliglota*. Publicó numerosas obras famosas, entre otras una *Gramática Latina*, y la primera

Gramática de la Lengua Castellana, (2) obra notable que aún se sigue leyendo, a pesar de su antigüedad.

A los Reyes Católicos los sustituyen en el trono de Castilla, Juana la Loca y Felipe el Hermoso, veleidoso él, apasionada ella, que enloquece cuando su Felipe muere, y viene a ocuparse del trono español, con el nombre de Carlos I de España, el que era en Alemania Carlos V (3), poderoso, a extremos tales, que le fue dable proclamar que en sus tierras nunca se ponía el sol. Ya se había realizado el milagro de la aparición del Nuevo Mundo y el hallazgo del novísimo. Y España había consumado la magna y prodigiosa empresa de sus conquistas.

*La conquista española no es otra cosa que la gran aventura a la que se lanza el pueblo más generoso y espiritual del mundo imbuido por las ideas caballerescas de la época. Los conquistadores eran en el fondo caballeros andantes, aventureros de la fe, cruzados del ideal. Así fue y así será.

España no ha enterrado al Quijote todavía.

A lo largo de los caminos abiertos por los españoles se deslizaron naves de otras naciones. Ingleses y franceses, en particular, se lanzaron en América por los andurriales de la fácil conquista, queriendo salvar los caminos ya trillados. Estaba entonces España en su misión civilizadora cuando la extraña ambición desenfrenada se fatigaba por iniciar mal avenidas conquistas. Mientras barcos cargados de oro eran abatidos y saqueados por los corsarios ingleses, franceses y holandeses, y la iracunda Isabel de Inglaterra daba timbres de nobleza a los piratas que le aportaban pingües botines en los saqueos, los españoles, apenas cuatro años después del Descubrimiento, fundaban, en el virgen continente, la primera población con carácter de ciudad, llenándola en breve lapso con el tráfago y boato de las renacientes poblaciones europeas. Santo Domingo de Guzmán, primer fanal civilizador de América, alcanzó tal esplendor, de tal manera pulularon por sus calles poetas y escritores, exponentes de una cultura esplendorosa, que ya en 1538, y sólo cuarenta y seis años después del Descubrimiento, tenía su Universidad, donde estudiaban pobladores de la isla y de otras poblaciones del Caribe.

La conquista espiritual y política se iniciaron al unísono.

En Europa la mano férrea de Carlos V y de su hijo Felipe II asentaban sus reales exhibiendo su poderío. Aquellos monarcas orgullosos y soberbios se ufanaban de que su sol no tenía ocaso. No importa el que en sus insensatas controversias con la Albión, los elementos desencadenados —nunca los hombres— desmembraran la armada con que se pensó abatir al futuro coloso de los mares; mientras Drake, en su fuga, daba la vuelta al mundo, España, fiel a su vieja misión salvaba a Europa de la barbarie mediolunar, en la batalla de Lepanto, y se henchía con los ecos vigorosos del Renacimiento.

El Renacimiento hace su aparición en España con una lenta penetración, en el reinado de los Reyes Católicos, esto es, a fines del siglo XV, y triunfa plenamente en el XVI, tanto en las letras como en las artes. Las relaciones políticas existentes entre España e Italia, sus numerosas corrientes culturales explican la razón por la cual el nuevo movimiento renacentista fue llegando a España tan tempranamente, o, por lo menos, antes que a la gran mayoría de los países de Europa. Pero en España hubo algo singular y muy digno de tomar en cuenta: el movimiento renacentista tuvo caracteres muy propios, lo que no sucedió en otras culturas europeas que sintieron de lleno las olas encrespadas del Renacimiento italiano.

El italiano no llega a ahogar, ni con mucho, el espíritu nacional que gravita con fuerza poderosa sobre el alma española, a través de sus efluvios medievales, sino que, por el contrario, la conmueve, la estimula, la dilata y viene a ser algo así como la cáscara que guarda el viejo y rico contenido tradicional.

En España el Renacimiento no fue una mera imitación de lo italiano —no lo fue en la plastia ni en la pintura— porque si de los italianos los españoles aprendieron la perfección de las formas, siempre sobrepusieron a los valores puramente plásticos, con noble pujanza muy española, una riqueza espiritual y un pleno contenido místico que aleja a España de las otras naciones renacentistas, que la copiaron casi sin comprenderla.

En una primera etapa de este Renacimiento se desdeñan los ritmos tradicionales de amplia popularidad, provenientes del

medievo —especialmente el romancero tan despreciado en mal hora por el Marqués de Santillana— por los sonetos, las *canzonis* y los endecasílabos sin rima, así como las octavas que van a imponer JUAN BOSCAN (hacia 1490—1542), a quien ANDRES NAVAGGIERO, Embajador de Venecia convirtió al italianismo en 1526. Todas sus poesías *a la manera italiana*, se publicaron en 1543, en un tomo que contenía también la poesía de GARCILASO DE LA VEGA (1503—1536) dulce cantor de églogas maravillosas, muerto en Provenza batallando, ante los mismos ojos de Carlos V, que lloró su muerte prematura. Garcilaso es el gran poeta renacentista español.

“Es un verdadero poeta —dice Paul Van Tieghem— un artista lleno de flexibilidad y de encanto, cuyo estilo personal y tierno sigue siendo perfectamente personal, no obstante la imitación extranjera” (5)

Estas corrientes italianizantes se impusieron ante una creciente hostilidad y llegaron a nuestra América en el momento oportuno.

Empero, pronto España, en una esplendente y dilatada aurora, volverá a sus cauces originales, en sus siglos de oro (XVI y XVII) con una gran copia de genios que será única en la Historia.

CERVANTES, el genio triste del ideal perenne, con su *Quijote* inmortal; LOPE DE VEGA, ese monstruo de la naturaleza (6), levantando los cimientos de la rica e inimitable dramaturgia española, herencia que recogerán TIRSO DE MOLINA (7), ROJAS (8), CALDERON DE LA BARCA (9) y ALARCON (10); hontana donde irán a abreviar después, con avidez, los poetas de Francia. (11)

Ese siglo de oro español con su QUEVEDO, polifacético, filigranando los más hermosos sonetos de amor que se han escuchado en nuestra lengua (12); SAN JUAN DE LA CRUZ, con su dulce serenidad, cima de poesía, que no tiene igual en la literatura universal (13); HERRERA, cuyo acento encendido estremeció los cielos (14) y GONGORA, ángel de luz que apuró

hasta la hez el vino de los más excelsos modos poéticos. (15), forman esa gigantesca constelación lírica que no se repetirá en la poética de ninguna otra nación. (16)

En Arquitectura (17), el Renacimiento llega a España en el momento en que sobre sus territorios se destaca una profusión del estilo *isabelino*.

Pronto la nueva norma renacentista es introducida gracias a la poderosa familia MENDOZA. Entonces, junto a los elementos propios de la arquitectura helénica, que Roma aprovechó y transformó, aparecen otros típicamente romanos como el arco y la cúpula.

En la arquitectura renacentista propiamente española se han reconocido cuatro estilos:

1o El *plateresco* (del siglo XVI), donde hay un conjunto gótico, con detalles decorativos grecorromanos que alcanzan desarrollo. Fue un estilo esencialmente ornamental y se llamó *plateresco* a causa de su semejanza con la orfebrería. Su decoración se hace a base de pequeñas labores finas, que a veces parecen bordados primorosos que decoran la fachada, como pequeños retablos con que también ornan muros, puertas y ventanas. Entre elementos grotescos, francamente italianizantes, como quimeras, bichos y follajes aparecen medallones con relieve de bustos (18), escudos nobiliarios, conchas, hornacinas, etc.

El *plateresco*, como se ve, no abandona su hispanismo.

El *estilo Cisneros*, que aparece en la primera mitad del siglo XVI, combina los elementos renacentistas con el *gótico mudéjar*. Fue fundado por el Cardenal Cisneros, y en él se utilizan materiales regionales, como el yeso y la madera. (19).

2o El *estilo renacentista puro* (siglo XVI y parte del XVII), que es propiamente greco romano, de formas sobrias, es clásico en su estructura y detalles. La penetración de este purismo fue favorecida por los Habsburgos, sobre todo Carlos V, y es una reacción contra la exuberancia plateresca. Este estilo es el que va a desembocar en el *herrerismo*, al que da nombre JUAN DE HERRERA, y favorecido por Felipe II, campeón de la

contrarreforma. El estilo *herreriano*, netamente español, fue el propio de los reyes españoles. (20)

3o El *barroco* español, o *Churrigueresco* (siglos XVII y XVIII) se distingue por una casi excesiva profusión ornamental. Su principal cultivador fue el arquitecto JOSE CHURRIGUERA y perdura hasta finales del siglo XVIII; pero ya esto no es el Renacimiento, sino reacción en contra del Renacimiento.

4o El estilo *neoclásico*, llamado *segundo renacimiento* (siglos XVIII y XIX), fue una reacción en contra del barroco, es decir, una vuelta a la sobriedad y a la belleza clásicas.

La escultura renacentista española (siglo XVI) produjo grandes obras provenientes del arte de DONATELLO, tardíamente aclimatado en España. Pero revela un realismo vigoroso y la riqueza ornamental de la escuela flamenca-borgoñona. Gran copia de escultores surge en España, entonces, pero ninguno supera a ALONSO BERRUHUETE (1490-1561), quien se formó en Italia, donde sintió el influjo poderoso y mágico de Miguel Angel. (21) Otros escultores que lo emularon fueron: GASPAR BECERRA (1520-1570) que trajo de Italia la escuela decadente de los últimos discípulos de Miguel Angel: JUAN DE JUNI y POMPEO LEONI.

La pintura española del siglo XVI aparece todavía bajo el signo extranjero. Felipe II, desgraciadamente, desdeña a los pintores españoles y para decorar El Escorial los trae de afuera. Un extranjero, sin embargo, va a encarnar el alma profunda y espiritual de la España eterna: DOMENICO THEOTOCOPOULOS, llamado EL GRECO (1547-1614), que nació en Creta, se formó artísticamente cerca del Tintoretto y Bassano y se instaló definitivamente en Toledo en 1577, ciudad en la que arraiga su alma mística y ricamente tradicional de la España apasionada del siglo. Tenía un estilo original, mediante el cual alargaba desmesuradamente las imágenes, cuyas figuras se ven a veces en actitudes convulsas, con colores vivos y exaltados, en el que hay un predominio del amarillo y el azul, usados con alto sentido de equilibrio. (22)

Detrás de él vendrán los valores pictóricos netamente españoles: VELASQUEZ, RIBERA, ZURBARAN, MURILLO.

Esta es la España que se lanza a la magna obra de la conquista y colonización de un continente, dejando sus gérmenes poderosos y singulares en la materia de sus culturas.

NOTAS

(1) El error que significó la expulsión de árabes y judíos —mal momento de la Historia de España— tiene su justificación en aconteceres políticos que no son de la incumbencia de esta Historia de la Cultura.

(2) En el mismo año del Descubrimiento de América, esto es, en el 1492.

(3) Era flamenco y no hablaba el español. Cuando lo aprendió proclamó que era la lengua más bella, apta sólo para hablar con Dios.

(4) Desde el asterisco hasta el final del capítulo, los párrafos transliterados pertenecen a nuestro libro "España, la gran civilizadora".

(5) Paul Van Tieghen. "Historia literaria de Europa, desde el Renacimiento". Traducc. castellana de José María Quiroga Pla.

(6) Así le llamó Cervantes por su prodigiosa fecundidad no igualada ni antes ni después. "Compuso poemas épicos, novelas y pastoriles, multitud de otros poemas y novelas, églogas, innumerables sonetos. Llegó a escribir gran número de obras teatrales que se calculan en dos mil doscientas, de las cuales se conservan cuatrocientas tres. Algunas de estas obras se escribieron en el corto lapso de un día, como expresa él en el siguiente dístico: "En horas veinticuatro / pasaron de las Musas al teatro". Le llamaron el fénix de los ingenios. Fue un portento de fecundidad y creación. España se apasionó con él. "Sus exequias fueron las de un rey adorado de su pueblo".

(7) Tirso de Molina (1571—1648) era el seudónimo de Fray Gabriel Téllez, admirador y discípulo de Lope, autor de más de cuatrocientas obras, de las que se conservan ochenta. Es el autor de "El condenado por desconfiado", "el más hermoso de los dramas religiosos españoles y por su intrépida ortodoxia, el más impresionante para la razón profana", y de "El burlador de Sevilla y El convidado de piedra", donde crea el personaje de Don Juan, tan imitado en la literatura universal, desde Moliere y Lord Byron, hasta Mozart. Más que Lope, Tirso es un poderoso creador de caracteres.

(8) Francisco de Rojas y Zorrilla (1607-1671) es el autor de la comedia "Del rey abajo ninguno", y de muchas comedias de altísima españolía.

(9) Pedro Calderón de la Barca (1600—1671) es, con Lope, la figura más excelsa del teatro español. Sus mejores dramas son "El alcalde de Zalamea", "El príncipe constante", "El médico de su honra", "A secreto agravio secreta venganza" y "La vida es sueño", posiblemente la mejor obra del teatro clásico español. Sus setenta y dos autos sacramentales son los mejores escritos en España. Inferior a Lope, como creador, es el primer representante de su raza y de su tiempo, y se le ha llamado el lírico más grande que haya escrito para el teatro". Después de él la comedia empezó a languidecer: la había llevado a su más alta cumbre.

(10) Juan Ruiz de Alarcón (1580-1639) era mexicano, pero se estableció en España, donde entre los años 1613 y 1625 escribió veinticinco comedias, más cuidadas en sus tramas argumentales que las de sus rivales. Su mejor comedia es "La

verdad sospechosa", que inspiró el "Le menteur" de Corneille. Sus notas descollantes son: la sobriedad, la creación de caracteres y la ordenación de escenarios. Es el más clásico de los ingenios del siglo de oro español.

(11) España ha sido un vivero constante de inspiración para los ingenios franceses: Desde Guillén de Castro, de cuyas "Mocedades del Cid" saca Corneille su "Le Cid", hasta "Le Menteur", que viene de Ruiz Alarcón, muchos franceses como Scarron, Rotrou, Tomás Corneille, Le Sage y Varbrugh, van a robar gemas de la gran cantera española.

(12) FRANCISCO QUEVEDO Y VILLEGAS (1580—1645) fue el primer prosista de su tiempo, moralista, teólogo y novelista. Sobre todo fue poeta oreado por el genio. Como poeta fue conceptista, un especie de reacción contra el gongorismo; como novelista, incursionó en la picaresca con una gran novela: "El buscón". De lo mejor de su obra son "Los sueños", muy imitados.

(13) SAN JUAN DE LA CRUZ (1542-1591) es, junto con SANTA TERESA DE JESUS, el más alto representante de la mística. Al respecto dice Tieghem: "El fervor en España absorbía y abrasaba tantos ingenios de nota; no lo encontramos con la misma intensidad ni en Francia, donde el clima intelectual es más moderado, ni en los países donde triunfa la Reforma". De Teresa de Jesús dice: "una imaginación poética orientada hacia el ensueño y el éxtasis, y fue uno de los genios femeninos más hermosos y completos que hayan existido nunca". Y de San Juan de la Cruz: "uno de los primeros místicos castellanos".

(14) A FERNANDO DE HERRERA (1524-1597) sus contemporáneos le llamaron "El Divino". Fue un lírico exuberante, autor de odas amorosas y sonetos a la manera italiana, así como de las más hermosas canciones patrióticas (A la batalla de Lepanto, a Don Juan de Austria) que se han escrito en español.

(15) LUIS DE GONGORA ARGOTE (1561-1627) es el más grande creador de bellezas poéticas en todo el siglo de oro español, con el culteranismo, arsenal de metáforas, hipérbolos, antítesis y constantes citas mitológicas. El gongorismo reinó por mucho tiempo, tanto en España como, en cierta medida, en Francia, Inglaterra y Alemania. Tuvo influencias en las primeras manifestaciones de la poesía americana. Influyó en los "simbolistas" franceses y en casi todas las corrientes modernas.

(16) Véase la nota 4.

(17) Gran parte de este capítulo ha sido entresacado de nuestras "Notas para una historia de la cultura".

(18) Como la Casa de la moneda en Santo Domingo.

(19) Esta hermosa creación fue debida a Pedro Gumiel.

(20) "Las grandes obras de este estilo —como el Escorial y la catedral de Valladolid— se imponen por su masa e impresionan por su severa grandiosidad. Pero las pequeñas y secundarias resultan, en general, desabridas y monótonas y dejan helado el espíritu": María Comas.

(21) En BAZIN leemos: "profetas barbados con sus rostros vueltos al cielo; el desesperado gesto de Abraham dispuesto a degollar a su hijo. que se recoge asustado; figuras juveniles recogidas con cierta timidez y, sobre todo, el "San Sebastián", una de las más originales y extraordinarias creaciones de la escultura española".

(22) A juicio de Carlos Justi, "El espolio", de El Greco, es "la pintura más original del siglo XVI; en España ninguna la supera en inspiración genial, en riqueza y atractivo de color, ni en movimiento intensivo".

CAPITULO II.

PREHISTORIA DE LA CULTURA DOMINICANA

ORIGEN DEL HOMBRE AMERICANO.



la llegada de los españoles, la gente que poblaba el continente americano era de raza cobriza o aceitunada, presuntamente una ramificación de la amarilla o mongólica, suponiéndose que fueron antiquísimos asiáticos los que hace miles de años pasaron por el puente térreo que, a través del estrecho de Behring, unió al Asia con América. De ser cierta esta teoría, se debió de establecer, hace miles de años, una corriente migratoria de Siberia a Alaska. Generalmente se les ha llamado a estos indígenas, los *amerindios*.

¿Qué hay de cierto en esta aventurada teoría? Apasionadas controversias han surgido en torno a la misma. La no menos prestigiosa entre las teorías suscitadas, fue sostenida por el sabio argentino Florentino Ameghino, quien defendió a rajatablas, con razones valederas, el carácter autóctono del indio americano. El se basó para sustentar su tesis, en el hallazgo de osamentas desenterradas en la propia Argentina, aventurando la teoría del *hombre de las Pampas*, tronco robusto de todas las razas americanas y aun de algunos ejemplares eurásicos. Ameghino escribió:

"Es en Argentina donde se conocen los restos humanos

más antiguos y de caracteres primitivos: posición erecta, miembros anteriores cortos en relación con la talla, cerebro relativamente voluminoso, etc. Estos antecesores del hombre u homínidos, pasaron al viejo continente, donde degeneraron, pero en la Argentina, a través de larga evolución se convirtieron en el homopampeanus, el más antiguo antecesor del hombre”.

Era difícil de aceptar la tesis del sabio argentino, y el checoeslovaco-americano Ales Hrdlicka (1) del Instituto Smithoniano, quien sostenía la teoría de que el hombre americano había venido del Asia, refutó enérgicamente la de aquél. El hombre americano atravesó de la Siberia a Alaska, no precisamente por un puente térreo, sino en barcas o a pie sobre los hielos de Behring.

Otro que combatió a Ameghino fue el francés Paul Rivet, en su obra *Los orígenes del hombre americano*, en la que se adhirió a Hrdlicka; pero se fue más lejos aún, hablando de largas jornadas migratorias en las que hombres de las islas de los mares del Sur (Polinesia, Melanesia y aun Australia), llegarían a nuestro continente, contribuyendo con sus componentes étnicos a formar el mosaico racial de los *amerindios*.

En sucesivas hipótesis se ha ido más lejos aún, en la aventura lucubrante, de lo que fue Ameghino, afirmando algunos que esos hombres han podido venir del continente africano, y aun de la Atlántida soñada por Platón, ramillete de islas legendarias que un cataclismo fragmentó, sepultándolas en el fondo del mar.

HIPOTESIS DE LA PROCEDENCIA ASIÁTICA.

Ha predominado la idea de que el origen del amerindio es asiático. Muchos hechos, comunes al hombre americano y al asiático, parecen confirmarlo así; sobre todo sus rasgos antropológicos. Ambos tienen los ojos oblicuos, el pelo lacio, los pómulos salientes y la piel cobriza. Son los rasgos comunes con el mongol.

El paso de gentes de Asia a América a través de Behring no tiene nada de increíble si se toma en cuenta la estrechez de este canal y las frecuentes solificaciones de sus aguas durante los inviernos. Muy posiblemente los *amerindios* hacían jornadas marítimas prolongadas y distantes. Es casi evidente que los incas del Perú en sus frágiles embarcaciones, dejándose arrastrar por sus corrientes, llegaron en más de una ocasión a las islas de los mares del Sur, donde entronizaron el culto de Kontiki. (2). La célebre expedición noruega probó la posibilidad de este aserto.

De ser ciertas estas migraciones de Siberia a Alaska, debieron tener lugar en épocas muy remotas, cuando todavía no se conocían los elementos culturales más indispensables, como la rueda, y ni siquiera el hierro.

No se trataría de un solo grupo migratorio sino oleadas sucesivas, y con el advenimiento de los nuevos grupos, se desplazarían más hacia el Sur los ya asentados, poblando, insensiblemente, todas las tierras encontradas. Allí donde las tierras eran áridas o inhóspitas, se quedarían sin evolucionar estas primitivas civilizaciones, pero no allí donde el medio les era propicio, donde debieron medrar fuertes núcleos raciales, creando una civilización muy personal, debido, desde luego, a su desvinculamiento con la robusta raíz que le dió vida. Mientras los débiles se refugiaban en los bosques creando míseros — a veces misérrimos— grupos tribales, los fuertes crearon ciudades espléndidas como México y Cuzco. Sólo más tarde hubo infiltraciones de otros grupos asiáticos, polinesios y melanésicos.

No obstante es evidente que los *amerindios* crearon su propia civilización, sus propias instituciones políticas y sociales, así como su arte.

De modo que aunque el Asia parece ser la madre común de todos los *amerindios*, estas migraciones pobladoras las efectuaron gentes de muy limitada mentalidad. Su cultura estaba estacionada en un remoto paleolítico. Luego olvidaron su lugar de origen y, ya en América, fabricaron sus telares para tejidos, confeccionaron su cerámica y establecieron sus clanes agrícolas.

A la llegada de los españoles los *amerindios* sólo habían

domesticado dos animales para el tiro: la llama andina y los perros de los esquimales; no conocían la rueda (descubrimiento fundamental de las primitivas civilizaciones) y solamente en el Perú se conocía el cobre y se le daba uso.

Todo estimaría un grado muy limitado de progreso. Sin embargo, en contraste con ésto, vamos a encontrar un arte y una arquitectura admirables, así como cierto adelanto científico inexplicable. Esto en los dos grandes focos culturales: México y Perú.

En el resto de América, los *indios* (2 bis), como les llamó Colón, vivían en estado salvaje; andaban desnudos o semidesnudos, se refugiaban en chozas y se alimentaban de lo que producía la tierra, complementando, en algunas regiones, con la caza y la pesca. Así sucedía, por lo menos, en el semillero de islas antillanas.

En lo prieto del bosque —sobre todo en el continente— el indio vivía en un grosero primitivismo que todavía se conserva en nuestros días. (3) Carecía de jefe responsable. Los viejos de la tribu, al anochecer, se reunían en cónclave para determinar, puestos en cuclillas, lo que se iba a hacer al otro día. Pudiéramos hablar, por tanto, de un paleolítico superior.

EN QUISQUEYA O HAITI

A la llegada de los españoles a la isla de Haití —que, según Pedro Mártir llamaban también Quisqueya—, la actual Santo Domingo, que Colón bautizó como *La Española*, encontraron unos aborígenes cuya cultura no era, ni con mucho, comparable a la de otros grupos continentales, como los *mayas*, *aztecas*, *toltecas*, *aimarás*, *quechuas*, etc. Había una amalgama racial. Eran descendientes de los *caribes*, moradores de las Antillas Menores, que realizaban incursiones en las Grandes Antillas; y los *Arahuacos* — de los cuales descendían los *taínos*, — que provenían de la América del Sur, en territorios que hoy pertenecen a Venezuela, Las Guayanas y el Brasil.

Pero otra teoría, que entre nosotros sustentó el historiador Luis Padilla D'Onís, sostiene que los indios quisqueyanos son un

ramal de los mayas, esto es, de los *yaquimayos*, que descendieron del Norte de América, a través del Golfo de México y de América Central.

Se sabe, sin embargo, que en la Isla habitaban diversas razas o subtipos. Se habla de los *taínos* — verdaderos arahuacos— sencillos y hospitalarios, herederos de la más avanzada cultura antillana y el más bello ejemplar racial; los *caribes*, belicosos y altivos, de quienes se decía que eran antropófagos, aunque en Quisqueya abandonaron esta costumbre; *siboneyes*, pequeño núcleo del extremo noroeste de la isla y los *ciguayos*, del Macorix, los más atrasados y los primeros que tuvieron actitud hostil contra los españoles en el Golfo de las Flechas.

En la isla no había un Gobierno central, sino que estaba dividida en cinco regiones o *cacicazgos*, gobernados por un jefe o *cacique*, que eran los siguientes: *Marién*, gobernado por GUACANAGARIX; *Maguá*, por GUARIONEX; *Higüey*, por CAYACOA; *Maguana*, por CAONABO, y *Jaragua* por BOHECHIO.

Pero estos cacicazgos, a su vez, se subdividían en pequeñas provincias o *nitainatos* (5), gobernados por los *nitainos*, entre los que se encontraban a veces caciques de primer rango, como Guatiguanax, Mayobanex, Guaroa y Hatuey, hombre éste último a quien se describía como de reposado continente y gran sabiduría, algo así como un filósofo agreste que, huyendo de la bárbara conquista, se embarcó hacia Cuba en una frágil *canoa*, levantando allí la llama de la insurrección.

Con respecto a los *nitainos* escribía Colón: “También dicen otro nombre por grande que llaman nitayno, no sabía si lo decían por Hidalgo o Gobernador o Juez”. En tanto que Bartolomé de Las Casas explica: “Nitayno eran y se llamaban los principales como centuriones o decuriones o jurados que tenían debajo de su gobernación y regimiento otros muchos”. Explicando, luego, con más precisión: “Había en esta Isla y en cada reino della (5 bis) muchos nobles y estimados por de mejor sangre que los demás y que tenían cargo sobre otros como de regillos y guiallos, éstos, en la lengua común de esta Isla, se

llaman *nitaynos*, la y letra luenga, nobles y principales" (6).

En cuanto al cacicazgo parece que tenía carácter hereditario. Anacaona, por ejemplo, vino a ser la reina de Jaragua, a la muerte de su hermano Bohechío, y de Maguana, por su esposo Caonabo. Oigamos lo que al respecto dice Oviedo:

"Del reino o caquicado o Estado desto indios, he seydo de muchos informado que se heredaban e subcedían en ellos, e venía la herencia al hijo mayor de cualquiera de las mujeres del señor cacique; pero si después que tal hijo heredaba, o avía hijos, no venía al Estado al hijo de su hermano, sino al hijo o hija de su hermana, si la tenía o tuvo, porque decían que aquél era más cierto sobrino o heredero (pues era verdad que lo parió su hermana), que no sería el que pariese su cuñada, y tal sería más verdadero nieto, del trono o mayordago. Pero si el cacique moría sin dexar hijo ni hija, e tenía hermana con hijo, ni ella ni ellos heredaban el cacicado, si había hermano del cacique muerto que fuese hermano de padre, si por el padre viene la hacienda venía por la madre heredaba en tal caso el pariente más propincuo a la madre, por aquella vía que procedía o venía la subcesión del señorío o hacienda. No parece ésto mucha bestialidad o error, en especial en tierra en donde las mugeres eran tan deshonestas o malas como se dijo de suso" (7).

Los indios quisqueyanos eran pacíficos, en cierto modo, y vivían en un ingenuo comunismo agrario, con una religión que era casi un panteísmo simple: adoraban el fuego, el Sol, la Luna (8), y, no obstante, tenían un dios supremo, *Loquo*, que vivía en un cielo o *turey*. Rendían culto a *cemíes* de piedra que ellos mismos tallaban. Un *cemí* era un dios menor a quien el cacique consultaba acerca del resultado de la guerra, de la alimentación, de la salud (9). En algunos lugares también rendían culto a determinada montaña. Es bueno que transliteremos los conceptos que el historiador Marino Inchaustegui vierte en su *Historia Dominicana*, acerca de la religión taína:

“El mayor grado de superstición e idolatría que se le ha adjudicado a los indios corresponde a la circunstancia de que ellos fueron juzgados desde el punto de vista religioso, casi siempre, por sacerdotes católicos. Si esos mismos religiosos hubieran juzgado al bello conjunto de la mitología griega, hubieran opinado muy desfavorablemente para la mentalidad de los helenos, aun cuando hoy día se sabe apreciarlos en su valor. Pero ellos se hubieran encastillado en su punto de vista cristiano, para el cual sólo encontraban el error y la superchería” (10)

En esa mitología indígena había muchos mitos: creían que los mares nacieron luego de un diluvio universal que anegó la tierra hasta sus más empinadas cimas y pensaban que de tierras remotas llegarían hombres de otra raza, a avasallarlos. Creían que los muertos van a un lugar llamado *coaybay*, situado cerca de la isla, en un ámbito llamado *Soraya*. *Maquetaurie Guayava* era el señor del *Coaybay*. El *mamey* era la fruta sagrada de los dioses.

El sacerdote de esta religión, o sea, el hechicero, recibía el nombre de *behique*, *bohique*, *buhiti* o *boicio*.

COSTUMBRES / IDIOMA. RASGOS SOCIALES.

El aborígen quisqueyano tenía como norma el respeto a sus mayores, quienes solían derramar generosamente sus consejos, aun al mismo cacique; consejos, que, por otra parte, los jóvenes solían solicitar con repetida asiduidad.

Los indios iban, generalmente, desnudos, pero las mujeres usaban taparrabos de algodón. (11).

Aunque en la Isla escaseaba la caza, el indio vivía, entre otras cosas de este menester y de la pesca, y tenía una manera muy primitiva de cultivar el agro. Para la caza, lo mismo que para la guerra, que sostenía incansablemente con los nativos de las islas vecinas, usaban flechas, aljabas, hachas de piedra y puñales del mismo material; espadas de madera, pero bien afiladas, macanas y hachas de hueso o de duro pedernal.

Practicaban deportes, muy particularmente la pelota, que jugaban en una plaza que centraba la aldea, llamada *batey*. La pelota se fabricaba con fibras vegetales a las que daban una flexibilidad especial.

Disfrutaban también del baile. El baile y las canciones eran acontecimientos sociales entre los indios antillanos. Los cronistas españoles mostraron gran sorpresa al contemplar los subyugantes ceremoniales coreados y las aptitudes danzantes de hombres y mujeres. Acompañaban sus cantares con orquestas monocordes donde la percusión adquiría predominante papel.

José Gabriel García, nuestro Herodoto describe así una orquesta nativa:

"... con tambores que hacían de un madero delgado y hueco forrándolo en uno de sus extremos con un cuero bien estirado; con panderos que formaban con conchas de animales; con harpas que hacían valiéndose de unas varas flexibles que introducían dándole la forma de medio arco en un güiro o calabazo vacío, y que encorvaban con finas sogas de cabuya; con pífanos o flautas hechos de pedazo de caña brava; con maracas y grandes caracoles, de los cuales sacaban notas monótonas y desapacibles" (12).

Las canciones entonadas, así como las danzas, se llamaban *areytos*. Había, posiblemente, entre los indios, agrestes compositores de versos para los *areytos* y los cronistas citan la bella reina ANACAONA, a la que llamaban poetisa (13), de quien se dice que compuso estrofas para estas canciones. Desgraciadamente nada ha quedado de esta música, posiblemente pentatona, ni de sus versos, recogiendo la tradición un solo verso de una estrofa: *iyi aya bomgbé*, que se dijo quería decir: "primero muerto que esclavo", pero que hoy se estima una falaz mistificación de un frase africana.

Había varias clases de *areytos*: el *areyto simbólico*, perteneciente a la liturgia sagrada y que se entonaba en la celebración de los solsticios; el *areyto guerrero*, con el cual celebraban las victorias bélicas y que duraba muchos días, y el

areyto social, para honrar a los personajes célebres. En el *areyto* con que la reina de Jaragua, Anacaona, agasajó a Ovando (14), cuando éste consumó su tremendo genocidio, danzaron para él 30 vírgenes, es decir, con palabras del cronista “doncellas que no habían conocido varón” (15); y en una fiesta con que Bohechío obsequió a Bartolomé Colón, al recibirlo en su cacicazgo, bailaron las 30 esposas de este cacique.

El historiador Oviedo, uno de los más veraces entre los cronistas de Indias, describe así el *areyto*:

“En tanto que durante estos cantares y los contrapases y bailes andan otros indios o indias dando de beber a los que danzan, sin pararse alguno al beber, sino meneando siempre los pies y tragando lo que les dan. Y estos que beben son ciertos brebajes que entre ellos se usan, y quedan, acabada la fiesta, los más dellos y dellas embriagados y sin sentido, tendidos por tierra muchas horas. Y así como alguno cae beodo, le apartan de la danza y prosiguen los demás, de forma que la misma borrachera es la que da conclusión al areyto (16)

Otras fiestas danzantes de menor importancia eran las *diumbas*. Parece que los cantares de estas primitivas formas musicales antillanas pasaban de generación a generación, y se reservaban para hechos sobresalientes en la tribu.

Los indios no tenían lenguaje escrito. Su civilización estaba muy detrás de esta conquista. Generalmente se ha dicho que hablaban el *lucayo*, que según Las Casas, quería decir “casi moradores de cayos” (17), o más bien, como lucubra Marino Inchaustegui “moradores de cayos”, que significaría “de casi isla” (18).

Pedro Henríquez Ureña afirma que los indios de La Española, al igual que los de las otras islas, hablaban el *taíno*:

“Designo el idioma que hablaban los indios de Santo Domingo con el nombre de taíno, adoptado por Loven y otras autoridades; este idioma pertenecía a la numerosa

familia arahuaca que se extendía desde La Florida hasta los actuales territorios de Bolivia y el Paraguay” (19).

Conocemos algunas palabras de su lengua, por los nombres de personas, de parajes o por una u otra palabra consignada por los cronistas. Colón decía: “tienen un habla la más dulce del mundo y mansa, y siempre con risa” (20). José Gabriel García la describe así:

“Este idioma —el taíno— se distinguía de los otros dialectos que poseían, en la sonoridad, riqueza y fluidez de sus términos radicales; la sencillez del artificio de sus raíces y el fácil mecanismo de la formación de sus derivados. Despojado de la dureza de los acentos consonantes, y superabundantes de vocales, unidas, por lo común, en diptongos y triptongos, la danza y cadencia de sus construcciones lo hacían no menos a propósito para la poesía, que lo era por la variedad de las conjugaciones de sus verbos y por la facilidad con que sus nombres declinaban” (21).

Emiliano Tejera ha recogido una buena copia de vocablos taínos en su libro *Palabras indígenas de la isla de Santo Domingo*.

Los indios antillanos no conocían el cobre, el bronce ni el hierro. No valoraron el oro que amarillaba las arenas de sus ríos. En cambio estos primitivos aborígenes parece que fueron buenos agricultores: sembraban en pequeñas parcelas que llamaban *conucos*, cultivados de manera rústica, como todavía lo hacen en sus minifundios los campesinos de hoy. Preparaban el terreno con una larga vara puntiaguda endurecida al fuego, llamada *coa*; allí sembraban plantas que constituían su nutrimento. Esas plantas eran: *maíz*, cereal netamente americano (22) que no tuvo en Quisqueya la trascendencia que en México (23); la *batata*, que comían con adobo especial preparado con *ají*; *yuca*, con cuya fécula preparaban un pan o *cazabe*, en una placa de barro, llamada *burén*; *yautía*, cacao

(24), con cuya almendra preparaban una bebida amarga que tomaban en jícara de barro; *coco*, palmácea tropical que los españoles gustaron por su líquido y su sabrosa pulpa; *lerén*, *ayama*, *maní*, *ananá*, *jobo*, *mamón*, *guayaba*, *guandule*, *ajonjolí*, *caimoní*, *mabí*, *funde*, etc.

No había ganado de ninguna índole, pero los indios ingerían carnes de pequeños mamíferos como la *jutía*, ejemplar antillano del cual sólo quedan representantes en Santo Domingo (25); la *higuana*, reptil de aspecto monstruoso, por la sierra que eriza su lomo, del cual los españoles gustaron mucho, tras probar su carne; aves y pescados, que pescaban con arpón.

Efectuaban la pesca en pequeñas embarcaciones hechas de una sola pieza ahuecada, de un tronco de ceiba, que cinglaban con remos especiales, y que llamaban *canoas*, siendo sus aperos, redes entretejidas de cabuya, figas de palo en forma de arpones, cañas con anzuelos de hueso y cordeles de majagua. En los mares pescaban *tiburones*, cuyas carnes estimaban en extremo, y *manatíes* o vacas marinas, que se decía — y aún se dice — que poseía el sabor de siete carnes. En los ríos, con sus rústicas nasas, pescaban *guabinas* (pequeños peces de carnes transparentes semejantes a embriones), *anguilas*, *dajaos*, *viajacas*, *jaibas*, *hicoteas* y *camarones*.

En las costas marinas atrapaban exquisitas langostas.

Entre las aves comían: palomas, tórtolas, cotorras, pericos, yaguasas, patos y gallaretas.

La industria del *cazabe* era quizá la más desarrollada y obligaba a un trajín y una técnica especiales. Para ella usaban la yuca amarga, fuertemente tóxica, por su contenido en ácido cianhídrico. Tras deshidratarla, rallándola en una piedra erizada de asperezas, llamada *guayo* y presionándola entre dos pedrones, tomaban este residuo que llamaban *cativía*, y era cocida en el *burén*. El líquido resultante o *hien*, lo usaban como abortivo o con fines suicidas. Al fermentar este líquido, perdía su poder tóxico y resultaba una especie de vinagre con que sazonaban sus carnes.

El ejemplar taíno, según opinión de los cronistas, incluyendo al Primer Almirante, a Oviedo, así como al Padre

Las Casas, era más bien hermoso (26) lo cual explica las hondas pasiones que despertaron sus mujeres en algunos españoles asaz románticos. Eran de color trigueño, con el pelo negro, brillante, lacio y grueso como cerdas de caballo, y casi todos lampiños. De modo que entre los indios de Quisqueya no los había barbados. En cambio todos se distinguían por una deformación del cráneo, que ellos mismos provocaban desde la niñez, con instrumentos destinados a alargar la cabeza.

Había diferentes categorías: la casta hechiceril o *buhitío*; el cacique o rey, que podía tener varias esposas, y se sentía con grandes responsabilidades con respecto a su pueblo; en un lugar más bajo de la escala estaban los caciques secundarios o *nitaínos*, que podían tener hasta dos esposas, y que actuaban como gobernadores del reino, pudiendo sustituir momentáneamente al cacique en circunstancias especiales, y, por último, el *naboria*, o ciudadano común, que sólo podía tener una esposa, encargado de las tareas burdas: caza, pesca, siembra.

La vivienda del indio era el *bohío* (27), construido en forma cónica, techado con hojas secas de cana o con *yagua*, proveniente de la palma real.

“La casa del cacique era de forma cuadrilonga con el techo de dos aguas, al estilo europeo, y su confección fue alabada por los españoles como primorosa” (28). Era llamada *caney*.

CULTURA DE LOS INDIOS.

Para tocar este punto tan delicado, nos es grato reproducir lo que al respecto nos dice Marino Inchaustegui en su ya citada Historia:

“Creemos que el indio ha sido mal juzgado por la generalidad de los autores. Para comprender bien una época y una raza es necesario considerar el medio ambiente en que se desarrollaron, estudiando las posibilidades y los inconvenientes, así como los medios humanos ingenidados para solucionar los problemas consiguientes.”

Dentro de la época de piedra tallada que vivían, es justo reconocer que los aborígenes demuestran un estado social avanzado. Al examinar las ollas, los ídolos y las flechas de inmediato resaltará que aun disponiendo de los medios más rústicos, ellos lograron alcanzar el dar forma y expresión a sus sentimientos, a su modo de pensar y de sentir, de una manera perdurable y artística.

Ante un hacha de piedra nos asombramos, justamente, de cómo el indio ha podido realizar un trabajo tan acabado, siempre adornado con arte.

Para comprender mejor las condiciones de vida del indio, presentaremos varios ejemplos, que, por contraste, nos demuestran el por qué de muchas de sus costumbres. Si el indio se pintaba el cuerpo obedecía a una necesidad perentoria: librarse de las picaduras de los insectos (mosquitos, hormigas, etc.) o aparecer ante sus enemigos con una máscara de ferocidad y bravura. Hoy día lo hacen las damas, con los colores más diversos, por coquetería, y esos afeites no son considerados como demostraciones de incultura.

Cuando el indio cuelga a su cuello un idolillo que ha labrado con dificultad en la piedra, realiza el mismo acto devocional que el católico que hace pender de su cuello una medallita cristiana. Ambas expresan así su fe y sus sentimientos religiosos” (29).

El taíno trabajó primosamente la piedra y la cerámica:

“Donde la cultura taína mantiene sus más ricas posibilidades —dice Darío Suro— es, indudablemente, en el arte cerámico-escultórico. Como señalé en otra ocasión el alfarero se convirtió en escultor menor. Fue más bien ceramista y escultor de pequeñas dimensiones. El clima y la pequeñez de la isla se lo imponían; no podemos olvidar

que los colosos y los monumentos pertenecen a los continentes. Es suficiente destacar en las piezas taínas que están en el Museo Nacional de Santo Domingo (30) y en colecciones particulares (Boyrie, Lluberes, Caro) una claridad imaginativa de forma y una profundidad encerrada en el misterio de su contenido. Es importante destacar que el artista taíno tuvo un concepto más primitivo de la forma que el del continente. En otras palabras, los taínos fueron, a mi juicio, los primitivos en la época del Descubrimiento de América; justo es señalarlo, ellos no lograron alcanzar el esplendor de la imponente arquitectura de Machu Pichu, la Pirámide del Sol (Teotihuacán) y el Templo de los Tigres (Chichén-Itzá, Yucatán)” (31).

Muchos de los jarrones y ánforas antropomorfas, zoomorfas y fitomorfas revelan una pequeña inquietud por las cosas artísticas. Su estatuaria, aunque no se compara, ni con mucho, a la de los nahuas o quechuas, tienen valores que no se pueden negar. Los taínos trabajaron la piedra, la arcilla y la madera. Sus dibujos rupestres son de una marcada puericia, meros rasgos inciertos, acaso (como se supone en la cueva de Las Caritas) mensajes pictográficos. La misma tosquedad pueril encontramos en los dibujos de sus petroglifos... En cambio, en su cerámica, pusieron algo más que tosquedad: pusieron arte e inquietud espiritual. (32)

Algunas ánforas revelan líneas primorosas, así como los vasos-efigies. Hay que tomar en cuenta que la técnica de su alfarería era muy primitiva: no tenían torno ni ninguno de los trebejos necesarios para un modelado perfecto. El arqueólogo cubano Herrera Fritot dice lo siguiente al referirse a los vasos-efigies:

“Son relativamente escasos y en ellos sin duda se alcanza por el artífice indígena el más alto grado artístico de su alfarería o de su talla; especialmente en los antropomorfos se encuentran los más precisos ejemplares cerámicos de las Antillas, logrando con éxito la difícil reproducción del

cuerpo humano y adaptando a la vez a la forma utilitaria del recipiente” (33).

Muchas de las especies encontradas, donde es clara la dualidad sexual (macho y hembra) son especies de ídolos: ofrenda a sus dioses. Entre los animales es frecuente la reproducción de la rana que se estimaba proveedora de lluvias. Hay tallas humanas reveladoras de enfermedades: gibas (mal de Pott), elefantiasis, mujeres en estado de preñez (34), etc.

Notables son los *dujos*, del rito de la *cojoba*, por lo regular tallados en madera. (35). Muchos otros ídolos y figuras pueden admirarse —especialmente equivalentes fálicos— que revelan además de gusto artístico, las preocupaciones y angustias de nuestros indios.

CIENCIA TAINA.

Para acabar con este capítulo, vamos a revisar raudamente algunas de las creencias, en el aspecto médico, de nuestros indios. Los indios antillanos eran idólatras de un ingenuo politeísmo. La felicidad y la salud de la tribu se le confiaba al hechicero, quien conjuraba los espíritus con sus poderes mágicos. Por Fray Román Pane sabemos que entre los menesteres de estos magos estaba la realización de pequeñas cirugías: reducciones de fracturas con tablillas de palmeras, y se preocupaba por la higiene personal (desechos de excretas y enterramiento de sus muertos en posición vertical o en cuclillas). Los ritos hechiceriles eran los de la *cojoba*, que vamos a copiar de Rafael Miranda:

“El ceremonial de la cojoba se llevaba a cabo, principalmente, para tratar de curar a los enfermos y cuando el behique (o hechicero) era llamado, se ejecutaba el acto con participación de algunos familiares cercanos y en ocasiones con los del mismo enfermo, quienes entonaban cantos corales al son de las maracas, que no de atabales ni de panderetas, como hacían otras tribus

continentales. Sentado en el dujo (banquillo), aunque no era imprescindible y envuelto en un sahumero de tabaco (36, se ponían en trance, aspirando el polvo ipnógeno (sic) a manera de rapé, para lo cual usaban una pequeña vasija especialmente construida, con dos picos perforados, adecuadamente hechos para que cupieran en ambas ventanas de la nariz. Cuando el poder de las drogas contenidas en el polvo ilusionógeno (37) hacía su efecto, el behique era poseído por el espíritu maligno causante del mal. En el mismo instante se procedía a sacar el zumo de ciertas hojas que se le administraba al paciente en el delirante escenario de saltos, exorcismos, y otras raras gesticulaciones. En este estado de semisueño el médico se convertía en adivinador; sus vaticinios eran oídos con toda atención y sus consejos eran aceptados con gran respeto" (38).

Por más grotesco que nos parezca este rito, nos recuerda el de la Silbila ante el trípode, en el ceremonial del Oráculo de Delfos, masticando hojas de laurel para caer en trance delirante al recibir el mensaje de Apolo.

El hechicero también hacía uso de una farmacopea especial, consistente en productos vegetales que todavía constituyen el apasionante empirismo de nuestros campos. (39)

NOTAS

(1) Pronúnciese Jerlica.

(2) Kontiki era el nombre que en el Imperio de los incas se le daba a Viracocha, el fundador de la civilización de Tehuanaco (Bolivia), junto al lago Titicaca, y, según la leyenda, era un dios blanco de luengas barbas rubias.

(2 bis) Por el error de creer que al llegar a América había arribado a regiones de La India.

(3) "En algunos puntos —dice Pi y Margall— ni siquiera tenían un jefe reconocido por más de un día, limitándose la autoridad de éste a determinar el momento de perseguir la pieza de caza que se deseaba matar, o el de acometer el enemigo que se deseaba vencer".

(4) Lo que determinaba esta división eran las condiciones fisiográficas.

(5) "El cacicazgo de Jaragua, que se distinguía por ser el centro cultural más

importante de la Isla, comprendía veintitrés nitanatos; el de Maguá, veintiuno; el de Marién, catorce; el de Maguana, veintiuno, y el de Higüey, también veintiuno" Ramón Marrero Aristy. "La República Dominicana: Origen y destino del pueblo cristiano más antiguo del mundo".

(5 bis) Los españoles llamaron reino a los cacicazgos y príncipes a los caciques.

(6) Citas de la "Apologética Historia de Indias"

(7) Gonzalo Fernández de Oviedo: "Historia de Indias" Tomo I.

(8) El Sol y la Luna salieron de una gruta que estaba en el patio de un cacique llamado Maucía Tivuel; gruta que llamaban Jovovava, y en la cual había dos cemíes de piedra, uno llamado Boínayol y el otro Maroya, responsables algunas veces de la lluvia.

(9) Hay innumerables cemíes. Los más conocidos son Buyabá, el que fue quemado vivo en una guerra y luego transformaron en hombre lavándolo con el jugo de la yuca; el cemí de Guamorete, que éste tenía en su casa y llamado Corocote, que yacía con varias mujeres, etc.

(10) J. Marino Inchaustegui. "Historia Dominicana". Tomo I. Imprenta Dominicana. Cd. Trujillo. 1955.

(11) La palabra "nagua" que daban a su prenda de vestir, ha dado paso a la actual enagua.

(12) Como se ve, no podía ser más primitiva esta orquesta.

(13) Los poetas antillanos la suelen citar como la reina poetisa antillana. En "La canción de las Antillas", del poeta puertorriqueño Luis Llorens Torres, se la alude de esta manera.

(14) Cuando se perpetró la tremenda e injustificada matanza, de la cual pudo salvarse Hatuey, éste atravesó en una frágil canoa el mar, para ir a Cuba, donde levantó el pendón insurreccional. Allí fue quemado vivo.

(15) Gonzalo Fernández de Oviedo. "Historia de las Indias, Islas y Tierras Firmes del mar oceano". Prólogo de J. Natalio Gonzalez y Notas de José Amado de los Ríos.

(16) Obra citada.

(17) Bartolomé de Las Casas. Apologética Historia de Indias. Tomo I.

(18) Ob, cit.

(19) Pedro Henríquez Ureña. "El español en Santo Domingo". Buenos Aires. 1940.

(20) En su "Diario"...

(21) Nombres de parajes: Ozama, Neyba, Jaina, Ocoa, Yaque, Boyá, Yabacoa, Duey, Bayaguana, Higüey, Dajabón, Cibao, Bao, Mao, Darién, etc. Nombres propios: Iguaniona, Onaney, Higuemota, Guarocuya, Tamayo, Mairení, Hatuey, Sobeya. De cosas: bohío, babeque, hamaca, conuco, batey, vagoniana, turey.

(22) "Los conquistadores y colonizadores trajeron del Viejo Mundo el trigo, el arroz, el café, la naranja, la manzana, la pera, el durazno o melocotón, el higo, la caña de azúcar, entre tantas otras plantas; trajeron el caballo, la vaca, el cerdo, el carnero, la gallina; importaron de Africa el banano, el ñame y la pintada o guinea. Adoptaron de los aborígenes el maíz— que todavía no se emplea como alimento en muchos países de Europa— la papa, la batata, el cacao, la yuca, el tomate, el maní, la enorme variedad de frutas tropicales— desde el ananás o piña, hasta la guayaba— el pavo, la perdiz nativa, y con ellas recibieron los métodos culinarios de los indios". Nota de Pedro Henríquez Ureña.

(23) Posiblemente fue traído de México a Las Antillas.

(24) Procedente de México.

(25) Se trata de un roedor que, según Miller, es el "Plagiodontia aedium hylacum". También se encontraba el xenodonte.

(26) Dijo Fray Bartolomé de Las Casas: "Dijeron los cristianos al Almirante que aquella gente toda era más hermosa y de mejor condición que había hasta entonces visto... cuanto a la hermosura no había comparación así en los hombres como en las mujeres, y que eran blancos más que los habían visto, y, señaladamente, decían que habían visto dos mujeres mozas tan blancas como podían ser en España".

(27) Correspondiente al jacal de los mexicanos.

(28) Marrero Aristry. Ob. cit.

(29) Ob. cit.

(30) Hoy "Museo del Hombre".

(31) Darío Suro. "Arte dominicano" Public. Ahora. C. por A. Santo Domingo. 1969.

(32) En su "Historia de la Medicina" dice Rafael Miranda: "El taíno aborigen de esta isla gozaba de una extraordinaria disposición para las artes manuales y si no hubiera sido por esta cualidad natural, imposible le hubiera sido realizar la obra artística que nos dejó en su cerámica bella y en la talla impresionante de la piedra, la madera y el hueso".

(33) Citado por Miranda (Ver nota 18).

(34) Esto lo podemos ver en un maravilloso vaso-efigie propiedad de don Néstor Julio de Soto.

(35) De la ya citada obra de Miranda transliteramos el siguiente párrafo: "La gentileza del joven Chanlatte (Luis Chanlatte Baik) nos hace llegar un dujo impresionante que sirvió, sin duda, para el rito de la cojoba. Se trata de una obra magnífica en que el autor se revela con perfiles maravillosos dejando en la gracia de su escultura sus grandes cualidades de tallista muy capacitado. El tronco de guayacán no fue lo suficientemente duro ante su diestra mano y con él talló la figura de un cemí en cuclillas y detrás de éste el pedestal del plato — asiento, tan bien torneados ambos, que más parecen obras realizadas con aparatos mecánicos modernos que por la mano de un hombre primitivo, todo en una pieza monolítica de unas 70 libras de peso".

(36) El tabaco es originario de Las Antillas y los indios lo fumaban enrollado la hoja seca.

(37) El polvo de la cojoba contenía alguna planta solanácea, como el chamico o cornucopia (Datura estramonio), además del tabaco y otras que el hechicero mantenía en completo secreto.

(38) Ob. cit.

(39) Usaban: almácigo, borraja, brusca, cañafístola, guásuma, higereta, yantén, maguei, malva, piñón, hien, jobo, etc.

CAPITULO III

LA PRIMOGENITA DE ESPAÑA EN AMERICA

COLON EN SANTO DOMINGO.



NINGUNA tierra impresionó tanto al Primer Almirante (Cristóbal Colón) como la isla de Quisqueya o Haití. Al verla por primera vez la comparó con un paraíso, y recordando el lar donde encontró amparo y protección, llamóla *La Española*.

Dijo Colón en su *Diario*:

"... hay unas vegas, las más hermosas del mundo y cuasi semejantes a las tierras de Castilla, antes estas tienen ventaja, por lo cual puse nombre a dicha isla, "Española" (1).

Las descripciones que hace Colón de la isla impresionan por la vehemencia pasional que puso en ellas. Esta era un paraíso en la hermosura de sus flores, la refrescante serenidad de sus ríos y el canto armonioso de los ruiseñores.

Pero cuando sus ojos se detienen en la vasta hermosura policromada del valle del Cibao, exclama con pueril entusiasmo lúdico:

"La Española es maravilla; las sierras y las montañas y las vegas y las campiñas y las tierras tan fermosas y gruesas

para plantar y sembrar, para criar ganados de todas suertes, para hedificios de villas y lugares...” (2)

En verdad que la dilatada hermosura del valle era estremeciente para los ojos ávidos de colores del aventurero romántico que se asomaba a estas bellezas vírgenes, hasta entonces insospechadas, y por eso exclama en un arrebató de entusiasmo:

“La isla Española... es la más hermosa cosa del mundo” (3)

Pero sobre todo le entusiasmaba ese tono primaveral — aun en invierno— de las flores, en el vasto jardín del valle, y era obsesionante para el limpio caracol de sus oídos, el canto del ruiseñor:

“Estaban todos los árboles verdes y llenos de frutas, y las yerbas todas floridas y muy altas, los caminos muy anchos y buenos; los ayres eran como en abril en Castilla, cantava el ruiseñor” (4)

No era sólo el ruiseñor el que con el mágico cristal de sus trinos encantaba sus noches; también le era fascinante el permanente grillar del bosque melodioso:

“Era la mayor dulçura del mundo. Las noches cantavan algunos paxaritos suavemente; los grillos y ranas se oían muchas...” (5)

El exaltado Colón, no tan dado a las exageraciones como Las Casas, pasó todas las impresiones que captaba por el tamiz de su alma, alma poética y estremecida de dulces impresiones. Sobre todo son notorias en él sus impresiones de la naturaleza:

“Y los árboles de allí... eran tan viciosos, que las hojas dexavan de ser verdes, y eran prietas de verduras...” (5)

Como se ve, el Almirante esmaltaba también metáforas tan

bellas como la de esos árboles “prietos de verdura”. Sus descripciones de la exuberancia tropical fueron punto de partida de todo un movimiento romántico de Europa: el salvaje, ingenuo y puro, feliz en el mundo paradisíaco del bosque virgen. (7)

Desde que los ojos del Primer Almirante de la mar oceana avizoraron las costas de La Española, quedó de tal manera cautivado (8), que la destinó para la gloria de todas las primacías. Es interesante que puntualicemos esto, porque no sabemos si es al influjo de una Leyenda Negra que gravita sobre la Promogénita de España, pero lo cierto es que hace mucho se nos disputan y discuten, empecinándose en el error, muchas de nuestras glorias.

Colón bautizó la primera porción de tierra quisqueyana descubierta con el nombre de *San Nicolás* (9), el 5 de diciembre de 1492; luego siguió rumbo al Este, y avistó una región donde, para regresar a España con el fin de dar cuenta de sus descubrimientos, construyó un frágil fuerte, que llamó *La Navidad*, el 24 de diciembre de 1492, con los restos del naufragio de la carabela *Santa María*, dejando en él una guarnición. Este fue el primer asiento de europeos en el Nuevo Mundo. (10)

En su segundo viaje, con mejores aprestos, tripulación más distinguida y el primer contingente de colonizadores, no le fatigó a Colón otro deseo que el de llegar presto a La Española, donde confiado al azar (11) había dejado un grupo de españoles, por cuya suerte temía. Su regreso a la tierra amada, el 27 de noviembre de 1493, se vio oscurecido por la sombra del dolor: el fuerte de La Navidad había sido destruido y asesinada su guarnición.

La causa de la destrucción del fuerte de La Navidad está aclarada ya: este puñado de hombres europeos, confinado en un pequeño espacio en un rincón de unas tierras desconocidas, prácticamente abandonado a su suerte, desesperaba por el regreso de los que partieron, único puente de esperanza con la civilización. Hombres intrépidos, pero aventureros, porque sólo aventureros pudieron lanzarse al azar del primer viaje, perdidos

los frenos de la civilización y en acción los resortes del desespero, abandonaron el recinto del fuerte y salieron por los dominios del jefe Guacanagarix, que se decía su amigo. Sadismo y desenfreno sexual, nostalgia y aburrimiento movieron sus actos. Y, presa de la locura selvática y de la brama animal que les despertaran los paradisíacos parajes, se entregaron a tropelías sin cuento, especialmente con las mujeres nativas. Ellos se sentían los dueños, con sus arcabuces y su superioridad española, frente a los indios desnudos, presos en las redes de la holganza, y sólo con flechas y aljabas para defenderse.

Pero la superioridad numérica venció. Caonabo, el más belicoso jefe de la isla, no tenía las contemplaciones de Guacanagarix. Vino con su gente y exterminó la guarnición. La actitud de uno y otro se justifica por las circunstancias.

Todavía hay más. Diego de Arana, jefe del fuerte (12), quiso frenar los desmanes de los suyos. Pero fue extremadamente severo, y quizá este mismo exceso de celo precipitó los acontecimientos. Es fama que el propio Guacanagarix salió en defensa de los extranjeros, lo que muchos ponen en duda.

Así comenzaron sus actividades conquistadoras los españoles en América.

Colón, empero, pensó que lo sucedido era un simple incidente, y avanzó en la Isla, hasta fundar más al Este la primera población de América, a la que puso *La Isabela*, como homenaje a la Reina Católica de Castilla, a fines de 1493, en la desembocadura del río Bajabonico. Las ruinas de La Isabela en el Norte de la República son hoy objeto de honda curiosidad de parte de investigadores de diversas latitudes.

A partir de este momento, toda una gran etapa de la Historia de Santo Domingo está vinculada a Cristóbal Colón y los suyos.

Allá, en La Isabela, dejó el Primer Almirante de la mar oceana, a su hermano Diego Colón, y levantando las edificaciones de más urgente necesidad, destinó una a la iglesia, donde el padre Bernardo Boyl y doce sacerdotes acompañantes oficiaron la primera misa del Nuevo Continente, el 6 de enero

de 1494, Día de los Reyes, que resonó en las soledades selváticas de América como un dulce augurio de la alta misión que desempeñarían los sacerdotes, en la obra humanizante y civilizadora de América.

Nuevos viajes hizo Colón a su isla predilecta. Siempre venía henchido con el caudal de innúmeras pasiones, a los parajes donde albergó todos sus desengaños y sus altas esperanzas. Aquí sufrió vejaciones, pasó el humillante trance de la prisión, y amó, quizá; pero vivió la estremeciente poesía que conmovió su alma. Por eso deseó reposar aquí eternamente y por una vez el destino le fue favorable cuando quiso que los restos que se llevaron a Cuba, cuando los españoles abandonaron la isla, fueran los de su hijo Don Diego y no los suyos. (13) Y aquí está, en la tierra de sus amores, por siempre y para siempre quien, domando el mar a su antojo, engarzó el sol, como un topacio de fuego, en la brillante corona de la gloria para brindársela a España en la clara mañana del 12 de octubre de 1492.

PRIMERA CIUDAD DE AMERICA.

Después de haber abandonado la costa Norte del país, en busca de nuevas perspectivas, y, más que nada, atraídos por el hallazgo de pepitas de oro en las quietas arenas del río Jaina, decidió el entonces Adelantado Don Bartolomé Colón, hermano del Almirante, fundar en la margen oriental del río Ozama, en el Sur, una ciudad, la *Nueva Isabela*, o Santo Domingo del Puerto el 4 de agosto de 1496. (14) Destruída por un huracán, urgió al entonces Gobernador, Frey Nicolás de Ovando, cruel y progresista, a trasladarla a la margen occidental del río Ozama, donde se trazó la primera gran ciudad del Nuevo Mundo en 1502: la ciudad de Santo Domingo de Guzmán. (15)

La figura del cruel Frey Nicolás es controversial ante la Historia. Nadie más cruel que el Comendador de Lares (título que ostentaba Ovando). La matanza de Jaragua, el ahorcamiento de Anacaona, la dulce cantora de *areytos*; el exterminio brutal de los indios del cacicazgo de Higüey, perseguidos con perros amaestrados que desgarraban con furia

sus carnes, son manchas en la historia de la conquista. Mas a él también se le debe el principio del esplendor que alcanzara la ciudad Primada de América. Su espíritu progresista, que le hacía emprenderlo todo en grande, pronto se puso en acción. Ninguna ciudad antigua o moderna creció con igual rapidez. No se limitaron a usar la madera y la yagua para levantar casuchas donde refugiarse de las inclemencias del tiempo en esta inculta tierra tropical, sino que utilizaron la piedra, material de eternidad, la domeñaron a fuerza de pulimento y cincel, le dieron forma, y levantaron alcázares y catedrales de estilos elegantes, trayendo a la isla antillana el boato y esplendor de la Europa renacentista.

En la primera mitad de ese siglo XVI fecundo, la actividad febril coloca en primer plano en nuestra querida ciudad de Santo Domingo:

“De hecho —afirma Walter Palm— todo lo que la ciudad recién fundada podía necesitar estaba terminado, o para ser terminado en estos decenios: el Hospital y la Iglesia de San Nicolás de Bari, las iglesias de los franciscanos (16), de los dominicos, de los mercedarios, la Catedral; ya tenía muchas casas de particulares, algunas de piedra buena, otras de tapia, el palacio del Almirante Don Diego Colón, una Universidad, el hospital de San Andrés, edificios de administración, moneda y Atarazana, y en cuanto a las obras militares: una Fortaleza, tres puertas acabadas y una cerca de muros en construcción” (17)

Es tal la rapidez del crecimiento de la ciudad que mueve a admiración (18) y en 1525 (o sea veintitrés años después de su fundación) el cronista Gonzálo de Oviedo escribe en su *Historia General y Natural de Indias*:

“Cuanto a los edificios, ningún pueblo de España, tanto por tanto, aunque sea Barcelona, la cual yo he muy bien visto muchas veces, le hacen ventaja generalmente; porque todas las casas de Santo Domingo son de piedra como las

de Barcelona, por la mayor parte, o de tan hermosas tapias y tan fuertes, que es muy singular argamasa, y el asiento muy mejor que el de Barcelona, porque las calles son tantas y más llanas y muy anchas, y, sin comparación, más derechas" (19)

De los cronistas españoles, quizá sea Oviedo uno de los más veraces. Amó a Santo Domingo casi tanto como a España y dedicóle en su Historia páginas encendidas de elogios. En Santo Domingo murió añorando, como buen español, su patria, pero encantado en las nuevas tierras que amó en lo profundo de su corazón. (20)

La Catedral de Santo Domingo (convertida en Basílica de Santa María la Menor) que es la Primada de América (21), se proyectó en 1514, según planos enviados por el Maestro mayor de la Catedral de Sevilla, ALONSO RODRIGUEZ. Es un bello edificio gótico isabelino, con tres naves separadas por un bosque de columnas con capiteles que rematan en un penacho de palmeras, cuyas ramas, como nervura bordada, hacen un hermoso dibujo en la bóveda. Las bóvedas y arcos que se construyeron en Santo Domingo son los primeros que se hicieron en América, porque los arquitectos mexicanos e incas no los conocieron. Los indios del Caribe desconocían los más sencillos rudimentos de arquitectura, por lo que se puede decir que la obra es exclusivamente española, (22) y fue consagrada en 1540 por el Arzobispo Alonso de Fuenmayor. Ese día resonó por primera vez en América la música celeste de un órgano.

La Catedral tiene 32 capillas, cada una con un estilo y sus propios ornamentos. Algunas fueron obras de otros arquitectos: por ejemplo, la del Arzobispo Lavastida es obra de RODRIGO DE LIENDO, un discípulo de Alonso Rodríguez. La fachada, ejemplo renacentista, es de un hermoso estilo plateresco, mostrando un espléndido dibujo que recuerda vagamente al barroco naciente, con puertas gemelas separadas por una columna corintia, coronada por un escudo de armas que los haitianos destruyeron durante la ocupación. En nichos

separados se encontraban las estatuas de bronce de San Pedro y San Pablo que el pirata Drake arrancó de allí.

Un friso plateresco con un medallón en el centro muestra un busto hermoso de mujer — con rígidos senos de piedra. La Catedral quedó sin su torre, acaso previendo que ésta sería muy visible al blanco de los cañones de las naves enemigas de España.

El monasterio de San Francisco es considerado el primero del Nuevo Mundo. Fue construido por los padres franciscanos que se establecieron en Santo Domingo desde el 1502, y construyeron de inmediato su monasterio de paja. Pero después del 1508, cuando un huracán lo destruyó, se levantó de piedra y reconstruido en 1606 luego de ser destruido por el corsario Drake. La estructura del convento de San Francisco, cuyas ruinas se yerguen con gallardía en una elevación del centro de la ciudad, era, pues, de una imponente abrumadora, como la Iglesia de las Mercedes (de estilo románico) que se conserva aún. Ambas son obras del Maestro Rodrigo de Liendo.

RODRIGO DE LIENDO es el supremo arquitecto del siglo XVI en La Española, y se cuenta entre los discípulos de Alonso Rodríguez, por lo cual es presumible que trabajara en la construcción de la Iglesia Catedral, según plano de su maestro, quien no llegó a Las Indias. Liendo vivió en La Española aproximadamente treinta años (de 1525 a 1555). Entre las obras que se le atribuyen están: la iglesia de los mercedarios, la de los franciscanos, la capilla de Lavastidas —en la Catedral— y la Puerta de San Diego a la entrada del puerto, todas con sencillos y primorosos detalles platerescos. También se le atribuye el friso plateresco de la fachada de la Catedral.

En la Capilla de Lavastidas, como hemos dicho, está la mano experta del arquitecto hispano. Hay en ella una propensión al barroco pues “el casquete de la cúpula está articulado por ocho nervios radiales en forma de doble voluta, que, subiendo desde el arranque de la cúpula se apoya contra el lístel dispuesto a modo de anillo concéntrico bajo la linterna”.
(23)

Parece que Liendo no llegó a terminar el monumental convento de San Francisco, pues todavía en las *Relaciones* del

Alcocer aparece como inconcluso. Pero hay evidencias de que hizo muchas otras obras, pues en un documento del 15 de marzo de 1555, en favor de su hijo, publicado por el Padre Utrera, consta que el célebre arquitecto "ha hecho muchas otras obras iguales en la cibdad, que por yndustria se han hecho ansy en la cerca de esta cibdad, como en la fortaleza, como en el traer agua a la plaza..."

Quizá a Liendo se debieron los planos de las tres puertas que se mencionan en la muralla de la ciudad, alguna con estilo donde se amalgama el gótico renacentista con el plateresco.

Rodrigo de Liendo, aunque no es un paradigma en el arte arquitectónico está muy ligado a nuestra tradición monumental del fecundo siglo XVI.

¿Quiénes fueron los artesanos que tallaron la piedra y elevaron los elegantes monumentos del siglo XVI? Se sabe que en el 1510 el Rey de España ordenó el trasladado a La Española de maestros oficiales para "la construcción de justicia y recaudación de la Real Hacienda", que trajeron, probablemente, los planos de la Catedral del Maestro Alonso Rodríguez y los del Alcázar. Esos maestros constructores tenían la idea de lo que era el trópico, pues planearon casas abiertas y aireadas, con patios interiores, como las casas andaluzas.

Como hemos dicho, el convento de los padres franciscanos es una admirable edificación de estilo hispánico. Su portal se construyó alrededor de 1555, obra de Liendo, y de una sobria simpleza singular, seriamente clásico. Contaba, como la iglesia de las Mercedes, de una nave central única y ocho capillas laterales, con ábside poligonal y coro alto. Ambas iglesias tenían sus claustros laterales. La iglesia de la orden de los mercedarios se construyó entre los años 1527 y 1555, cuando se dio como concluida.

Tal como dijimos, ocho capillas limitan lateralmente una nave central única de recios contrafuertes y una bóveda de crucería con arcos torales, ábside poligonal y coro alto anterior. Tiene un estilo rancieramente gótico. La planta de la iglesia es un sexágono poderoso, con bóveda poligonal en forma de concha,

que se transforma en puchina para una linterna cilíndrica de cuatro luces.

También conservamos en ruina los paredones de lo que fue el Hospital de San Nicolás de Bari, primero de América (24) y que se funda a fines de 1503.

Vale la pena detenernos un poco en algunos pormenores de cómo surgió esta fundación. En el punto donde hoy se eleva la iglesia de la Altigracia, existía un pobre bohío de palmas donde una negra piadosa, cuyo nombre no nos guardó el historiador, recogía los enfermos, y, de acuerdo con sus posibilidades, que eran pocas, los cuidaba y curaba. Allí estaba la sede de la capilla de Nuestra señora de la Altigracia. Estimulados por tan noble ejemplo, algunos vecinos se dedicaron a aprontar dineros, habidos de limosnas, para ayudar a la manutención de los enfermos.

“Vino a este tiempo por Governador de esta Ysla don Nicolás de Ovando, Comendador de Lares; tomó a su cargo esta sancta obra y edificó la fábrica material que oy tiene; applicó todo su peculio para ella, y por atención a este cavallero tan principal, protector de dicho hospital, se le dedicó a Dios con título de San Nicolás” (25)

Al principio, este establecimiento contaba sólo con seis camas; en 1519 su pobre construcción se sustituyó por otra más sólida, y, al fin, la definitiva, en 1552, que es la que se puede ver en ruinas hoy. Erwin Walter Palm (26) afirma que en la segunda mitad del siglo XVI albergaba de 50 a 60 enfermos, con un total de 700 al año. Luego existieron dos hospitales de piedra en la ciudad (27), además del ya mencionado de San Nicolás de Bari (28): el de San Andrés, destinado a los indios, que fue quemado por los áulicos de Drake en 1586, y el hospital de San Lázaro, para los leprosos, construido en el segundo decenio del siglo XVIII.

Ya en el segundo decenio de dicho siglo había en Santo Domingo un edificio de piedra donde se alojaba la primera Universidad del Nuevo Mundo y la Casa de la Moneda, cuya

fachada se conserva intacta, exhibiendo un estilo plateresco. Recibe este nombre por los cinco medallones de piedra que ornán la portada (tres encima y dos a cada lado). Aunque en esta casa no se acuñó moneda, frente a la misma quedaba la edificación donde se acuñaron monedas fiduciarias por primera vez en nuestra América.

Según Palm, los elementos arquitectónicos de las casas de familia de la era colonial recuerdan en sus planos, las construcciones romanas. (29) Y señala, entre otras cosas, la disposición de los aposentos alrededor de un centro, semejante a un atrio, lo mismo que las casas pompeyanas. Al lado de estas casas se levantan, pintorescas y floridas, las casas andaluzas, cuyos planos trajeron los operarios de Alonso Rodríguez. En estas casas se construían dos patios, separados por un espacio cubierto, con techo en bóveda, que centraba una o dos habitaciones. El segundo patio (que llamaban traspatio) era un huerto donde habitualmente quedaba la cocina. Tómese en cuenta que el sistema de dos patios es también romano. De modo que eran casas que, en lugar de sistema centralizado, tenían un anexo o martillo. Estos tipos de casas —muchas de las cuales se pueden ver restauradas en la ciudad colonial— de puro corte medieval prerrenacentista, le dieron un aspecto muy singular a la Primada de América, el cual concitaba admiración a quienes la visitaban.

Dice al respecto Palm:

"... el aspecto rígido y exageradamente ciudadano de tal casa —se trata casi siempre de casa de dos pisos— recuerda más bien el ambiente angosto de las ciudades europeas de fines de la Edad Media, sin posibilidad de extenderse fuera del recinto amurallado; en segundo lugar, la disposición de las habitaciones que dejan el cuarto intermedio sin luz, hecho que se explica mejor por la costumbre europea, y, finalmente, el amalgamiento posterior de los planos primitivos con un tipo de construcción más adaptado al clima que los colonizadores hallaron en Santo Domingo,

sugiere que estamos frente a la primera tentativa de construcción en el Nuevo Mundo" (30)

La primera casa construida en la Isla —primera casa de piedra de estilo europeo en América— es la *Casa del Cordón*. (31) Ya lo señala Oviedo al apuntar que “el primero que fundó casa de piedra o al modo de España, fue Francisco de Garay”. (32) Data del 1503, y se estilizó con un muy sobrio gótico isabelino, donde a la piedra se le imprimen relieves que se retuercen como un encaje. De un folleto del Patrimonio cultural copiamos:

“... y alojó en ella los primeros años de estada del Virrey Diego Colón y de su esposa, la virreina Doña Maria de Toledo, mientras se construía el palacio virreinal o Alcázar de Colón que fue su posterior morada. En sus salas se debatieron los destinos de las Indias, ya que en ellas fue instalada por vez primera en el Nuevo Mundo la Real Audiencia, Tribunal de Justicia para la Isla y para todo el resto de las posesiones españolas en esta parte del continente americano”. (32 bis)

Falta establecer si la bellísima casa situada en la calle de *Los Plateros* (hoy Arzobispo Meriño), que ostenta en su fachada, junto a dibujos de orfebrería un bellissimo cordón de piedras, es la de Garay, señalada por Oviedo, o bien ésta estaba en la calle de *Las Damas*, pues el historiógrafo asevera que tal casa se encontraba cerca del puerto.

Otros edificios particulares de sillerías persisten todavía.

También en piedra dura y con alta bóveda se construyó junto a la ría Ozama, el edificio de aduanas, esto es *La Atarazana*, la única existente en Hispanoamérica. Esta se construyó por disposición de los Reyes que establecieron que para el comercio entre América y Europa se construyeran dos aduanas, una en Cádiz, España, y otra en Santo Domingo bajo el cuidado del contador Juan Soria.

Otra construcción del siglo fue la iglesia de Santa Bárbara,

edificada por Alfonso de Peña y derribada por un fiero huracán en 1591, lo que obligó a reconstruirla en el 1600. El interior es gótico, esencialmente sobrio, con algunos retablos barrocos y hasta rococó. Detrás de la iglesia se construyó un fuerte, también llamado de Santa Bárbara, para defender la ciudad. Y también a este siglo pertenecen el santuario de Nuestra Señora de la Altagracia, en Higüey, por obra de Simón Bolívar, abuelo paterno del Libertador de Venezuela, y el de Nuestra Señora de Agua Santa, en Boyá, (33) aunque no se sabe si su construcción definitiva ocurrió en el siglo XVII.

Para la época en que llegó a la isla el Virrey Don Diego Colón, con su bella esposa, ya, al impulso de Ovando, cuya mansión ostentaba su escudo nobiliario, la iniciativa privada había aportado notable aporte al progreso urbano de la primera ciudad de América. A la casa de Garay siguieron la de Alonso del Viso, de la Orden y Caballería de Calatrava; la del piloto Roldán, y, en cuarto lugar, la de Juan Fernández de la Varga.

Otra cosa es el Alcázar. El hijo del Primer Almirante lo hizo fabricar para alojar allí su corte, que concibió con todo el boato y esplendor de la de España. Amplios salones, arcos mozárabes, ventanales góticos, tapices y muebles sorprendentemente lujosos, descansando sobre magníficas alcatifas, constituyen un ejemplar cabal del esplendor de ese siglo XVI.

Esta actividad fabril no se paraliza ni aun con la despoblación, que, desde hora temprana de la conquista se inicia, merced al descubrimiento de nuevas extensiones ricas en el continente. A la admiración de los españoles se abre la tierra de México, con su deslumbrante imperio azteca; Perú, con su civilización de los incas y su dorado atuendo que enciende la ambición: Guatemala, en Centroamérica y Argentina en el extremo Sur. Pero el movimiento cultural y progresista de la primera ciudad del Nuevo Mundo no se detiene por esto. Hay, sí, un desmedro de actividades en el siglo XVII, y por eso el estilo *herreriano*, triunfante en España y el *barroco* exuberante peninsular no penetraron en la Española. La situación de la

colonia marcha hacia el desastre después de la invasión del corsario inglés Sir Francis Drake, en 1586 y de las despoblaciones de Osorio en 1605-1606. (34)

Si en lo arquitectónico el siglo XVII no aporta casi nada, el XVIII contempla un ligero esplendor urbanístico de la señorial ciudad de Santo Domingo del Puerto:

“... a principios del siglo XVIII —dice Palm— hay evidentes señales de una reactivación arquitectónica. Durante el primer cuarto ya se ha erigido una importante iglesia, la del convento de Regina Angelorum (en 1722) y desde el 1714 se está trabajando en la construcción de la de los jesuitas, (35); labores que en 1740 todavía no han terminado. El colegio de los mismos religiosos se acaba en 1735. Por otro lado, doquiera se renueva y embellece. La capilla del Carmen se agranda y se le añade un nuevo portal en 1724 (36); el imafrente de la iglesia de la Tercera orden de los dominicos muestra idéntica fecha y la del convento de los mismos frailes se restaura en 1746” (37)

En el siglo XVIII se construyó la iglesia de Regina Angelorum, quizá en la segunda década, pues consta en los archivos que el 18 de diciembre de 1722 recibió sepultura allí la monja Francisca de Rondón, quien fue, según Fray Cipriano de Utrera “la primera que se enterró en la bóveda del coro bajo de la iglesia nueva”. El gótico del interior consta de una sola nave y bóveda de piedra calcárea que el tiempo ha cubierto de oscura pátina, la cual se sostiene sobre recios contrafuertes laterales. La fachada es simple y de sobria belleza gótico-plateresca, bipartida, flanqueada por dos ventanas. Hay muchos pequeños detalles barrocos, como se ve en las traspuestas Oeste donde “los vértices de la nervura dan vida a pequeñas volutas, los pies del arco empiezan a enroscarse, y las puntas agudas florecen en una especie de lirio” (38)

Proveniente, quizá, de la plastia sepulcral del siglo XVI, en el centro del frontón, emerge una cabeza de Virgen, de busto

hermoso, vestida con elegancia cortesana, en el arco semiojival situado sobre el nicho de la fachada.

Huellas de ese esplendor quedan diseminadas en la que es hoy la gran urbe capitolina de la República Dominicana. Ese ejemplo de nuestro pasado florecimiento nos enorgullece, y aunque hay quienes al ver la piedra labrada donde el cantero español labró la cinta del arabesco o el rosetón barroco, piensan sólo en el indio mísero que, bajo el sol, sudoroso y maltratado se aniquilaba en la actividad fabril, nuestra imaginación ve más lejos: la nave donde Montesino, por primera vez, gritó en defensa de la raza indígena, de la igualdad y el amor; la bóveda bajo la cual Enriquillo y Mencía se juraron eterno amor; los paredones derruidos de San Nicolás que contemplaron los primeros actos de piedad cristiana en favor de los enfermos, y, por último, los muros que contemplaron los primeros atisbos del cristianismo en la tierra americana.

Hoy, cuando la ciudad de Santo Domingo, tras un largo lapso de sopor, ha recuperado su esplendor primigenio, debemos volver los ojos con orgullo a la gloria de su primer abolengo. De Pedro Henríquez Ureña, el gran humanista dominicano, copiamos el siguiente párrafo:

“La ciudad de Santo Domingo del Puerto, fundada en 1496, se quedó siempre pequeña, aun para los tiempos; inferior a México y a Lima; pero en el mar Caribe fue durante dos siglos la única con estilo de capital, mientras las soledades de Jamaica o de Curazao, y hasta de Puerto Rico y Venezuela, desalentaban a moradores hechos a la cultura y vida social como Oviedo, el obispo Bastidas, Lázaro Bejarano, Bernardo de Valvuen. Los estudiantes universitarios acudían allí de todas las islas y de la tierra firme de Venezuela y Colombia. La cultura alcanzaba aun a los indios: Juan Castellanos describe al cacique Enriquillo, el gran rebelde, a quien educaron los frailes de San Francisco en su convento de la Verapaz, como “gentil lector, buen escribano” (39)

Junto a las ondas quietas del Ozama, y retratándose en ellas, con la pureza de su recato, "la ciudad fue recta y amplia como su propio pensamiento" (40).

LA VIDA EN LOS TIEMPOS DEL VIRREINATO.

Toda la vida colonial de la primera ciudad del Nuevo Mundo está vinculada a dos nombres ilustres: el Comendador de Lares, Frey Nicolás de Ovando, fundador e impulsador de la misma, y Diego Colón, el primer y único virrey de la Española, bajo cuya tutela alcanzó la nueva urbe inusitado esplendor.

Frey Nicolás de Ovando es una de las personalidades más interesantes de la Historia de América, en la época colonial. El recuerdo de sus crueldades ha hecho que abjuremos de su nombre y se eche agua tibia sobre el pequeño monumento de su memoria. Y, sin embargo, fue un digno representante de la pujanza hispánica del siglo XVI. Joaquín Balaguer lo llama "el apóstol de la civilización" (41). Y agrega:

"Los siglos no han borrado las señales que denuncian el paso por la isla de Santo Domingo de este colonizador extraordinario. Una huella firme, como la de un hachazo, perdura donde quiera que este atleta de la acción estampó la garra de su voluntad dominadora. Todo lo que construyó este gran realizador tiene un aliento de perduración que lo torna incontrolable: sus mismas fábricas permanecen intactas, invulnerables al paso de los siglos, mientras a sus pies pasan los hombres, transformándose en polvo vil y en humo perecedero". (42)

Después de hacer un paralelo entre el Padre Las Casas, a quien llama "funesto personaje", ya que su obra conduce a la esclavitud del negro, y Ovando, pide un pedestal para éste, más recio que el que se ha construido para el apóstol de los indios, cuyo apostolado tiene trágico epílogo en las luchas sangrientas entre dos porciones raciales que comparten la Isla.

“La obra de Ovando —dice Balaguer— se impuso y se impondrá siempre a la admiración de los hombres por su fecundidad asombrosa: de él emanan los principios básicos sobre los cuales se modelaron más tarde, en todo el continente, las instituciones coloniales; fue él quien levantó las primeras grandes ciudades que existieron de este lado del océano; a él se deben los primeros esfuerzos encaminados a crear un gobierno colonial de tipo europeo en las tierras descubiertas y a extender en ellos el imperio de los fueros civiles; es él quien instauro por primera vez en América la autoridad de la ley y ajusta a sus dictados, como una malla de hierro, la indisciplina y la arrogancia de los aventureros de la conquista; a su prodigioso genio constructivo se deben las primeras grandes fábricas que se levantaron en la primogénita de las colonias de España; de él, por último, recibió el progreso de Santo Domingo, en el corto lapso de seis años, un impulso superior al que recibió de sus otros gobernantes en los cuatro siglos de estancamiento colonial durante los cuales permaneció detenida la corriente de la historia” (43).

Cuando hoy recorremos con los ojos de la evocación lo que fue ese Santo Domingo de los primeros días de la colonia, lo que se realizó en este pedazo de tierra, no podemos más que rendirle el tributo de nuestra admiración a este gigantesco personaje, y continuar, con palabras de Balaguer:

“Pero si a Frey Nicolás de Ovando no le fuera suficiente, para ser uno de los más grandes colonizadores de todos los tiempos, la proeza increíble de haber fundado diez ciudades (44) y de haber convertido el primer establecimiento colonial que existió de este lado del Océano en un centro sólo comparable, en el mundo de aquella época, con la Córdoba erudita de los grandes días del califato, le bastaría para merecer nuestra admiración fervorosa, el hecho de haber sido el hombre que más amó, después del Descubridor, el pedazo de tierra que sirvió de

estribo a la España de la conquista y que fue el primero que vio pasar, vestida de hierro, la civilización cristiana"
(45)

¡Qué ceguera intelectual la de los hombres que no pueden ver estas cosas, envenenados por el recuerdo de las crueldades propias de aquella época!

Culpa del tiempo son y no de España

dijo el poeta Quintana; y lo expresa mejor el romance:

*Que no se es cruel si se nace
en tiempo que importa serlo.*

A Frey Nicolás siguió Diego Colón. Sigue el boato a la austeridad.

Diego —hijo del Primer Almirante— aspiraba a obtener todos los privilegios a que era acreedor por herencia de su ilustre padre. Emparenta con el Rey al casar con la hermosa dama Doña María de Toledo, sobrina del Duque de Alba. A través de sus vidas floreció un amor que Manuel de Jesús Galván idealiza en su libro *Enriquillo*, la mejor novela histórica escrita en América.

Nombrado Virrey de las tierras descubiertas, con asiento en la Española, parte Don Diego Colón hacia la tierra de los amores paternos en 1509, acompañado de su ilustre esposa, astro que ha de esplender en el cielo de la corte antillana; sus tíos Bartolomé y Diego Colón, su hermano Fernando, un séquito de caballeros muy principales con sus esposas, así como treinta doncellas jóvenes, de muy buenas familias, dispuestas a difundir la prosapia de su abolengo en el virreinato naciente. Como se ve, el español que viene a La Española ya no es atraído por el candil de la aventura. Don Diego trae a América aires de ínclitas grandezas, una canción de España de soberanas resonancias y un nuevo concepto de colonización que puede llamarse civilizador. Vienen maestros, sacerdotes, médicos y juglares.

El 11 de julio de 1509 arribaron a la ciudad de Santo Domingo las naos de tan espléndida comitiva. Aunque el gobernador Ovando estaba ausente, vino poco después a la ciudad de Santo Domingo y cordializó con el Virrey. Y poco después partió para España. (46)

Desde entonces la colonia conoció el tráfago de las grandes ciudades europeas. Hubo fiestas y saraos durante un mes, habiendo acudido a la ciudad de Santo Domingo colonos de todos los puntos de la Isla.

De seguida empezó la construcción de su Alcázar, que ya para el 1512 estaba habitado, aún sin concluir. En el ínterin los virreyes se instalaron en la casa de Garay. El Alcázar es un edificio rectangular, con dos cuerpos extremos y una doble galería, a ambos lados de la crujía central. Es un edificio francamente renacentista, con dispersos detalles moriscos y una fachada gótica isabelina.

Se inicia la *Edad de oro* de la primogénita de España.

Don Diego se instaló en su Alcázar con dignidad real. Enjoyó de luces sus salones, los llenó de alcatifas y tapices, así como de lujoso mobiliario. Mujeres bellas tejían deliciosas intrigas amorosas con románticos caballeros en sus amplios pasillos cómplices; hombres ricos vinieron a instalarse en la ciudad. Aventureros urgidos de presea pasaron por sus ámbitos florecientes.

En el salón principal del Alcázar se organizaron recepciones, bailes y simposios. Se dice que el primer baile europeo celebrado en América se efectuó en 1509 en la corte de María de Toledo, o en La Vega en 1510, cuando el Padre Las Casas fue consagrado como Sacerdote. Los virreyes trajeron sus propios músicos y entre otros se menciona a Rui González, portador de una vihuela de cuerdas y a Fernando Morales, que trajo dos.

En los jardines del palacio virreinal furtivos idilios se incendiaron y se organizaron partidas de caza de alta cetrería, con azores, en cuyo adiestramiento parecía destacarse el cacique Enriquillo. (47)

UN ROMANCE EN EL ALCAZAR

Entre los romances que surgieron al amparo de las piedras del Alcázar se cuenta el de doña María de Orozco y don Luis Colón Toledo (48).

De paso para Guatemala arribaron a la ciudad de Santo Domingo, en marzo de 1539, tres naos que comandaba el prestigioso Adelantado Don Pedro Alvarado, antiguo lugarteniente del ex escribano de Azua, Hernán Cortés, conquistador de México. Como acontecía con todo personaje ilustre, fue invitado con su séquito a que fuera huésped del Alcázar. Acompañaba a Alvarado, su esposa Doña Beatriz de la Cueva, y unas cuantas doncellas, entre otras, Doña María de Orozco, quienes también fueron invitadas al Palacio. Las doncellas de doña Beatriz, Francisca de San Martín y doña Isabel de Saavedra, la acompañaron al Palacio. A los huéspedes se les asignó la planta baja, mientras los virreyes ocupaban la alta.

Las damas de Doña Beatriz brujuleaban por el jardín, mostrando sus encantos, el delicioso rubor de su ingenua doncellez, la flor primaveral de su alegría.

Y fue ocasión de que viera a la Orozco uno de los hijos de Don Diego, don Luis, que entonces tenía diez y siete años y a quien llamaban *El Almirante*. Temperamento romántico, encendido por el calor del trópico y la soledad, se enamoró de doña María, concibiendo la idea de desposarla de palabra, modalidad arraigada y válida, aunque sancionada por la Iglesia. Era la única manera de alcanzar a casarse con la dama de sus sueños, dando por segura la oposición de sus padres, que planeaban para Luis un matrimonio linajudo cual correspondía a su nombre y fortuna. Los deliquios de amores muchas veces obtienen el perdón y Luis sintió muy profunda la saeta del Arquero divino para que desistiera de su empeño de ganar la mano de aquella anhelada mujer. Y se valió de un ardid para lograrlo.

Una noche, una criada se acercó a doña María de Orozco para decirle que doña Felipa Colón Toledo (49), hermana de

Don Luis, deseosa de platicar con ella, la invitaba a pasar a sus habitaciones; mas, después de ascender a la segunda planta, al detenerse en la galería frente a la presunta habitación de doña Felipa, la criada rió al decirle que era Don Luis quien quería hablarle. La puerta estaba cerrada, pero a través de la reja se podía ver la persona que estaba detrás y aun darle la mano. De primera intención, temerosa, la doncella no accedió a la insinuación de su enamorado galán de quedarse allí, antes bien le dijo que su señora Doña Beatriz urgía de su presencia. Pero luego volvió, esta vez con otra criada, mientras a la puerta de la habitación vigilaban dos compañeras y arriba de la galería vigilaba un criado. La luna tropical brillaba en el cielo desparramando, con plata de inusitado fulgor, su luz.

A través de la puerta comenzaron su plática estremecida, hasta que el hijo de Don Diego le espetó esta pregunta:

— ¿Queréis os casar conmigo?

Débilmente ella respondió “no”, negativa que el tono desmentía, agregando que no había venido a otra cosa a América, pero que Su Señoría debía buscar a otra su igual. ¿Podía tal débil negativa ser fortaleza que atalayara la timidez de la doncella en contra de aquel amor? Argumentó Don Luis con palabras de pasión; le abrió su pecho para mostrarle el corazón sangrando amor desesperado, y, por fin, vencida ya Doña María, le dijo que “sí Su Señoría le hacía la merced, que ella quería recibir”.

Entonces él extendió la mano por entre la reja de la puerta, tomó la de Doña María de Orozco y le dijo:

—Doña María, ¿otorgáis -os por mi esposa y mujer, como lo manda la Santa Madre Iglesia?

Ella contestó:

—Sí, otorgo.

El acentuó:

—Pues yo me otorgo por vuestro esposo y marido.

A lo que ella concluyó:

—Pues así os recibo.

Era una acción que tenía la fuerza de un matrimonio legal.

La criada testigo se alarmó y dijo a una de las doncellas vigilantes:

—Hago os saber que el Almirante y doña María se han casado.

La doncella se fue, enojada, a dormir, mientras quedaron solos los amantes en sus requiebros ante la impertinente puerta medianera. El le pidió un recuerdo; ella le dio una cinta negra de sus cabellos.

La madeja se desenredó al otro día. Doña María de Orozco subió con varias amigas a la galería cuyos arcos romanos dan el patio. En una de las ventanas estaba don Luis, y al ver a su amante le dijo en presencia de todas:

—Doña María, ¿acordáis os de lo que pasamos anoche?

—Sí.

—¿Qué fue lo que pasamos?

—Que sois mi marido y yo vuestra mujer.

—¿Otorgáis por mi esposa y mujer?

—Sí, otorgo.

—Pues yo me otorgo por vuestro esposo y marido como lo manda la Santa Madre Iglesia.

La alarma se esparció. Doña María de Toledo ardió en enojos. Ese matrimonio no era lo que había soñado para su hijo, descendiente de los duques de Alba y heredero de las glorias de su abuelo. Pedro Alvarado resintóse de la cólera de su huéspeda, pero más que nada le fatigaba la tristeza de que por mor de una dama de su séquito existiera inquietud en el palacio de su bondadosa anfitriona.

Se decidió, como remedio heroico, echarle tierra al asunto. María de Orozco y sus amigas fueron encerradas, sin permitirles comunicación con nadie. En tanto, el desesperado amator veía, con el corazón lacerado, que se acercaba la hora en que los viajeros debían de partir para Guatemala y con ellos, el objeto de sus desvelos. Mandóle a decir a su amada que permaneciese en La Española. Ella le respondió que se quedaría si él la rescataba del Oratorio. Don Luis no se atrevió a tanto y vio, días después, con tristes desesperanzas, cómo se perdía a lo

lejos, aquende el horizonte del mar, el albicante velamen que conducía lejos a su amada.

Viene la parte novlesca y triste del romance. Don Luis escribió a su amada ausente cartas anhelosas con reiteradas protestas de amor. Endechando tristezas de desgarrante pasión junto a las ondas del Ozama, maldecía a la que sin compadecerse de sus angustias se negaba a contestar sus cartas, acaso como castigo a su flaqueza. Pero se equivocaba; Doña María también, despechada y llorosa, se sentía cada vez más defraudada en su amor. Ninguna carta de Don Luis llegaba a su poder. Allá, en la señorial Guatemala, interceptaba Alvarado las perfumadas misivas y las destruía después.

Y casó Doña María de Orozco, al fin, con el Tesorero de Guatemala, don Francisco Castellanos, de quien hubo muchos hijos.

Aquí terminaría el romance. Pero fuerza es seguir hasta la tragicomedia final. Repuesto del desengaño, Don Luis contrajo nupcias con una rica heredera: María de Mosquera, hija del acaudalado Juan Mosquera, Regidor del Ayuntamiento de Santo Domingo. El matrimonio se celebró con gran pompa en el Palacio, oficiando el Obispo de San Juan, Rodrigo de Bastidas.

Pero esta boda fue un crimen. Don Luis no amaba a su esposa; la atribuló cuanto pudo y puso límite a su desamor separando su habitación de la de ella en el propio Alcázar. Trajo a primer plano el recuerdo de doña María y escandalizó diciendo que ésta era su verdadera esposa y que, por tanto, su matrimonio era nulo.

La de Mosquera apuró hasta la hez los dolores; emitió acerbas quejas, hizo llorosas protestas de amor.

Y aconteció que doña María de Orozco y su esposo, de paso para España, llegaron a Santo Domingo, en 1550. Don Luis aprovechó para insistir en sus reclamaciones, quejándose al Arzobispo de que ella era su verdadera esposa. Preguntada ésta por medio de un sacerdote si era cierto que se había desposado con don Luis, dijo que sí. Era el escándalo.

Se hizo una junta de teólogos, donde se oyeron las declaraciones de testigos, para legalizar la situación. En tanto el

burlado esposo Francisco Castellanos contempló con pávida indignación cómo se le pretendía arrancar su bien, y dijo a don Luis en tono de fisga dolorosa:

—A lo menos, señor, si se determina que doña Maria de Orozco es vuestra mujer, me alabaré de que la he tenido once años por amiga y he habido en ella ocho o nueve hijos.

Los teólogos decidieron que no tenían jurisdicción en el asunto y Castellanos siguió viaje a España con su mujer e hijos, donde obtuvo la confirmación de su matrimonio. (50)

Aquí termina el episodio del que fuera escenario principal el Alcázar de Don Diego; pero el Dr. Otto Schoerieh, que es quien lo narra, nos presenta después a don Luis Colón en veleidosos amoríos con damas casquivanas en la España distante, mientras doña María de Mosquera, en el palacio de Santo Domingo, con sus dos hijos, ahogaba su llanto y su vergüenza. Pero no pudo resistir más cuando le dijeron que el perjuro esposo había casado en Castilla con doña Ana de Castro, hija de la condesa de Lemos. Embarcó a España y lo persiguió judicialmente acusándolo de bigamia. Cayó aquél en prisión, por tal delito, pero aún allí siguió su desordenada vida amorosa. Y tuvo un hijo ilegítimo de otra mujer (a quien nombró Cristóbal) y una hija de otra mujer (a quien llamó Petronila).

Fue deportado a Orán —Africa— y allí murió en 1572.

Otro idilio que floreció bajo las piedras románticas, fruto de la fantasía del culto escritor dominicano Manuel de Jesús Galván, fue el de doña María de Cuéllar, dama de la corte de doña María de Toledo, y de don Juan Grijalva, noble caballero de la grey conquistadora. Estos presuntos amores infortunados se relatan en las páginas más bellas de su novela *Enriquillo*, y fue tema de una ópera del notable músico Pablo Claudio, con libreto de Gastón Deligne.

Pareja infeliz, más que Romeo y Julieta, se amaron apasionadamente. La de Cuéllar había depositado su amor en el corazón más generoso que anduvo por las tierras de América. Porque el Grijalva que nos pinta Galván era la misma nobleza, la lealtad hecha carne. Mas, prometida doña María a Diego

Velásquez, el tutor de la dama arrancó de Grijalva la promesa de que Velásquez jamás sabría que aquél era el preferido. A ningún amigo quería Velásquez más que Grijalva, a quien hizo confidente de sus ansias y amores. Así las cosas, doña María confesó a un sacerdote, conecedor del secreto de estos puros amores, que obedecería a su padre casándose con Diego Velásquez, y juró a su amante que jamás sería su esposo.

Toda la intriga amorosa se teje en torno a este trío de nobles desesperados: Diego Velásquez, caballeroso y amante, amando cada vez más a doña María, a pesar de todos sus desvíos, sin saber la causa de su rechazo, pero confiando ganarla para su amor a fuerza de ternuras; doña María de Cuéllar, pálida y apesurada, teniendo citas furtivas con su amante y atada por un juramento al hombre que no ama, y Juan de Grijalva, desesperado y noble, oyendo las confidencias de amor de Velásquez, perdidos ya los resortes de la esperanza.

Allá en Cuba, a donde los azares de la conquista llevaron a Diego Velásquez, designado por Diego Colón para la pacificación de la isla, murió, tras de su boda, doña María, dejando descrita en una carta la historia de sus pesares.

NOTAS

(1) "Diario de Colón". — Domingo 9 de diciembre de 1492.

(2) Carta a Santángel.— 15 de febrero a 4 de marzo.

(3) Diario... 11 de diciembre de 1492.

(4) Diario... 13 de diciembre de 1492.

(5) Diario... 13 de diciembre de 1492.

(6) Diario... 16 de diciembre de 1492.

(7) El hecho ha sido puntualizado por Joaquín Balaguer, en trabajo magnífico publicado por la "Revista dominicana de cultura", donde señala las huellas del "Diario de Colón" en el romanticismo de Hugo y otros, así como las influencias de dicho "Diario" en el "Pablo y Virginia" de Saint-Pierre.

(8) Entiéndase que se decía La Española y no Hispaniola, vocablo debido a la traducción de Pedro Mártir.

(9) Corresponde a lo que hoy es territorio de Haití, en su costa Norte, lugar llamado Moustique Bay, o sea, Bahía de Mosquito.

(10) En lo que hoy se llama Limonade-Bor-de Mer.

(11) Colón dejó la guarnición del fuerte de La Navidad al cuidado del cacique del lugar, Guacanagarix, con quien había hecho amistad, y cuyo caserío estaba cerca, en lo que hoy se llama Caracol o Yaquezi.

(12) Era pariente de Cristóbal Colón.

(13) Que los restos de Colón están en Santo Domingo y no en Sevilla es cosa harto probada. El que todavía un amplio sector de España se resista a aceptar esta verdad, no le resta un ápice a la realidad. Emiliano Tejera, tan veraz como austero, salió en defensa de esta verdad histórica con sus dos opúsculos: "Los restos de Colón en Santo Domingo" y "Los dos restos de Colón", destruyendo toda impugnación con argumentos que nadie ha podido rebatirle todavía.

(14) Dice la tradición que Miguel Díaz hirió de una puñalada a un criado del Adelantado don Bartolomé Colón, huyendo de La Isla, para eludir el castigo. Llegó hasta la costa Sur de la Isla donde se enamoró y amancebó con una cacica que se bautizó con el nombre de Catalina. Ella le mostró el oro que había en la arena del río Jaina y él, para buscar el perdón, se acercó a La Isabela donde se enteró de que el herido se había curado. El Adelantado le perdonó cuando éste le comunicó su hallazgo, y se acercó a la costa Sur donde fundó la ciudad de Santo Domingo, Primada de América.

(15) "Los territorios que iba conquistando España se gobernaron al principio desde la ciudad de Santo Domingo, en Hispaniola (sic), donde Diego Colón, hijo del Descubridor, ejerció funciones de virrey desde 1509 hasta 1526. Muerto él, la corona de España suprimió el virreinato general de las Indias; se dividió el Nuevo Mundo en jurisdicciones independientes entre sí, y las más importantes fueron los nuevos virreinos: el de Nueva España, con capital en la ciudad de México, establecido en 1534 y el de Perú, con su capital en Lima, establecido en 1543. En el siglo XVIII se crearon dos virreinos nuevos: el de Santa Fe de Bogotá en 1739 y el de Buenos Aires, en 1776". Nota de Pedro Henríquez Ureña.

(16) El primer convento erigido en América es el de los frailes franciscanos en la ciudad de Santo Domingo desde 1502. Le precedió la capilla del Rosario, en la Nueva Isabela.

(17) Erwin Walter Palm. "La arquitectura del siglo XVIII en Santo Domingo". Publicaciones de la Universidad de Santo Domingo. 1942.

(18) "Antes de cumplirse medio siglo del Descubrimiento, en 1538, el colegio de los frailes dominicos de Santo Domingo quedó autorizado a llamarse Universidad de Santo Tomás de Aquino; en 1540 se autorizó la creación de otra universidad allí, la de Santiago de la Paz, con bienes donados por el opulento colonizador Hernando de Gorjón, y le sirvió de base el colegio establecido muchos años antes por el obispo Sebastián Ramírez de Fuenleal. En 1551 la corona de España decidió fundar universidades en las capitales de los virreinos entonces existentes: una en México, otra en Perú (1551). "La de Lima es hoy la más antigua entre las de América, cuya vida no ha conocido interrupción, pues la de México y Santo Domingo sí la sufrieron. Tuvieron la estructura de las universidades de la Edad Media, con cuatro facultades: artes (que confería grado de bachiller y de maestro), derecho, teología y medicina; no en todas partes se alcanzó a completar las cuatro. Los modelos generales eran Salamanca y Alcalá. El idioma obligatorio de la cátedra era el latín, excepto en medicina. En colonias donde abundaban los indios, como México, Guatemala y el Perú, estas instituciones ofrecían cursos de lenguas indígenas, como preparación para los estudiantes de teología que debían enseñar y predicar". Nota de Pedro Henríquez Ureña.

(19) Primera parte. Libro III. Cap. X.

(20) En otro párrafo de su "Historia Natural de Indias", dice de la ciudad de

Santo Domingo:" ... a la parte que esta cibdad tiene el mediodía, está la mar batiendo en ella, de forma que el río e la mar cercan la mitad e más parte... E a la parte del poniente de del norte está la tierra donde se extiende más la población de hermosas calles e muy bien ordenadas e anchas, e tiene de parte de la tierra muy hermosos prados y salidas".

(21) En los primeros edificios, los de Santo Domingo y Puerto Rico, se combinan las formas de la Edad Media (la estructura es ojival) con las del Renacimiento (sobre todo en los portales con arcos de medio punto) es el estilo "isabelino", que corresponde a la época de Isabel la Católica. A veces hay reminiscencias del arte mudéjar.

(22) Los encargados de levantar la catedral fueron: Ortuño de Arteaga, Alonso de Herrera, Juan de Nerón y Juan de Olivares.

(23) W. Palm.— Ob. cit.

(24) Esta es otra de las primacías que se nos discute sin ninguna razón valedera en qué fundamentar esta tesis.

(25) Carta del obispo Carvajal y Rivera del 2 de noviembre de 1695.

(26) Erwin Walter Palm. "Los hospitales antiguos de La Española". Ciudad Trujillo, 1950.

(27) También se erigieron hospitales en el interior del país: el de "Buenaventura" y el de "Concepción", fundados por Ovando.

(28) Este hospital de La Española fue incorporado, en 1541, al hospital del "Santo Espíritu" de Roma (Ospedale di Santo Spirito in Sassia), fundado por Inocencio III entre 1201 y 1204.

(29) Ob. cit.

(30) Ob. cit.

(31) Emiliano Tejera. "El palacio de don Diego Colón". Cuna de América. Año IV. 1909.

(32) En su "Historia General y Natural de Indias".

(32 bis) "Santo Domingo, zona colonial". Patrimonio Cultural. 1976.

(33) El nombre de "agua santa" alude al bautizo de los indios que se asentaron allí después del Tratado de Paz con Enriquillo.

(34) En cambio se yerguen triunfantes en México y Lima.

(35) Hoy convertido en Monumento Nacional.

(36) Su portal lateral se adorna con un tosco nicho que remata en un arco de medio punto sobre el que descansa una estatuilla de la Virgen. Más arriba se ve un elegante arco apuntado de posible filiación churrigueresca.

(37) Erwin Walter Palm. "La arquitectura del siglo XVIII en Santo Domingo". Opuc. Ciudad Trujillo. 1942.

(38) E, Palm. Ob. cit.

(39) Pedro Henríquez Ureña. "Obra crítica" - Fondo de Cultura Económica. México-Buenos Aires.

(40) P. Henríquez U. — Ob. cit. (41) Joaquín Balaguer. "Guía emocional de la ciudad romántica". Barcelona. 1969.

(42) J. Balaguer. Ob. cit.

(43) Ob. cit.

(44) Entre las ciudades fundadas por Ovando se cuentan: Puerto Real (o Bayajá), entre 1503 y 1504, en territorio que hoy pertenece a Haití; Puerto Plata en el Norte; en el Occidente Santa Marfá de la Vera Paz (que se conoció mejor con el

nombre indígena de Yaguana), aproximadamente en el mismo lugar donde hoy está Port-au-Prince; San Juan de la Maguana, Azua, etc.

(45) Ob. cit.

(46) Ovando murió en la ciudad de Alcántara, España, rico y respetado a la edad de 51 años, siendo Comendador Mayor de la Orden de Alcántara.

(47) Según Manuel de Jesús Galván en su novela histórica *Enriquillo*.

(48) Había nacido en Santo Domingo y fue el primer americano que recibió un título nobiliario: el de Duque de Veragua.

(49) Don Luis nació en el propio Alcázar en 1522. De las cuatro hijas de Marfa de Toledo y Diego Colón, dos nacieron en la Casa del Cordón: Felipa y María. En el Alcázar nacieron: Juana e Isabel y los dos varones: Luis y Cristóbal.

(50) Todo el episodio ha sido extractado de "El Alcázar de Diego Colón, páginas de su historia", conferencia pronunciada en el Paraninfo de la Universidad de Santo Domingo, en la tarde del 17 de febrero de 1956, por el doctor Otto Schoerich. Publicación del Comité Ejecutivo Permanente del Faro a Colón. 1958.

CAPITULO IV

LOS PRIMEROS CIVILIZADORES DE AMERICA

PRIMERAS LUCES.



L anhelo de la conquista espiritual, que fue arraigada ilusión de un amplio sector de España, de la España colonizadora, favoreció con mucho la cultura en el Nuevo Mundo. Por eso la conquista espiritual medró cónsona con la política.

El primer escritor que viene a América es el propio Primer Almirante, Cristóbal Colón era un aventurero, un marinero de ancestro, pero también un auténtico representante de su época. Duro, con la dureza pétrea de un conquistador, fue moldeable también a todas las emociones, a causa de una chispa poética que destelló en el fondo de su alma. Su emoción abrió un ventanal por donde se colaron a América las corrientes culturales de la España pujante del siglo XVI.

Carlos Federico Pérez inicia así su libro acerca de las corrientes poéticas dominicanas:

"Por obra de las descripciones de Colón, el advenimiento de América a la conciencia del europeo estuvo enaltecido por una transparente emoción poética, como privilegio, no escaso ciertamente, para el acervo estético del mundo nuevo". (1)

Ya en el segundo viaje de Colón vino una buena copia de personajes ilustres, especialmente eclesiásticos, entre otros el vicario apostólico Fray Bernardo de Boyl, catalán, a quien acompañaban doce sacerdotes más, entre otros Fray Román Pane. El primero cantó en las soledades de la Isabela la primera misa de América y el segundo fue el primer europeo que habló una lengua americana. También vinieron en este viaje el piloto y cartógrafo Juan de la Cosa (2), el ilustre médico Diego Alvarez Chanca, a quien debemos la primera literatura médica escrita en el Nuevo Mundo, y Michele de Cuneo, que debía ser el cronista de la expedición.

Otros que vinieron en este segundo viaje, y de los cuales se hablará con hartura son: Antonio de Torres (hermano del aya del Infante don Juan), Juan Aguado, Pedro Fernández Coronel (o Hernández Coronel), Alonso Sánchez de Carvajal (alcalde de Baeza), Ginés de Gorvalán, Alonso de Ojeda, Ponce de León, Pedro Terrero, Diego Tristán, Francisco Peñalosa (hermano del anterior), Monsén Pedro Margarite y Melchor Maldonado, quien aportó datos a Pedro Mártir de Anglería para sus crónicas de América. (3)

En este viaje vinieron soldados, labradores y artesanos, y, por primera vez, se trajeron a América caballos y semillas de diversas plantas.

Si bien hubo desmanes y abusos contra los indios, desde el primer momento los españoles se preocuparon por su conversión y educación. Que muchas veces desbarraron en sus métodos y que algunos descarriados desanduvieron el camino que desde el principio se trazó, no altera en nada la verdad.

Por *Real Cédula* expedida por Fernando el Católico, en Valladolid, el 3 de mayo de 1509, se impartieron instrucciones a Don Diego Colón, donde se mandaba:

“Y debéis mandar que en cada población haya persona Eclesiástica, cual convega, para que esta persona tenga cuidado de procurar como sean bien tratados (los indios) según lo tenemos mandado, y que tenga asimismo cuidado de los enseñar cosas de la Fe...”

Y más adelante, en 1520, se dispuso, siempre por *Cédula Real*, que el que tuviese cincuenta indios encomendados estaba obligado a enseñarle a leer y escribir al más hábil de entre los jóvenes para que éste se encargare de la enseñanza del resto.

Bien temprano ocurrieron las conversiones de indios, entre ellas la de *Guaicabanié*, bautizado con el nombre cristiano de Juan Mateo, quien pronto aprendió el castellano y sirvió de intérprete a los españoles.

Este Juan Mateo y su cristianizada familia, fueron sacrificados por los propios indios, que no les perdonaron su conversión.

Fue en virtud de este plan por el que el primer estratega de América, Enriquillo, a quien Américo Lugo llama "el primer capitán de América" (5), logró esmerada educación. Este Viriato montaraz fue el primer "libertador" que tuvo América. Pertrechado en las serranías del Batoruco, se hizo fuerte por doce años hasta lograr un pacto que firmó el propio representante de Carlos V, con algunas concesiones para la indiada.

De ese primer grupo de sacerdotes que vino a Santo Domingo —o, lo que es lo mismo, a América— se destaca Fray Román Pane, quien se adentró en la región llamada el *Macorix*, nitainato del cacicazgo de Marién, y se dedicó a la enseñanza entre los indios: fue el primer maestro de indios y "el primer europeo de quien particularmente se sabe que habló una lengua de América". (6)

El hecho trascendental, el que abre un nuevo y definitivo capítulo en la Historia de la conquista fue la llegada a la Isla, hacia el 1510, de los frailes dominicos. Los primeros en arribar fueron: el ilustre Fray Pedro de Córdoba, superior de la Orden, hombre docto, gran predicador e imbuido de un hondo fervor cristiano y un alabado espíritu de justicia; Fray Antonio de Montesinos, buen orador sagrado de elocuente verbo y arrestos sin pliegues, y Fray Bernardo de Santo Domingo. A este grupo se le sumó más tarde Fray Domingo de Mendoza. Traían, a tan temprana hora de la conquista, el germen fecundo de la libertad y el verde renuevo de la justicia.

Fray Pedro de Córdoba escribió un libro: *Doctrina*

cristiana para instrucción e información de los indios por manera de historia, primer libro de su género que se publicó en América. (7)

Los dominicos no fueron recibidos por el Virrey, en virtud de que éste se encontraba en La Vega inspeccionando las minas. Entonces el Padre Córdoba emprendió el viaje a pie hacia esos parajes, en noviembre de 1510, y de inmediato inició sus prédicas de adoctrinamiento entre la indiada, aprovechándose de un intérprete, y llevó a sus palabras la dulcedumbre del consuelo y la esperanza.

Ya en el año 1511, los dominicos iniciaron la construcción de su templo, el Imperial Convento de Santo Domingo o Iglesia del Rosario, usando para ello la piedra viva. (8)

Demasiado conocidas son las actuaciones de este grupo de dominicos, pero las traeremos con todos sus detalles, porque ellos, más que nadie, robustecen la tesis de la grandeza española, que le hace exclamar al eximio humanista Pedro Henríquez Ureña:

"Y es en Santo Domingo donde se hace carne una de las grandes controversias del mundo moderno; la controversia sobre porque España es el primer pueblo que discute la conquista, como Grecia es el primer pueblo que discute la esclavitud". (9)

Estaba en su pleno apogeo el sistema de encomiendas; los indios recibían de los españoles el trato que, a través de la Historia, ha tenido que sufrir todo pueblo conquistado.

Cuando, de súbito, el 21 de diciembre de 1511, Domingo de Aviento, (hacía apenas diecinueve años del Descubrimiento), oficiaban misa los dominicos. El templo estaba henchido de muchedumbre, entre la que brillaban, por su atuendo y entorchados, las autoridades y los encomenderos. Entonces se irguió en el púlpito FRAY ANTONIO DE MONTESINOS, quien glosando la frase *vox clamantis in deserto*, estremeció las conciencias con su homilía encendida. Dijo:

“Soy voz de Cristo en el desierto de esta isla”

Y continuó:

“Decid, ¿con qué derecho y con qué justicia tenéis en tan cruel y horrible servidumbre a estos indios? ¿Con qué autoridad habéis hecho tan detestables guerras a estas gentes que estaban en sus tierras mansas y pacíficas, donde tan infinita dellas, con muerte y estragos nunca oídos habéis consumido? ¿Cómo los tenéis tan opresos y fatigados sin darles de comer ni curarlos en sus enfermedades, que de los excesivos trabajos que les dais se os mueren y, por mejor decir los matáis por sacar y adquirir oro cada día? ¿Y qué cuidado tenéis de quien los doctrine y conozcan su Dios y criador, sean bautizados, oigan misa, guarden las fiestas y los domingos? ¿Estos, no son hombres? ¿No tienen ánimas racionales? ¿No sois obligados a amarlos como a vosotros mismos? ¿Esto no entendéis? ¿Cómo estáis en tanta profundidad de sueño tan letárgico dormidos? Tened por cuenta que en el estado en que estáis no os podéis más salvar que los moros o turcos que carecen y no quieren la fe de Jesucristo”. (10)

Era el desafío. Los sermones de Montesinos, todos por el mismo tenor, fueron escritos antes de ser pronunciados, y sometidos a la comunidad, de modo que la congregación era responsable por igual de los mismos.

Es de suponer la indignación e irritación de los culpables. La voz de Montesinos era el flagelo restallante que dejaba elevados verdugones en sus conciencias.

Era, entonces, Tesorero General de la Isla don Miguel de Psamonte, hombre de gran influencia en la Corte, intrigante y sin firmes ideales, y tomó la defensa de los encomenderos. Es fama que las autoridades aludidas en la iracundia del predicador se apersonaron ante el Virrey, para llevarle sus quejas alteradas. Este habló con Fray Pedro de Córdoba para exigirle, como Superior de la Orden, y en tono destemplado, una rectificación

de los términos desafiantes del sermón. El sacerdote no prometió nada, pero dejó entrever que al siguiente domingo, 28 de diciembre, el propio Montesinos volvería a predicar. Todos esperaban el canto de la palinodia, y por eso se los veía ufanos y mejor ataviados que nunca, en el templo. Pero, por el contrario, Fray Antón de Montesinos se irguió en la santa tribuna, y, no sólo no suavizó sus conceptos del domingo anterior, sino que los acentuó con frases más enérgicas aún. (11)

La controversia subió de punto y fue a dirimirse en la propia Corte, establecida en Cádiz.

La defensa de los encomenderos le fue confiada al franciscano Fray Alonso Espinal (12), quien iba a la Corte con cartas de recomendación del influyente Pasamonte para el propio Rey y para el Secretario del Consejo Real, Lope de Conchillos. Llevaba el encargo de lograr la cesación de la campaña de los dominicos.

Tras el superior franciscano se fue el incansable Montesinos, y, ulteriormente, Pedro de Córdoba. Suponed a estos tímidos, aunque valientes sacerdotes, en el esplendor de la Corte, buscando en vano un oído donde deslizar sus palabras de justicia, mientras su opositor encontraba abiertas todas las puertas.

Pero alcanzaron a ser oídos por el Rey. Desbarataron los argumentos en contrario, y lograron que el monarca, con gesto magnánimo, creara las primeras disposiciones en favor de los indios. En 1512, por medio de las famosas ordenanzas de Burgos y el *Supremo Consejo de Indias*, que se realizó en el 1524, durante el reinado de Carlos V, se legisló a favor de los indios. El propio Rey quitaba la razón a los conquistadores para dársela a los conquistados. Esta página de la Historia de América es una gema luminosa que brilla con inusitado esplendor en la corona de España.

Todavía hay más. Cuando más tarde el provisor de la Catedral de Santo Domingo, don Carlos de Aragón, de verbo de fuego y palabras convincentes, tomó desde el púlpito la defensa de los encomenderos, sintió sobre sí el torrente verbal de los dominicos y se vio, en España, frente al Tribunal del Santo

Oficio (13). Era este Aragón un hombre de gran cultura y doctor en teología de la Universidad de París.

La labor humana y humanística de los dominicos en La Española, donde por primera vez se habla de *derechos humanos*, llegó a la Universidad de Salamanca, donde el dominico vasco Francisco de Victoria dejó oír su voz en favor de la raza sojuzgada, en su libro *Relectio de Indias*, principio del Derecho Internacional Público, hecho trascendente no despreciable.

En todo este proceso jugó preponderante papel FRAY BARTOLOME DE LAS CASAS, uno de los personajes controversiales y de mayor relieve en la Historia. El llamado Apóstol de los indios vino a Santo Domingo en 1502 con Frey Nicolás de Ovando. Era sevillano y había nacido en 1474. Cuando realizó su viaje a La Española era Licenciado en Teología de la Universidad de Salamanca. En un principio fue encomendero, pero pronto dejó esta vida y en 1510 se ordenó sacerdote, celebrando su primera misa —la primera misa nueva de América— en la ciudad de Concepción de La Vega, en presencia de los virreyes y del Superior de los dominicos, el Padre Córdoba, quien se encontraba allí. Luchó incansablemente a favor de los indios y cuando regresó en 1517 a Las Antillas, era ya el Protector Universal de los indios, actitud tomada por mor de la campaña de los dominicos, orden a la que ingresó en 1522. En 1544 fue nombrado obispo de Chiapas.

Su amistad con el Cardenal Cisneros le permitió coronar su colosal obra apostólica.

En Puerto Plata empezó a escribir su *Apologética historia de Indias*, donde abundan las exageraciones. Luego escribió la *Brevísima historia de la destrucción de Indias*, punto de partida de la *Leyenda Negra* que los enemigos de España urdieron contra ella y que todavía la persigue implacablemente.

SIGLO XVI.- PRIMEROS CIVILIZADORES DE AMERICA.

Entre el atuendo de armas, el tráfago de la conquista, el afán de riquezas y las intrigas que desde hora temprana tiraron

sus tentáculos por los rincones de la colonia, pequeñas corrientes de cultura discurrieron por cauces hondos, para henchir el azarbe formidable de la futura grandeza americana.

Fue Santo Domingo, la cuna áurea de toda la cultura americana.

Hubo españoles que no vinieron a explotar ni a enriquecerse; que se movieron sólo en el trajín del sacrificio, a nombre de un Dios — que había sido entronizado con pompa y fervor en el mismo corazón de Castilla. No en vano había peleado España ocho siglos a nombre de ese Dios.

Hemos hablado del doctor DIEGO ALVAREZ CHANCA, quien además de médico fungió de cronista en cartas magníficas en las que muestra por nuestra Isla el mismo deslumbrante asombro que sus colegas. (14) A Alvarez Chanca se deben algunos tratados médicos (uno “sobre el mal de costado”), donde hace interesantes observaciones acerca del paisaje y las gentes.

Además de los dominicos, todos apasionados polemistas, también los frailes mercedarios vinieron a poner su botón de oro en el acervo cultural. Se distinguió, por el calor con que defendió a los indios y el fervor con que los adoctrinó, FRAY BARTOLOME DE OLMEDO, el mismo que acompañó a Hernán Cortés en su conquista de México. Fue héroe en la conquista espiritual de aquel Imperio. Estuvo en Santo Domingo cuatro años (1514 a 1518), pero lo suficiente para dejar huellas profundas de su paso, pues se dedicó “al consuelo de los indios y a su instrucción; defendíalos de las vejaciones de los españoles, asistiálos en sus enfermedades y los socorría en sus miserias. Instruía a los niños para ganar a los padres; movía y convencía a los cristianos para que edificasen a los idólatras...” (15)

En toda esta primera etapa de nuestra Historia, los religiosos tienen papeles preponderantes. Pero tómese en cuenta que América tiene para España un papel primerísimo en su vida espiritual. No son los sacerdotes que llegaron a Santo Domingo misioneros humildes con la única idea de convertir y ganar

prosélitos para una causa religiosa: fueron también forjadores de destinos gloriosos.

En 1504, el Papa Julio II erige tres obispados para la Española (Jaragua, Hinchá y La Vega), y se proyectó la creación del obispado de la arquidiócesis de Santo Domingo; y al final de 1511 se reducen a dos: el de Concepción de La Vega y el de Santo Domingo. Para esta última ciudad fue designado, en 1516, el doctor ALESSANDRO GERALDINI (1455-1524). Era Geraldini un ilustre pedagogo italiano que había sido preceptor de los infantes menores de Castilla. Su presencia en la Isla dio un impulso eficaz a la vida cultural de la colonia. Sus escritos, tanto en prosa como en versos, fueron filigranados en latín, con una corrección que destaca la vastedad de su cultura (16). Carlos Federico Pérez le llama “representante notorio de la cultura humanista del Renacimiento” (17).

A su impulso creador se debe, en gran parte, la erección de nuestra Catedral, pues hizo todo cuanto pudo para que adelantara su construcción, habiendo escrito una hermosa oda en latín, de la que Henríquez Ureña (Pedro) vierte estos versos sáficos de elogios a la Virgen.

*...Nam solet totas refouere terras
Fronte serena.
Et solet gentes recreares maestras,
Pallio subter misere sancio,
Et solet turbae miserere uocanti
Ferre leuamen
Haec supra celsas renitebit aras
picta praeclari manibus magistri,
Atque coelesti facie beata
Oreque miti.*

El señor Zenón Castillo de Aza hizo una bella traducción de esta oda. (18)

Geraldini murió en Santo Domingo, cuatro años después de su llegada. En su obra *Viaje a las regiones subequinociales* narra su llegada y su estada en la capital de La Española.

Mariano Picón Salas, que cita Pérez, destaca muy bien la importancia que tiene Geraldini y su paso fugaz por La Española al señalar:

“Como para acentuar la vinculación de este mundo recién descubierto con el europeo del Renacimiento, corresponde a un humanista italiano, convertido en segundo obispo de Santo Domingo, Alejandro Geraldini, poner la primera piedra y celebrar, en promposo poema latino, la edificación de la Catedral en 1523” (19).

A Geraldini sigue don SEBASTIAN RAMIREZ DE FUENLEAL (m. 1547). Con él los dos obispados se reúnen en uno solo. Llegó a la Isla en 1529, pero desde el 1527 traía la triple función de Obispo, Gobernador de la colonia y Presidente de la Real Audiencia. El consenso lo tiene como el más emprendedor y progresista de los gobernadores, después de Ovando.

Ramírez de Fuenleal obtuvo por Real Cédula, el 22 de diciembre de 1529, una casa, propiedad de la Corona, en la ciudad de Santo Domingo, y en ella estableció un colegio para enseñar a los nativos y “a los hijos de los que han venido”. Ya en 1502 se había establecido, en el Convento de San Francisco, el primer colegio. En el fundado por Fuenleal se enseñó ciencias y gramática.

Trasladado en 1532 como Presidente de la Real Audiencia de México, para dirimir conflictos que allí se presentaron, no renunció a su obispado de Santo Domingo.

HERNANDO DE GORJON, que vino a la Isla con Ovando en 1502, había amasado una fortuna, y en 1537, tras obtener la anuencia real, cedió parte de la misma para que se erigiera un colegio, en el cual hubiera dos cátedras, y “en el que se pueda leer, sin interés pecuniario, lo suficiente para adquirir los conocimientos que los incline hacia nuestra santa fe”. Con anterioridad, ya desde el 1502, los frailes de la orden de San Francisco y en 1511 los de la Merced, habían instalado escuelas donde enseñar las primeras letras.

Fue antes de 1518 cuando los padres dominicos erigieron en su convento de la ciudad de Santo Domingo un colegio que dedicaron a la enseñanza de humanidades. A este colegio, además de estudiantes que aspiraban a tomar hábitos sacerdotales, asistían seculares, por lo cual se aspiró a que esta institución alcanzara categoría de universidad. Luego de veinte años de una labor continuada y fructífera, el Prior de la orden y los hermanos, solicitaron del Santo Padre convertir el estudio en Universidad, lo que se obtuvo el 28 de octubre de 1538, según Bula *In Apostolato Culmine*, del Papa Paulo III. Esta fue la primera universidad de América. (20)

Esta Bula, impugnada por los que tratan de negarle la primacía a la Universidad de Santo Domingo, esto es, de Santo Tomás de Aquino, fue destruida (chamuscada por el fuego), en 1586, cuando los hombres del corsario Drake saquearon la ciudad. Al respecto dice Carlos Sánchez y Sánchez.

“El duplicado de esta Bula, que valía original para los dominicos, fue destruido por el incendio, cuando los hombres del corsario Drake saquearon la ciudad primada de Santo Domingo, en 1586. Los jesuitas se quisieron aprovechar de esta desgracia, pensando en lo difícil que era, en esa época, proveerse de un duplicado auténtico y negaron la existencia de la Bula, para adquirir el monopolio de la enseñanza superior, lo mismo que trataron de hacer, aquí en Lima (21), consiguiéndolo en parte, cuando desmedraron el prestigio de la ilustre Universidad de San Marcos, quitándole los alumnos más distinguidos y planteando un serio conflicto que Felipe II se vio precisado a transar a favor de los jesuitas a establecer cátedras de estudios en el Convento Máximo de San Pedro y San Pablo. La Universidad de Santo Domingo posee hoy, para probar su indeclinable derecho, una copia auténtica de la Bulla In Apostolatus Culmine, transcrita a la letra, del Vaticano. También puede leerse dicha Bula en la Colección de Bulas breves y otros documentos relativos a la Iglesia de América y Filipinas, por el padre Francisco Javier Herráenz

(II 438). Recientemente nuestro Ministro en Colombia ha podido localizar otra fuente probatoria de la existencia de la Bula y de la fecha en el Archivo Nacional de Bogotá (Salón de la colonia, "Historia, tomo único, folios 276 v a 286 v), en un compendio de las bulas y breves apostólicos que por los Sumos Pontífices se han concedido, y por los Reyes Católicos fueron impetrados." (22)

Un mexicano, cazador de obras antiguas, descubrió en 1946, en una biblioteca privada de Washington, un documento trascendental y de un profuso título: *"Memorial que da cuenta a la Majestad Católica del Rey Don Carlos Segundo, Nuestro Señor, en su Real y Supremo Consejo de las Indias, del estado en que se halla el Convento Imperial de Santo Domingo, Orden de Predicadores, en la Isla Española, y lo que han trabajado y trabajan sus Religiosos en el servicio de Dios, y la ocupación que han tenido y tienen en el de Su Majestad. Por el maestro Fray Diego de la Maza, Prior de dicho convento, Definidor y Procurador General de la Provincia de Santa Cruz de las Indias, del mismo Orden. Con la licencia de dicho Real y Supremo Consejo de las Indias, que su tenor va al fin de este Memorial. Editado en Madrid por Juan García Infançon. Año 1693"*.

Al final consta "la licencia de impresión", firmada por Juan Diaz, de la calle de Madrigal, "Secretario de Su Majestad y Oficial Mayor de la Secretaría del Consejo, Cámara y Junta de Guerra de Indias, de la negociación de Nueva España". (23)

Este Memorial fue comprado por la "Clemens Library" de la Universidad de Michigan, E.E.U.U., la cual comunicó el hallazgo a nuestra Universidad y le facilitó varias copias fotostáticas en facsímil.

Por fin un hallazgo definitivo probó la autenticidad de nuestra Bula y puso en claro, para siempre, la gloria de ser la nuestra la primera Universidad del Nuevo Mundo. Se debió dicho encuentro al ilustre historiador dominico, Rev. P. Vicente Beltrán Heredia. El explica este impresionante hallazgo en conferencia que pronunciara en la Universidad de Santo Domingo, en fecha de 10 de septiembre de 1954. Dijo:

“No queremos hacer historia de lo que durante los últimos decenios se ha escrito en torno a este documento pontificio, buscado con tanto empeño, aunque sin resultado. Todos lo conocéis, y a mí sólo me incumbe probar su existencia y rigurosa autenticidad, puesta primero en litigio e impugnada luego en forma resuelta como si hubiera interés en anular el contenido de una pieza de trascendental significación en la historia de América”.
(24).

Y agrega, párrafos después:

“Agradecemos a los impugnadores de la autenticidad el que hayan estimulado con ello la investigación, para poner las cosas en claro” (25)

Fue durante el invierno de 1953 cuando buscando minuciosamente en el Archivo Vaticano documentos relativos a la Universidad de Salamanca pesquisó en los tomos relativos al pontificado de Paulo III. (26)

“En el volumen primero de los cuatro per petuarum, que corresponde a dicho pontificado, folio 14, se contenía, según el tomo 369, fol. 65 de Indias, formado en el siglo XVII, una bula que las Rubricelle enuncian con las siguientes palabras, indicando el destino de la concesión, los solicitantes y el objeto de la concesión misma:

*Sancti Dominici in insula Maris Oceani seu nellius
Magister Provincialis sanctae crucis ordinis
Predicatorium, ac Prior et Fratres Domus Sanctis
Dominici civitatis Sanctis Dominici – erectio
universitatis studii generalis in dicta civitate ad instar
universitatis oppidi de Alcala de Henares, toletan
Diocesis* (27)

Se trataba, indudablemente de la Bula *In Apostolatus*

Culmine". (28) Hemos asentado que el 28 de octubre de 1538 ya teníamos universidad. La Universidad de Santo Tomás de Aquino se instituyó con los mismos privilegios que las de Alcalá de Henares y Salamanca. Según tradición medieval, las universidades españolas tenían cuatro facultades: Teología, Derecho (civil y canógo), Medicina y Arte. En arte contaban con el *trivio*: es decir latín, retórica y lógica; y el *cuadrivio*; aritmética, geometría, música y astronomía.

Las cátedras eran dictadas en latín a excepción de las de medicina. Desde temprano se enseñó medicina a los bachilleres en arte. Sus rectores eran, al principio, eclesiásticos, pero ya en el siglo XVIII se alternaban con seglares.

En la Universidad de Santo Tomás de Aquino los españoles y sus hijos, tan separados de los centros universitarios europeos, y, principalmente, de la Madre Patria, tenían un centro superior donde estudiar. No solamente de nuestra Isla sino de las tierras vecinas venían grupos de estudiantes, creando un verdadero movimiento cultural que se prolonga hasta los siglos siguientes.

Julio Ortega Frier apunta que a la Universidad de Santo Tomás de Aquino "acudían estudiantes de las Antillas y Tierra Firme... Este influjo y la fama que traía consigo hizo que el nombre de nuestra ciudad, unido al suyo, llegara a otras tierras rodeado del prestigio que le valió el sobrenombre de Atenas del Nuevo Mundo" (29)

En cuanto al otro centro de enseñanza, el colegio establecido en el antiguo de Fuenleal, con los bienes de Hernando de Gorjón, obtuvo el 31 de mayo de 1540, del Emperador, autorización para que actuara como colegio general. Gorjón había cursado su solicitud en 1537. En la autorización imperial se prometía obtener del Papa "conceder al dicho colegio las franquezas y esenciones que tiene el estudio de Salamanca". No es sino el 19 de diciembre, muerto ya Gorjón, cuando por Cédula Real obtiene el rango de Universidad, con los mismos privilegios que la de Salamanca. Esta Universidad, que prohijaron los padres jesuitas, rivalizó con la de Santo Tomás de Aquino, bajo el nombre de Santiago de la Paz y

Gorjón, y no obtuvo aprobación pontificia hasta el 1748, por Bula papal de Benedicto XIV. (30)

De modo que a mediados del siglo XVI tenemos en Santo Domingo, la Atenas del Nuevo Mundo, dos universidades.

En cuanto a profesores, todos surgidos de la clerecía, además de Montesinos, Córdoba, Pane, Olmedo y Las Casas, la Isla recibió un buen contingente de la ilustre ciudad de Salamanca, maestros en el buen decir y con derecho a ocupar un buen escaño en el mundo de las letras, a no haber trajinado en el difícil quehacer de la enseñanza. Son ellos: Domingo de Mendoza, quien hizo estudios en las universidades de Italia; Francisco de Córdoba, de San Gregorio de Valladolid; Domingo de Betanzos, graduado en la ciudad de Tormes; Tomás de Ortiz, que fue después obispo de Santa Marta; Tomás de Berlanga, que fue luego obispo de Panamá, y otros que harían prolija la enumeración.

En cuanto a la Unviersidad de Gorjón, tuvo los primeros catedráticos nativos: el padre Diego Ramírez, Cristóbal de Llerena, Francisco Tostado de la Peña, Diego Alvarado, Luis Gerónimo Alcocer y otros.

Como punto central de las conquistas, las figuras más conspicuas entre los conquistadores pasearon su arrogancia por las calles de la ciudad señorial, que con el tiempo recibiría el nombre sugestivo de *Ciudad Romántica*, cuando en el quietismo aldehuego de nuestro siglo XIX, los trovadores con fina estampa de juglares bordaban canciones junto a las rejas andaluzas donde la pudibunda doncella se desmayaba de dulce y encendido romanticismo. Los nombres se suceden: Hernán Cortés, conquistador de México; Pedro Alvarado, el del salto colosal en las calzadas de la antigua Tenotchtitlán; Diego Velásquez, quien llevó a cabo la conquista de Cuba; Juan Ponce de Leon, quien tras realizar la conquista de Puerto Rico, anduvo ansioso por La Florida en busca de la fuente de la eterna juventud; Juan de Esquivel, conquistador de Jamaica; Francisco de Pizarro, el de la conquista épica del Perú y Pánfilo de Narváez. A estos se suman descubridores como Vasco Núñez de Balboa y exploradores como Pedro Alonso Niño y Alonso de Ojeda. (31)

Fecundo en extremo ese primer siglo de fatigas colonizadoras. Si los desorbitados ojos de la admiración vieron cómo los hijos de Castilla se lanzaban al proceloso mar en busca de conquistas, el mundo contempló, con asombro, el florecer de una cultura espléndida en las otrora tierras vírgenes donde los españoles no encontraron el Pactolo soñado, pero colmaron su ambición regando el puro germen de su cultura, señera en el mundo.

Hemos hablado del cronista Oviedo. Mencionaremos ahora a Alonso de Fuenyamor.

ALONSO DE FUENMAYOR fue el primero en recibir el título de Arzobispo en el Nuevo Mundo (32) y quien escribió una obra dedicada a la Isla que tituló: *Relación de las cosas de La Española*. Otros de este mismo jaez: el Gobernador interino RODRIGO DE FIGUEROA, el oidor ALONSO SUAZO, el oidor JUAN DE ECHEGOYAN, el oidor LUCAS VASQUEZ DE AYLLON, el licenciado ALONSO CACERES Y OVANDO y otros.

Todos escribieron; todos derramaron inusitado entusiasmo explayándose en escritos correctos —o incorrectos— que traducían siempre la alta pasión de los colonizadores.

Entonces resonaron las primeras poesías castellanas en América. Numerosos poetas pasaron por La Española en ese venturoso siglo XVI (33), pero el que más se destacó, indudablemente, fue LAZARO BEJARANO. Bejarano perteneció en Sevilla al círculo de Gutierre de Cetina, el dulce madrigalista de los “ojos claros, serenos”, y vivió por breve estada en Santo Domingo, a partir de 1536. Algunos de sus versos escritos en España figuran junto con los de Gutierre de Cetina, Juan de Vadillo y Juan de Iranzo (34). Como fue un asiduo concurrente a certámenes literarios en su pequeña patria hispalense, hay que pensar que en La Española debió de reunir a su alrededor a todos los aficionados nativos, concitando tanta admiración que Méndez Nieto le llama “el más claro ingenio pasado a las Indias”. (35)

Bejarano fue en América señor de las islas de Curazao, Aruba y Bonaire, señorío que heredó de su esposa doña Beatriz de Ampíes. Fundó la ciudad de Coro, en Venezuela, pero regresó desolado a Santo Domingo, pues no soportaba la soledad de aquel paraje.

Lázaro Bejarano tuvo que enfrentar un peligroso proceso por herejía, en 1558, junto con el mercedario Fray Diego Ramírez, pues afirmó que San Pablo sólo ha sido entendido luego de Erasmo y abogó porque la Biblia se tradujera al castellano para que fuera asequible a todas las gentes, y otras lindezas por el estilo. La sentencia fue benigna; se le condenó a no leer libros sino la Biblia, luego de haber abjurado de sus afirmaciones.

La mayoría de los versos de Bejarano escritos en Santo Domingo fueron satíricos; se conocen apenas tres epigramas y dos quintillas, así como *Purgatorio de amor*, sátira en contra de las costumbres y ciertos personajes de la ciudad.

Más aún que Bejarano nos importa ahora JUAN DE CASTELLANOS, que llegara a la isla a mediados de siglo. A este poeta debemos el conocer hoy muchos de los poetas nativos de la época, mencionados en su *Elegía de varones ilustres de Indias*. Es notorio este largo y pesado canto en octavas reales, porque por él sabemos que ya Santo Domingo daba su primera cosecha de poetas. Los primeros cantores americanos se paseaban por las calles, los trillos y los bosques de La Española cuando todavía otros rincones de América estaban inhollados. ¡Lástima que esta producción primigenia se haya perdido!

Después de mencionar a los poetas nativos, alude Castellanos a: Lázaro Bejarano, a quien tilda de "docto"; y a Alonso de Villasirga y Cerda(36).

Castellanos se encuentra gratamente impresionado por encontrar en La Española tantos hombres principales de relevantes méritos intelectuales, sobre todo oidores y arzobispos, gobernadores, oficiales y escribanos (37); que a este grupo de intelectuales españoles se sumara una buena copia de nativos, que pugnaban por encimarse en el glorioso quehacer de las letras; que cuando pensó encontrar un continente salvaje,

multiplicando el drama primitivo de la infancia del mundo, se solazara, de repente, en un rincón de España, iluminado por el inmenso fanal de la gran genitora de la tierra, fue cosa que acabó por deslumbrarlo.

Los escritores dominicanos —esto es, de Santo Domingo— no son oscuros copiadores que tratan tontamente de parearse con sus rectores, sino frutos genuinos de la cultura, que arrancan grandes elogios a Juan de Castellanos (38), quien acierta después a nombrar algunos (39). El generoso poeta de la *Elegía de varones ilustres de Indias* no tiene otros elogios que hacer de las dotes de nuestros Diego Guzmán, Juan Guzmán, Francisco de Liendo y Arce de Quirós, sino suponerlos capaces de limar sus propias octavas reales o reírse de ellas, y hasta capaces —ya lo quisiera él— de ayudarlo a componerlas. Poco sabemos de estos escritores citados por Castellanos; apenas de Francisco de Liendo, que era hijo del célebre arquitecto Rodrigo de Liendo, y fue el primer sacerdote nativo, siendo racionero de la Catedral.

Estos frutos dispersos del siglo XVI — el primer siglo de la colonización— en una pequeñísima porción del Nuevo Mundo— pues esto se repetirá y aún sahumado, en el resto del vasto territorio americano— es un mentís rotundo al descrédito de los timbres hispánicos y es un radiante sol en el profundo azul del cielo de su gloria. No terminará el siglo XVI sin que veamos nuevos personajes estelares en la constelación de la cultura dominicana.

GRANDES DOMINICANOS DEL SIGLO XVI

En 1573 llega a La Española como Oidor de la Real Audiencia, DON EUGENIO SALAZAR Y ALARCON. Su llegada fue saludada por un poeta dominicano, Francisco Tostado de la Peña, quien era, además, catedrático de la Universidad de Gorjón, con un soneto, conservado por el propio Salazar, cuyos tercetos dicen:

Vuestra venida, tanto deseada,

*a todos ha causado gran contento
según es vuestra fama celebrada,
y esperan que de hoy más irá en aumento
esta famosa isla tan nombrada
pues daros mereció silla y asiento. (40)*

Salazar, aunque de poca monta y escasa nombradía, se codeó con los buenos poetas peninsulares, pues lo encontramos más tarde en México (41), desde donde le envía una epístola lírica al gran poeta sevillano Fernando de Herrera, a quien la posteridad llamó El Divino.

En la Española fue creador de cenáculos literarios y en su *Silva de poesía* loa a tres de los poetas dominicanos más sobresalientes de aquellos venturosos años del siglo XVI: Francisco Tostado de la Peña, Elvira de Mendoza y Leonor de Ovando. Estos tres poetas, en el primer siglo de la era americana, son un anticipo del papel preponderante que tendrá la casi ignorada literatura dominicana en el panorama poético de América. (42)

Leonor de Ovando, sobre todo, a quien la crítica considera, cronológicamente hablando, la primera poetisa de América, es un vivo ejemplo de lo que decimos. Ya veremos cómo se anticipó en algunos años a Sor Juana Inés de la Cruz, aun cuando no se acercó, ni aun remotamente, a la calidad poética de la monja mexicana. La pasión no nos ciega; lo poco que conocemos de Leonor de Ovando no nos permite deslumbrarnos, pero recuérdese que ella surge en la infancia tartamudeante de nuestra poesía, y que, tanto la monja mexicana como su coterráneo, Juan Ruiz de Alarcón, son dos cumbres solariegas que se yerguen con voz propia y luz divina, del suelo de nuestra joven América, para codearse con los más afamados ingenios de España. Además, estamos historiando, no haciendo crítica.

El primero de los tres poetas citados por Salazar es FRANCISCO DE TOSTADO. Era catedrático de la Universidad de Santiago de la Paz, y de él es el soneto de salutación de que hemos hablado más arriba. Murió alcanzado por una bala de

cañón en 1586, cuando el corsario inglés Sir Francis Drake tomó y saqueó la ciudad de Santo Domingo.

De DOÑA ELVIRA DE MENDOZA, de quien nada se conserva, dice Salazar: "la ilustre poeta y señora Doña Elvira de Mendoza, nacida en la ciudad de Santo Domingo"

De SOR LEONOR DE OVANDO, tenemos más datos, y de las noticias que de ella nos llegaron son ecos los párrafos que le han dedicado Menéndez Pelayo y Pedro Henríquez Ureña. (43)

No sabemos la fecha de su nacimiento, pero escribió sus poemas por el 1575 a 1580, y murió entre 1610 y 1515.

Leonor de Ovando fue religiosa de la comunidad de Regina Angelorum, donde alcanzó el grado de Superiora. Allí jugó un preponderante papel actuando con energía y provocando las tribulaciones de la más alta autoridad de la colonia, el residente Osorio, cuando las religiosas, instigadas por Sor Leonor, firmaron junto con ella una carta dirigida la Rey, protestando por las devastaciones. (44)

La vemos también con valiente energía, cuando las huestes de Drake invaden la ciudad, huyendo con sus monjas a una finca de Yamasá, donde continuaron su vida de plegaria y devoción, y sacrificando algunas joyas de su patrimonio para contribuir al rescate de la ciudad que el Gobernador Ovalle abandonara al vandalismo.

Sus relevantes virtudes son rasgos que se vislumbran a través de los ligeros destellos de su vida interesante, que han llegado a nosotros. Sostuvo una correspondencia lírica con el Oidor Salazar, y a esa feliz circunstancia se debe el que conozcamos algo de sus inspiraciones poéticas. Muy poco, apenas cinco sonetos y un poema en versos blancos. En esos sonetos encontramos, entre pequeños balbuceos líricos, que revelan a un poeta en ciernes, verdaderos hallazgos, como cuando dice:

El énfasis, primor de la escritura

o cuando expresa

Que son alegres ya mis ojos tristes

o cuando dice, místicamente, con puro sabor teresiano:

*y sé que por mí sola padeciera,
y a mí sola me hubiera redimido
si sola en este mundo me criara.*

en versos blancos de una cierta elegancia, ligeramente culterana, en la que el torrente gongorino no se ha desatado aún. El poema fue escrito en respuesta a unas sextinas de Salazar y alude a seis compañeras que parten para España:

*Qual suelen las tinieblas desterrarse
al descender de Phebo acá en la tierra*

alude a la partida con dolorosa nostalgia:

*partió y cortó el contento de mi vida
cuando con gran contento la gozaba.*

Que forma parte de una estrofa antológica de puros endecasílabos blancos

*Seys son los que se van, yo sola quedo;
el alma lastimada de partida,
partida de dolor, porque partida
partió y cortó el contento de mi vida
cuando con gran contento la gozaba.
Mas aquella Divina Providencia
que sabe lo que al alma le conviene
me va quitando todo el alegría,
y para que zepays que es tan zeloso
aquel divino Esposo de mi alma
que no quiere que quiera cosa alguna
sino que sólo a El solo sirva y quiera,
que solo padeció por darme vida;
y sé que por mí sola padesciera
y a mí sola me hubiera redimido
si sola en este mundo me criara.*

Si bien la importancia histórica de Leonor de Ovando la pone en primer plano en el panorama de la literatura americana de la colonia, creemos que su poesía ha sido subestimada, en virtud de que, quizá, no resista el fino buril del análisis, comparándola con otros poetas de Hispanoamérica que surgen mucho después. Desde luego que lo que conocemos de ella no nos permite ufanarnos hasta el punto de colocar nuestra poetisa en los Campos Elíseos, pero no podemos más que experimentar un ligero temblor emocional cuando a través de los siglos oímos la voz pura de la primera cantora de América.

"No es ocioso, por último, tener en cuenta que las poesías de Leonor de Ovando que nos ha transmitido Salazar, son anteriores a 1580, año en que el Oidor abandona la isla, lo que permite calificarlas como versos de juventud, con la presunción consiguiente de perfeccionamientos de forma y de fondo en que ha de haber escrito con posterioridad a esa fecha..."

dicho todo este párrafo con palabras de Carlos Federico Pérez. (45) Aun así, vemos en la de Ovando rasgos de inspiración y trasuntos de cultura, o por decir mejor, de tímidos contactos con la poesía de las grandes figuras peninsulares.

En su soneto *Al Nacimiento del Niño Jesús*, dice:

*El Niño Dios, la Virgen y Parida,
el parto virignal, el Padre Eterno,
el portalico pobre y el invierno
con que tiembla el autor de nuestra vida.*

Cuarteto donde se ve cómo sigue la pauta tradicional. En otro soneto con el mismo motivo, dice:

*Del Niño y de los Magos y María
tan bien sepáis sentir, que sólo os cueste
querer que sea el espíritu celeste
y así gocéis de la alta melodía.*

Sus sonetos son de pura esencia renacentista, esto es, endecasílabos, según la fórmula ABBAABBA.

Vicente Llorens Castillo observa que “junto a los intentos de escribir culto, resulta sorprendente cómo Leonor de Ovando ha podido conservar la frescura y gracia pastoril de aquellos devotos cuadros con el portalico pobre, la buena Pascua y los Reyes de Oriente, en medio de la estructura, un tanto solemne, del soneto:

*El salto y zapateta fue bien dado
pues con la misma espada de Golías
nuestro David le corta la cabeza;*

*Domingo de esto está regocijado
y hace deste bien las alegrías,
mas yo me llevaré la mejor pieza.*

“Por entonces Santa Teresa seguía empleando —agrega Llorens— el verso corto tradicional en los mismos juegos verbales de conceptismo místico. A la poesía de tema popular —pastorelas y villancicos— deben en gran parte su supervivencia los viejos metros, después de las invasiones italianizantes. La monja del Convento de Regina Angelorum prefiere, en cambio, vestir su devoción ingenua con la pompa del endecasílabo” (46)

Sor Leonor de Ovando es más que un nombre, más que un recuerdo, más que la exigua producción de cinco sonetos y unos cuantos versos blancos; es la primera voz que se levanta en América para entonar versos sencillos, en la misma habla armoniosa y pura, sonora y cantarina en que entonaron su mensaje de ángeles, Santa Teresa y San Juan de la Cruz.

CRISTOBAL DE LLERENA. — UN ENTREMES FAMOSO.

Todavía estamos en el siglo XVI, con su constelación de intelectuales dominicanos alternado con los escritores españoles. Entre ellos, algunos religiosos compartían la brega del magisterio con los menos penosos menesteres intelectuales. Entre otros,

alcanza fama por sus sermones FRAY ALONSO DE PACHECO (1545-1615), a quien, por haberse trasladado al Perú, se creyó peruano, hasta que Manuel de Mendiburu en su *Diccionario histórico geográfico del Perú*, publicado en ocho volúmenes en Lima (1874-1890) puso en claro su nacimiento en la isla de Santo Domingo. Fue agustino y gozó dilatada fama en Lima, donde fue propuesto como obispo por el propio Felipe II. Fue el primer americano electo provincial de una orden religiosa. El fraile mercedario DIEGO RAMIREZ, hacia el 1586 dictaba cátedras en la Universidad de Gorjón, y, por último el Reverendo Padre FRAY ALONSO DE ESPINOSA, dominico, quien escribió un elegante *Comentario sobre el salmo 44*.

De todo ese grupo, figura central lo es CRISTOBAL DE LLERENA (1540-1627) a quien se debe la primera pieza teatral escrita por un americano: un entremés satírico que conmovería la colonia.

Pocos, muy pocos, en la colonia alcanzaron el grado de cultura que atesoró Llerena. Era sacerdote dominico y había nacido en la ciudad de Santo Domingo entre los años 1540 y 1545.

Figura polifacética e interesante, de rara habilidad, según opinión del Arzobispo Alonso López de Avila (en carta dirigida al Rey de España), quien afirma que Llerena "sabe tanto latín que pudiera ser catedrático en la Universidad de Salamanca y tanta música que pudiera ser maestro de capilla de Toledo y tanta matemática que pudiera ser contador del propio Rey".

Era organista de nuestra Catedral, buen poeta y comediógrafo, según se desprende de este párrafo de Luis Gerónimo de Alcocer:

"El Maestre de escuela don Cristóbal de Llerena, natural de esta ciudad a quien debe todo lo que ay en ella de buenas letras, fue muchos años Rector del Colegio Seminario y catedrático de Retórica; fue también muchas veces prouisor con aplausos de todos. Y fue gran poeta de su tiempo"(47).

Según datos recogidos, en ese momento del siglo XVI ya se hacían representaciones de autos y comedias en nuestra Catedral. Eran costumbre medieval, mantenida entonces, las representaciones de obras teatrales en las iglesias. Las obras profanas — comedias en gran parte — posiblemente se representaban en el atrio. Los actores eran estudiantes de las universidades, y esta costumbre persistió hasta el 1663, cuando el Arzobispo Cueba Maldonado prohibió a los estudiantes la representación de las comedias con que solemnizaban las celebraciones de las fiestas de Nuestra Señora del Rosario.

En nota 10 de su obra acerca de la cultura y letras coloniales, Henríquez Ureña afirma:

“Signo de la afición al teatro en Santo Domingo: don Américo Lugo me informa haber visto en España el manuscrito de una obra dramática, de carácter profano, compuesta en Santo Domingo en el siglo XVIII; en mi adolescencia vi otra que se ha perdido, en letras del siglo XVIII, pero ya poco legible por la mala calidad de la tinta, entre los papeles de mi abuelo Nicolás Ureña de Mendoza. Consta que en 1771 se representaban comedias en el palacio de los gobernadores cuando lo era José Solano. No es probable que haya existido el teatro como empresa comercial: todo debió hacerse entre aficionados”. (48)

Fue el 23 de junio de 1588, en la Octava de la solemnidad de Corpus Cristi, cuando se representó una obra de Llerena. Se escenificó primero una comedia. “Sin duda una comedia impresa en la Corte, de las llegadas en los navíos que arribaban a las costas no hacía aún un siglo descubiertas. No ha quedado memoria de su título ni su autor, pero lo que importa al caso es que en esa comedia se intercaló un entremés, de acuerdo con los cánones escénicos de entonces, obra de un clérigo y canónigo de aquella iglesia catedral, llamado Cristóbal de Llerena”. (49)

El entremés es una crítica violenta al relajamiento que rimaba en la colonia, a los oidores y gobernadores, a quienes

anuncia, por boca de sus personajes, grandes males por haber abandonado la ciudad a las manos vandálicas de Drake.

Se inicia la obra con un diálogo entre el Gracioso y el Bobo. El Bobo aparece vestido de pescador, mudanza que sorprende al Gracioso y le interroga por qué viene vestido con esos arreos tan ajenos a él. El Bobo le responde:

"CORDELLATE (Bobo).— No sé; preguntadle al maese del argadijo, que me ha metido este hocico a pulgares, diciéndome: "¡No más bobo! ¡No más bobo! ¡No más bobo! ¡Caña de pescar y anzuelo, pesia tal! Y así, por miedo de la pena, salgo cual veis a echar un lance. (50)

GRACIOSO.— No me parece mal; echá para todos. Quizá por ahí soldaremos la borrhumbaba.

CORDELLATE.— No pica juro a Dios! No quiere picar.

GRACIOSO.— Pues si no pica, no vale nada la salsa; créeme, vos y yo. Sal, estudio, y veréis cuán bien pica allá.

CORDELLATE.— Así lo pretendo hacer, aunque agora está cerrada la pesquería hasta San Lucas, que son las aguas.

GRACIOSO.— ¿Pues qué pretendes hacer en el entretanto?

CORDELLATE.— Llegarme a Jaina, que no faltará lance.

GRACIOSO.— Otra pesquería de más provecho os revelarí yo si me tuiésedes secreto.

CORDELLATE.— ¿Y es?

GRACIOSO.— Que llevéis un tategón de estos cuartos para trocar tostones, que se venden allá a cuatro reales,

conforme a la cédula, y acá valen a ocho. ¿Qué mejor pesquería queréis?

CORDELLANTE.— Bien decís; así lo haré. (51)

En este momento el Gracioso advierte que ya el Bobo no tiene el vientre abultado como antes, y al preguntarle la razón, le explica que ha dado a luz un monstruo, que saca a la plaza. El monstruo tiene "rostro redondo de hembra, pescuezo de caballo, cuerpo de pluma y cola de pez". Aquí están representados los cuatro elementos que simbolizan la filosofía: agua, por el pez; aire, por la pluma; tierra, por la bestia, y el fuego por la mujer. En este momento salen a escena el primero y segundo alcalde y tres adivinos llamados Delio Nadador, Carpio Proteo y Edipo. El primer alcalde, asqueado del monstruo, pide que se lo quiten de la vista, pero el segundo alcalde cree pertinente observar:

"Señor alcalde, este monstruo ha nacido en tiempo y coyuntura de mucha consideración, porque tenemos mucha sospecha de enemigos, y hanse visto no sé qué faroles y fuegos, y en semejantes tiempos permite Dios estos portentos y prodigios para aviso de los hombres".

Entonces uno de los adivinos explica, con términos eruditos, una interpretación donde se alude a los malestares de la colonia. Es Edipo, zahorí en cosas de monstruos desde que descifró el enigma de la Esfinge. Y dice:

"... que yo desaté el animal de la esfinge diciendo ser símbolo del hombre y éste digo que es símbolo evidente de la mujer y sus propiedades, para lo cual es menester considerar que este monstruo tiene rostro redondo de hembra, el pescuezo de caballo, el cuerpo de pluma, la cola de peje; la propiedad de los cuales animales se encierran en la mujer, como lo declara este tetrástico que servirá de interpretación".

Y lanza aquella estrofa satírica de burla a la mujer:

*Es la mujer instable bola;
la más discreta es bestia torpe, insana;
aquella que es más grave es más liviana
y al fin toda mujer nace con cola.*

El monstruo, según eso, es el símbolo de la propia colonia, víctima de la depredación, el robo, la lujuria:

“Pues este monstruo nació en esta ciudad —dice— no hay que divertir a otra cosa su significación, sino a cosas de ella”.

Encarna “las mujeres descompuestas cuyas galas, apetitos y licencias van fuera de todo orden natural”; agrega que las plumas del monstruo significan el desorden de letrados, teólogos y escribanos...

El alcalde comenta:

—Declaráos en eso, que estoy sentido algún tanto.

—Este negocio basta se sienta, no se diga — responde el adivino.

Y siguió el diálogo adelante:

—¿Qué significa el pescado?

—Maestres y capitanes de naos cuya disolución en fletes y cargas son más que monstruosos, pues habéis de responder a los que os poden o perder la hacienda.

Por fin habla el tercer adivino, quien le da al asunto una interpretación bélica:

“Considerando el nacimiento de este monstruo, alcé la figura y socorrióme en el escendiente de Marte el signo de Piscis: por lo cual pronostico guerra y navíos, y por la figura del monstruo, las prevenciones que debemos tomar, porque mujer, caballero, plumas y peces, quiere decir que las mujeres se pongan en cobro y aparejen los caballos para

huir y alas para volar y naos para navegar, que para todo ser menester”.

El primer alcalde se resiente y afirma:

“No hay que temer: tenemos en el río galeras bien reforzadas de gentes y municiones... De eso bien podemos dormir a sueño suelto”.

Pero el segundo alcalde no está de acuerdo y pide reparar con cuidado en aquel monstruo, que si bien “es parto de un simple, muchas veces simples y borrachos parecen cosas dignas de admiración y si a vuesa merced le parece entremos en cabildo y hagamos un acuerdo de todo lo dicho, de suerte que resulte algo de utilidad común...”

A lo que el primer alcalde responde: “No se acuerde agora vuesa merced de comunidades que es cosa prolija: éntrense, señores aríolos, que al otro cabildo se verá y acordará bien sobre este negocio”.

Así, entre un silencioso asombro y la callada iracundia de las autoridades, terminó el entremés.

La sátira era acerba y mordaz en extremo. Toda ella era una crítica despiadada contra la modorra y descuido de quienes tenían que velar por el bien público, estando aún frescos los desmanes de Drake.

Llerena fue condenado a la pena de ostracismo, condena que se cumplió quince días después, el 8 de junio de 1588, cuando los alguaciles lo prendieron y lo condujeron a una embarcación que se dirigía al Río Hacha, en Nueva Granada. Pero se levantó un clamor contra tal atropello y tan injusto castigo. Voces exigieron la reparación de tal injusticia.

El Arzobispo Alonso López de Avila escribió una carta al Rey Felipe II, fechada 15 de julio de 1588, en la que, al pedir clemencia para Llerena, ponderaba sus altos méritos, su multiplicado saber, su dinamismo. Acompañaba a la carta una copia completa del entremés. El provisor Juan Angulo desbordó su indignación contra los alguaciles, a quienes excomulgó por

haber tratado como un pícaro a tan ilustre personaje. Y, por último, el Oidor Mercado, aprovechando la misa que se oficiaba días después, se levantó y, a nombre de sus compañeros de audiencia, increpó al provisor, ofendiéndolo de palabras.

Después de todo este barullo, no pasó un año sin que Llerena regresara al país con la luminosa aureola de todo su prestigio, hasta su muerte acaecida después de 1610.

Otros entremeses escribió Llerena, pero el único que se conoce es éste, gracias al hallazgo del ilustre escritor mexicano Francisco de Icaza, quien, investigando en los archivos españoles, encontró la carta del Arzobispo López de Avila y la copia del entremés.

OTRAS MANIFESTACIONES CULTURALES DEL SIGLO XVI.

Desde época temprana de la colonización hubo manifestaciones culturales en La Española. Nicolás Slonimsky, en el capítulo dedicado a la República Dominicana de su libro acerca de la música en América, afirma:

"Santo Domingo es la cuna de la música del Nuevo Mundo. Fue aquí donde la reina de una tribu, Anacaona, ofreció la primera exhibición de danzas nativas" (52)

Y dice más abajo:

"Bartolomé de Las Casas fue el primero en ofrecer la ejecución de una obra musical religiosa en el Nuevo Mundo. En 1510 celebró Misa con participación de un coro, en la iglesia de la ciudad de La Vega". (53)

Y aún más abajo:

"El primer músico nacido en el hemisferio occidental también lo fue en Santo Domingo: Cristóbal de Llerena, organista de la Catedral de Santo Domingo" a fines del siglo XVI". (54)

La Catedral contó también, desde su consagración en 1540, con Chantre, organista y coro. La santa liturgia discurría, pues, entre torrentes de sonoras notas del órgano y el coro.

En la Universidad de Santo Tomás de Aquino, por otra parte, activa desde 1538, se servían cátedras de música y de canto, con el objeto, tal vez, de proveer voces para los coros hieráticos.

No sólo la Catedral de Santo Domingo contaba con coros y Chantre, sino también la catedral de La Vega y otras iglesias y parroquias de la Isla. Entre otros, Rodríguez Demorizi nos da el siguiente dato:

"El 26 de septiembre de 1540, el Obispo Fuenmayor le pidió al Emperador provisión para las personas más meritorias en su Iglesia: el Lic. Tomás Franco de la Fuente, predicador y muy acepto a todo el pueblo; y el racionero Madrid (Alonso de Madrid) "ques músico muy bueno y la Capilla no vale sin él nada". Todavía aparecía como músico en 1581". (55)

Por otra parte, a principio del siglo XVI se bailaron las danzas europeas, como la *pavana* y el *minué*, pero más particularmente españolas. Entre las danzas españolas populares se recuerda el *escarramán* (ya olvidado) (56) y el más famoso de todos, el *fandango*, pero cuya introducción en la Isla debió ocurrir en el siglo XVII y no en el XVI.

Es de esperarse que en cada expedición venía uno que otro músico popular, tañedor de vihuela o buen tocador de guitarra. Y es posible que en el Fuerte de La Navidad o en La Isabela se escucharan las primeras canciones españolas en voces prodigiosas de improvisados trovadores.

Una buena copia de músicos vino con Diego Colón y Doña María de Toledo; pero ya en 1509 había en la capital de Santo Domingo un connotado vihuelista de nombre Raúl González y en 1510 se conocía un trompetero llamado Pedro Hernández. En aquella época posiblemente el músico más popular fue un ciego apellidado Cieza, que Bejarano cita en una de sus sátiras y

Méndez Nieto en sus *Discursos medicinales*. Cieza tocaba la sinfonía.

El siglo XVI, por otra parte, es el de las construcciones de las grandes iglesias. En ninguna de las bellas artes se distinguieron los españoles del siglo XVI, en La Española, en la medida en que lo hicieron en el arte arquitectónico. En cambio floreció notablemente la *orfebrería*. No hubo aquí, como en otras partes, orfebres indígenas, de modo que sólo los españoles se dedicaban a este menester. Pero hubo muchos orfebres en la ciudad, principalmente plateros que van a mantener una tradición a través de los siglos XVII y XVIII. En el Tesoro de la Catedral hay cálices y candelabros primorosamente labrados y de una sobria belleza singular. También hay prendas de perlas, oro y esmeraldas (pendientes en forma de salamandra o lagarto, hipocampo, tiburón, templete, etc.).

Los españoles fueron también activos en la talla de la madera, para el labrado de sillas, púlpitos y retablos. Algunos de estos retablos eran de claro estilo plateresco —en su mayoría— aunque aparecen ya uno que otro detalle francamente barroco.

En Santo Domingo no fue notorio el arte de la pintura: no hubo nativos connotados que se dedicaran a este arte, ni el país atrajo pintores europeos, como los que acudieron a mediados del siglo XVI a México y Perú. No ha quedado nada que nos revele qué se hizo en este sentido antes de la invasión de Drake en 1586. Se dice, cosa no probada, que en La Española se estableció el pintor Diego López, sevillano que se dedicaba a la pintura de imágenes, y a quien en 1510 se le obligó a venir a América.

Hay que pensar que entre las cosas saqueadas por Drake estaban algunos lienzos. De esa depredación se salvaron el cuadro de Nuestra Señora de la Altagracia, de Higüey, de influencia flamenca, y el gran retablo de Nuestra Señora de Antigua, en la Catedral. También quedan restos de murales de la primera mitad del siglo XVI, detrás del altar y de la capilla de Las Bastidas, en la Catedral.

Quedan todavía, en diferentes grados de deterioro, un cuadro de la *Dolorosa con San Juan y Santa Verónica*, óleo en

tela (2.65 x 1.32ms.) en la Catedral de Santo Domingo, de la escuela italiana, y otros que apenas son recuerdos.

En escultura, el quinto decenio del siglo XVI "dejó en Santo Domingo la obra más pura del plateresco americano: el friso de la fachada de la Catedral" (57), y muchos monumentos sepulcrales y retablos. La talla en madera dio obras de cierto valor, como el trono del Arzobispo Fuenmayor (1540), pero la escultura policromada no dio grandes obras. Se conserva sólo una *Virgen con el niño*, de la escuela sevillana, y el *Cristo crucificado*, del altar mayor de la capilla de San Andrés, desgraciadamente muy restaurado.

Así ponemos fin al capítulo dedicado al siglo XVI.

NOTAS

(1) Carlos Federico Pérez. "Evolución poética dominicana", Ed. Poblet. Buenos Aires.

(2) En el primer viaje vino un Juan de la Cosa, que era el propietario de la carabela Santa María, pero no tiene nada que ver con este cartógrafo del mismo nombre.

(3) De la Historia de M. Inchaustegui, quien cita en una nota haber obtenido los datos de Samuel Eliot Morison.

(4) Enrique fue el nombre cristiano que se le puso a Guarocuya, señor del Batoruco, nitainato que gobernó su padre. Enriquillo fue el diminutivo por el cual se le aludía.

(5) En su artículo: "Manuel de Jesús Galván".

(6) Conde de la Viñaza. "Investigación histórica: la ciencia y la filología comparadas". Revista de las Españas. Madrid. 1936.

(7) La obra se publicó en México, por cuenta del Arzobispo Fray Juan de Zumárraga, y sirvió de repetida consulta, por lo castizo de su estilo y lo profundo de sus ideas.

(8) Consta que fue el primer templo de piedra edificado en las Indias.

(9) Pedro Henríquez Ureña. "La cultura y letras coloniales en Santo Domingo". Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Instituto de Filología.

(10) Bartolomé de Las Casas. "Historias de Indias". Prólogo de don Gonzalo de Reparaz, 3 tomos. Madrid.

(11) B, de Las Casas. Ob. cit.

(12) Los franciscanos habían aceptado indios en los repartos, y defendieron en contra de los dominicos, el derecho a tener esclavos, pues aun en la misma España en algunos conventos, como el de Sagohún, había una buena copia de humanos sometidos a servidumbre.

(13) A Aragón lo perdió una malhadada alusión a Santo Tomás de Aquino.

Para destruir los argumentos de los dominicos, se permitió impugnar algunos de los postulados del santo teólogo, llegando su irreverencia a decir: "Perdóneme el señor Santo Tomás que en esto no supo lo que dijo". Los dominicos tomaron la defensa de Santo Tomás de Aquino, e intervino la Inquisición. Carlos de Aragón fue condenado a desdecirse, a no predicar y a reclusión perpetua en un convento.

(14) En una carta dice: "Era en todo aquello que parecía desta isla todo montaña, muy hermosas y muy verdes, y fasta el agua, que era alegre el mirarla..."

(15) Fray Cristóbal de Aldana. "Crónicas de La Merced de México" Siglo XVIII. México.

(16) Fray Cipriano de Utrera. "La Catedral de Santo Domingo". Santo Domingo. 1929,

(17) C. F. Pérez. Ob. cit.

(18) Vertida íntegra en una nota de la susodicha obra de Pérez.

(19) Mariano Picón Salas. "De la conquista a la independencia". Colecc. Tierra Firme.

(20) La de Lima, que reclama para sí esta primacía, fue fundada en 1551 (12 de mayo de 1551) y la de México, no obstante iniciar sus estudios primero que la de Lima, se fundó el 21 de diciembre de 1551. En la polémica sostenida por Carlos Sánchez y Sánchez impugnando la tesis de que la Universidad de San Marcos, de Lima, fuera fundada primero que la de Santo Domingo, dice: "Con el fin de preterir la fundación de la Universidad de Santo Domingo se ha pretendido esgrimir el argumento de que para ser perfectas las universidades debían poseer ab-initio, la doble calidad de pontificias y reales. Nada es más ajeno a la verdad, y para elucidar el punto, suplicamos la publicación de cualquiera disposición que, antes de la creación de la Universidad de Santo Domingo, exigiera esa doble condición, o que hubiera derogado el Código de las Siete Partidas que facultaba al Papa para la creación, per se, de universidades. Si tal disposición existe, confesamos que no la conocemos. Si no existe, sería temeridad insistir en una condición no impuesta por ninguna ley". (C. Sánchez y Sánchez. "Por los fueros de las dos universidades de La Española". Publicación de la Universidad de Santo Domingo. Serie III. Vol. LXXIX. No. 1. 1950). Como se ve, el Dr. Sánchez y Sánchez ha puntualiado muy bien el asunto. Pero el punto culminante de la polémica se alcanza cuando dice: "Por datos que suponemos fehacientes, por haber sido extractados de obras serias, peruanas y extranjeras, la Universidad de San Marcos créase, en realidad, en el año 1571. La categoría pontificia le vino por la Bula del Papa Pio V, del 25 de julio del citado año, y la Cédula Real de Enrique II, que la secularizó, no advino hasta diciembre del mismo año. Su primer Rector, don Gaspar de Menesses, no es elegido hasta el año siguiente (1572), en el cual comenzaron verdaderamente sus trabajos universitarios. Al respecto leemos en la "Enciclopedia Universal Ilustrada" (Espasa Calpe), t. 65, "Universidades", pg. 1220: "La Universidad Mayor de San Marcos de Lima, créase en 1553 como seminario dominicano, siendo en 1571 la carta de fundación". El nombre no le fue asignado hasta el año 1574. Sería de desear que los anteriores datos fueran equivocados, porque, de no serlo, la Universidad de México tendría prelación sobre la de San Marcos. Para la primacía de la Universidad de Santo Domingo y la de Santiago de la Paz, monta tanto que sea el año 1551 el de la fundación de San Marcos, como que lo sea el 1571, ya que ello no alteraría las fechas de nuestros documentos originales, que siempre serían anteriores en varios años. Y en efecto: si se considera la Universidad de San Marcos fundada desde la época en que se autorizó el

Seminario, en decir, en 1551, la Universidad de Santo Domingo tiene que considerarse fundada, por idénticas razones, desde antes de 1518, en que fue reconocida como Estudio, y la Universidad de Santiago de la Paz y Gorjón, igualmente desde 1530, año en que la Emperatriz proveyó lo necesario para la creación del Estudio, según vimos más arriba". (opus citato).

Hemos sido prolijos en la cita para no volver sobre el tema, tan claramente dilucidado por el ilustre jurista dominicano.

(21) Cuando el Dr. Sánchez y Sánchez escribió el trabajo citado era Embajador de la República Dominicana en Lima. Fue el último que escribió durante la polémica sostenida en el diario *El Comercio*, de Lima, en la cual defendió con éxito las glorias de la Universidad de Santo Domingo.

(22) ob. cit.

(23) Fray Diego de Maza. Memorial... etc. (Incluye la Bula In apostolatus Culmine. Publicación de la Universidad de Santo Domingo. Cd. Trujillo. 1952.

(24) Vicente Beltrán Heredia. "La autenticidad de la Bula In Apostolatus Culmine, base de la Universidad de Santo Domingo, puesta fuera de discusión". Publicaciones de la Universidad de Santo Domingo. 1955.

(25) ob. cit.

(26) Los tomos del Registro Vaticano que pertenecen al pontificado de Paulo III, son 74, de unos 400 a 500 folios cada uno.

(27) (Diócesis) de Santo Domingo en la Isla del Mar Oceano o nullius. (Solicitante) El Maestro Provincial de la Provincia de Santo Domingo de la Orden de Predicadores y religiosos del Convento de Santo Domingo de la ciudad de Santo Domingo.

(Grecia otorgada) Erección de la Universidad del Estudio General en dicha ciudad a semejanza de la Universidad de Alcalá de Henares de la diócesis de Toledo.

(28) Vicente Beltrán Heredia. Opúsculo citado. Remitimos a la lectura de dicho opúsculo a los que quieran convencerse de la autenticidad de la Bula.

(29) Julio Ortega Frier. "Discurso del cuarto centenario de la Universidad de Santo Domingo" (1538-1938). Publicación de la Universidad de Santo Domingo. 1938.

(30) Fray Cipriano de Utrera. "Universidades de Santiago de la Paz y de Santo Tomás de Aquino y Seminario conciliar de la ciudad de Santo Domingo de la isla Española". Cd. Trujillo. 1932.

(31) Marino Inchaustegui Cabral nos da la siguiente lista: "Entre los descubridores están Vasco Núñez de Balboa, del océano Pacífico; el licenciado Lucas Vázquez de Ayllón, uno de los primeros en avistar y reconocer las costas del Sudeste de los Estados Unidos; Francisco de Garay, gobernador de Jamaica, quien descubrió y exploró costas entre el río Missisipi y La Florida; Alvar Núñez Cabeza de Vaca, compañero de Narváez y posteriormente conductor de una expedición a la región del río de la Plata, recorriendo unas mil millas a través del Sur del Brasil hasta Asunción y llegó a ser gobernador de la colonia en Paraguay; el portugués Esteban Gómez, piloto mayor al servicio de España, rebelde contra Magallanes en el viaje de circunnavegación y quien luego procuró vanamente el paso que buscaba para ir al Asia por el Norte de las Indias, descubriendo y reconociendo la costa del Este de los Estados Unidos, donde tomó esclavos que en parte vendió en Santo Domingo al retornar a España; Gil González Dávila, contador de La Española, el cual, en unión de

Andrés Niño, en el Oeste del Istmo hizo armar buques traídos desarmados de España y así pudo en la costa del Pacífico descubrir y explorar costas de la América Central". Entre los exploradores cita a: Pedro Alonso Niño, Vicente Yáñez Pinzón, Alonso Vélez de Mendoza, Alonso de Ojeda, Rodrigo de Bastidas, Juan de la Cosa, Juan Díaz de Solís, Américo Vespucio, Sebastián de Ocampo, Diego de Nicuesa, Martín Fernández de Enciso, Francisco Hernández de Córdoba, Juan de Grijalva y Pedro Menéndez.

(32) El Lic. Alonso de Fuenmayor fue además gobernador de la Isla y presidente de la Real Audiencia del 1533 al 1545; en el 1538 era obispo y en 1545 arzobispo, recibiendo el palio en 1547.

(33) Entre otros Eugenio de Salazar y Alarcón, madrileño, autor de una "Silva de poesía y canto a la muy leal noble y lustrosa gente de Santo Domingo"; y Miguel de Carvajal, poeta y dramaturgo, autor de la *Tragedia de Josefina*.

(34) En manuscritos de la Biblioteca Provincial de Toledo.

(35) M. Menéndez Pelayo. "Historia de la poesía hispanoamericana" Tomo I.

(36) He aquí la estrofa en cuestión: "Otros conocí yo, también vecinos, / nacidos en el orbe castellano, / que en la dificultad de mis caminos / pudieran alentarme con su mano; / y son, por cierto, de memoria dinos: / Villasirga y el docto Bejarano; / no guiara tampoco mal mi paso / el desdichado don Lorenzo Laso".

(37) Algunos de ellos que menciona Max Henríquez Ureña son: el dominico Fray Tomás Ortiz (quien luego pasó a México); el franciscano Fray Martín Ignacio de Loyola (autor de "Itinerario del mundo", revisado por el agustino Fray Juan González de Mendoza); Fray Alonso de Cabrera, sabio predicador, quien inició su brillante carrera en La Española; Fray Pedro Aguado, autor de una "Historia de Venezuela", así como de Santa Marta y Nuevo Reino de Granada; el padre Bernabé Cobo, que luego pasó a Perú donde escribió su "Historia del Nuevo Mundo"; el padre José Acosta, distinguido naturalista; el padre Pedro Duque de Rivera, Deán de la Catedral, buen predicador; el dominico Fray Juan de las Cabezas Altamirano, que regentó la Universidad de Santo Tomás de Aquino y luego pasó a Cuba.

(38) Dice Castellanos: "Porque todos los más allí nacidos / para grandes negocios son bastantes, / entendimientos han esclarecidos, / escogidísimos estudiantes, / en lenguas, en primores, en vestidos, / no menos curiosos que elegantes, / hay tan buenos poetas que su sobra / pudiera dar valor a nuestra obra".

(39) "Hay Diego de Guzmán y Joan su primo, / y el ínclito Canónigo Liendo / que bien pueden limar ésto que limo / y estarse de mis versos sonriendo; / quisiera yo tenerlos por arrimo / en esto que trabajo componiendo, / y un Arce de Quirós me fuera guía / para salir mejor de mi porffa.

(40) El soneto, copiado por don Angel Rosemblat, del manuscrito de la Silva de poesía, de Salazar, que se conserva en la Academia de la Historia de Madrid, dice: "Divino Eugenio, ilustre y sublimado, / en quien quanto bien pudo dar el cielo / para mostrar su gran poder al suelo / se halla todo junto y cumulado: — / de suerte que si más os fuera dado / fuera más que mortal el sacro velo / y en ligero y penetrante vuelo / el summo choro uviérades volado: — / vuestra venida, tanto deseada, / a todos a causado gran contento, / según es vuestra fama celebrada; / y esperan que de oy más irá en aumento / esta famosa isla tan nombrada, / pues daros mereció silla y asiento".

(41) En México, Salazar fue candidato a la Rectoría de la Universidad, junto

con Pedro Sánchez Paredes (que la ganó) y Santiago del Riego, en 1591. Salazar obtuvo un voto. Fue electo, sin embargo, en noviembre de 1592, cuando obtuvo 8 votos.

M. Menéndez Pelayo. Ob. cit.

(42) La poesía dominicana, que empieza a insinuarse con carácter propio con Gastón Deligne, José Joaquín Pérez y Salomé Ureña de Henríquez, alcanza su plenitud con Moreno Jimenes, uno de los más notables de nuestros poetas.

(43) Carlos Federico Pérez, en la nota 13 (pag. 30) de su obra ya citada dice: "El juicio de Pedro Henríquez Ureña, expuesto en "La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo", supera al de Menéndez Pelayo, sin duda apresurado, que apenas atribuye a los versos de Leonor de Ovando categoría de curiosidad bibliográfica y alguna la de no despreciable".

(44) Fray Cipriano de Utrera. "Sor Leonor de Ovando". Boletín del Archivo General de la Nación. No. 67 y 68. Sto. Dgo. 1951.

(45) Ob. cit.

(46) Luis Llorens Castillo. "Vida cultural de Santo Domingo en el siglo XVI". Cuadernos dominicanos de cultura. No. 22. 1945. Reproducc. de la Revista Cubana. citado por C. F. Pérez.

(49) Luis Gerónimo Alcocer. "Relaciones históricas de Santo Domingo". P. 223.

(58) Ob. cit.

(49) Valentín de Pedro. "Un entremés satírico en la Catedral de Santo Domingo". La prensa. 25-XII-49. Buenos Aires.

(50) "La ortografía está modernizada, tanto en el texto de Icaza (se refiere a Francisco A. Icaza) como en el que da el Padre Utrera. Pero Icaza conserva vacilaciones de escritura, como: monstruo, mostruo, y mostro; pece y peje; Callas, Chalcas y Calchas. Sigo el texto de Icaza, retocando la puntuación". Nota de P. Henríquez Ureña, de quien copiamos los ejemplos del entremés.

(51) "Un tinte de actualidad destaca con singular brillo estas palabras, escritas hace cerca de cuatro siglos. A lo que se ve, ya entonces, en las incipientes ciudades americanas se especulaba con los cambios; había lo que en el lenguaje actual llamaríamos mercado negro en el que se buscaban pingües beneficios, sin cuidarse de lo que dijeran las cédulas reales". Valentín Pedro. Véase la nota 51.

(52) Nicolás Slonimsky. "La música de América Latina". Trad. de M. Efoísa González Kraak. Buenos Aires. 1947.

(53) N. Slonimky. Ob. cit.

(54) N. Slonimky. Ob. cit.

(55) Emilio Rodríguez Demorizi. "Músicos de voz y tecla". En "Música y baile en Santo Domingo". Colecc. Pensamiento Dominicano. Santo Domingo. 1971.

(56) E. Rodríguez Demorizi. "Del baile en Santo Domingo". En la ob. cit.

(57) W. Palm. Ob. cit.

CAPITULO V

LOS SIGLOS XVII Y XVIII.

SIGLO XVII.



UNQUE las devastaciones de Osorio, ejecutadas en los años 1605 y 1606, constituyeron el principio de una serie de desventuras (1) que caerán trágicamente sobre la colonia, el siglo XVII fue una continuación del esplendor cultural del XVI, hasta poco menos de la mitad. Se intensificó la ansiedad por la cultura, se abrieron nuevos derroteros a la enseñanza y se hizo del saber un culto verdadero. La Atenas del Nuevo Mundo siguió irradiando luz hacia los otros puntos del continente americano.

"Tanto contaba el saber en la Atenas del Nuevo Mundo (capital de La Española) —dice Pedro Henríquez Ureña— que en el siglo XVII un individuo de sangre africana, Tomás Rodríguez Sosa, nacido esclavo y manumitido por su amo, llegó a ser teólogo y orador notable y de renombre: según un documento oficial del arzobispo Francisco de Guadalupe y Téllez, el presidente y los jueces de la Real Audiencia lo invitaban a menudo a que predicara en su capilla privada" (2)

El acontecimiento central del siglo es la llegada a la isla de Fray Gabriel Téllez, TIRSO DE MOLINA (1583-1648), cumbre

del siglo de oro español, y quien se disputa en la Historia, junto con Lope y Calderón, el cetro de la regia dramaturgia española. La estada de Tirso dura de 1616 a 1618.

Se señala que cuando Tirso de Molina vino a Santo Domingo ya se iniciaba la decadencia de la colonia, ensombrecida ante el esplendor de los virreinos de México y Perú. Sin embargo, el gran poeta se sorprende de encontrar tanta pasión por las bellas letras, y llegó incluso a estimar que el mismo clima era propicio a las expansiones artísticas.

Hay hechos nefastos en el siglo que contribuyeron a estragar sus costumbres y a aminorar el entusiasmo; entre otros, la extinción de la raza indígena, que iba desmedrando, no sólo por las horribidas matanzas y por las epidemias, que hacían presa en su virginidad para resistir estos nuevos embates, sino por su misma inconsistencia (3); las devastaciones de Osorio y las emigraciones continuas hacia otras latitudes más propicias.

La misión de este ingenio del siglo de oro español en Santo Domingo fue la de reformar el culto de Nuestra Señora de las Mercedes, que parecía en franco desmedro. Con él estaban el vicario Fray Juan Gómez, catedrático del colegio mercedario de Alcalá de Henares, Fray Diego de Soria, Fray Hernando de Canales (quien permaneció en la isla después de la partida de Tirso, posiblemente hasta 1623), Fray Juan López y Fray Juan Gutiérrez.

Los esfuerzos de estos sacerdotes hacen que se consagre a Nuestra Señora de las Mercedes como la patrona de La Española. El poeta recoge parte de su labor del culto a la Virgen, en un libro, *Historia de la orden de la Merced*, cuyos manuscritos se publicaron, al fin, en el 1972, y donde se complace en relatar algunos de los milagros obrados por la Santa Imagen de las Mercedes, como el de llorar durante el culto del Santo Entierro.

En su corta estada en la ciudad de Santo Domingo, el gran sacerdote se puso en contacto con los poetas y escritores nativos y quedó gratamente sorprendido. Así lo hace saber en su libro *Deleitar aprovechando*, donde da noticias del certamen literario al que concurrió, el 24 de septiembre de 1616, en honor de la

Virgen de las Mercedes. Tirso concurrió al certamen con dos canciones, tres glosas, dos romances a lo rústico y una canción real, que fue la premiada. Junto a él lidiaron, en tan hermoso concurso, muchos poetas nativos que el generoso clásico elogia. La palma, ya lo hemos dicho, se la llevó el afortunado creador de "don Juan" y autor de *Don Gil de las calzas verdes* y otras comedias donosas de renombre universal.

"Puede decirse que éste fue el primer triunfo público y resonante que alcanzó Fray Gabriel Téllez —afirma Max Henríquez Ureña— aunque ya frisaba en los treinta y tres años, y hay noticias de alguna comedia suya como Amor por señas, escrita anteriormente, Tirso de Molina no dio a la estampa ninguna de las producciones hasta 1624, años después de haber regresado de Santo Domingo a España. Fue entonces cuando publicó Los cigarrales de Toledo y a su obra subsiguió en 1627 la primera parte de sus comedias" (4)

Esas composiciones con que Tirso de Molina concurrió a los juegos florales figuraron en su libro *Deleitar aprovechando*. Son poesías de no escaso mérito donde el sello del eximio poeta aparece bien marcado. El hecho de que ningún nativo ganara galardón no desmerece en nada la calidad nativa: el triunfador fue Tirso de Molina. Lo que es trascendente es que se celebraran juegos florales y concurrieran poetas dominicanos al lado de tal señera figura de las letras universales.

En su comedia *La villana de Valleca*, estrenada en 1620, hay recuerdos de Santo Domingo:

*Y si en postres asegundas,
en conserva hay piña indiana,
y en tres o cuatro pipotes,
mameyes, cipizapotes,
y si de la castellana
gustas, hay melocotón
y parada; y al fin saco*

*un túbano de tabaco
para echar la bendición.*

Eran las primeras palabras americanas que se usaban en una obra literaria europea. Con ellas, el indiano, llegado de América, anonada al que quiere suplantarle en el amor de la villana, cuando pregunta:

*¿Cómo se coge el cacao?
Guarapo, ¿qué es entre esclavos?
¿Qué fruto dan los guayabos?
¿Qué es cazabe y qué jaojao?*

Aunque fue corta la estada de Tirso de Molina en Santo Domingo, dejó huellas fecundas. (5)

Entre los años 1620 y 1623 visitó la Isla otra alta figura de las letras españolas: BERNARDO VALBUENA (1562-1627). Este estuvo más ligado a las tierras americanas que Tirso de Molina, pues se educó en México y fue obispo de Puerto Rico, y aunque nació en Valdepeñas (España), Menéndez Pelayo lo considera el primer poeta genuinamente americano, porque refleja en su exuberancia y fecundidad la prieta naturaleza del Nuevo Mundo.

También está ligado a las Antillas, pues fue además abad en Jamaica, en 1610, pasando breve tiempo en Santo Domingo a su paso hacia aquella isla.

Luego volvió Valbuena a Santo Domingo en 1622, con motivo del Concilio Provincial que se celebró en la Primada a partir del 21 de septiembre de 1622, un verdadero acontecimiento religioso y social, al que asistieron el obispo de Venezuela, así como representantes de Cuba y Jamaica. El Concilio fue presidido por el Arzobispo de Santo Domingo, Pedro Oviedo, y Valbuena trajo la representación de Puerto Rico. De modo que el gran poeta mexicano hispánico visitó La Española en más de una ocasión.

Quizá a él se deban las pequeñas marejadas de barroquismo que tiñó nuestra poesía de la época, y corrió en oleadas crecidas

por la América Hispanica; porque, aunque no hay testimonio documental de que Valbuena escribiera en Santo Domingo, no hay dudas de que lo hizo, dada su asiduidad al quehacer poético. Destacamos las visitas de Valbuena a Santo Domingo porque él forma parte de la legión de grandes poetas del siglo de oro español. Autor del bello canto pastoril *Siglo de oro en las selvas de Erifile*, de la epopeya el *Bernardo* o *Victoria de Roncesvalles* y del gran poema descriptivo *Grandeza mexicana*, tiene su poesía, además del torrente verbal del barroquismo, la frondosidad y el colorido de la encendida naturaleza tropical, que conoció muy bien, alcanzando elevados elogios de Menéndez Pelayo, quien lo compara con Ariosto, en la risueña fantasía. Pedro Henríquez Ureña, que estudia mejor a Valbuena, sin rehuir la importancia de sus toques gongorinos, al puntualizar la modalidad americanista del poeta, señala que “no es complicación de concepto ni de imágenes... sino profusión de adornos, con estructura clara del concepto de la imagen”, y representa en la literatura española “una manera nueva e independiente del barroquismo: la porción de América en el momento central de la espléndida poesía barroca”. (6)

La decadencia de la colonia no fue brusca sino gradual. Las dos universidades que existían en Santo Domingo siguieron acrecentando su presitigio. En 1602 se creó un *Seminario* en la de Santiago de la Paz y Gorjón.

Por los arzobispados seguían desfilando hombres ilustres y de reconocida capacidad (7), buenos teólogos, magníficos predicadores, excelentes maestros. En la Real Audiencia, personalidades como la del doctor Juan Francisco Montemayor de Cuenca, Pedro Alvarez de Mendoza y el licenciado Fernando Araujo y Ribera, dejan documentos valiosos para la Historia.

Entre los dominicanos ilustres del siglo, podemos destacar al canónigo LUIS GERONIMO DE ALCOCER (1598-1665), abogado y catedrático de latín en la Universidad de Gorjón. La obra de Alcocer es de lo más notable en materia de historia. La prolijidad de su título da una idea exacta de lo tratado: *La relación sumaria del estado presente de la Isla Española en las Indias Occidentales y cosas notables que hay en ella, de sus*

frutos y de algunos sucesos que han acontecido en ella, del arzobispado de la ciudad de Santo Domingo de la dicha isla y vida de sus arzobispos hasta el año 1650. (8)

Por esta obra sencilla y clara, nos enteramos de muchas cosas de alto interés. Hace bellas descripciones de la ciudad de Santo Domingo (9) y de sus condiciones higiénicas (10), así como bosqueja la vida de la colonia, censurando las devastaciones de Osorio, hecho punible de donde parten todas las tormentas que la azotaron.

La *Relación* de Alcocer es un magnífico documento de consulta de la época; por él conocemos el estado de las iglesias y edificios; la vida, ya rigurosamente morigerada de la colonia, la gente ilustre que se movía en la ciudad, y otros detalles que hoy son agradables recuerdos; todo escrito en un estilo pesadamente arcaico, lo que hace su lectura difícil.

Otro dominicano, FRANCISCO FRANCO DE TORQUEMADA, quien era Alférez Mayor de la ciudad de Santo Domingo, hace un relato minucioso de los males que han provocado a la colonia las devastaciones de Osorio (11), en un documento que fuera a entregar al monarca, en Madrid, por el año 1691.

Sigue siendo el siglo XVII un vivero de sacerdotes nativos, distinguidos en el arte del buen decir y de la elocuencia. Citaremos, entre otros, a TOMAS RODRIGUEZ SOSA, a quien se nombra en la cita de P. Henríquez Ureña que hicimos al principio de este capítulo. Este Rodríguez Sosa era un esclavo negro que recibió esmeradísima educación universitaria. Alcanzó fama como predicador, ganando, por mor de su talento, la libertad. Las autoridades de la colonia y gente de prosapia iban a deleitarse con sus sermones de una elevación hierática bien ponderada. No fue su color un obstáculo para su carrera, ni su condición de esclavo manumitido empedró su camino de imposibles. Los españoles no eran prejuiciosos y a esta generosidad colonial debió Rodríguez Sosa su brillante carrera. Era en 1662 capellán de la Fortaleza, pero oidores y presidente lo llamaban de vez en vez para que predicara en sus capillas particulares.

En 1652, el Arzobispo Francisco Pío de Guadalupe y Téllez decía en una carta:

"Subjeto docto, theólogo, virtuoso, de gran fructo en el púlpito, en la cátedra, en el confesionario... En cualquier parte luce con doctrina y exemplo incansablemente y sin que se cansen de oírle doctos y no doctos". (12)

Otros eclesiásticos nativos lo fueron el licenciado DIEGO DE ALVARADO, profesor en el Seminario de Gorjón y ANTONIO GIRON DE CASTELLANO.

Las noticias de todos estos personajes nos han llegado gracias a la obra del sevillano FERNANDO DIEZ DE LEIVA, médico que vino a la colonia a mediados del siglo; contrajo matrimonio en Santo Domingo, en 1662, con María Mosquera Montiel, y allí vivió ejerciendo su profesión hasta 1708, cuando murió.

El libro en cuestión tiene como título *Antiaxiomas morales, médicos, filosóficos y políticos*, escrito en prosa y en versos, según tradición (13), y donde hace gala de un florilegio culterano bien caracterizado. Con Leiva toma carta de naturaleza en la isla el gongorismo, que ya inundaba toda la poesía hispanoamericana, hasta ir a iluminar los mejores momentos de Sor Juana Inés de la Cruz. Ese camino por las rutas soleadas de la metáfora deslumbrante, que tanto atemorizó a los críticos del siglo XVIII, hasta poner su tinte de escepticismo en algunos más cercanos a nosotros, aun de la capacidad intelectual de Menéndez Pelayo (14), han vuelto modernamente a primer plano, hasta el extremo de que se ha hecho una revalorización perfecta de la poesía de Góngora y Argote. El barroquismo de Diez y Leiva se nota, no tanto en la prosa como en sus versos.

Una importancia primordial desde el punto de vista de la historia de nuestra literatura tiene el libro que comentamos: al principio del libro aparecen nueve composiciones laudatorias al autor, escritas por poetas nativos, de incipiente gusto gongorino. Ellos son: Baltasar Fernández de Castro, Fray Diego Martínez,

Tomasina de Leiva y Mosquera, Rodrigo Claudio Maldonado, Alonso de Carvajal y Campofrío, Francisco Melgarejo Ponce de León, José Clavijo, Miguel Martínez y Mosquera y García de Carvajal y Campofrío. Tres de esas composiciones fueron escritas en latín. (15)

Baltasar Fernández de Castro era arcediano y fue obispo interino, más de una vez; Fray Diego Martínez (16) era padre dominico y contribuyó con un soneto, porque parecía buen sonetista. Rodrigo Claudio Maldonado escribió una octava real donde luce este ejemplo de puro gongorismo rebuscado:

*... es un diamante
que Ceylán racional tu mente lleva; (17)*

Alonso Carvajal y Campofrío, capitán, lo mismo que su hermano García, se presentó con un soneto que remata con estos tercetos rebuscados:

*Leiva, este plato del mejor guisado
si no es árbol de fruta sazónada
que guisó o sazónó docto cuidado.
¿Qué digo? De la huerta celebrada
hespéride, es cualquier verso estimado
una manzana de oro y no guardada. (18)*

Y García de Carvajal y Campofrío, Alguacil de la Real Audiencia, se ha presentado con la siguiente espinela:

*Escrivid, Leiva, escrivid,
que causais admiración,
si en proverbios Salomón,
en lo armónico, David.
Mucha riqueza incluid
de ciencia, en tan breve erario
de cada soneto vario,
que el saber es más riqueza,
y más saber con franqueza
darla al provecho ordinario.*

Don José Clavijo, quien fue propietario de una escuela que llevó su nombre y a su vez dio nombre a la calle donde estaba situada (la actual calle del Conde), escribió una espínela, con un tono de rancio gongorismo:

*Crítica, tu pluma, enmienda
muchas larvas de verdades,
larvas por las que persuades
firmes el mundo en ti aprenda.
Leiva, en tan sabia contienda
coronará tu victoria
mucho aplauso, mucha gloria
del docto y no lisonjero,
y en el siglo venidero
nombre, honor, vida y memoria.*

Y Francisco Melgarejo y Ponce de León, en su octava real, tiene los más caracterizados toques gongorinos:

*Política, moral, filosofía,
Leiva, en breve volumen enseñaste;
con docta ayuda y métrica energía,
contra adagios setenta peleaste:
¿cuánta Noruega de ignorancia fría
a átomos deste tomo iluminaste?
De tu escribir no cese la carrera,
vuelve a ser sol humano de esta esfera.*

Si son claros los tintes culteranos de estos versos, es obvio que el poeta español había calado hondo en el verso hispanoamericano.

Tomasa Leiva y Mosquera, de apenas diez y nueve años, era hija del propio Leiva, y sus versos en latín, que al igual que el de sus otros compañeros (19) Max Henríquez Ureña califica de mediana monta, no carecen de cierto interés, sobre todo viniendo de una niña hogareña que al rescoldo de su hogar se daba a estos improvisados menesteres.

En el final del siglo desmedraron las bellas letras, pues sólo se habla de aprestos bélicos, temores y ansiedades. En la parte occidental de la isla —lo que hoy es Haití— devastada por la incuria de Osorio, asientan sus reales filibusteros y bucaneros que viven del robo, birlando ganados y manteniendo en continua lucha a los moradores de esa región. Además las playas, amenazadas de continuo por incursiones bélicas de los enemigos de España, tienen que ser fuertemente fortificadas. Fue en 1665 cuando el Dictador inglés, Sir Oliverio Cromwell, envió una fuerte armada a América, al mando del Almirante Penn, y donde venían los generales Venables y Hoares. Era entonces gobernador de La Española el ilustre Conde de Peñalba (Don Bernardino Menesses y Bracamonte) quien, a diferencias de Ovalle, que abandonó la ciudad a su destino cuando la invadieron las huestes de Drake, con la colaboración de los dominicanos, entre otros los capitanes Juan de Morfa y Damián del Castillo, derrotó a los orgullosos ingleses, quedando muerto en la contienda el General Hoares(20). Fue posiblemente la primera vez que corrió sangre dominicana en defensa del territorio y por la causa hispánica.

Por fin culmina el siglo con la célebre batalla de la *Sabana Real de la Limonade*, en 1691, donde una vez más unidos dominicanos y españoles, invadieron la parte occidental de la Isla, en mano de los franceses (como represalia a la invasión de éstos a la parte española) y les infligieron una aplastante derrota. Este triunfo fue cantado y celebrado por un poeta natural de Santo Domingo, FRANCISCO MORILLAS, en un poema del que sólo han quedado estos versos, posiblemente de un romance:

*que para sus once mil
sobran nuestros setecientos.*

SIGLO XVIII

Las corrientes migratorias se acentúan en este siglo XVIII, de grandes fatalidades para la primogénita de España, a la que la

Metrópoli abandonara a su destino. Es una lucha enconada entre una España que la menosprecia y un Santo Domingo que le tiende los brazos inútilmente. No solamente son españoles los que se van, porque ya la decadente Atenas del Nuevo Mundo no les ofrece ningún aliciente, sino dominicanos, que van a llevar su tristeza, envuelta en la nube oscura de la nostalgia, a otras tierras que les brindan clima más propicio a sus ambiciones.

Los corsarios ingleses y franceses infectaron las aguas del Caribe, con su base de operaciones en la isla Tortuga, frente a la costa Norte de Haití, haciéndoles imposible la vida a los abúlicos moradores de la colonia. Nave española que se aventuraba sola por los mares, era nave perdida.

Aprovechando la coyuntura de la guerra entre España e Inglaterra, los piratas ingleses se enseñoreaban en el Caribe hundiendo todo galeón hispano que aparecía en su ruta.

Entonces Santo Domingo dio su aporte de piratas. Marineros dominicanos de reconocido y encendido valor se lanzaron al mar, entre otros: JOSE ANTONIO, VALENCIA, OLAVE, GUERRERO, y, más audaz que todos, GALLARDO, quien se constituyó en el terror de los ingleses. Todo el ancho mar, en la extensión que iba de Nueva York a Europa, fue teatro de sus hazañas, por lo cual el asombro y el terror le bautizan con el nombre de *Rey del mar*. Más tarde aparecieron dos más: los capitanes SANCHEZ y DANIEL, quienes no limitaron sus agresiones a los buques mercantes sino que se atrevieron con los de guerra también.

Francia, que durante dos siglos estuvo protegiendo y mimando sus corsarios, e Inglaterra, que honraba a los suyos dándoles títulos nobiliarios, mientras abastaban con sus botines las arcas reales, se alarmaron esta vez, sobre todo la ensoberbecida reina de los mares, que ordenó al Lord Gobernador de Jamaica el exterminio de la piratería, mientras Francia daba idénticas órdenes al Gobernador de Haití. Con este aporte de corsarios prestó Santo Domingo un servicio extraordinario a España.

Pero España no hacía nada por merecer estos sacrificios de su colonia. En su lucha infatigable con las potencias europeas,

dirimía sus contiendas a costas de la pobre isla abandonada allá en las pobladas soledades del mar Caribe.

Así fue como en 1777 dio de derecho (pues ya la tenían de hecho) a los franceses la parte Occidental de la Isla (21), lo que hoy es Haití, en tanto que en 1795 les cedió la isla entera. (22)

Así, sin más ni más, pasó a mano extraña la que fuera el candil que dio la primera luz a las glorias españolas en el nuevo continente.

A partir de entonces, Santo Domingo luchó con ahínco y valentía sin par, para ganar su derecho a ser libre. Nicolás Estévez, español de alto espíritu liberal que amó la libertad y la justicia como nadie, llama a Santo Domingo “el pueblo más belicoso de la tierra” (23). Belicoso en la conquista de la libertad y de su derecho a ser feliz.

Este turbulento siglo XVIII dominicano siguió contemplando el suceder de eclesiásticos ilustres en el destino de la colonia. Mientras la Universidad de Santo Tomás de Aquino —la primada de América— seguía siendo centro de enseñanza y cultura en el área del Caribe, la de Santiago de la Paz quedó suprimida en 1747. No solamente nuestra primera universidad labora con el mismo afán que al principio, sino que tiene catedráticos salidos de sus propias aulas de estudios, como el catalán FRANCISCO PUJOL y el venezolano IGNACIO RENDON DORSUNA, e iban a prestigiar otras universidades. Tal es el caso, insólito, por cierto, del dominicano FRANCISCO XAVIER CARO, quien en España fue Rector interino de la Universidad de Salamanca, único hispanoamericano en alcanzar este honor. El viajó en 1810 llevando la representación de Santo Domingo a la Junta de Sevilla y llegó a ser albacea de Fernando VII.

FRAY TOMAS DE LINARES, egresado de la Universidad de Santo Tomás de Aquino, abrió la Universidad de La Habana (24), creada a semejanza de aquélla y fue su primer rector, reelecto dos veces más, y FRAY IGNACIO DE POVEDA, rector de la misma hacia 1738.

La Universidad de Caracas fue fundada en 1725 por el DR.

FRANCISCO MARTINEZ DE PORRAS, un venezolano graduado en la Universidad de Santo Domingo.

Estos dos centros comenzaron a esplender en tanto que las vicisitudes se cebaron sobre la pobre colonia abandonada y la musa se resentía, no llegando a resonar versos que no hicieran alusiones a la inquietante era que se vivía, como los del banilejo PEDRO JOSE PEGUERO, quien en su romance *A los dominicanos*, les hace esta exhortación:

*Suenen las sonoras trompas,
las liras y los timbales,
mientras que mi torpe acento
va explicando las lealtades
que en esta Española isla
han tenido en las edades
de los ya pasados siglos
sus moradores leales.*

Aun así, el siglo XVIII fue pródigo en dominicanos escritores, como PEDRO AGUSTIN MOREL DE SANTA CRUZ, ANTONIO SANCHEZ VALVERDE, ANTONIO DE VILLAURRUTIA, JACOBO DE VILLAURRUTIA y ANTONIO MELENDEZ Y BAZAN.

ANTONIO SANCHEZ VALVERDE (25) publicó obras interesantes como: *El Predicador, tratado dividido en tres partes, al cual preceden unas reflexiones sobre los abusos del púlpito y medio de su reforma*; (1782) *Sermones*, panegíricos y de misterios (1783); *Idea del valor de la Isla Española y utilidades que de ella puede sacar su monarquía* (1785); *La América vindicada de la calumnia de haber sido madre del mal venéreo* (26) y otros.

El más importante de sus libros es *Idea del valor de la Isla Española*, de estilo claro y polémico, donde hace, en lenguaje contundente, una defensa de la Isla y de los dominicanos, acusados de ser violentos y holgazanes.

Basta leer pequeños párrafos de su obra para darse cuenta del interés especial que tiene para la bibliografía histórica.

Recientemente se han hecho nuevas ediciones. De los franceses —vaya de ejemplo — dice:

“Cada francés, hacendado o habitante, vive en su cafetería. Idigotería Gi, como un Señor, en una casa magnífica, acomodada y adornada de mejores muebles que el Palacio de nuestros Gobernadores. Tiene una mesa mas espléndida, abundante y delicada que nuestros Grandes; Alcobas y Gabinetes soberbiamente alhajados, en camas ricamente colgadas para hospedar sus Visitas o pasajeros decentes, Barberos y Peluqueros para estar continuamente de corte. En fin, dos o tres Calestines o Birlochos para visitarse unos a otros, o concurrir a la Comedia, en la población de su distrito...” (Cap. XIX. Pág. 162).

El estilo de Sánchez Valverde revela su cultura clásica y su carácter asaz levantisco, aunque puesto al servicio de una devoción que ya puede considerarse patriótica.

Los Villaurrutias, grandes intelectuales, desarrollaron su gran talento fuera del país.

El padre de los Villaurrutias emigró a México y allí recibieron educación los hijos.

ANTONIO DE VILLAURRUTIA (1754—18...) fue llevado por los azares de la vida a España, México y Perú, donde ocupó altos cargos. El y su hermano fueron fundadores de la *Academia de Literatura Española*, en 1785.

JACOBO DE VILLAURRUTIA (1757—1833)) fue llevado tempranamente a España en el fastuoso séquito del Cardenal Lorenzana. Se hizo abogado en España, donde permaneció por veinte años, alcanzando posiciones muy relevantes, especialmente en Alcalá de Henares, donde fue Corregidor de letras y justicia.

Se le considera hombre múltiple, “muy siglo XVIII”. En Guatemala fue Oidor de la Real Audiencia y dirigió el periódico *La Gazeta*. En México fundó la *Sociedad Económica*, llegando a ser en 1805 Alcalde del Crimen de la Real Audiencia. Fundó, junto con el mexicano Carlos Bustamente, *El diario de México*,

que fue el primer periódico de circulación diaria de América Hispana y estuvo saliendo hasta 1817. Escribió de filosofía y teología en estilo pulcro y diáfano. Fue buen traductor de obras exóticas, habiendo vertido al correcto español las *Memorias para la historia de la virtud*, de Frances Sheridan.

El siglo XVIII se caracteriza por una reactivación de la arquitectura: de este siglo es el magnífico y bello, por sencillo, Convento de Regina Angelorum, ya terminado en 1722, y la Iglesia de los jesuitas, concluida después de 1740. En 1753 se ha concluido el colegio de los mismos padres jesuitas.

En las otras artes, solamente la orfebrería y platería siguen en franca actividad creadora. Poca cosa ha quedado como testimonio de estos menesteres artísticos, en virtud de que los robos y saqueos desvalijaron el país.

“A mediados del siglo XVI —dice Walter Palm— se menciona la vajilla preciosa de funcionarios como los del Oidor Grajeda, y aún un siglo más tarde los franceses se retiraron de Santiago con un botín considerable de objetos de platería. Pero ya a fines del siglo XVI, la soldadesca de Drake se quejaba de que la porcelana de las Indias Orientales había sustituido a la vajilla de plata, evidentemente uno de los grandes incentivos del asalto a las ciudades españolas” (27)

En el siglo XVII la pobreza imperante desmedró el uso de vajillas lujosas, aunque se conservan aún algunos broches y gargantillas de primoroso trabajo. Pero en el siglo XVIII hay gran actividad de orfebrería. El jesuita francés Cherlevoix, que vivió breve lapso en la ciudad de Santo Domingo, la llama “ciudad de mercaderes y de orfebres”, y una de las calles de la urbe (la actual Arzobispo Meriño) se llamó calle de Los Plateros.

Muchos cálices y custodias se conservan en el tesoro hierático del país, más de uno atribuido a Antonio de Akfe. De pintura y escultura no hablaremos porque fueron evidentemente muy pobres.

(1) El contrabando intenso mantenido por ingleses, franceses y holandeses en la costa Oeste, fue causa de que el Rey Felipe III, acogiendo una sugestión de Baltasar López de Castro, dictara en 1603 una orden que se ejecutó en los años 1605 y 1606, que permitió la despoblación de las ciudades de Bayajá, y Yaguana en el Oeste, y las de Monte Cristy y Puerto Plata en el Norte, trasladándose sus habitantes en masa hacia el Sudeste, donde fundaron las poblaciones de Bayaguana y Monte Plata. Esta medida fue realizada por el despótico Gobernador Antonio Osorio. En las tierras despobladas se asentaron corsarios y filibusteros, y surgió el estado de Haití.

(2) Pedro Henríquez Ureña. "Las corrientes literarias de Hispanoamérica". Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires-México.

(3) En otros puntos de América, los indios, en lugar de desaparecer, se multiplican (México, Ecuador, Bolivia).

(4) Max Henríquez Ureña. "Panorama histórico de la Literatura dominicana". Río de Janeiro. 1945.

(5) "Tirso habla también de cosas de América en sus comedias famosas: *Amazonas en las Indias* y *La lealtad contra la envidia*, publicadas en 1635, en la Cuarta Parte de sus comedias; allí abundan las palabras indígenas, antillanas en su mayor parte: bejuco, cacique, caimán, canoa, macana, chocolate, guayaba, iguana, jején, jícara, maíz, naguas, nigua, papaya, petaca, tabaco, tambo, tiburón, tomate, yanacona, yuca". P.H.U.

(6) Pedro Henríquez Ureña. "La cultura y letras coloniales en Santo Domingo". Buenos Aires. 19.

(7) Dávila Padilla, Fray Domingo Valderrama, Fray Cristóbal Rodríguez Xuares, Fray Pedro de Oviedo, Fray Facundo de Torres, Fray Domingo Fernández de Navarrete, Fray Fernando de Carvajal y Rivera y otros...

(8) Emilio Rodríguez Demorizi. "Relaciones históricas de Santo Domingo" Cd. Trujillo. 194...

(9) Dice de la isla: que "tiene ríos que se hunden y sumen y por debaxo de tierra van a pagar su tributo al mar y otros que poco antes de salir al mar se manifiestan y hacen voca, aviendo corrido algunas leguas por debaxo de tierra, y otros que salen a algunos lagos a donde pierden su nombre y no salen al mar y entre estos es notable un río que llaman Brujuelas que ciete leguas antes del mar se hunde y sale en el mismo mar donde llaman Andrés y en este lugar en medio del agua salada del mar cojen agua dulce que los marinos que tienen noticia dello".

(10) "La ciudad es enferma, por ser caliente y muy húmeda y está en la vanda del occidente del río que en saliendo el sol le echa encima todos los vapores y humedades que levanta; todas las tierras de su cercanía son las más estériles de toda la ysla y tiene falta de buen agua para beber por ser el río salobre y la que gasta es del algue de agua llouedica o de agua grueca de poco, y auiendo en la ysla tantos ríos y arroyos de boníssima agua se siente más; no miraron sus fundadores sino a la comodidad del puesto".

(11) E. Rodríguez Demorizi. Ob. cit.

(12) Fray Cipriano de Utrera. "Universidades de Santiago de la Paz y de Santo Tomás de Aquino y Seminario Conciliar de la ciudad de Santo Domingo de la Isla Española". Cd. Trujillo. 1932.

(13) Dice en el "Proemio": "He escrito en versos y en prosa, imitando a San Severo Boecio en sus libros de confortación; porque al duro de ingenio lo combate el ariete sólido de la prosa, armada de las puntas fuertes de argumentos y autoridades, y al dócil y blando lo purgue el azúcar rosado del metro, mixtura de dulzura y eficiacia".

(14) Menéndez Pelayo nunca llegó a la verdadera esencia de la mejor poesía gongorina. Los estudios más sugestivos y completos del gongorismo se deben modernamente a Dámaso Alonso y Alfonso Reyes.

(15) Las de Baltasar Fernández de Castro, Fray Diego Martínez y Tomasina Leiva y Mosquera.

(16) Pedro Henríquez Ureña se pregunta: "¿Será el Diego Martínez que escribió un soneto a la memoria de Sor Juana Inés de la Cruz, como parte del homenaje de todo el mundo hispánico, que aparece en el tomo de "Fama y obras póstumas" de la poetisa mexicana?" (Madrid, 1700).

(17) He aquí la octava íntegra: "Cada soneto, o Leiva, es un diamante / que Ceylán racional tu mente lleva; / de fondo grave, de decir brillante, / joya en todos al mundo han dado nueva / que lo enriquezca de valor constante; / ea, porque más dádivas le daba, / buelva a asistir essa fecunda mina / raro numen de gracia peregrina".

(18) Los cuartetos del soneto dicen: "¿Quién vió dulce a la hiel reprehensiva / y a nutrir y a captar cevo suave? / Sólo quien vió este estilo agudo y grave / sólo quien vió esta Musa persuasiva. / ¡O, siempre lo que sabe cante, escriba! / Que es útil golosina lo que sabe / ¡O, nunca de escucharla el mundo acabe! / De un buen rato,

(19) Del padre Martínez: "Scriben sin ueteres, Leiva, sapiste; / Magna petis calamo nos tamen es Phaecton. / Nam, hoc opus ut peragas pater es, se et prestat Apollo; / nom solum una Dies, te suela uet hent".

Del Padre Fernández Castro: "Sistes hospes, gressus, cirne haec miracula, siste; / Quod uideas maius non habet Oribis opus, / Ingredere hic Sophiae sedes, et Apollinis aulam; / Serta uides, lauro collige, sume lyras" etc. Epigrama de Tomasina Leyva: "O domine, in scriptis elegans a sidera pergys; / Dulcia eis miscens, utile das sapidum, / Dupliciter prosa incantas et carmine canis / At bona si incautas, atamen hoc renouas".

(20) Lleno de cólera el Lord Protector (título que se adjudicó Cromwell) por el fracaso de su armada en Santo Domingo, procesó y condenó al Almirante Penn y al general Venables.

(21) Por medio del Tratado de Aranjuez, que firmaron los plenipotenciarios de Francia y España el 3 de junio de 1777.

(22) Por medio del Tratado de paz firmado en Basilea el 22 de julio de 1795.

(23) En su "Resumen de Historia de América". Garnier Hermanos. París.

(24) En el siglo XVIII se crearon las universidades de La Habana y Caracas, los dos centros culturales del Caribe que empezaron a competir con el de Santo Domingo. El primer contingente que nutrió aquellas instituciones salió de Santo Domingo.

(25) Antonio Sánchez Valverde nació en la antigua ciudad de Santo Domingo en 1729. Estudió en el Colegio de San Francisco, de la Compañía de Jesús, y se graduó de licenciado en Teología en la Universidad de Santiago de la Paz, el 23 de diciembre de 1755. Recibió el grado de Bachiller Civil en la Universidad de Santo Tomás de Aquino, el 14 de noviembre de 1758. Se trasladó a España donde

permaneció hasta 1763, obteniendo el título de abogado de los Reales Consejos. En 1765 lo hicieron racionero de la Catedral de Santo Domingo; luego se trasladó a México, donde también desempeñó el cargo de Racionero de la Catedral, y allí murió el 9 de abril 1790.

(26) Una de las difundidas teorías afirma que la sífilis que estalló de manera epidémica en Europa en 1493, la llevaron de La Española los primeros aventureros que llegaron a Barcelona. Antes no se había conocido la enfermedad en el Viejo Continente. En su artículo "Historia de la sífilis", el Dr. Heriberto Pieter afirma: "Antes del año 1493 la sífilis nunca fue observada en ningún enfermo, ni durante la práctica de las necropsias o en la preparación o en el examen de momias; ni tampoco fue descrita en muros al aire libre o cavernarios, ni en papiros u otros medios gráficos hasta entonces en el Viejo Mundo. Esa plaga fue introducida en el Hemisferio Oriental cuando algunos de los tripulantes que regresaron del Nuevo Mundo en la carabela del Gran Almirante don Cristóbal Colón, la llevaron a Europa, primero a las Azores, luego a Portugal, antes de continuar hacia España, en donde los atrevidos marineros pisaron tierra el 15 de marzo de 1493. Al entrar en el puerto de Palos de Moguer, esta tripulación, ya infectada con la sífilis que adquirió en el Nuevo Mundo, tuvo placeres sexuales con las prostitutas que residían, no sólo en donde al regreso desembarcaron, sino en otras de las provincias ibéricas sureñas: Huelva, Sevilla y Cádiz. La multitud de familiares y amigos de los navegantes, así como muchos curiosos, acudían ávidos de conocer y hasta de comerciar con los recién llegados de la arriesgada expedición, la que algunas veces fue considerada perdida en el infinito del océano. Los diez indios que el Almirante condujo a España en ese viaje, permanecieron en Sevilla durante cerca de un mes. En ese lapso la población fue objeto de sorpresas y de usos inmorales realizados por la soldadesca que "protegía" a esos impresionados salvajes e involuntarios inmigrantes. Semanas después, varios casos de nuevo y misterioso quebranto (llamado por los indígenas bubas, guainaras, hipas, taibas, izas) se registraron entre las prostitutas de Barcelona y de otras mujeres que tuvieron contacto sexual con varios de los marineros recién llegados. Esa nueva peste no tardó mucho en propagarse, sobre todo entre las hetairas, la soldadesca y también entre los funcionarios oficiales que custodiaban o acompañaban a Sus Majestades Católicas Fernando e Isabel I, a la sazón de visita protocolaria en la ciudad condal.

Poco después, con el objeto de prestar ayuda a uno de sus aliados, cerca de Nápoles, el rey Carlos VIII de Francia, comprometido con el de España, solicitó y obtuvo permiso para reclutar voluntarios en la Península, sobre todo en Cataluña. Varios de esos alistados, ya contaminados, diseminaron la nueva plaga en su trayecto por la costa meridional de Francia, en el Mediterráneo italiano, en Pisa, en Florencia, en Bolonia, Cremona, Verona, Novara..." La teoría del origen americano de la sífilis ha sido, desde luego, muy impugnada, pero Sánchez Valverde se les adelantó a todos.

(27) Erwin Walter Palm. "Arquitectura y arte colonial en Santo Domingo". Santo Domingo. 19...

CAPITULO VI

RECUESTO HISTORICO DE LOS SIGLOS XVI Y XVII



COMO hemos visto, la época colonial brilló con esplendor en la isla de Santo Domingo. Esta aparece a los ojos de los descubridores como un tesoro paradisíaco, que pareció destinarla a la prosecución de un gran destino.

Dos gigantescas figuras fueron los autores del breve esplendor de la colonia, hasta elevarla a cimas de gloria no soñadas: Ovando y Fuenleal.

Colón fue durante un tiempo el usufructuario absoluto de todos los beneficios de la colonia, por mor de las *Capitulaciones de Santa Fe*, las cuales ponían en sus manos un poderosísimo instrumento de fuerza y autoridad. Pero sus excesos trajeron perjuicios que los Reyes de España tuvieron que frenar.

MISION DE AGUADO

Colón es, pues, una de las figuras controversiales y gigantescas de la Historia. Grande, con la grandeza de los genios y los predestinados, se ha inventado una rara amalgama de metal y piedra —oro y diamante— para escribir su nombre. Pero aun así, para ver grande a Colón hay que considerarlo un hombre lleno de perjuicios y de virtudes.

Se culpa a sus contemporáneos de haber sido injustos con él. Todavía se habla, con no aspavientado encono, de los grillos que Bobadilla ajustara a sus pies, y se busca, en Santo Domingo, el lóbrego cuartucho mazmorral donde estuvo en rejada prisión.

Al hablar de un hombre paradigmático es necesario ponderar sus grandezas, e ignorar, en la medida de lo posible, sus humanas pequeñeces. En el caso de Colón vamos a destacar un rasgo de su carácter, porque ese simple rasgo dará pauta a este capítulo: su despotismo. Esa soberbia, esa crueldad, ese absolutismo de que dio muestras el Primer Almirante de la Mar Océana, dio pábulo al movimiento emancipador que se inicia en América, a los primeros atisbos de justicia social, desgraciadamente conducidos con mala causa, que, como todas las primacías americanas, tuvo su escenario en Santo Domingo.

Protagonista de este primer intento fue Francisco Roldán, el gran rebelde, que una crítica apasionada ha querido hacer pasar como un villano que se levanta contra legítimos poderes.

Enrique de Gandía explica, con alto criterio analítico, este hecho, en el corto párrafo que transliteramos:

“La América Hispana presenció el choque de los principios absolutistas y liberales en la Isla de Santo Domingo, en tiempo de Colón y de la rebelión de Francisco Roldán. Colón impuso un gobierno de carácter absolutista y los conquistadores se rebelaron haciendo valer sus derechos individuales y sus convicciones antiesclavistas. El gobierno despótico de Colón y su invención de la esclavitud en el Nuevo Mundo (1), decidieron a los Reyes Católicos a enviar un juez —Francisco Bobadilla— que comprobó la denuncia de los conquistadores, aprisionó a Colón y lo mandó a España cargado de cadenas”. (2)

Ya lo hemos dicho: Colón y sus hermanos establecieron en América un gobierno central, abusivo y despótico.

Cuando los Reyes Católicos lo nombraron Almirante de la Mar Océana y Virrey de las tierras descubiertas para Castilla, no podían, ni por un momento, prever la magnitud de la empresa.

Tuvieron que retroceder en la liberalidad de las concesiones dadas al hombre, casi desconocido, que se presentó ante sus augustas plantas para ofrecerles un nuevo mundo. Los Reyes cantaron la palinodia, cuando se dieron cuenta de que ese "aventurero" desconocido —y extranjero por demás— detentaría un poder casi parejo al suyo. El continente que aspiraba a gobernar era más grande que su Imperio de entonces. Y empezaron a recortarle las alas.

Empero, en La Española, el ambicioso extrajero se erguía con su absolutismo agobiante, imponiendo, como primer paso, la esclavitud. Los españoles se resintieron de esta mano férrea que los estrujaba. Entre esas legiones que poblaban La Española, mezclados con los aventureros ambiciosos, había hidalgos y soldados que llevaban a flor de piel el orgullo del gran destino de su raza.

¿Cuál era la condición de Cristóbal Colón en la Isla, con pretensiones de extender sus tentáculos a la Costa Firme y a cuantas tierras alcanzaran sus privilegios? El de un gran señor feudal, de poder omnímodo. Esto, cuando ya el feudalismo había desaparecido del mundo, e impuesto a unos hombres que prácticamente desconocieron esta institución.

Pronto los Reyes Católicos se enteraron de esta contingencia. Los hombres, que se resentían de la férula del Primer Almirante, llevaron sus quejas a los soberanos. En primer lugar el Padre Boyl —aquél que cantó la primera misa en América— y el Comendador Monsén Pedro Margarite, describieron a los soberanos el estado desastroso de la Isla por causa de la dura satrapía de Colón. Los Reyes ignoraban todas las cosas de las que ahora se enteraban, pues el Primer Almirante se cuidaba mucho de no hacérselas saber.

Para comprobar la verdad llegó a la Isla, comisionado directo por Sus Majestades, don JUAN DE AGUADO, hombre que gozaba de la confianza real. Era portador de una Cédula Real que rezaba:

"El Rey, la Reina: caballeros, escuderos y otras personas que por nuestro mandato estais en las Indias, allá vos

enviamos a Juan de Aguado, nuestro repostero, el que de nuestra parte os hablará. Nos vos mandamos le des de fe a creencia" (3).

Por medio de esta Cédula, de que era portador su repostero, la hablaban los Reyes, directamente, a sus súbditos de allende el mar.

Aguado no pudo verse, de inmediato, con Colón, quien se encontraba en el Cibao en sus menesteres de la guerra de conquista, pero pudo comprobar que los quejosos no habían exagerado: vio cómo soldados exhaustos y enfermos eran obligados a pelear, y cómo el Primer Almirante había separado dos bandos: *los partidarios de Colón* y sus *adversarios*. Principalmente los catalogados como contrarios a los intereses del Primer Almirante pasaban por una precaria situación desesperante.

Aguado tomó prontas medidas tendientes a mejorar la situación de los sufrientes; ésto fue óbice para que Colón, de regreso ya a la ciudad de Santo Domingo, se resintiera, estimando que se estaban discutiendo sus legítimos derechos de amo y señor. El era, por su gran hazaña, "señor de horca y cuchilla" y los hijos de sus hijos debían heredar estos privilegios. Mas ¿qué podía en contra de un enviado real?

Con una soberbia propia de su temperamento apasionado y romántico, asumió una actitud dramática: vistió el hábito de San Francisco, que prometió no quitarse hasta hacer sus reclamos ante los Reyes.

Aguado y Colón tuvieron, en el ínterin, agrias disputas, y partieron, en naves distintas, hacia la Metrópoli. Mientras iban a dirimir sus diferencias en la Corte, Cristóbal Colón, con el rostro tragicómico de quien es víctima de una gran injusticia, y Juan de Aguado, indignado justamente, contra su opositor despótico, quedaba en la Isla como Adelantado —cargo que le otorgó su hermano sin tener potestad para ello— Don Bartolomé Colón. Este siguió una política de represalias, aumentando los rigores, y haciéndose francamente intolerable.

Fue cuando surgió FRANCISCO ROLDAN Y XIMENES,

otro aventurero que quiso, a lomos de la traición, usufructuar poderes que veía medrar en manos ajenas.

REBELION DE ROLDAN

Roldán y Ximenes era Alcalde Mayor en la Isla. No pudiendo soportar el despotismo de los Colones, encabezó una revolución, reuniendo para ello muchos descontentos con los cuales asaltó La Isabela.

Era el año 1496. Roldán tuvo el cuidado de ponerse a cubierto de una posible acusación como contrario a la Corona: de modo que su grito de guerra fue: "¡Viva el Rey!". Su revolución era en contra de los Colones, no de los Reyes. Podemos decir, y siguiendo una cortiente favorable al revolucionario, que Roldán fue proclamado "el primer demócrata de América", aunque luego estragó su propia revolución, cuando sacó las garras de sus ambiciones.

Enrique de Gandía hace el siguiente comentario:

"Todos los sociólogos e historiadores, sin excepción, que han estudiado los orígenes de la democracia en América, han olvidado el nombre de Francisco Roldán. Y, sin embargo, Francisco Roldán fue el primer demócrata americano, el primer hombre que dejó oír su voz en defensa de los españoles y de los indios, el primer reformador, en una palabra: el primer rebelde. Su nombre debería encabezar todos los trabajos de sociología y de Ciencia Política del Nuevo Mundo. El olvido sistemático de este personaje, trascendental en la historia americana, se debe a un defecto de especialización". (4)

Fue gran acierto el de Roldán el proclamar al Rey como fuente de toda justicia, pues de seguida se le fue sumando gente que, engrosando su partido, hacía casi impugnable su causa.

Roldán inició el movimiento en La Vega y de allí marchó directamente a La Isabela. En el camino fue hinchando su fila con descontentos que lo aclamaban entusiasmados, golosos de

las nuevas libertades que prometía. Llegó a La Isabela y recorrió sus calles. Nadie le resistió, porque el hermano del Descubridor no pudo lograr la inmediata adhesión de ningún español.

Asaltó los almacenes y los establos del Rey y sacrificó algunas reses para abastecer a sus rebeldes.

De los dos hermanos del Almirante —Diego y Bartolomé— el más osado fue Bartolomé. Le salió al frente a Roldán y le reprochó, con agrio encono, su actitud. Las Casas describe muy bien este episodio de nuestra historia. (5)

Cuando Francisco Roldán y sus sublevados, con sus armas en las manos se detuvieron frente a la fortaleza, Bartolomé Colón se asomó a la ventana; debía estar de pie, a fin de que su rostro asomara por el alféizar. Preguntó al rebelde que por qué armaba tanto escándalo, juntaba aquellas gente e inquietaba toda la isla. La respuesta del jefe rebelde fue altiva y precisa. “No las juntaba para deservicio de los reyes, sino para defenderse de él que había dicho le cortarían la cabeza”. Negó Bartolomé la intención. Siguió en el mismo tono, hasta que el iracundo genovés se ensoberbeció y allí mismo destituyó al alcalde recalcando que lo hacía por andar “contra los servicios del rey”.

Después de este agrio juego de palabras, Roldán se proclamó libre y se fue al reino de Jaragua a esperar el regreso del Primer Almirante para tratar directamente con él. Le acompañaban soldados, indios, peones y algunos hombres principales de la colonia.

El grito de Roldán fue un aparente grito de libertad. Fue el suyo, en un principio, uno de los gestos más hermosos de nuestra historia colonial.

El Padre Las Casas, ciego para todo acto que no fuera el de la mejoría de los indios, llena de abominaciones al Alcalde Mayor de la colonia. Siguiendo este ejemplo de Las Casas, muchos historiadores nuestros han continuado la pauta de sus recriminaciones. Pero visto a la luz de la verdad es oportuno hacerle justicia a quien Enrique de Gandía llama “el primer demócrata de América”, opinión de que se hace solidario Marrero

Aristy (6) al reproducir la escena del levantamiento. Marrero dice:

"Muchas abominaciones dice Las Casas contra el Alcalde Mayor, pero lo cierto es que aquel hombre no se rebelaba por practicar los vicios y demasías que él le atribuye, puesto que bajo el Gobierno de Colón y sus hermanos ningún español fue impedido de cometer los peores crímenes y exacciones contra los indios, y, sin necesidad de enemistarse con el Almirante y su familia corriendo el riesgo de ser ahorcado, Roldán pudo llevar la más corrupta vida que hubiere deseado; sino que su rebelión fue contra el régimen de absolutismo, injusticia y desigualdades insostenibles que el Virrey y los suyos habían establecido en desconocimiento de las viejas tradiciones españolas y del sistema igualitario implantado por Isabel entre sus súbditos al someter el poder de los señores feudales". (7)

La fuente en donde bebe el historiador dominicano al verter el párrafo anterior, es la obra de Gandía. Dice:

"Representa (Francisco de Roldán) el espíritu de la libertad y democracia del pueblo español, sus derechos y sus prerrogativas. No debemos olvidar que los derechos fundamentales nacieron en España antes que ninguna otra nación europea; que España fue en La Edad Media el país de la justicia y la libertad y fue el alto concepto que todo hombre español tenía de sus prerrogativas, lo que hacía de las masas españolas las depositarias de la soberanía popular. El español de la conquista luchaba en América por el triunfo de sus derechos. Era un perfecto jurista que no admitía opresiones extrañas, ni actos que lesionaran su libertad. En sus rebeliones invocaban el nombre del Rey como fuente de toda justicia". (8)

LA REVOLUCION DE ROLDAN

Roldán se fue con sus hombres al cacicazgo de Jaragua. Era

necesario vivir. Empezó por organizar una comunidad perfecta.

Cada hombre escogió una mujer y una porción de tierra para labrarla, surgiendo de este régimen agrario las primeras haciendas del Nuevo Mundo. La gleba le volvió en frutos ese primer esfuerzo, verdaderamente colonizador. Era un régimen progresista al amparo de la justicia, y a él se acogieron numerosos indios que, por primera vez, recibieron el beneficio del orden y la civilización.

El jefe rebelde era querido. Gobernaba con tal equidad que un hijo del cacique Maniocatex, tan maltratado otrora, era su paje, y el mismo Maniocatex fue tratado con la decencia propia de su dignidad. Los indios laboraban con entusiasmo, ya que podían saborear el fruto de su trabajo.

En contraste con esta actitud de Roldán, Bartolomé Colón extremó sus rigores. Los indios que tenían la desdicha de caer bajo la jurisdicción del Adelantado eran tratados con impiadosa rudeza. Víctimas de estas tropelías fueron los caciques Guarionex y Mayobanex. Bartolomé persiguió a los indios con saña, con el fin de donárselos como esclavos a los españoles que le eran adictos, para así ganar su lealtad.

"En los dominios de Roldán seguía derogado el tributo, mientras Bartolomé no sólo mantenía este sistema, sino que constantemente despachaba barcos llenos de esclavos para ser vendidos en los mercados europeos en pública almoneda". (9)

Mientras esto sucedía en la Isla, el Primer Almirante se movía en la Corte. Cristóbal Colón fue bien recibido por los monarcas, en Burgos, siempre ataviado con sus hábitos de franciscano. Los Reyes no dieron muestras de haberle dado mucho crédito al chismorreando levantando en contra de Colón. Si bien se tapiaron los oídos a los desmesurados pedimientos del Almirante, que en realidad sólo demandaba el cumplimiento de lo estipulado, los Reyes allegaron recursos y abastos para nuevos descubrimientos y conquistas.

De esta manera se apresuró el gran navegante a regresar a

La Española, con una tripulación más noble y escogida que incluía: peones de guerra, obreros, hortelanos, marineros, grumetes, sacerdotes, médicos y las primeras treinta mujeres españolas que vinieron a forjar en el tamiz de sus úteros henchidos un nuevo ejemplar de americano. Los monarcas desataron una serie de privilegios y preseas para estos aventureros que venían a poblar el Nuevo Mundo. “No hablaron los monarcas en esta ocasión, ni en otra alguna ulterior, de establecer la esclavitud; desatar guerras crueles, imponer tributos o vender sus nuevos súbditos en las Indias o fuera de ellas”.

Para Isabel y Fernando los indios eran sus vasallos y como tales los consideraban. El negocio de exterminarlos, esclavizarlos o venderlos en pública almoneda, no tenía su aprobación ni su simpatía, aunque es imposible aceptar que para esa fecha pudieran ignorar del todo las atrocidades que se estaban cometiendo con los pobladores de las tierras recién descubiertas, razón que debió animar al Almirante — obsesionado por la idea de no dejarse vencer de sus poderosos enemigos — a contemplar sus planes de obtener oro a cualquier precio, aunque fuese a costas de la venta de esclavos. (10)

El 31 de agosto de 1498, cuando arribó Colón a La Española en su tercer viaje, tras haber descubierto las costas de América del Sur, se enteró de la revuelta de Roldán, a la que se habían sumado cuarenta hombres de su propia expedición, de una nave que había mandado por delante. El rebelde se había ganado esos hombres, a pesar de los esfuerzos para impedirlo, de Alonso Sánchez y Carvajal, miembro prominente de dicha expedición.

Colón se sintió profundamente disgustado con la actitud de Roldán. Todos sus planes se perturbaban por esta infeliz circunstancia; no tanto porque socavaba el omnímodo poder que detentaba, sino porque dificultaba el envío de nuevas expediciones de conquistas a Tierra Firme y ponía en peligro su comercio de esclavos con Castilla, Aragón, Portugal, Italia y Sicilia. Su orgullo sufrió un humillante estirón.

Para contrarrestar estas dificultades inició persecuciones

contra los indios que abandonaban el valle de La Vega. Se afirma que tenía el propósito de vender ese año la notable cifra de cuatro mil esclavos, para resarcir a los reyes de España de los gastos de la tercera expedición y aún sahumados.

No fue a reducir a Roldán por la fuerza porque sus propios hombres se negaron a pelear contra el rebelde, con lo cual su iracundia pasó de los límites.

En cuanto al caudillo de la *Democracia*, al notar que no era atacado por el Almirante, quien de buenas ganas lo hubiera frito en las calderas de Pepe Botero, intuyó la causa de su aparente impunidad y se dispuso a consolidar sus ventajas. Con efecto, movilizó sus gentes, marchó hacia la villa de Bonaó, donde se le unieron otros hacendados rebeldes y en el punto escogido reunió todos sus ejércitos con el fin de dar el golpe definitivo. (11). En Bonaó, y habiendo acampado en la hacienda del español Pedro Riquelme, le vino al encuentro, como enviado del Almirante, el capitán Miguel Ballester, noble anciano que era Alcaide de la Fortaleza de la villa. Allí chocaron dos altiveces: no pudieron llegar a ningún acuerdo. Colón sólo ofrecía perdonar y olvido de yerros, con tal de que volvieran con pávida mansedumbre al redil; Roldán no quería ceder en sus conquistas, ni era su interés regresar como vencido. Dijo Roldán denuestos; contra Cristóbal Colón, y afirmó que si no paz, habría guerra. (12) El rebelde no podía entenderse con el altivo alcaide, por lo cual envió un mensaje al Almirante firmado por varios de los rebeldes, donde el hacer formal ruptura con su despotismo expresaba que, en lo sucesivo, las negociaciones debían conducirse por intermedio del Capitán Alonso Sánchez de Carvajal, reconocido por su honesta vida y su ecuanimidad.

Colón se salió de casillas, ardiendo en ira, cuando Ballester llevóle el insólito mensaje. Pero aún trató de negociar en vano, con su rival. Se hizo el propósito de marchar contra el Bonaó y reducir por la fuerza al rebelde. El pueblo no lo secundó. Es prueba evidente de que la actitud de Roldán, que tanto censura el "apóstol de los indios", ganaba en la conciencia de la gente.

Fue cuando el Gran Almirante de la Mar Océana, que mantuvo siempre una secreta actitud de perseguido, sintió que

se abría un profundo y ancho abismo bajo sus pies: el desmoronamiento de todos sus ideales, el estremecimiento de su autoridad, que él soñó potísima y se resquebrajaba. Su situación era desairosa en extremo, pues si accedía a una sola de las pretensiones de Roldán, era tanto como dar a torcer su brazo.

Muchas cosas le urgían por el momento. Tenía premura por despachar a Bartolomé hacia Costa Firme, antes de que se le adelantaran otros españoles, y en esos momentos tenía, en cinco naos ancladas en el Ozama, quinientos indios destinados a la venduta. ¿Qué hacer?

Todavía pudo asirse al hilo de una esperanza. Tornó a Ballester a la villa del Bonaó, acompañado esta vez de Sánchez de Carvajal, para que convencieran al rebelde del gran daño que les ocasionaba a todos con su pugnacidad. Lo invitaba a que pasara a Santo Domingo a negociar con él.

Pudo mucho la labia de Sánchez de Carvajal y quizás hubiera accedido Roldán a las peticiones del Almirante, a no haber intervenido los alzados altaneramente, diciendo, con altas voces, que no habían de consentir que fuese Roldán ni algún otro, sino que lo que se tratase fuese allí mismo en público, pues a todos les concernía por igual. (13)

Una vez más trató Colón de allegar gentes para atacar a Roldán, y una vez más fracasó.

Sin duda alguna, en la Isla triunfaba la causa de la rebeldía.

TRIUNFO DE ROLDAN

La situación se había hecho problemática en extremo para el Primer Almirante. Se sintió presa de la inquina y llamóse a sí mismo "un pobre extranjero perseguido". (14)

Empero, no valieron sus protestas de buenas intenciones, ni que tachara de corruptos a los alzados, ni, aún, que se retratara a sí mismo "como mansa oveja perseguida". Ahí, en el puerto, estaban los quinientos indios que le urgía vender como esclavos. Esto, y el deseo de hacer valer sus derechos sobre la Tierra Firme, lo movieron al fin, a capitular.

Las negociaciones tuvieron lugar entre el jefe rebelde, a

nombre de los alzados, y los capitanes Alonso Sánchez de Carvajal y Diego de Salamanca, a nombre del Almirante, el 17 de noviembre de 1498, en la Fortaleza La Concepción, de La Vega. Las *capitulaciones* se resumen como sigue:

1o El Almirante pondría a disposición de Roldán y los demás descontentos que lo seguían, dos navíos aparejados en el puerto de Jaragua.

2o Cada revolucionario recibiría "un esclavo y las mancebas que tenía preñadas y paridas".

3o Se daría a los alzados restituciones de algunos bienes que se les había tomado o confiscado durante el curso de la revuelta.

4o Recibirían cartas de descargo por su conducta revolucionaria, exculpándolos de toda falta y reconociendo que habían servido bien en la Isla.

Pero a cambio de estas concesiones el Almirante obtenía de los rebeldes los compromisos que a seguidas se enumeran:

1o Roldán y sus hombres no recibirían más españoles en su compañía.

2o Los rebeldes se embarcarían para España en el término de cincuenta días en dos carabelas que inmediatamente les serían enviadas por el Almirante en Jaragua.

3o No llevarían esclavo alguno por fuerza ni en número mayor del que se les había concedido en el arreglo.

4o Oficiales del Almirante vigilarían el embarcamiento de los rebeldes para cuidar de que todas las cláusulas antes dichas fuesen cumplidas". (15)

No era un triunfo para los rebeldes. Abandonaban el escenario de sus hazañas y dejaban atrás sus conquistas. Pero menos aún lo era para el orgullo del genovés. Era una profunda puñalada en mitad de su arrogancia.

Muchos de los rebeldes se negaron a marcharse; estimaban que su jefe había flaqueado en sus propósitos.

Comprendiendo Colón que si no partían pronto los rebeldes, sus plan corría peligro, se apresuró a mandar las dos

naves convenidas. Y fue entonces cuando intervino la Naturaleza con su mano de furia. Un tremendo huracán azotó las costas de Santo Domingo y dismanteló las naves que hubieron de refugiarse en la bahía de Las Calderas. En las reparaciones, que duraron hasta enero de 1499, pasó el plazo convenido. En ese lapso siguió fermentando el mosto de la rebelión al amparo de la suave brisilla de libertad que les acariciaba. Afincaron cada vez más los pies en la gleba de sus conquistas, y cuando el Almirante envió a reclamar lo pactado, sus enviados (16) se encontraron con una colectividad feliz, cantora; tierra de labrantío, huertos cargados de opimos frutos y agua de regadío saliendo de sus acequias para correr las besanas con nuevo murmullo de paz. Esta vez no le quedó a Colón otro camino sino el de transigir. Roldán y los suyos reclamaban ahora el reconocimiento de sus conquistas: que se le concediera a cada rebelde una extensión de tierra para trabajarla, con su título de propiedad e indios para los trabajos.

La entrevista final ocurrió en el puerto de Azua, entre Roldán con sus hombres de confianza y el propio Cristóbal Colón, quien se hizo acompañar de las principales autoridades de la colonia. Además de las concesiones especificadas se le restituyó a Roldán su cargo de Alcalde Mayor. Era la derrota definitiva para el arrogante genovés. De hecho, Roldán aparecía ante todos con la diadema brillante del auténtico líder del pueblo.

Hasta aquí lo más interesante en lo que atañe a Roldán y su alzamiento; pero todavía habremos de insistir hasta el remate de su obra y la campaña que culmina con la célebre prisión de Colón, de que tanto se han resentido los historiadores.

DEGENERACION DE LAS CONQUISTAS DE ROLDAN

En lo adelante todo marchará distinto. Los rebeldes de Roldán reclamaban los mismos privilegios de que gozaba su jefe. Pero estos privilegios tenían como base la opresión.

Mientras tanto, el triunfante Alcalde Mayor obtenía grandes latifundios en Jaragua y pasaba a ser, antes que un

“demócrata” un “señor feudal”. Podríamos hasta decir que un señor feudal bondadoso, pero detentador de un gran poder. ¿Podía sustraerse a la embriaguez de su propio señorío?

Más inteligentemente, el Descubridor les otorgó tierras a los demás rebeldes, pegujales diseminados por toda la Isla: Marién, el Cibao, La Isabela, Bonaó, etc., pues su verdadero propósito era separarlos, consciente del peligro que constituía para su causa mantener compactado ese núcleo de la triunfante sedición. En su fuero presumía que las conquistas de los rebeldes serían pasajeras, pues mientras recibían tierras, privilegios y bienestar, el Almirante había escrito a los Reyes de España una larga misiva donde pintaba a Francisco Roldán con las peores tintas. Decía que Roldán era un rebelde que se había levantado desafiante contra el poder real, abominando de la Corona y cometiendo grandes crímenes y tropelías; que él se había visto obligado a pactar con el rebelde, urgido por las circunstancias, pero que su pacto era nulo porque él era Almirante y no Virrey. (17) ¡Ingenuo doble juego de Colón!

La acritud en las relaciones del Almirante y el Alcalde Mayor se acentuaba por el hecho de que éste mandaba en la colonia a su antojo. Sin embargo, Colón tuvo que apelar a Roldán en circunstancias en que el díscolo Alonso de Ojeda, su antiguo servidor y ahora actuando por cuenta propia, llegó al puerto de Yáquimo con el propósito de cargar sus naves de palo brasil, que era una de las fuentes de riqueza de Colón. Ojeda era valiente, astuto, taimado y arrogante, y contaba con la protección del Obispo Fonseca, hombre fuerte en España, que era contrario a Colón. Consciente de la situación del Almirante, lo mortificó cuando pudo, cargó su nave con todo lo útil que encontró y muy principalmente con la madera, cuya propiedad con tanto celo detentaba como suya, e hizo propaganda subversiva contra el gran marinero genovés.

Cristóbal Colón cayó en una crisis de desesperación. Entonces acudió al Alcalde Mayor enviándolo a Jaragua; pero la sola presencia de Roldán calmó a los sediciosos. Ojeda se refugió en los navíos y no le hizo frente a Roldán. Hubo varias escaramuzas hasta que, al fin, aquél abandonó la Isla.

De las peripecias que hubo entre las tropas de Ojeda y Roldán, nada diremos. Ambos eran inteligentes, astutos y bravos. En los encuentros, tanto el uno como el otro se portaron a la altura de sus famas. La retirada de Ojeda fue un trinfo para Roldán, y Cristóbal Colón se dio cuenta de que cada vez necesitaba más al Alcalde Mayor.

PRISION DE COLON

Y llegó el año 1500, año de las vacas flacas para Colón. Para esta fecha tuvo agrias discrepancias con un mozo muy principal, gentil y de generosa casta llamado Hernando de Guevara, a quien echó de la ciudad de Santo Domingo. Partió Guevarra rumbo a Jaragua donde pensaba unirse a Ojeda; pero habiendo éste zarpado ya, se vio en la necesidad de tratar con Roldán para que le permitiera vivir en sus lares. Aceptólo el Alcalde Mayor destinándolo al *Cahay*, donde vivía Adrián Mujica, primo del proscrito. Allí vivía una hermosa —hermosísima— princesa de nombre *Higuemota*, hija de Anacaona (18). Guevara se enamoró perdidamente de la bella princesa, con la que se amancebó con la anuencia de Anacaona. Pero como era fama que esta Higuemota figuraba entre las amantes de Roldán, éste se encolerizó y se apersonó en Jaragua donde le ordenó a Guevara confinarse en el *Cahay* y no salir de allí sin su autorización. Cumplió el enamorado galán la orden del ensoberbecido Alcalde Mayor, pero acuciado por su pasión, que era inmensa, volvió a Jaragua tan pronto como éste se ausentó, hizo que su amante se cristianizase, tras bautizarla, y se alzó contra Roldán, a quien quería apresar para arrancarle los ojos. Esta vez actuó Francisco Roldán con la misma presteza y eficacia de siempre: vino a Jaragua, sorprendió a los rebeldes y los redujo a prisión, trasladándolos a Santo Domingo para que fuera Colón, y no él, quien los condenara.

En tanto Mujica, hasta entonces adicto a Roldán, se levantó con buena copia de gentes contra éste, disgustado por el

NOTA

Por un error de diagramación, el último párrafo de la página 161 de esta obra quedó inconcluso. Su redacción correcta es la siguiente:

En tanto Mujica, hasta entonces adicto a Roldán, se levantó con buena copia de gentes contra éste, disgustado por el mal trato que le había dado a su primo. Este movimiento que acaudillara Mujica tenía todas las características del que acaudilló el propio Roldán.

Pero esta vez Colón se sentía más fuerte pues contaba con el apoyo del Alcalde Mayor. Prontamente Mujica fue derrotado y apresado, con lo cual el movimiento revolucionario, que se extendía por toda la Isla, quedó sin cabeza y se desarticuló. El rigor con que el Descubridor castigó a los sediciosos pasó todo límite:

“Fue su carta última y decisiva —dice Marrero— y para despachar más rápidamente a sus enemigos e imponer su mando de manera absoluta, viajó por el país acompañado de un sacerdote cuya tarea consistía en confesar a los sediciosos capturados, después de la cual sin formalidad el Almirante los colgaba en el mismo lugar donde eran apresados. De esta manera Colón fue poblando los caminos de humanos péndulos. Primero fueron cinco, luego siete, luego muchos más. A Mujica le ordenó recibir la extremaunción en la Torrecilla, en cuya torre se hallaba encarcelado, para aplicarle también la última pena; pero como el reo se diera a engañar al confesor, alargando infinitamente la sesión de relación de sus pecados, para así prolongar la vida y ganar tiempo, el Almirante decidió ponerle fin a tal juego mandando que lo arrojasen desde las almenas de la fortaleza para que se destrozase contra las rocas al caer e hiciera presto el viaje al infierno; orden que fue ejecutada al pie de la letra”. (19)

Así continuó con sus desmanes el Almirante, secundado, con provecho, por su hermano, el Adelantado don Bartolomé.

En tanto habían llegado a manos de los Reyes las quejas de la Isla y la carta que le había enviado Roldán cuando disputaba con los Colones. Se enteró la Reina de aquellas naos en las que se enviarían quinientos indios a Europa para ser vendidos como esclavos. Se enteró de que Colón se había pasado de la raya y se dispuso a frenarlo en sus desmanes. (20) Ordenó que se le devolvieran sus fueros a los indios; que se les considerara vasallos de la Corona y relevó a los Colones de todos sus cargos. Para sustituirlo llegó a La Española, como Comendador, don

Francisco Bobadilla, el 23 de agosto de 1500. Traía plenos poderes otorgados por la Corona.

Colón se encontraba fuera de la ciudad en el tráfago de las conquistas. Grandes grupos desfilaron por ante Bobadilla para relatarle toda clase de tropelías cometidas por el Almirante. Le hablaron del terror que imperaba en la Isla, de la facilidad con que era colgado todo aquél que contradijere en lo más mínimo la voluntad del nuevo faraón de América.

Lo que escuchó y vio el nuevo Comendador lo dejó atónito. Cuando, el 24, Bobadilla esperó la salida de misa para leer a los feligreses las cédulas con que la Reina lo investía de poder, hubo un júbilo inusitado. La caída de Colón fue recibida con tal alborozo, que ese 24 de agosto de 1500 fue un día de fiesta.

La medida inmediata del nuevo Gobernador fue tomar posesión de la Torrecilla, cuyo Alcaide, Miguel Díaz, fiel a los Colones se negó a entregar, por lo cual la tomó de viva fuerza, haciendo derribar las puertas. Y de seguida le escribió a Roldán, notificándole lo sucedido. Para nada se dirigió a Cristóbal Colón.

Cada nueva que adquiría Bobadilla lo indignaba más y llegó a tal extremo su ira que secuestró personalmente los bienes de Colón. Este sufrió un profundo colapso. Se dio cuenta de que era su fin en América y de que se le escapaba de las manos un gran negocio. Se negaba a dar crédito a lo que oía, pero se lo confirmó la alegría reinante en la ciudad.

Cuando llegó a Santo Domingo, Bobadilla se negó a verlo y ordenó que lo cargaran de grillos y lo enviaran a España. Con ignominiosas cadenas le acompañaron sus hermanos Bartolomé y Diego.

Bobadilla consolidó el triunfo de Roldán.

JUICIO ACERCA DE COLON

¿Cómo pudo Cristóbal Colón llegar desde el sitio de un oscuro extranjero a uno de los escaños más cimeros y brillantes de la Historia? A base de tenacidad, de fe y de una capacidad

de lucha sin igual. Pero estos elementos no valen si quien los alberga no ilumina el hondón de su vida con la chispa maravillosa del genio. Y Colón era genial.

Su empresa fue gloriosa y única. Perteneció a la alta jerarquía de los navegantes domeñadores del mar. Diríase un vikingo audaz; el más audaz y decidido de todos los vikingos.

A la luz de la Historia, a través de los cuatro siglos transcurridos, cuando los hombres están dispuestos a olvidar que sus héroes distantes fueron hombres, la actitud de Bobadilla es censurable. ¡Qué fácil es a la distancia juzgar los hechos! Pero muy lejos de Colón la luz de la santidad. Fue cruel; implantó en La Española un gobierno de terror, y los hombres se sacudieron de ese terror. Sembró sus caminos de muerte, y el enviado para frenar esos crímenes, lo hizo con mano dura, sin parar mientes en la estatura del culpado. Empero, no aplicó la Ley del Talión; se limitó a cargarlo de cadenas y enviarlo prisionero a España.

Este castigo indigno no tuvo la aprobación general. Andrés Martín, capitán de la carabela *Gorda*, a donde condujeron al ilustre prisionero, quiso quitarle los grillos, pero él se negó, soberbio, a dejárselos quitar. Era arrogante y orgulloso, y decidió llegar a España con los oprobiosos hierros, como antes había llegado con hábito religioso.

Los Reyes desaprobaron el rigor de Bobadilla. Para ellos Colón no era el delincuente sino el Descubridor de un nuevo mundo. Otra hubiera sido la disposición de Sus Majestades si en lugar de cometer todos sus desmanes en una lejana isla, casi perdida en lo lontano del mar, su escenario hubiera sido España. La grandeza no justifica el crimen. Si sobre Cortés y Pizarro, los grandes conquistadores, ha caído el juicio severo de la Historia ¿por qué hemos de liberar a Colón de la carga de sus culpas?

Como nefasto relumbrón de la Leyenda Negra se ha querido hacer del Descubridor un perseguido por la oscura ingratitud de los españoles, un pobre desposeído de sus bienes. Y, desde luego, los Reyes Católicos, unos ingratos ambiciosos que dejaron errar sin destino su palabra real. ¡Mentiras crasas! Colón recibió todo lo que debió recibir. El laurel fue su corona

y el pobre extranjero desconocido amasó una fortuna por mor de su hazaña portentosa. Sólo que sus métodos no fueron siempre recomendables.

Se le dieron poderes ilimitados y él abusó de esos poderes.

Es una triste sofisticación el querer divinizar a quien luce mejor con su talla de hombre. Son los mismos que vituperan sin concepto ni control a Roldán o al Arzobispo Fonseca.

Juan Fonseca era obispo en España cuando el levantamiento de Guevara, a quien apoyó en sus amores con Higuemota. (21) Este Fonseca fue quien primero vio con sentido de realidad la cuestión de las Indias, en el decir de Vicente D. Sierra (22). Él fue el primero en ver el error de las capitulaciones de Santa Fe, entre los Reyes Católicos y Colón, por cuanto le daba poder ilimitado al Descubridor en todo lo descubierto, y dióse prontamente cuenta de que éste no tenía capacidad para mantener estas capitulaciones que conspiraban en contra de la magna empresa.

“Si España hubiera cumplido las Capitulaciones de Santa Fe al pie de la letra —dice Sierra— ni hubiera habido Indias ni hubiera habido nada. Fonseca comprendió la dolorosa verdad. Colón había terminado su misión con el descubrimiento” (23)

Colón, ya lo hemos dicho, se consideró siempre “un pobre extranjero defraudado”. No era verdad. Siempre se le apreció en su justo valor. Y su hijo Diego heredó ese aprecio. Cuando Diego Colón puso sus ojos amorosos en doña María de Toledo, la alcurnia de la dama parecía una honda sima para ese amor. No fue así. El Duque de Alba estimó justas las pretensiones del hijo de Colón y dio su consentimiento a esa unión, que parecía abismal. Entendió que eran aceptables las pretensiones del que era hijo del gran Descubridor. También el Rey dio su consentimiento. Y así obtuvieron los nietos de Cristóbal Colón, además de la herencia de sus glorias, los timbres de la nobleza.

Para Colón hoy tiene el mundo un pedestal del mármol máspreciado; pero España le guarda en su corazón como el

hombre que más lustre le dio al oro de su gloria. Y Santo Domingo venera con unción su tumba, hecha con mármol y bronce de eternidad.

DIAS DE GLORIA DE PARA LA COLONIA

Después de Bobadilla, que murió en un naufragio, llegó a La Española Ovando, el verdadero colonizador y uno de los hombres más extraordinarios que ha pasado por América.

El gobierno de Ovando borra totalmente la influencia de Colón, pero también, tras revisar el expediente de su disputa con Roldán, obligó a éste con sus rebeldes, de grado o por fuerza, a marchar a España.

Colón sufrió los rigores de esta pacificación cuando en 1502 Ovando, el Comendador de Lares, no lo dejó desembarcar en el puerto de Santo Domingo ni ante la amenaza de un huracán, del cual tuvo que librarse refugiándose en la bahía de Las Calderas, un abrigado puerto cerrado y seguro. (24)

Nicolás de Ovando fue progresista, urbanista y cruel. No escatimó medios para pacificar la colonia. Ni las más cruentas matanzas de indios lo detuvieron. (25) Pero logró darle fisonomía altiva a la colonia, que ya se movía en el atuendo de una nueva vida, cuando vino Diego Colón a instaurar su corte virreinal. Entonces, más que la brega de la conquista, se impone la tarea colonizadora. Los padres dominicos lanzan su grito cristiano de piedad para los indios, con las encendidas homilías de Montesinos, y surge la personalidad encantadora y controversial de Fray Bartolomé de Las Casas. Controversial, decimos, a pesar de su enconada lucha en defensa de los indios, porque a su acción y a su decidido espíritu polémico se debe, en gran parte, la instalación e injerto de la raza negra en el nuevo continente.

EL PADRE LAS CASAS

Bartolomé de Las Casas, ya lo hemos dicho, es una figura controversial. Era este buen sacerdote un abogado de dudosa

vocación clerical, cuando lo encontramos por América en su misión de encomendero. Más tarde, en Santo Domingo, testigo de las controversias entre los dominicos, con Montesinos a la cabeza, y los pugnaces encomenderos, siente en su espíritu la exaltación con los resplandores del apostolado, del deseo de vestir el hábito sacerdotal e inclina todas sus iras hacia la defensa de su ideal naciente. Así se eleva su voz. Ruge e increpa. Camina sin tregua y escribe su obra demoledora con lo que gana su fama de bondad, que tanto daño le hizo a España.

Su intención fue buena, pero no se detuvo a reparar un punto en todo el daño que podían provocar sus exabruptos y exageraciones, sobre todo cuando sólo reparó en mostrar la fase negativa de la conquista española. (26)

El vino acompañando al cruel Frey Nicolás de Ovando; le tocó presenciar las injustificables matanzas perpetradas, así el inicuo ahorcamiento de la reina Anacaona; contempló tropelías sin cuentos y el despotismo de los encomenderos, así como el dolor de la sufrida raza aherrojada. Pero fue testigo también de las campañas civilizadoras, del sentimiento cristiano que animaba a muchos de los españoles que trajinaban aquí y de la abnegación sacerdotal, propugnante de una conquista piadosa. El mismo coadyuvó a ella.

Confundir al conquistador con el educador, al aventurero con el misionero, al pirata con el colonizador, al déspota con el liberal, ese fue su pecado. Por esos huecos que aspillaron el edificio de la gran empresa española se colaron los proyectiles que la hicieron vulnerable.

Las Casas había nacido en Sevilla en 1474. Su padre, Francisco Casaús (o Las Casas) acompañó a Cristóbal Colón en uno de sus viajes a América, lo mismo que su tío Francisco de Peñalosa, quien vivió en La Española corta estada. Desde pequeño dio muestras de su carácter asaz exaltado, y de su afán aventurero que lo llevó a probar fortuna en las vírgenes tierras del Nuevo Continente, del que tantas fabulaciones y consejas, mezcladas con historias maravillosas, corrían por la Metrópoli, acicateando el afán aventurero del pueblo más emprendedor del mundo.

En 1502 sus ojos avizores se pasearon, por primera vez, por las compactas sombras de la gran vegetación americana (27). En contacto con la naturaleza salvaje y esplendorosa se estremeció con un nuevo goce desconocido. Al llegar al valle de La Vega Real (28), que ya había movido la admiración del Primer Almirante, hasta el punto de afirmar que era "la tierra más hermosa que ojos humanos han visto", se despertó en el fondo de su alma el poeta. Sus descripciones de ese rincón paradisíaco de la tierra, son hermosas, pero traducen ya su exaltación, esa visión hipertrofiada de las cosas (29). Estaba —pensó él— en las tierras escogidas de Dios.

¿Qué pensamientos dispersos y confusos se agitaron en él cuando sus ojos, golosos de paisajes, se saciaron con la cromada oferta de ese eterno paraíso primaveral que gustó en la Isla amada de Colón? No olvidemos que Las Casas era español y que, precisamente, había nacido en la clangorosa Andalucía. Quiera que no, era un aventurero a la manera que lo fueron Felixmarte de Hircania o Amadís de Gaula, pero con un trasfondo quijotesco. Y proyectó en su mente una aventura gigantesca: no la de alancear molinos, pero sí la de sumarse a la jerarquía de los grandes conquistadores.

Ya ordenado sacerdote, fray Bartolomé acompañó a Diego Velásquez a Cuba, en su viaje de conquista, en 1511, y luego, obedeciendo órdenes de Velásquez, aventuró con Pánfilo de Narváez.

Ya en La Española se había iniciado —desde diciembre de 1511— la batalla de los dominicos en contra de los encomenderos. Las Casas está distante de esta controversia, pero en 1515 abandona a Cuba y torna a La Española, partiendo con Montesinos a España, cuando el maravilloso dominico fue a reclamar de Fernando V un mejor trato para los indios.

El 23 de diciembre de 1515, ante el Rey, desata el torrente de su facundia, para pintar con vívidos detalles, las tropelías de los españoles y la condición infrahumana de los indios. El Monarca le pidió al sacerdote describir en un *Memorial* todo lo que tan patética y dramáticamente le había relatado; pero

cuando fue de nuevo a ver el Rey, que se había trasladado a Granada, éste había muerto. (30) Tal desventurado incidente no desalentó al pertinaz hispalense, que recurrió al heredero del trono, Don Carlos, no sin antes entrevistarse en Sevilla con el Regente Real, que lo era a la sazón el Cardenal fray Francisco Jiménez de Cisneros. Este le ofreció generosa ayuda, recomendándole ir a Flandes al encuentro de Don Carlos.

Cisneros parecía interesarse por los indios, notoriamente, casi tanto como Las Casas. El entendimiento entre Cisneros y el valiente apóstol de los indios fue providencial y llevó a la mente del Cardenal la idea de que el gobierno de Indias debía ponerse en manos sacerdotales para atemperar el rigor de la conquista. Pensó para ello en los *padres jerónimos*, prescindiendo de franciscanos y dominicos, que ya se habían enfrascado en una enconada lucha en favor y en contra de las encomiendas.

El plan que se iba a seguir con los padres jerónimos le fue encomendado a Palacio Rubio, miembro del Consejo del Rey. Dicho plan tenía como único fin mejorar las condiciones de los indios.

En 1517, Bartolomé de Las Casas volvió a La Española con el título de Protector Universal de los Indios (31), pero tras de haber pedido que se trajeran negros de Africa a América para aliviar las condiciones de los indios, volvió a España, en el mismo 1517, donde hizo nuevos contactos con el Cardenal Cisneros.

Obtuvo fray Bartolomé permiso para que hiciera un ensayo de colonización pacífica, para lo cual se le entregaron 200 leguas de costas. El ensayo fue un fracaso.

En 1522 se hizo dominico e inició, en Puerto Plata, la redacción de su Historia. Desde este nuevo escaño, como un elocuente predicador acentuó su lucha, haciéndose sempiterno viajero por los caminos, tomando a La Española como su centro de operaciones.

En 1543 fue nombrado obispo de Cuzco, pero no lo aceptó. Tuvo, en cambio, que aceptar el obispado de Chiapas, en México, aunque siguió en su peregrinar por Centroamérica y Las Antillas.

Bartolomé de Las Casas adoptó, entonces, el tono mayor en su canto. Empezó a rugir, ganoso, tal vez, de un pronto éxito. Necesitaba convencer y para ello adoptó la homilía cortante. El sabía justa la causa defendida, y se puso al frente de la misma con valentía impar, aun sabiendo que con ello se enajenaba voluntades y se malquistaba con los poderosos. Su figura se erguía en el vendaval de las pasiones como la de un Jeremías que conjuraba tempestades. Pero no estaba solo en la lucha. Nunca lo estuvo.

Gran parte de esa lucha en favor de la libertad de los aborígenes la tuvieron los padres jerónimos. Sus métodos, que propugnaban que las conquistas se lograran por etapas, estaban en pugna con los del obispo de Chiapas, que demandaba acciones rápidas y radicales.

Los padres jerónimos soñaban con una república ideal de indios, donde, mediante la convivencia comunitaria, pudieran vivir libres de coyundas, llegando a organizar algunas aldeas (32) con la aprobación de Carlos I, quien afirmaba que:

“entre los indios naturales de las Indias ay muchos que tienen tanta capacidad e habilidad que podrán vivir por sí en pueblos políticamente como viven los españoles (y que por tanto) a todos los que de su voluntad quisieren libertad y le pidieran para vivir política y ordenadamente, se les dé entera libertad...”

Los padres jerónimos acogieron la idea de Las Casas de introducir esclavos, africanos, que empezaron a llegar en la segunda década del siglo. (33) Ya en la tercera década había gran número de africanos. Se organizaban mercados de negros, los que empezaron a recibir un trato tan duro que fueron llevados a una rebelión prontamente sofocada con manos duras. (34)

Bartolomé de Las Casas vino a Santo Domingo, por última vez, el 29 de septiembre de 1544, de paso para Guatemala a donde llevaba, en 27 navíos, 50 frailes dominicos. (35) En ese viaje tornaba a su palacio de Santo Domingo, Doña María de Toledo, viuda ya. (36)

Bartolomé de Las Casas murió a los 92 años de su edad, en San Gregorio de Valladolid, en 1566.

MAS SOBRE EL SIGLO XVI

En las cinco primeras décadas del siglo XVI se vive en La Española una era de esplendor, cuando no es solamente la ciudad de Santo Domingo fuente de cultura —por lo que se le llama *Atenas del Nuevo Mundo*— sino foco irradiador de su propia luz hacia otras latitudes y crisol de nuevas conquistas. El historiador mexicano Carlos Pereyra, dice:

“En gran parte la isla Española fue la conquistadora de México, de la América Central, de Venezuela, de Nueva Granada, del Bajo y Alto Perú, de Chile, y hasta de algunas zonas tributarias del Río de la Plata” (31)

La suave potación renacentista fue apurada en el ánfora de oro que nos hizo escanciar Alessandro Geraldini, quien ya en 1523 ponía la primera piedra de la Catedral. Su latín resonó en la Isla con nuevas melodías en el remozamiento de los tesoros clásicos.

Detrás viene Sebastián Ramírez de Fuenleal — quien sustituyó a Fray Luis Figueroa, a la sazón Oidor de Granada, y quien no llegó a consagrarse.

La novedad que encontró Fuenleal fue el alzamiento de Enriquillo. Este fue un cacique de nombre Guarocuya, cristianizado y bautizado bajo el nombre de Enrique, y educado por religiosos en el Colegio de San Francisco, alcanzando tan alta educación que llegó a conocer las tácticas de guerrillas del pastor lusitano Viriato, las cuales aplicó en sus dominios de la sierra del Bahoruco, cuando al frente de un grupo de indios huyó a las escarpadas estribaciones como protesta contra los desmanes de los españoles. (38)

A principios de 1529, ya obispo y presidente de la Real Audiencia, Ramírez de Fuenleal se dio a la tarea de pacificar al

caudillo alzado, lo que logró al fin con la ayuda de un digno y noble anciano, don Hernando de San Miguel.

La hazaña de Enriquillo es uno de los grandes hitos de la Historia de nuestra América, pues no sólo es el primer americano que logró con su hazaña bélica la libertad, sino que pactó con emisarios del más poderoso monarca de la tierra, Carlos V, en cuyos dominios “no se ponía el sol”. Los cronistas españoles admiraron la majestad de este altivo capitán americano,

De ahí el que diga Oviedo:

“Quanto al cacique don Enrique, me parece que él hizo la más honrosa paz que ha hecho caballero o capitán o príncipe de Adán acá...”

Por cierto, don Enrique, si vos lo conocistes y supistes sentir, yo os tengo por uno de los más honrados e venturosos capitanes que ha avido sobre la tierra en todo el mundo hasta vuestro tiempo de lo cual se nota el maremagno de la excelencia de la Cesárea Majestad del Emperador Rey, nuestro señor...” (39)

Pacificado el capitán indio, Ramírez de Fuenleal le hizo frente, con pertinencia encomiable, al problema de la piratería y fue un magnífico conductor, providencial y emprendedor, hasta su traslado a México, a donde lo llevó la amenaza de una sublevación provocada por los desmanes de la Real Audiencia, las arbitrariedades de Núñez y de Guzmán y las acusaciones en contra de Cortés.

A Fuenleal lo consideramos uno de los más grandes estadistas que España envió a América y alto valorizador de la obra colonizadora. El mejor elogio de su personalidad lo hace Américo Lugo en este corto párrafo:

“Era D. Sebastián Ramírez de Fuenleal flor de la prolongada, brillante, recia y paradójica estirpe medieval, mitad siervo de Dios, mitad siervo del mundo que produjo

a Cisneros y a La Gasca y el gran capitán místico de Loyola, que puso en mano del Papa, en un nuevo y más vivo fuego templada, la antigua espada con que Roma hería a la vez a todo el Universo". (40)

CALAMIDADES

Un hecho vino a perturbar la colonia y a hacerla pasto de calamidades: la *piratería*. La turbia rivalidad surgida entre España y las demás potencias europeas, celosas de sus glorias, va a tener hondas repercusiones en América. Especialmente Santo Domingo va a ser blanco de estas luchas que durante todo el siglo XVII convulsionarán a Europa y que culminarán con tratados de paz descalabrantes, tras la independencia de las Provincias Unidas, las que, al fin, tras el poderoso y sangriento despotismo del Duque de Alba, echará a los españoles, y, por último, el naciente poderío de Inglaterra, ascendente hasta una cima insoñaba bajo el reinado de Isabel I, la reina virago de la Historia, que, tras el desastre de la Armada Invencible – con la que Felipe II soñó doblegar al Albión – inicia la conquista del mar con corsarios de la talla de Sir Francis Drake, honrado con el grado de caballero como premio a sus saqueos.

Estar en el centro del archipiélago antillano ha sido fortuna y desdicha para Santo Domingo. “Nada más favorable que las islas para la formación de los Estados”, afirma Américo Lugo. (41) Y agrega: “Basta citar a Grecia. Y entre las islas del mundo, la situación de Santo Domingo es envidiable. Parece el corazón del Nuevo Continente y la reina del Archipiélago”. (42)

Pero por estar en ese centro entrañable de América, nuestra isla fue un puente, y el hado la condenó a ser víctima de la codicia y a la emigración de muchos de sus hombres connotados. (43)

Las andanzas de Drake, corsario audaz, que después de volcar odio y crudelísimas sañas sobre las colonias españolas, circunvaló el mundo, abrió el camino a la piratería y a la intranquilidad de la primogénita de España.

Puertos y costas de la isla se veían constantemente

estremecidos por los asaltos de estos huracanes humanos. Y de todos, el más peligroso y casi legendario, fue Drake.

Andrés Maurois da una inmensa importancia a las audacias de este gran corsario al afirmar:

"Sin duda España hubiera conservado largo tiempo el dominio de los mares si Francis Drake no la hubiera desafiado". (44)

Cuando Drake llegó a la ciudad de Santo Domingo en 1586, las autoridades españolas la abandonaron a sus depredaciones. Quemó archivos utilísimos, que hoy son lagunas que aparecen en nuestra historia colonial; robó tesoros de nuestras iglesias y, para abandonarla, exigió un rescate que los vecinos tuvieron que pagar con el sacrificio de sus bienes.

Otros piratas y corsarios vieron feliz coyuntura en este acontecimiento para no darle tregua a los puertos ni a las embarcaciones procedentes de la Isla. Un corsario inglés, en 1540, atacó un barco que zarpaba del puerto de Azua y le robó seis mil arrobas de azúcar, dos mil cueros vacunos, cañafístol y el resto del cargamento. (45)

El abandono de la Isla, su pobre condición, frente a tantas tropelías, hacía casi imposible la vida. Esto, aunque no amengua la inquietud cultural, va desmedrando su importancia. Todas las familias que pueden hacerlo, huyen, y las autoridades españolas hacen muy poco para impedirlo. Un connotado dominicano, Cristóbal de Llerena, se queja de esta situación absurda. Y para culminar todos estos errores que gravitaban ya pertinazmente de manera negativa y dolorosa sobre el destino de nuestra patria, se decreta la despoblación de las ciudades del Oeste, so color de que eran puntos propicios para el contrabando de ingleses y holandeses, acto que consume el más nefasto de los gobernadores coloniales, Antonio Osorio, y que es una puñalada honda y dolorosa en el mismo centro de nuestra hispanidad.

Osorio era déspota y cruel; su gobierno, intolerable. Acaso la despoblación de una gran porción de nuestras tierras se debió más al deseo de concentrar cerca de sí núcleos de poblaciones

que le hicieran posible un mejor dominio sobre sus gobernados.

Baltasar López de Castro trajo esa orden del Rey, la cual disponía el desmantelamiento de las poblaciones de Yaguanaa, Monte Cristi, Puerto Plata y Bayajá. El pueblo se opuso a esta bárbara acción, y el Déspota reprimió con crudelísima saña todo intento de oposición. Al mulato Hernando Montero, que se sublevó en La Guaba, lo hizo descuartizar. Al Oidor Alonso Manso de Contreras, el más fuerte opositor de las despoblaciones, le hizo la vida imposible, persiguiéndolo, hasta que con falsas imputaciones de ineptitud lo condenó a infamante ostracismo. Y así, entre Osorio, la más proterva personalidad de nuestra Historia, y López de Castro, su consejero, consumaron las despoblaciones.

Arturo Peña Batlle comenta así este hecho:

“Se ordenó fríamente y sin calcular las consecuencias, la mudanza de tres poblaciones de primera clase, de larga tradición y de inigualable posición estratégica, para establecerlas o tratar de ello en los contornos de la ciudad de Santo Domingo, en donde —por más de trescientos años— no han hecho otra cosa que vegetar dentro de una humilde condición de población de último orden.

Puerto Plata, Bayajá y la Yaguana eran los centros marítimos más importantes de La Española, después de la Capital; eran, sin disputa, las extremidades de la colonia, las antesalas que con tanto cuidado como genio, abrió el Comendador de Lares, el magnífico Nicolás de Ovando, al centro del país. Ninguna otra ciudad fue fundada en la isla Española con mejor ni más acertada visión colonizadora que estos tres núcleos de población tan ligera y criminalmente destruidos en 1605 a los cien años justos de haberse establecido, y tal vez cuando más útilmente cumplían los fines con que surgieron de la mente de su ilustre fundador” (46)

Este es el principio de un largo período desastroso.

Mientras el ganado se multiplica, para el deleite del abigeo de los bucaneros, éstos, junto con los filibusteros, campean por sus fueros impunemente, en las tierras devastadas. Bucaneros y filibusteros y negros, que van a sentir el peso de la más dolosa esclavitud, van a ir estructurando un nuevo núcleo de población que será la eterna antagonista de la parte oriental. (47) De hecho van subsistir dos núcleos de poblaciones que serán dos colonias: una francesa, al Oeste, y otra española; orígenes de los dos países que hoy se dividen la isla: Santo Domingo y Haití.

Los acontecimientos que siguen son ya del siglo XVIII, aunque se inicien en el XVII.

Ser la primera y la más amada fue fortuna y desdicha para La Española. En ella los españoles hicieron sus primeros ensayos de colonización, no siempre acertados.

En la Española no había más voluntad que la del monarca español, pues la colonia no tuvo representación en la Corte, y esta voluntad real la ejercía el *Consejo Real de Indias*, "el más vasto tribunal que recuerda la historia" (48) y cuyos representantes en la Colonia eran el Gobernador y Capitán General y el Presidente de la Real Audiencia.

Aunque algún obispo, como Fuenleal, tuvo, en circunstancias especiales, estos cargos, casi siempre se les confiaba a militares.

En las Leyes de Indias, que manejaban la colonia, estaba latente y firme, el aliento del Padre Las Casas.

Pero la isla, que tuvo su esplendor cultural, como se ha señalado, no representó gran cosa en lo económico con sus exhaustos tesoros auríferos en las arenas fluviales. Y se le infirió un daño de gran repercusión futura, cuando sus tierras — fecundas y pródigas como regalo de Dios — se dieron comuneras, haciendo de un país esencialmente agrícola, una extensa comunidad de pastores. Ganado, y no otra cosa, fue lo que vinieron buscando los bucaneros.

Las necesidades de la isla no eran satisfechas desde la lejana institución hispalense que se llamaba *Casa de Contratación*. Y fue así como se estableció a manera de *úrase* desventurado, la prohibición absoluta de comerciar con extranjeros.

La isla se hizo pasto de piratería. Las devastadas tierras de occidente fueron terreno propicio para estas andanzas. Y así se hizo posible el medro de una colonia enemiga y triunfante.

NOTAS

- (1) La cursiva es nuestra.
- (2) Enrique de Gandía. "Nueva historia de América". Ed. Atlántida. Buenos Aires.
- (3) Bartolomé Las Casas, "Historia General de Indias", Buenos Aires.
- (4) Enrique de Gandía. "Orígenes de la democracia en América y otros estudios". Ed. Soc. Imp. Am. Buenos Aires.
- (5) Ob. cit.
- (6) Ramón Marrero Aristy. "La República Dominicana. Origen y destino del pueblo cristiano más antiguo de América". Ed. El Caribe. Santo Domingo. 1951.
- (7) Ob. cit.
- (8) Ob. cit.
- (9) R. Marrero Aristy. Ob. cit.
- (10) R. Marrero Aristy. Ob. cit.
- (11) Con Roldán marcharon desde Jaragua, Pedro Gámez, Diego de Escobar, y Adriano de Mujica, y escogieron en Bonaio, como cuartel General, la casa de Pedro Riquelme.
- (12) Las Casas. Ob. cit.
- (13) Las Casas. Ob. cit.
- (14) Citado por Las Casas.
- (15) R. Marrero Aristy. Ob. cit.
- (16) Esta vez Alonso Sánchez y Carvajal se hizo acompañar de Francisco Garay.
- (17) Esta carta que escribió Colón y otra ulterior, escrita casi con los mismos términos, la trae Las Casas en su obra citada.
- (18) De esta unión entre Guevara e Higuemota nació Mencía, la bella mestiza que casó con Enriquillo, el señor del Bahoruco.
- (19) Ob. cit.
- (20) Dicen que la Reina indignada exclamó: "¿Qué poder tiene mío el Almirante para dar a nadie mis vasallos?"
- (21) De Mencía, fruto de estos amores, dijo José Martí; después de leer el libro de Galván que era "casada, más perfecta que la de Fray Luis".
- (22) Vicente D. Sierra. "Así se hizo América". Ed. Cultura Hispánica. Madrid.
- (23) Ob. cit.
- (24) Allí se salvó Colón, mientras las naves que conducían a Bobadilla y algunos indios a España, naufragaron. Por eso Colón llamó a ese providencial refugio: Puerto Hermoso.
- (25) Cuéntase la tremenda matanza de Jaragua. Ovando aprovechó una invitación que le hiciera la reina de Jaragua, Anacaona, a una fiesta en sus dominios. Con el pretexto de que en dicho festival se planeaba la muerte de los españoles, a una

señal de su jefe, cargaron éstos sobre los indefensos indios, quienes embriagados de alcohol y presa del frenesí de la danza, no pudieron defenderse. De esta cruel matanza se salvó Guaroa, quien huyó a la sierra de Bahoruco, donde fue perseguido y acorralado, matándose con su propio puñal, al verse rodeado de españoles y teniendo frente a sí la espada de Diego Velásquez. Hatuey, que se salvó porque no asistió al festival, pasó a Cuba, embarcándose en una frágil canoa, y la infortunada Anacaona fue ahorcada por orden de Ovando. La otra fue la matanza de Higüey, confiada a Juan de Esquivel, donde se utilizaron perros de presa que despedazaron las indefensas carnes de los perseguidos.

(26) De nuestro libro "España la gran civilizadora", copiamos la siguiente crítica a la "Brevísima...", de Las Casas:

"Yo vide, dice Las Casas. "Yo vide", repite allá, e insiste acullá. En este breve —"brevísimo" le llama él— opúsculo, se acumulan todos los horrores, todas las crueldades, todas las miserias. Pero el dice: "Yo vide". Todo lo vio. Sus ojos se pasearon por todos los campos de América, para detenerse siempre en el horror. Bien pudiera pensarse que no teniendo otro régimen de interés más que el de su obra, aun en el recato de sus meditaciones, eran delirios oníricos los que lo llevaban a mover su pluma en el amontonamiento de sus notas. "Una vez vide —dice— que teniendo en la parrilla quemándose cuatro o cinco principales señores (y aun pienso que había dos o tres pares de parrillas donde se quemaban otros) y porque daban muy grandes gritos y daban pena al capitán o le impedían el sueño, mandó que los ahogasen; y el alguacil, que' era peor que el verdugo que los quemaba (y sé como se llamaba y aun sus parientes conocí en Sevilla) no quiso ahogarlos, antes les metió con sus manos palos en las bocas para que no sonasen y atizándoles el fuego hasta que se asaran despacio como él quería. Yo vide todas las cosas arriba dichas y muchas otras infinitas". Quemaban los españoles cuatro o cinco indios. No negamos el hecho, pero el dato es impreciso. ¿Cuántos eran los quemados? ¿Cuatro o cinco? El no lo sabe. Y más aún — conjetura después— podían ser hasta dos o tres pares de parrillas. No tiene la certeza. Pero, ¿él, acaso no las vio? Es indudable si es que le damos crédito, porque él mismo lo dice: "Una vez vide que teniendo en la parrilla..." etc., aunque párrafo seguido y entre paréntesis, duda: "Y aún pienso que había...". ¿Hasta qué punto se le puede dar crédito a este aserto, tan explotado después por la Leyenda Negra, circulando en grabados de patetismo desgarrador? Y aún nos preguntamos, ¿cómo cosa tan horrenda pudo olvidársele al cronista minucioso que la contempló, hasta el punto de no saber si eran cuatro o seis las parrillas donde se quemaban? El sádico alguacil le era conocido, y más que conocido, pues tenía conocimiento de su parentela, residente en Sevilla; y aun así lo llama, en el párrafo transliterado "el alguacil", como al verdugo llama "el verdugo". No es por cobardía por lo que calla sus nombres. Basta conocer la vida de Fray Bartolomé para saber que en ningún momento el miedo, ese enemigo del hombre, selló su boca o visitó su corazón. ¿Por qué, entonces? Los que han leído la "Brevísima" se darán cuenta de que en ningún párrafo aparece el nombre de torturadores o asesinos, salvo el de Juan García, en el relato dedicado a Yucatán. No apareciendo ningún nombre de tirano justificativo de los crímenes que censura, el relato pierde fuerza de verdad. Por lo menos no es un documento muy recomendable para aportar un

buen acervo bibliográfico. Y es entonces cuando cabe aceptar que el buen fraile miente. Porque —según Rómulo D. Carbia— ni Las Casas lo pudo ver todo, ni resultan admisibles las cifras que da. Y es, siempre siguiendo a Carbia, que vamos a insistir, copiando textualmente lo que al efecto dice: “Las Casas, que comienza diciendo que las matanzas consumadas por los españoles en cuarenta años alcanzan proporciones increíbles —“mil cientos”; dice, que equivale a nuestra expresión “número incontable de millones” —reduce más tarde el total a sólo quince, cantidad, a pesar de todo, inadmisibles por lo notorio de su abultamiento. Como se comprenderá este simple dato ofrece suficiente base al derecho de tomar con mucha cautela cualquier confirmación contenida en la Brevísima” (Rómulo D. Carbia. “Historia de la Leyenda Hispanoamericana”. Publicación del Consejo de la Hispanidad. Madrid.)

(27) Vino en la expedición del Comendador de Lares, Frey Nicolás de Ovando.

(28) Es cosa sabida que en 1510 fue ordenado sacerdote en la ciudad de Concepción de La Vega y que allí cantó su primera misa.

(29) De nuestro libro “España la gran civilizadora” (Véase supra), copio: “Los errores de Las Casas a lo largo de su obra son incontables. No vamos a pretender que todo lo que dijo ver fue mentira, ni a hacer de los conquistadores unos corderillos, víctimas de un verecundo y apasionado apóstol. Ya hemos dicho que creemos en la buena fe inspiradora del obispo de Chiapas. Queremos robustecer nuestra tesis de que no se puede hablar de la conquista partiendo de sus escritos. He aquí lo que dice de nuestra Isla en su “Historia de Indias”: Sobre el primero de sus cinco “reinos” corren “cerca de 30,000 ríos y arroyos”, multiplicación fluvial que aventaja con mucho el milagro de los peces y los panes. No se detiene aquí: de esos 30,000 ríos, que en vano buscamos en el mapa, no ya de uno solo de los cinco cacicazgos de la isla, sino de la totalidad de la misma. por los menos doce son tan grandes como el Duero, el Ebro y el Guadalquivir, cuando sólo dos o tres de los tales ríos tienen apenas la tercera parte de los ríos españoles. Y, siguiendo con los ríos: 25,000 de ellos son “riquísimos en oro”. Más elocuentes no pueden ser las cifras y contradicciones de su sólita facundia. Según Las Casas, un parvo reino de la isla de Santo Domingo (de apenas 4,000 kilómetros cuadrados) “es más grande que el reino de Portugal” (el cual tiene una extensión de 88,000 kilómetros cuadrados).

El infundio es enorme cuando se sepa que la isla entera de Santo Domingo tiene sólo 71,253 kilómetros cuadrados. Ramón Menéndez y Pidal, en su trabajo “Una norma anormal del Padre Las Casas”, dice: “Poseído de una invencible tendencia a la hiperbole, aumenta dos veces, veinte veces, las cosas, como procedimiento ordinario; no hay una sola de las 97 páginas de la “Destrucción de América” que no contenga cifras disparatadas cuando encarece la maldad de los españoles, tema único del opúsculo y una dominante en otras obras del autor. Los indios muertos por los españoles en cuarenta años son, según dice una vez, 12 millones o 15, pero sumando las cifras parciales que da para las diversas regiones americanas, resultan más de 24 millones”. Y agrega a renglón seguido: “Un capitán del famoso gobernador Pedreira mató sobre 40,000 ánimas; otro se deshizo de 500,000; los trescientos alemanes de Venezuela (los Welses), mucho peores que los españoles, en menos de quince años mataron de cuatro o cinco millones. Todas estas cifras son increíbles, aun después de ser inventadas las cámaras de gas y demás prácticas del genocidio moderno”.

(30) Murió en Madrigalejos el 23 de enero de 1516.

(31) Ese fue el año en que terminó la regencia de Cisneros, al llegar a España Carlos V (llamado I de España) y los bonos del apóstol desmedraron, sobre todo cuando en ese mismo año murió el Gran Canciller de la Universidad de Lovaina, Juan Selvagio.

(32) R. Marrero Aristy. Ob. cit.

(33) Es necesario recordar que los primeros negros que llegaron a La Española (y, por tanto a América) fueron traídos por Nicolás de Ovando en 1502, pero de España, no de África.

(34) "En los primeros tiempos estos negros se traían de España y de algunas islas del Mediterráneo y quizá también de las islas Canarias. Alrededor de 1510 se inició el comercio con buques negreros, los cuales en su mayoría apresaban negros en el África para venir a venderlos al Nuevo Mundo, sistema que se generalizó a partir de esa época" Marino Inchaustegui, "Historia dominicana". Tomo I. Imp. Dom. 1954.

(35) De hecho, se trataba del más grande contingente de sacerdotes que vino a América.

(36) Diego Colón murió en Puebla de Montalván (España) en 1526.

(37) Carlos Pereyra. "Historia de América Española". Tomo V. Madrid. 1925.

(38) "La revolución tuvo su origen en un hecho de carácter personal, cuando la esposa del cacique, Mencía, india y también cristiana, fue ultrajada por el español Valenzuela en San Juan de la Maguana, donde Enriquillo y los suyos se encontraban sometidos a servidumbre después de un repartimiento.

"El agraviado fue a pedir justicia donde el Teniente del Virrey, Pedro de Vadillo, hombre injusto y cínico, que se burló de sus pretensiones arrestándole e infiriéndole groseros ultrajes; acción que movió a Enriquillo a llevar su queja ante la Real Audiencia de Santo Domingo, sin resultado alguno, pues su causa fue reenviada de nuevo ante Vadillo, quien entonces se extremó en humillar y burlar al ofendido y maltratado cacique". Marrero Aristy, en la ob. cit.

(39) Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés. "Historia general y natural de Indias". Libro I.

(40) Américo Lugo. "Historia de la isla de Santo Domingo". Vol. I.

(41) Américo Lugo. "El estado dominicano ante el derecho político". Tesis. Opusc. Santo Domingo. 1916.

(42) "La nature a plâcé notre isle presque au milieu de toutes les autres qu'on droit n'etre que autant de Dames d'autour qui l'accompagnent par honneur comme la Cour comme a celle qui merite un jour de leur commander" (Persel, P. "Le pers, mission a St. Dom. Histoire Civile Morale et Naturelle de l'Isle de St. Domingue". Manuscrita en la Sala Mascarín de Biblioteca Nacional de París. (Citado por A. Lugo, en su texto francés).

(43) "Las islas y archipiélagos de las Antillas ofrecían a los codiciosos de otras potencias un punto de agarre en su infatigable lucha por privar a España de los frutos de su obra. En esta dilatada región, que va desde las costas de México hasta Trinidad y la desembocadura del Orinoco, caracterizada por la multitud de islas, islotes, cayos, bahías y arrecifes, España defendió su hegemonía y la primacía de sus derechos durante tres largos siglos. Y lo extraordinario es que, en el curso de una lucha tenaz e ininterrumpida, no fue obligada a ceder más que contados trozos de sus dominios a los agresores, siendo la eficacia de su resistencia, a pesar de la exigüidad de sus medios, uno de los capítulos más emocionantes de la historia americana". Ricardo

Pattee. "Haití, pueblo afroantillano. Ed. Cultura Hispánica. Madrid. 1956.

(44) Andrés Maurois. "Historia de Inglaterra". Pág. 293. Ed. Ercilla. Santiago de Chile. 1937.

(45) José Gabriel García. "Compendio de historia de Santo Domingo". Tomo I. 1893.

(46) Arturo Peña Batlle. "La isla de la Tortuga". Madrid. 1951.

(47) Copiamos de Marrero Aristy: "Así se suceden, enumerados a grandes rasgos, los hechos siguientes: 1o La pequeña isla de Santo Cristóbal cae en manos de ingleses y franceses. 2o. De esta islita, al ser atacado y derrotado por una escuadra española, un grupo de desesperados vagabundos del mar, tropiezan con la abandonada isla de La Tortuga, frente a la Tierra Grande —que así llaman a La Española— donde abunda el ganado sin dueño. 3o. De la Tortuga, pese a las batidas que de vez en cuando (sic) les dan los españoles, los aventureros se organizan en una especie de colonia integrada por los residuos de grupos de náufragos o desertores que viven sin mujeres y tienen como preocupación especial subsistir, alimentándose con carne asada del ganado que vagaba por allí sin dueño, dividiéndose en tres grupos que se denominaron: bucaneros, que se dedicaban a la caza en la Tierra Grande; filibusteros, que practicaban el corso, y habitantes que cultivaban el suelo; formando todos una sociedad en que se repartían los beneficios y las penalidades. La nueva colonia estableció contacto con compradores de cuero y "de Francia llegaban navíos a tratar con ellos". 4o. Los bucaneros y filibusteros encuentran por primera vez jefe en un inglés de nombre Willis, hasta que el Capitán General de la isla de San Cristóbal, De Poincy, envió al hugonote Le Vasseur, a desalojar el inglés y someter la isla bajo su dominio. 5o. Hecha la conquista, el Cardenal Richelieu recibirá a fines de 1640 proposiciones de De Poincy para la nueva posesión "que servirá para la conquista de Santo Domingo a la obediencia de Su Majestad (Luis XIII) y la vuestra, fuera asistida por Francia, donde debían reclutar hombres y disponerse todo lo necesario para ejecutar el plan".

(48) Ob. cit.

CAPITULO VII

CIRCUNSTANCIAS HISTORICAS DEL SIGLO XVIII.



L llegar al siglo XVIII, de hecho hay ya dos colonias: una española, convulsionada por pesares insólitos, y otra francesa, que se va estructurando con aventureros de los mares, que se hacen sedentarios en una colonia que será próspera (la más próspera quizá de las posesiones francesas) y negros esclavos que traerán continuas perturbaciones a los españoles. El usufructo de la colonia de Saint Domingue será legalizado por el *Tratado de Aranjuez*. Este fue, después de las devastaciones de Osorio, el gran crimen de España contra su primera colonia.

Los dominicanos —blancos, negros y mulatos— lucharon al lado de los españoles para defender la soberanía de la parte que todavía conservaba España. (1)

De hecho, los franceses estaban fomentando su colonia de negros, que será el vivero de abastos para la Francia, urgida de su imperio, y que va medrando con avances sucesivos de los usurpadores en territorio español. (2)

Las contingencias políticas de Europa tienen más repercusiones en La Española que en cualquier otra colonia de España. Con la ascensión de Felipe V al trono español, España se supedita, políticamente, a Francia, (3), donde reinaba a la sazón Luis XIV, el poderoso Rey Sol que exclamó con

arrogancia: "L'Etat c'est moi", y la unión por un estratégico himeneo de ambas dinastías le hizo decir al monarca francés: "Ya no hay Pirineos! ¡Se han hundido en la tierra y no formamos más que una nación!". Esto equivalía en la isla antillana, según José Gabriel García, a la frase: "Ya no hay Rebouc" (4)

En 1777 el *Tratado de Aranjuez* legalizó la ocupación occidental de la isla por parte de los franceses. (5)

Mientras la colonia española iba perdiendo su prestigio, la francesa, por mor de una férrea esclavitud que obliga al negro a trabajar sin darle tregua, se convertía en un emporio de riquezas para Francia. En el año 1788 era la mayor proveedora de café en el mundo, alcanzando un total de 180,000,000 de libras tornesas (6); y en ese mismo año se introdujeron 17,674 negros varones; 8,146 hembras; 6,524 párvulos varones y 2,916 hembras. (7) En total, 25,820 esclavos que se hacinarían en las plantaciones en la más degradante esclavitud. El comercio de Saint Domingue era activo y este movimiento comercial hacía contraste con la quietud de la parte española, donde estaba prohibido.

Delmonte y Tejada escribe al respecto:

"A ella (la colonia francesa) concurrían con más frecuencia los buques de la América del Norte y en el año 1789 entraron en sus puertos seiscientos ochenta y cuatro con harinas, provisiones saladas, mantecas y manufacturas inglesas.

De Cartagena, Caracas, Puerto Bello, Honduras, Trujillo, Río del Hacha, Vera Cruz, New Orleans, Florida, Puerto Rico, Habana, Cuba y Santo Espíritu vinieron por valor de tres millones. El mercado en Europa empleó aquel año 780 buques.

De la parte española de Santo Domingo, en que estaba prohibido el comercio, entraron 40,000 reses y 3,000 caballos y mulos que compró la colonia francesa con sus productos agrícolas". (8)

Todavía tenemos nuevas pruebas que aportar del florecimiento de la colonia francesa: El comercio de El Guarico, solamente, exportó 84,617,328 libras de café; 652,388 bocoyes de azúcar; 5,527,010 libras de añil; 11,317, 226 libras de algodón; 141,587 cueros curtidos y sin curtir; 2,617,530 pesos fuertes de cuño español; 58,219 onzas de oro del mismo cuño y más... (9)

Mientras todo esto sucedía y la colonia española, somnolente, había tornado en paternalista la esclavitud, los franceses, que veían con temor el aumento peligroso de su población de negros, empezaron a extremar sus rigores.

En tanto que en la parte oriental los negros eran bien tratados, e incluso educados, como en el caso ya mencionado de Rodríguez Sosa, en la Occidental, sin tomar en cuenta los principios de la Revolución Francesa, de efímera aplicación en la colonia, los franceses aumentaron sus crueldades contra los pobres esclavos cuyas espaldas llagaban, inmisericordemente, bajo el constante temor de una rebelión.

En los decenios que van de 1780 al 1800, se les negó a los negros libertos —desgajando rama a rama el árbol de los privilegios a que tenían derecho por el *Código Negro*— los derechos más elementales a que puede aspirar un hombre. Un negro no podía desempeñar ningún puesto de responsabilidad que lo pusiera circunstancialmente por encima de un blanco; asimismo, se le negaba el derecho de aspirar a las carreras profesionales u oficios como orfebrería. Se le prohibió profesar la religión católica y desde 1768, ninguna mujer negra podía casarse con un blanco. A partir de 1779 se aumentaron, aún más, las prohibiciones, a extremos tales, que los negros “no podían salir de sus casas a partir de las nueve de la noche, ni sentarse en la misma sección de las iglesias y los teatros en que se sentaban los blancos” (10).

Puede decirse que la contienda haitiana, que culmina con su independencia, comenzó siendo lucha racial, en la cual los blancos siempre han sido intransigentes.

Un historiador haitiano, P. Cabon, dice que estas medidas tenían por objeto proteger la colonia y su medro, cuya

prosperidad dependía de la esclavitud. (11) Todo lo que atentara contra esto se consideraba lesivo para la prosperidad de la colonia.

La mezcla racial no mejoraba en nada la situación del esclavo. Aunque el año 1789 en la colonia de Saint Domingue había 500,000 esclavos, de los cuales 40,000 eran mulatos, se hacía posible, para éstos últimos, ganarse la libertad, según el Artículo IX del Código Negro, si los mulatos eran fruto de una unión legal. Las uniones ilegítimas no liberaban sus hijos.

El francés hizo todo lo posible por restringir las libertades, como hemos visto, bajo el duro temor de que los negros, haciéndose fuertes, se rebelaran un día. De esta manera va a nacer una pugna racial que se hará insalvable después de las luchas entre el mulato Rigaud y el Teniente Toussaint, según la cual el negro mirará con turbio desdén al mulato, que irá ostentando una falsa superioridad. Emblanquecer era una obsesión para el haitiano. Y este afán de aclarar creó una clase intermedia entre el blanco y el negro, que fue el mulato. Pero el mulato surge y se hace medrante, según el escritor haitiano Dante Bellegarde, mediante el comercio sexual de bucaneros y filibusteros con las negras, para lo cual aquéllos “no se hacían los delicados”. (12) Este ilustre escritor afirma que la existencia de la clase mulata fue el más grave problema de la sociedad colonial, y lo fue para la república.

Al principio los franceses yacían con las negras por falta de blancas. Luego vino de Francia un contingente femenino que importó el gobernador Bertrand D'Oregón, y que constaba de 150 mujerzuelas procedentes de hospitales y prisiones de París, a las que Moreau de Saint Mery calificaba como “huérfanas tímidas”. Esta importación ha sido severamente criticada por los historiadores haitianos.

De todas maneras no se puede decir que en Haití había unidad racial. Los negros que se importaban eran de tribus tan distintas y distantes como los esquimales y los argentinos. (13)

No obstante, hubo algo destinado a la unión de estos heterogéneos núcleos raciales: una religión exótica y tribal, traída de Africa y formada de mitos e ídolos primitivos y

sencillos pero que fascinó por igual a todos los negros: el *vodú*. (14).

El *vodú* fue el lazo de unión de los diferentes elementos tribales, pero también fue un culto que, como afirma Lherison, los empujaba al frenesí (15); de manera que los *boscors* o *hougan*, que eran sacerdotes de este rito, llevaron a los negros a tal estado de excitación, que era posible lanzarlos a los actos más audaces. Esa fue la técnica que llevó al triunfo a Mackandal. (16) También esos elementos fueron aprovechados ampliamente para fomentar el brote sedicioso de 1791, bajo el mando de Boukman. (17) Y fueron auxiliares poderosos para la independencia de Haití, que llevaron a cabo Dessalines, Petion, Enrique Cristóbal, Boyer y otros. (18)

La diferencia entre el colonizador francés y el español fue lo que empujó a los dominicanos —negros, blancos y mulatos— a oponerse a la colonización francesa cuando en 1795 el *Tratado de Basilea* cedió a Francia toda la isla. (19) Y una vez lograda la independencia, los haitianos volcaron sus patuleas sangrientas sobre Santo Domingo; pero el dominicano se opuso tenazmente a sus ambiciones, dando ocasión a Toussaint, Dessalines y Enrique Cristóbal a perpetrar sus horrendos genocidios sobre la gente indefensa de la parte española.

La ocupación francesa trajo como consecuencia nuevas emigraciones de elementos connotados del país, siguiendo el desangre cultural de la etapa que, hasta finales del siglo XIX, constituirá la Edad Media de nuestra historia.

NOTAS

(1) Así, dominicanos y españoles unidos, infligieron una gran derrota a los franceses que trataban de penetrar a territorio español, en la célebre batalla de Sabana Real de la Limonade, celebrada el 21 de enero de 1691.

(2) Dice Américo Lugo: "A cada acto de usurpación de terreno de parte del francés, respondía el español con otro de sonsaca de esclavos franceses, con los cuales se fundaron pueblos como el de Los Mina, Montero, lancero y contrabandista, el criollo español, bajo un gobierno semipatriarcal que toleraba y hasta encubría sus fechorías contra los franceses, desarrolló las tendencias individualistas de la raza española y los torpes instintos de la raza africana".

(3) "La ascensión de Felipe V al trono de España, al comenzar el siglo XVIII, aunque no puso fin a la disputa de las dos colonias, principiada hacía más de 60 años, obligó desde entonces a entrambas, a encaminar su marcha por otros rumbos" Delmonte y Tejada.

(4) El río Rebouc sirve de frontera en gran extensión entre Haití y Santo Domingo, a nivel de la provincia de Dajabón.

(5) Fue celebrada el 3 de junio de 1777, entre Francia y España.

(6) Antonio Delmonte y Tejada. "Historia de Santo Domingo". Tomo III.

(7) A. Delmonte y Tejada. Ob. cit.

(8) A. Delmonte y Tejada. Ob. cit.

(9) A. Delmonte y Tejada. Ob. cit.

(10) Cuando ciertos mulatos llegaban a la iglesia, en Cabo Francés, llevando ropas de los mismos tejidos que usaban los blancos, los policías arrancaban las prendas de las espaldas de los negros, así fueran hombres o mujeres, dejándolos "sin otro velo que su vergüenza".

(11) R. P. Adolphe Cabon. "Historia de Haití". Tomo I.

(12) Dante Bellegarde. "Historia del pueblo haitiano". 1953.

(13) La primera enumeración de las razas que vinieron a Haití la hizo el padre jesuita Pierre Francois Xavier Charlevoix, en el siglo XVIII: los "senegaleses", aptos para el servicio doméstico, bien parecidos, trabajadores y útiles; los pequeños "congos", eternos fugitivos y pescadores; los "nagos", los "mondongos" y los "minas". En el inventario de Moreau de St. Mery figuraron: senegaleses, iolofes, fulas, bambaras, quiambas, mandingas y sosos. De la región del río Volta cita a los aradas y minas. "En una palabra—leemos en "Haití, pueblo afroantillano", de Ricardo Pattee—territorios comprendidos entre el río Senegal y el Cabo de Buena Esperanza, Costa de Oro, Costa de Marfil, Costa de los esclavos y Angola".

Y agrega más abajo: "St. Mery dice que la mayor parte de los negros de la parte occidental de La Española procedían del Congo y de Angola, y tenían fama de alegres, festivos y de carácter muy ecuánime. Los mondongos eran congolese, pero desde los primeros tiempos fueron considerados particularmente difíciles, por su tendencia a la antropofagia, costumbre que horrorizaba a los demás negros que tenían que convivir con ellos. Este detalle es tal vez de alguna importancia, pues demuestra que si bien había un elemento antropófago entre los elementos importados a la colonia francesa, sería antihistórico considerar que era una práctica difundida entre todos".

(14) En el vodú hay dos clases de espíritus: unos de origen africano y otros haitianos. Los Rada son africanos, procedentes del Dahomé, cuna del vodú; los otros, Petro. El Dr. Dorsinville en su Manual de Historia de Haití, escribe:

"La gente del pueblo haitiano está creando continuamente nuevos loas, es decir "santos vodúistas". La tradición popular se refiere, desde mucho antes de la independencia, a un tal Don Pedro, un ser de carne y hueso que del extremo español de la isla había venido en cierto período a vivir en las montañas de la comuna de Petit Goave. Este Don Pedro fue el hombre que introdujo en Haití esa violenta danza que, por corrupción, el pueblo llama "el Petro". Después de su muerte, Don Pedro fue a ocupar un lugar honorable en el panteón vodúista, juntamente con un grupo de su progenie, tales como Jean-Philippe Petro, Criminel Petro, etc".

He aquí los santos de esta mitología: Papá Legbá, dios importante en el Dahomey, y a quien en algunas partes se vincula con el San Antonio católico; Madame Erzulie, blanca, y por esto comparada a la Virgen María, rica y llena de joyas. El tercer loas es Damballa, uno de los más prominentes; trae la lluvia, útil para la cosecha, pero también las inundaciones, y entonces se transforma en algo satánico, etc.

(15) Justin Lherisson. "Papel del vodú en la revolución de Saint Domingue" Trad. del Bulletin de L'illustration Publique. Puerto Príncipe. Mayo. 1905.

(16) "Un esclavo de nombre MACKANDAL pertenecía a la plantación de Lenormand de Mezy, en el norte de la colonia. Hijo de un jefe africano, se le había llevado joven de su hogar en la costa de Guinea, como rehén, al norte de Africa, donde vivió entre musulmanes y adquirió algunas nociones de esta religión. Pasó a Saint Domingue como esclavo y muy pronto se destacó entre sus compañeros por su viva inteligencia y descomunal audacia. Perdió una mano en un accidente de trabajo, y, manco, se le destinó al cuidado del ganado. Decidió huir, y pronto reunió en torno de su persona un número considerable de antiguos esclavos, que veían en él un iluminado, un profeta, acaso un mensajero de quien sabe que oscura divinidad africana. Utilizaba su conocimiento rudimentario de la botánica y especialmente de las plantas venenosas para matar el ganado, y, no pocas veces, a los propietarios. Guardando las proporciones podríamos comparar a este hombre, realmente singular, que conocía todos los resortes ocultos del fetichismo atávico, con los Mau-Mau de Kenia en nuestro tiempo. Aunque en una escala mucho más modesta, Mackandall logró pronto sembrar el terror entre los blancos y durante más de cuatro años se hicieron esfuerzos inútiles por capturarlo. En diciembre de 1757, este cabecilla asistió a una festividad entre los esclavos en una de las grandes plantaciones; cayó embriagado y fue fácilmente reconocido por la falta de una mano. El 20 de enero de 1758, el temible marrón, que había contribuido a un tan profundo desasosiego en toda la colonia, fue condenado a quemarlo vivo. Una vez, durante el terrible suplicio logró escaparse, difundiendo el terror entre los espectadores, que creían que poseía la víctima recursos sobrenaturales. Muchos de los esclavos vivían persuadidos de que Mackandall no había muerto, sino que se había esfumado en un momento dado, burlándose de sus verdugos" (Ricardo Pattee. "Haití, pueblo afroantillano". Ed. Cultura Hispánica. Madrid. 1956).

(17) "En agosto de 1791 estalló el primero de varios levantamientos. En medio de un bosque, que se llamaba Bois-Calman, situado en la llanura del Norte, se reunieron los esclavos en número impresionante para echar las bases de un proyecto de alzamiento. Había habitantes de muchos ateliers y se pusieron de acuerdo, bajo la inspiración de un negro, Boukman, que fue reconocido como el dirigente de este movimiento. Como en tiempos de Mackandall esta reunión fue presa de una extraña exaltación atávica, de una verdadera vesania combinada con una ceremonia insólita que sirvió para dar una solemnidad religiosa a la conjuración. Mientras deliberaban los esclavos estalló un tormenta eléctrica y en medio de los relámpagos y truenos, apareció entre los congregados una negra de estatura imponente. Con un largo cuchillo en la mano comenzó a ejecutar una danza macabra, agitando constantemente el arma. Un cerdo negro fue conducido delante de ella y de un golpe lo degolló, ofreciendo a los concurrentes la sangre caliente del animal sacrificado. Todos se arrodillaron ante la sacerdotisa que presidía la ceremonia, para jurar fidelidad a Bouckman, jefe de la insurrección, escogiendo otros cabecillas como Jean François,

Gerge Blassou, Papillon y Jeannot, conocidos todos por su intrepidez, su prestancia y su carencia total de sentimientos de compasión en lo que tocaba a los propietarios. Al lado de estos energúmenos, dispuestos a cualquier sacrificio para romper las cadenas de la esclavitud, estaba un negro que físicamente no reunían ninguna condición particular; más bien tímido y de aspecto enclenque, era el único entre ellos que sabía leer y escribir y llevaba un nombre que en poco tiempo iba a llenar de prestigio a su causa: Toussaint Louverture". (Pattee. Ob. cit.)

(18) John W. Vandercook en su libro "Majestad negra" (biografía de Enrique Cristóbal) dice: "Un lenguaje en clave, lenguaje llevado desde el Africa por los primeros esclavos, se encargó de llevar noticias a todos los negros que formaban parte de la conspiración. Las canciones populares que solían cantarse en las plantaciones, llevaban ahora nuevas letras en las que no ponían atención los descuidados blancos. Una frase, una entonación en la melodía que cantaba el pastor solitario o el vigilante negro del molino de la caña; un ligero cambio en el redoble del tambor cuando los trabajadores del campo se reunían, al fin de la semana, para bailar bajo la severa mirada del capataz; un silbido, un gesto imperceptible... todo servía para el mismo propósito".

(19) El 22 de julio de 1795.

CAPITULO VIII

DEL SIGLO XVIII AL XIX CIRCUNSTANCIAS HISTORICAS



AS grandes vicisitudes que significaron para La Española todos esos acontecimientos que se inician en el siglo XVII con las devastaciones de 1605 y 1606 y van a culminar con la ocupación de la Isla por Francia, buenamente cedida por España para dirimir sus luchas en Europa, dejan hondas huellas en la vida de la colonia. Sonó en Francia el grito de igualdad de los hombres, con el estallido de la Revolución Francesa en el momento en que en Saint Domingue el número de negros esclavos sobrepasaba, con mucho, al de los blancos.

El negro quiso hacer sus propias y rápidas conquistas. El levantamiento de Vicente Ogé en 1790 fue rápidamente reprimido y su caudillo bárbaramente sacrificado a manera de escarmiento. Pero ya nadie podía detener la erupción del volcán: Un año después estalla la revolución. La dirigen negros heroicos en cuyas almas no se empoza la compasión: Biassou, Jean François, y el tremendo y legendario Toussaint Louverture. Reclaman para sí las conquistas que pregona la gran revolución. Entre esclavos y franceses hay odios irreconciliables.

En 1793, España declara la guerra a la república establecida en Francia y su colonia antillana tiene que responder a este hecho histórico. Es así como el entonces gobernador de la

parte española de la Isla, Joaquín García, deseoso de invadir la parte francesa se atrajo a los tres líderes negros, dándoles grados militares, e inició su avance dentro del territorio francés; pero García no contaba con el espíritu asaz cambiante de Toussaint, quien poco después se aliaba a los franceses y luchaba contra el español.

Toussaint Louverture, encarnación de la epopeya de la raza negra, había alcanzado tal poder que Francia deseó restringirlo, y para ello envió en 1798, al General Hedouville como gobernador de la colonia (1), quien de seguida trató de aprovechar la rivalidad —celos de poder y odio racial— entre André Rigaud y Toussaint. No logró éxito a su favor; pero aunque el triunfo del gran negro llevó fuera de Haití a mulatos talentosos como Petión y el propio Rigaud, quedó sembrada en el alma de Haití esa raíz de incomprensión que se manifestará a lo largo de su historia en las sempiternas rivalidades de mulatos y negros, y el ancho abismo abierto entre el Norte y el Sur.

Ya desde 1795 toda la isla pasaba a ser propiedad de Francia. (2)

La ocupación de Santo Domingo por parte de Francia fue, en el discurrir de sus desventuras, un nuevo eslabón de su cadena de oprobios. El descalabro de la primogénita de España vino de la ambición exótica y del descuido hispánico.

Esos factores que coadyuvaron a la ruina de la colonia fueron, según Peña Batlle: la acción de los gobiernos, al amparo de la ambición del Corso, genio de la guerra; la solapada participación de los intereses extranjeros en el comercio español y la acción del filibusterismo, en la forma de contrabando rampante. (3) La solución que se buscó al asunto fue la despoblación decretada por Osorio de las ciudades fronterizas. “Sin la despoblación deliberada de tiempos del gobernador Osorio —dice Ricardo Pattee— no había razón para que La Española no hubiese conservado la integridad hispánica, de la misma manera que Cuba o las demás islas antillanas”. (4)

En enero de 1801, Toussaint, usufructuario, por mor de sus juegos políticos inescrupulosos, del mando francés, invadió, a la cabeza de un poderoso ejército de 20,000 hombres, la parte

española, y entró ufano en la veneranda ciudad de Santo Domingo.

Era, entonces, el árbitro supremo de toda la Isla.

La defensa fue obstinada, pero el empuje de los negros resultó arrollador. Su llegada produjo la desbandada: nuevas migraciones de familias ilustres se produjeron.

Entre las medidas tomadas por el nuevo amo se cuentan: prohibición del cultivo de frutos menores en beneficio del algodón, café, cacao y caña, que el dominicano estaba obligado a sembrar; depreciación de la moneda española para igualarla a la francesa y adopción de una nueva moneda con su efigie; prohibición del corte de madera preciosa, etc.

Quizá Toussaint tenía don de mando y atemperó un poco su fiereza un desmedido afán de copiar las costumbres y los modales de los blancos. El se hospedó, en Santiago de los Caballeros, en la casa del historiador dominicano Delmonte y Tejada, quien confirma estos conceptos acerca de la pulcritud del usurpador. (5)

Toussaint, esclavo analfabeto hasta los cuarenta años, resultó ser un comandante audaz y dirigente sensato; mantuvo su poder breve con ánimo crudelísimo. Trató de desterrar la superstición, que estragaba a su pueblo, manteniendo el catolicismo, para contrarrestar el voduisimo, no obstante haber sido abolido por la Revolución Francesa. (6)

El poder alcanzado por el negro genial, único jefe de la isla, era un desafío para Francia, no ya la Francia de la Revolución, sino la de Napoleón Bonaparte, a la sazón Primer Cónsul, y soñador de un poderoso imperio que tuviera su exponente en la deslumbrante isla antillana. En ninguna otra ocasión actuó más arteramente Napoleón, a quien Toussaint llamaba "el primero de los blancos", como con el jefe haitiano, que se llamaba a sí mismo "el primero de los negros". Preparó una poderosa expedición al mando de su cuñado Carlos Víctor Manuel Leclerc, quien venía con una carta para el jefe negro donde le ofrecía amplias garantías con estas razones: "¿Qué podéis desear? ¿La libertad de los negros? Sabéis que en todos los

países en que hemos estado se la hemos dado al pueblo que no la tenía" (7)

Pero las órdenes secretas que tenía Leclerc del propio Napoleón, eran: "Seguid vuestras instrucciones al pie de la letra, y en el momento en que os hayáis librado de Toussaint, Christophe, Dessalines y los principales bandidos, y las masas de los negros hayan sido desarmadas, enviad al Continente a todos los negros y mulatos que hayan participado en las luchas civiles..." (8)

Las fuerzas de Leclerc se componían de un total de 58,545 hombres, que incluían marineros de 70 embarcaciones.

En la parte española todo les fue bien, pues los dominicanos, como es natural, preferían los franceses a los haitianos. La lucha con los negros fue dura, y los dominicanos, de los que es vivo ejemplo el denodado Juan Barón, que dio pruebas de bravura desmedida, pelearon con fiereza. En Haití, los negros escribían páginas epopéyicas, y aunque parecían triunfar los franceses, lo hacían a trueque de cuantiosas pérdidas.

Lograron, entre el 7 de febrero y el 27 de marzo de 1802, tras la toma de algunas poblaciones, la desertión de varios negros que se pasaban al francés. Aunque Leclerc dio a entender que estaba dispuesto a restablecer la esclavitud, yerro que aterrorizó a los negros y le enajenó simpatías, tuvo que reaccionar rápidamente, y el 25 de abril lanzó su proclama asegurando la igualdad de todos los hombres.

Los jefes negros empezaron a someterse uno a uno; los primeros, Clerveaux y Paul Louverture; luego, Cristóbal y Dessalines, y, por último, el propio Toussaint, que se retiró humildemente a su plantación de Gonaives. Las garantías a las cuales se acogió Toussaint eran falaces; viles las seguridades del blanco. Dessalines y Cristóbal intrigaron entre sí. Leclerc los invitó a una comida amistosa en la fragata *Creóle* y allí Toussaint fue hecho prisionero, arteramente, (9) y enviado al castillo de Joux, en los confines del Franco Condado, fronterizo con Suiza, donde murió de hambre y frío en 1803, devorados sus pulmones por los bacilos de Koch.

La prisión de Toussaint dejó consternados a los negros que cayeron en una rara hesitación.

Pero surgieron de las mismas filas hombres decididos como Dessalines y Cristóbal; y apareció un enemigo más implacable y asolador —que respetaba a los negros y castigaba a los blancos—, la fiebre amarilla, que mató nada menos que 21,000 hombres (10) entre los cuales se encontraba el propio Leclerc.

Rochambeau sustituyó a Leclerc, asumiendo el mando de unas legiones aterroizadas. La guerra de Haití alcanzó entonces caracteres legendarios y dramáticos bajo el mando supremo de Dessalines —reconocido, sensatamente, como jefe por Petión— proclamando la independencia bajo la consigna de *Liberté ou mort*, el 1o. de enero de 1804.

Se puede decir que ninguna contienda tuvo el carácter sangriento y cruel de la independencia de Haití, lucha racial y de enconados odios. Y sus líderes volcaron esos odios sobre los habitantes del Santo Domingo español, cuando, enarbolando la consigna de Toussaint de “la isla es una e indivisible”, desparramaron sus legiones por los campos de la parte española; odio y saña que las derrotas exacerbaban.

Las primeras medidas del Padre de la República de Haití, Jean Jacques Dessalines fueron: el exterminio de los blancos, proclamarse emperador e invadir la parte española.

El 16 de febrero de 1805 penetró Dessalines en territorio dominicano con dos cuerpos de ejércitos: uno dirigido por él, acompañado por el mulato Petión, por el Sur, y otro por el Norte, bajo el mando de Enrique Cristóbal. Era un ejército poderoso, ahito de sangre y de rencores.

Avanzaron las tropas devastadoras, como nubes de langostas sobre un trigal, arrasando las aldeas que encontraban a su paso. Dominicanos y franceses hacían esfuerzos desesperados para detener esta avalancha catapúltica que avanzaba. Por el Norte, después de una poderosa resistencia en la que murió el valentísimo general dominicano Serapio Reynoso del Orbe, entraron las tropas haitianas en Santiago a saco y a muerte.

Arredondo y Pichardo, citado por Rodríguez Demorizi, relata este nefasto acontecimiento: “... como una furia del

averno, degollando, atropellando cuanto encontraban, y haciendo correr la sangre por todas partes. Figúrense cuál sería la consternación, el terror y el espanto, en que de momento cayó aquel vecindario, tan descuidado, a la vista de unos hechos semejantes. El tropel de las mujeres huyendo sin saber para dónde ni por dónde. Los gritos de los niños que salían de sus casas, despavoridos. Los eclesiásticos confundidos en medio de los que les pedían el consuelo. Las madres, unas con sus hijos al hombro, otras tratando de salvar al enfermo, que desde el lecho del dolor clamaba por el amparo que no encontraba. Unas buscando al marido y otros tratando de ocultarse debajo de los altares o de los matorrales de la sabana, desde donde oían la voz tremenda de muerte y sangre, con el ruido de la pólvora y el acero con que ya estaban las calles cubiertas de cadáveres. Un pueblo, en fin, abrasado con todos los elementos de la desolación y del exterminio, bajo el poder absoluto de unos feroces para quienes la voz del perdón y la misericordia era una blasfemia. Ya tenían tendido el cerco por todas sus avenidas, como una red, para que en su centro nadie escapara de su mortífera venganza. ¡Cuántas desgracias! ¡Cuántas lágrimas que llover! ¡Cuántos excesos de parte de aquellos antropófagos! La honestidad, el pudor, la decencia, todo estaba en las calles y en las plazas a las diez del día, y aun en los templos, a merced de la brutal concupiscencia que estremecía la naturaleza. Un pueblo tan religioso, tan dado al culto, tan pacífico, tan cumplido en la moral, convertido en pocos instantes en un cuadro de horriblos atentados, donde se veía la violencia y la fuerza ejercitada con el mayor descaro sobre la inocencia de la juventud... Rodeados por la tropa negra, perecían cuantos venían de los campos a darnos auxilio ignorando el estado en que nos hallábamos. El resto ocupó el centro de la ciudad, a horas en que todavía, como día de carnestolendas, estaba nuestro cura en el altar celebrando, y la iglesia cuajada de gentes esperando comulgar todos los que dentro se encontraban... Los bárbaros se dirigieron con las armas en las manos al templo, asesinando a roso y bellozo, como suele decirse, y nada los detuvo y como si estuvieran en un campo de batalla, hicieron

una carnicería horrorosa manchando de sangre, con mano sacrílega, el suelo y los altares de la casa de Dios... De allí el que pudo, escapó para caer después en mano de los caribes que recorrían la ciudad y no perdonaban vida al que encontraran.

“En un abrir y cerrar de ojos se inundó la población de cadáveres y de sangre. Aquí, unos degollados, allí, otros acribillados de balas. Más adelante otros dando vaivenes con las ansias de la muerte sobre los que ya la habían sufrido, y los gritos, los ayes, las lágrimas, los gemidos, las carreras, las caídas, el eco del cañón, el estallido del sable, el silbido del plomo, todo era espantoso, todo horrible, todo y de todos modos sólo presentaba la comparación de aquel día que ha de presagiar la consumación de los siglos...” (11)

Lo horrendo de aquellos episodios solo se explica sabiendo que estos jefes venían con las manos ensangrentadas desde el mismo Haití.

Sólo cinco personas de las que se encontraban en Santiago se salvaron. El sacerdote Juan Vásquez, que oficiaba la misa, fue quemado vivo en el coro de la iglesia. El exterminio de dominicanos continuó tras búsqueda prolija. Matando y pillando Cristóbal llegó a Santo Domingo que ya Dessalines y Petión tenían sitiada.

El gobernador Ferrand organizó la defensa de la ciudad capital. Poco más de un mes duró el angustioso sitio, que los negros tuvieron que levantar cuando aparecieron velas francesas en el horizonte.

En su retirada los negros repitieron, aumentados, sus crímenes. Parecían demonios ensoberbecidos.

Y el turno le tocó ahora a Moca, donde se celebraba un Te Deum, el 3 de abril, en acción de gracias por la terminación de la guerra.

Según José Gabriel García: “... la soldadesca desenfrenada de Faubert, la cual cerró todas las puertas al comenzar la ceremonia... se entregó de lleno al desorden saciando su furor brutal sobre aquella concurrencia inofensiva, de la que quedaron muy pocas personas con vida, porque hasta el sacerdote que

oficiaba fue ensartado en las bayonetas, en medio de la espantosa gritería de aquella horda de salvajes". (12)

A lo que agrega Arrendondo y Pichardo, citado por Rodríguez Demorizi:

"De todas las mujeres que estaban en la iglesia sólo quedaron con vida dos muchachas (que) estaban debajo del cadáver de la madre, de la tía o de la persona que las acompañaban (porque) se fingieron muertas... cubiertas con la sangre que había derramado el cadáver que tenían encima... En el presbiterio había, por lo menos, 40 niños degollados y encima del altar una señora de Santiago, doña Manuela Polanco... con dos o tres heridas mortales de las que estaba agonizando. Doña Antonia David, que resistía a los torpes deseos de uno de aquellos feroces animales fue atravesada de un bayonetazo en la puerta del templo..." (13)

A los que quedaron vivos se los llevaron prisioneros a Haití, en una larga caminata en la que fueron cayendo muertos uno a uno por el camino. Los pocos que llegaron a Haití murieron a causa del mal trato de que los hicieron objeto los capataces de Cristóbal. El fracaso de Dessalines en Santo Domingo hizo aquelárrica y cruel su retirada.

Jean Jacques Dessalines no tenía las dotes personales de Louverture. Su sed de sangre no se saciaba nunca. Un historiador norteamericano, Stoddard, lo llama: "esta fiera feroz nacida en las selvas congoleas". (14) Descourtiz, naturalista francés que visitó por aquella época a Haití, lo tilda como "cruel, irascible y violento"; (15) y alguien lo llamó "el más feroz de los hombres". Fiera de sempiterna brama, eso era Dessalines; esmilodonte descerebrado. Es verdad que en su alma de esclavo, traído desde lejos a una isla extraña, (16) hervían hondos rencores contra los blancos, que le habían infligido horriblos martirios a su hermanos de raza. Pero en su desborde genocida se pasó de la raya.

Dubroca, autor de una biografía del primer emperador haitiano, dice de él:

"Sus actividades fueron tales que solamente puede

comparársele con los tigres que viven en el clima ardiente que la dio el ser". (17)

Antes de su invasión al Este y consumada la independencia de Haití, Dessalines había decidido el aniquilamiento total de los franceses. Frente a esta tremenda decisión, Petión, que, como mulato, tenía otro sentimiento y otro modo de pensar, se estremeció; pero no osó llevarle la contraria a su jefe feroz. Fue un silencio culpable y cómplice. Ya habían surgido hondas desavenencias entre ellos, porque Dessalines acariciaba la idea de casar al inteligente mulato con su hija Celimene, cosa que Petión rechazó hábilmente, lo que el otro calificó como una humillación inferida a su casta.

La proclama del degüello fue lanzada el 28 de abril de 1804, y la matanza se inició sistemática y cruelmente.

De Ricardo Pattee copiamos el siguiente párrafo:

"En cada comuna o circunscripción las matanzas se llevaban a cabo sistemáticamente, evitándose que la noticia se propalara adelante, para que las víctimas no se salvaran. Tenemos, como es natural, pocos testigos que sobreviviesen de tan terrible hecatombe. Uno de ellos, un francés de Féremine, Pierre Entiene Chazotte, nos ha dejado un texto descriptivo de aquel momento dantesco vivido por el puñado de blancos todavía residentes en aquella ciudad de la costa meridional, contando cómo Dessalines entró en la ciudad el 7 de marzo de madrugada, 1804. Los blancos lo saludaron con respeto sin que el jefe de Estado se dignase responder, y al día siguiente todos ellos fueron llamados a la plaza mayor para el censo, confirmándose que había 1,436 de esa raza en la ciudad. El día 9 esta muchedumbre escuchó una arenga de Dessalines en criollo, seguido algún tiempo más tarde por la matanza ". (18)

He aquí lo que narra Chazotte de este tremendo espectáculo:

“Subí al segundo piso para descansar. Había dormido un poco cuando de repente oí voces estridentes, de desesperación y de rabia. Me levanté del sofá con el corazón helado y a la luz de innumerables antorchas vi más de 400 blancos desnudos, arrastrados violentamente sobre las piedras irregulares de la calle por la soldadesca. Pararon frente al cuartel de Dessalines. Cubrí los ojos con las manos. Miré nuevamente y vi brotar la sangre de las heridas de los moribundos. Me desmayé y caí al suelo. El día 15, Dessalines abandonó la ciudad para proseguir la misma tarea por toda la península del Sur”. (19)

Después de esta hazaña vino la proclamación de su desventurado imperio: personal y unitario, sin nobleza, sin fasto y sin elementos intelectuales (20) y con una Constitución que rezaba en uno de sus capítulos: “Ningún blanco, cualquiera que sea su nación, pisará el territorio de Haití como propietario y en lo sucesivo no podrá tampoco adquirir bienes”. (21) Este úkase malhadado, predominó, en desmedro de Haití, hasta la ocupación norteamericana en 1918.

El emperador se la pasaba entre orgías de alcohol y de sangre, insaciado de matar blancos, y como no los encontraba ya, empezó a matar negros. Todos trabajaban para él. Y él sabía que sólo contaba con ese terror. Su método de gobernar—él lo repetía con frecuencia— se centraba en la frase: “Coupez têtes; brulez cases”, esto: “Cortar cabezas, quemar casas”. Bajo su imperio Haití pasó a ser, de un país próspero, una poblada extensión en ruinas. El historiador haitiano Beaubrun Ardouin lo juzga en el siguiente párrafo:

“La naturaleza lo había creado para conquistar y no para gobernar. No pudo comprender que su papel de revolucionario se había cumplido y que el de administrador y gobernante comenzaba después de la independencia”. (22)

Como los grandes tiranos, Dessalines se quedó solo y cayó

asesinado en una emboscada de Pont Rouge, cerca de Puerto Príncipe, el 17 de octubre de 1807. (23)

Muerto Dessalines llegó la hora de Enrique Cristóbal, más inteligente y hábil, pero tan cruel como aquél.

Como Dessalines, tampoco Enrique Cristóbal era haitiano (24) y había recibido una muy rudimentaria educación. Distinto era Alejandro Petión, culto mulato y de ideas democráticas. (25) Negro y mulato se enfrentaron y del encontronazo se vio de pronto Haití dividido en dos estados: uno republicano, en el Sur, presidido por el mulato Alejandro Petión, quien, con su gobierno tolerante y paternalista lo lleva a la ruina, y uno monárquico, en el Norte, bajo el gobierno de Enrique Cristóbal, que da a su reinado, con un boato falaz, un trágico esplendor. (26)

Cristóbal era cruel y gran parte de su fama legendaria se debe al pintoresquismo de su corte y a la contumacia de su ser paranoide de cruentos ribetes. Leyburn lo juzga más severamente que Vanderccok, su biógrafo, al decir:

“Como muchos hombres grandes, era egoísta. Su ambición personal y su energía no comprendían ni toleraban ninguna determinación menor que la suya, un defecto en muchos hombres grandes, fue una indiferencia al humilde valor individual. Escribir acerca de él, excita al vocabulario más fantástico... Según cualquier criterio, era un hombre de enorme talento. Le faltaban sólo algunos elementos para ser un genio”. (27)

Su rivalidad con Petión, quien ya había concitado la aversión de Dessalines, le hizo concebir tal odio por los mulatos, que su ideal hubiera sido la extinción total de esta raza. (28)

El reino del Norte estaba formado por grandes latifundistas, quienes constituían la nobleza: marqueses, duques y condes, que tenían que trabajar como capataces para el medro de la colonia. Los negros tenían que trabajar, implacablemente, de sol a sol. Sus espaldas volvieron a conocer el flagelo. Habían tornado, inconscientemente, a la esclavitud.

Cristóbal se fabricó un castillo inexpugnable, la Citadelle, a costillas de grandes masas: como los egipcios que trabajaron para las pirámides, dejaron racimos de cadáveres, y un palacio, Sans Souci, en cuyas plantaciones murieron muchos dominicanos esclavizados.

Cuando para los haitianos se hizo insoportable la tiranía del Rey, se levantaron en armas. Este, paralítico por una hemorragia cerebral, se quedó solo, escuchando a lo lejos los alucinantes mensajes de los tambores y, sabiéndose perdido, con aumentada soberbia, se suicidó usando una bala de plata que tenía para tal fin, el 8 de octubre de 1820.

Dos años antes, el 29 de marzo de 1818, había muerto Petión en el Sur arruinado por los minifundios y la política del *laissez faire*, pero lleno de gloria, contándose entre sus acciones de gobierno la protección que le prestara a Simón Bolívar, de lo cual, justamente, los haitianos se ufanan (29), aunque más tarde Boyer le cobrara a Colombia esta deuda, con dineros, para abastos de guerra.

A la muerte de Petión lo sustituyó el mulato Jean Pierre Boyer, quien fue presidente del Sur hasta la muerte de Enrique Cristóbal, cuando se apresuró a ocupar el Norte y se hizo dueño de todo el país.

En el Este de la isla, el antiguo territorio español, ahora francés, Ferrand gobernaba precariamente. Los dominicanos gestaban un movimiento de vuelta a España, que dirigía un hombre singular, de grandes dotes guerreras y de reconocido valor: Juan Sánchez Ramírez. Tenía Sánchez Ramírez altas prendas morales que avalaban sus condiciones de guerrero y gobernante. (30) Desde edad temprana se distinguió por su osadía y un gran valor personal y fue así como realizó, siendo muy joven, por cuenta propia, la captura de Miguel Robles, temible bandido que asolaba con sus correrías el Chacuey. Más de una vez organizó una activa compañía de cotuisanos para defender la soberanía española en Santo Domingo, cuando los franceses, desde Haití, la ponían en peligro.

Esta decisión dominicana de ser españoles, por voluntad de uno de sus conspicuos hijos, no halló eco en la dormida

Metrópoli, desventuradamente decadente. Y entonces surgió la figura venenosa de Toussaint Louverture, el más alabado y taimado de los jefes negros. De traición en traición, el autotitulado primero de los negros se hizo dueño de la situación, hasta que los blancos —esta vez Leclerc, representante del orgullo napoleónico— pagó con una más alevosa traición los servicios del hombre a quien debieron respetar.

Los franceses se hicieron ingratos a los dominicanos desde el momento en que fueron impotentes para detener las monstruosas y sangrientas invasiones con que los pintorescos emperadores negros mortaron la parte oriental de la Isla. Volver a España se hizo una obsesión, y en Sánchez Ramírez arraigó más hondo este deseo.

Se fue entonces a Puerto Rico, la colonia española más cercana, para allegar recursos. Y al frente de tropas decididas regresó (31) a disputarle a Francia la colonia, no para los dominicanos, sino para una España indiferente que va a iniciar ahora el período llamado de la España Boba.

La empresa de la Reconquista fue gloriosa. ¡Lástima que fuera a desembocar en ese período amargo y estéril de infecunda ocupación española! La acción decisiva fue la batalla de Palo Hincado, ganada a Ferrand (32) el 10 de noviembre de 1808. Después de un largo sitio a la ciudad de Santo Domingo —en el que tomaron parte los ingleses al lado de los sitiadores— terminó el breve dominio francés.

El nuevo período se inició en julio de 1809. Habría de durar cerca de doce años. Doce años de quietud aldehuesa, de atraso, de ruina y miseria, sin el menor atisbo de inquietud cultural, a no ser los empeños de José Núñez de Cáceres, otra figura paradigmática de nuestra historia y el dominicano más destacado después de la muerte de Sánchez Ramírez.

Ante esta indiferencia española, los dominicanos conspiraron, y es Núñez de Cáceres quien dirige la conspiración.

Núñez de Cáceres decidió la separación de esa España, ingrata y madrastra para el pedazo de tierra que tanto la amaba. Entendía que ya no teníamos nada que esperar de España, ni

siquiera comprensión. Por eso inicia la Declaración de Independencia con el siguiente párrafo:

"No más dependencia, no más humillación, no más sometimiento al capricho y veleidad del Gabinete de Madrid". Habiendo vivido la impertinencia española en una etapa desastrosa, calificó como *"superstición política"*, el aferramiento de los dominicanos a la tutela española. (33)

Como estupidez estimó el plegarse a los desprecios de una España decadente que ya no nos quería.

Y proclamó la independencia el 1o. de diciembre de 1821. (34) ¡Nunca lo hubiera hecho! Setenta y un días después, el 9 de febrero de 1822, los haitianos invadieron la naciente república por una larga y luctuosa noche de veintidós años.

NOTAS

(1) De Ricardo Pattee copiamos: "Era evidente que la ascendencia ejercida por Toussaint sobre la masa negra, su inmenso e indiscutible prestigio, y el hecho de tener él entre las manos la dirección única de los ejércitos, le conducía directamente a una situación en que el Gobierno francés sobraría por innecesario. La metrópoli comprendió muy bien esta contingencia, y envió al General Hedouville en 1798 como gobernador de la colonia, con instrucciones precisas de restringir la autoridad de este negro que parecía destinado a constituirse en dictador por su cuenta". (Véase infra)

(2) Concesión del Tratado de Basilea.

(3) Manuel Arturo Peña Batlle. Historia de la Cuestión Fronteriza dominico-haitiana. Cd. Trujillo. 1947. Tomo I. Pág. 11.

(4) Ricardo Pattee. Haití, pueblo africano. Ed. Cultura Hispánica. Madrid. 1956.

(5) Manuel Delmonte y Tejada emite una generosa opinión de este personaje controversial. Dice: "...llegué a conocerlo personalmente cuando estuvo en Santiago a visitar aquel Departamento, y se hospedó en la propia casa de mi padrastro Don José Cayetano Pichardo... Toussaint era cortés, atento, afable... se prestaba al trato con mucha dignidad y con singular desembarazo, como lo manifestó siempre en los actos a que concurrían las autoridades y personas de distinción, como el Obispo francés Mr. Moviell, a los que yo asistí algunas veces. En la iglesia era devoto; permanecía postrado ante el Sacramento que se le descubría para bendecirlo, en cuyo acto él y su edecán Fontayne entonaban el *Pange lingua sacris solemnibus* y demás cánticos que recitaba de memoria. Era muy aseado y muy respetado de todos. Era de estatura mediana, su cara algo aguileña con los dientes de abajo sobresalientes. Su pelo era canoso y llevaba pequeña coleta".

(6) En Francia, la Revolución se había declarado atea, entronizando como diosa Razón a una bella mujercuela que pasearon en triunfo por las calles de París. Aun así, Toussaint no transigió un ápice ni vaciló en llevar el catolicismo a Haití, a despecho del voduismo que combatió con tenacidad tratando de extrañarlo, como fuente de atraso. Desafió esta arraigada fe de su pueblo contra los ritos salvajes, comprendiendo la amenaza política que significaba un ritual que había servido para repetidas conspiraciones.

(7) James G. Leybuns. El pueblo haitiano. Ed. Claridad. Buenos Aires.

(8) J. G. Leyburns. Ob. cit.

(9) H. Pauléus Sannon. Historia de Toussaint Louverture. Port au Prince. 1920.

(10) Se calculan que 7,000 murieron en combate.

(11) Arredondo y Pichardo. Memoria. En "Invasiones haitianas" de Emilio Dodríguez Demorizi.

(12) José Gabriel García. Compendio de Historia de Santo Domingo. Tomo II.

(13) Cita de Marrero Aristy de la obra de la nota 11.

(14) T. Lothrop Stoddard. La Revolución Francesa en Santo Domingo. 1914.

(15) M. E. Descoutilz. Viajes de un naturalista y sus observaciones. Tomo III. 1809.

(16) Nació, según Dubroca, en Africa; en las costas de Guinea.

(17) Louis Dubroca. Vida de J. J. Dessalines, jefe de los negros de Santo Domingo. Madrid. Imp. Real. 1906.

(18) R. Pattee. Ob. cit.

(19) Citado por Pattee.

(20) Alejó de su corte a todos los intelectuales incluyendo a Petión.

(21) Constitución Imperial del 20 de mayo de 1805.

(22) Beabrun Ardouin. Estudio de la historia de Haití. Port-au-Prince. Tomo I. 1924.

(23) Después de acribillarlo, los asesinos se ensañaron con su cadáver, dejándolo desnudo y abandonado por largo tiempo, expuesto a la podre. Hasta que una pobre loca de nombre Defiléé lo rescató y le dio pagana sepultura.

(24) Nació en la isla de Granada el 6 de octubre de 1767, de padres libres. Sus padres no podían con él; era desobediente, irascible y díscolo. Para disciplinarlo se lo entregaron al capitán de un navío francés. Tampoco el capitán lo resistió y lo dejó abandonado en Cap Français. Así apareció en el escenario de Saint Domingue este negro feroz.

(25) Nació en Port-au Prince en 1777, hijo de un blanco y una mulata. Fue orfebre en su niñez, en un taller donde la esposa del dueño le llamaba, en su dialecto, Pitchoun, que quiere decir *petit*, es decir, pequeño. De aquí el que le llamaran Petión.

(26) Enrique Cristóbal organizó el ejército del Norte y marchó contra Petión. En un primer encuentro lo venció, pero el mulato se retiró en orden y reorganizó sus defensas donde resistió largamente. Cristóbal, que encontró impenetrable la ciudad, se retiró al Norte. Petión lo declaró fuera de ley. Pero el negro creó un Estado independiente y se separó del Sur. Desde 1807 hasta 1820 hubo dos gobiernos, uno representado por el elemento negro, en el Norte, y otro mulato, en el Sur.

(27) James G. Leybuns. Ob. cit.

(28) Jonatham Brown. Historia y condición presente de St. Domingo. Tomo II. 1838.

(29) En esta nota dejaremos hablar a Pattee, buen amigo de Haití: "La joven República de Haití, sin prestigio internacional de especie alguna, había mostrado en los pocos años de su existencia, un espíritu humanitario bien desarrollado. En 1812, el Gobierno había mandado algunos productos alimenticios a Jamaica, cuando aquella isla vecina padecía de la carestía, y, a pesar de que las autoridades británicas estaban lejos de mostrar una actitud complaciente en cuanto a las relaciones entre sus súbditos antillanos y los negros emancipados. Tras una residencia en Jamaica, donde Bolívar se había refugiado después de los desastres de Tierra Firme, en 1815, decidió pasar a Haití, con la idea de procurarse en aquella República alguna ayuda material para la reanudación de la campaña contra las fuerzas realistas en Venezuela. Bolívar desembarcó en Los Cayos, en diciembre de 1815, y fue recibido luego por Petión, con muestras de la más viva complacencia. Por importante que haya sido la colaboración material facilitada a Bolívar (de víveres, navíos, pertrechos y hasta una imprenta) el punto fundamental que retiene la historia es la insistencia de Petión en que este sacrificio por parte de Haití fuese compensado con la liberación de los esclavos en Tierra Firme. En febrero de 1816 se hizo un acuerdo en Port-au-Prince mediante el cual y a cambio de la ayuda ofrecida, Bolívar libertaría a todos los esclavos en los países donde fuesen victoriosas sus armas. El resultado fue que en junio de 1816 dio en Carúpano su primera declaración acerca de la libertad de los esclavos seguida por otra en diferentes lugares por donde pasó". (De la ob. cit.)

(30) "... en la conducta pública y privada que constantemente supo observar el vencedor de Palo Hincado, quien demostrando hasta en sus actos más comunes haber encanecido en la práctica de todas las virtudes, no se apartó jamás de la senda del deber, ni dejó de cumplir sus obligaciones, así de padre de familia, como de gobernador y soldado". (José Gabriel García. Juan Sánchez Ramírez. De su libro "Rasgos biográficos de dominicanos célebres". 1875.

(31) "De aquí que el resultado de sus gestiones viniera a ser tan favorable como lo presumió al inaugurarlas, pues a más de encontrar patriotas que de mil amores le ofrecieron dinero y pertrechos de guerra, no faltó quien se le brindara también para acompañarle en el peligro cuando llegara la hora de tomar las armas. Esta, como ya hemos dicho, debía ser la de un rompimiento que si bien era temido por el mundo político, hubo de retardar más de la cuenta la persistente Inglaterra que hostil a Carlos IV, entre otros motivos por haber visto una defección a la liga general por parte de este monarca en la paz que hizo con los franceses en 1795, le obligaba con sus ataques continuos a mantenerse fiel a la alianza ofensiva y defensiva que quedó ajustada en el memorable pacto de familia firmado en San Ildefonso entre Godoy y Pergnon el día 18 de agosto de 1796". J. G. García en la ob. cit.

(32) Después de su derrota Ferrand se suicidó. Su cabeza, separada del cuerpo por Pedro Santana, padre de los hermanos Santana (Pedro y Ramón), fue llevada en triunfo por las tropas domínico-españolas, al Seybo, en la punta de una picota.

(33) "Con el falso ídolo, levantado por el error, y sostenido por una superstición política, se había logrado aletargar el espíritu y burlarse de la credulidad de un pueblo naturalmente bondadoso y sencillo".

(34) Se enarboló el pabellón de la Gran Colombia, que el haitiano arrió tras su invasión. Bolívar no se dio por enterado de nada de esto.

CAPITULO IX

MOVIMIENTO CULTURAL EN LAS ULTIMAS DECADAS DEL SIGLO XVIII Y LAS PRIMERAS DEL XIX. DECADENCIA Y OSCURIDAD



ODAS las contingencias relatadas en los capítulos anteriores cubrieron con una ola de sombras la colonia. Ni un canto ufano, ni un verso sonoro se escuchaba. Nada. Todo sombra. Lucha con los franceses, con los negros; holandeses e ingleses que dirimen sus diferencias entre el maremágnum de nuestras angustias. Y el padre Juan Vásquez, de la parroquia de Santiago, a quien el destino le reservaba trágico y horrendo fin a mano de las hordas salvajes, grita desolado en una quintilla famosa:

*Ayer español nací,
a la tarde fui francés,
a la noche etíope fui,
hoy dicen que soy inglés
ino sé qué será de mí!*

Y no podía adivinarlo. Del altar donde oficiaba lo arrancaron los negros de Occidente en el momento de la oblación para quemarlo vivo en el coro con las sagradas maderas.

¿Qué podía hacerse en aquellas orgías de sangre,

inundación de dolores y de ayes, entre tanta muerte y tanta lóbreguez?

El fin del padre Vásquez en 1805 fue cosa sólita en aquellas sombrías décadas con que agonizaba el siglo XVIII.

Al fin la tranquilidad hizo un rápido fulgor. Pero las principales familias dominicanas, hispanófilas de corazón, no aviniéndose con el nuevo régimen galo, que entronizaba la Francia triunfadora, abandonaron el país. Fue una serie de emigraciones. Familias enteras fueron a iluminar otras latitudes y de estas migraciones van a ser robustos ramales, personajes egregios como los dos José María Heredia, el cubano Cantor del Niágara y el franco-cubano autor de Los Trofeos, de dilatado renombre universal; los Delmonte, los Bernal, y Muñoz y muchos más. (1)

De todos esos emigrantes dominicanos se destaca Antonio Delmonte y Tejada (1783-1861). Pasó a Cuba en 1804 acorralado por las invasiones haitianas. Graduado de leyes en la Universidad de Santo Tomás de Aquino, peleó por la patria en Nagá contra Toussaint Louverture. La invasión de Dessalines lo llevó a Cuba, donde se hizo abogado, ejerciendo en La Habana después de alcanzar gran prestigio como jurisconsulto. En 1816 se retiró a su estancia de Güines para escribir una historia de grandes proporciones. La llamó Historia de Santo Domingo desde el Descubrimiento hasta nuestros días (1853). (2) Fue el primer dominicano que acometió empresa de esta magnitud. Nuevas ediciones se han hecho de esta Historia, vivero de información de los maravillosos hechos de nuestro pasado. (3) Hay algunas lagunas en esta Historia, porque Delmonte y Tejada confió muchos hechos a la fidelidad de su memoria y no tuvo acceso a documentos que le facilitaran su labor. Pero otras escenas son vividas, experiencias dolorosas que él vivió durante su estada en la patria y que lleva a las páginas de su obra admirable. La Historia está escrita con perfecta dicción y en un estilo que no le va a la zaga al de los mejores estilistas de la Historia en nuestra América Hispana. Esto le hace de muy grata lectura. Alguien ha llamado a José Gabriel García nuestro

Heródoto (Padre de la Historia dominicana); en tal caso Del Monte es nuestro Tucídides. (4)

Francisco Muñoz Del Monte, (1800-1865) sobrino de Del Monte y Tejada, y como él santiaguense, emigró a Cuba en 1805, y aunque volvió a Santo Domingo durante el período de la España Boba, tuvo que huir de nuevo ante la amenaza de la invasión haitiana. En Cuba hizo labor política y poética, siendo un personaje influyente en la cultura de aquel país. Se distinguió como escritor de elegancia académica y polemista muy liberal. Laboró con altura y dignidad en el foro. (5) Es poeta de poca monta pero con un encendido tono y entre sus méritos tiene el que Emilio Ballagas, en su Mapa de la poesía negra americana, lo considera como precursor de la poesía afroantillana (6), reproduciendo su largo poema "La Mulata" del cual son las estrofas siguientes:

*Mulata, ¿será tu nombre
injuria, oprobio o refrán?
¡No sé! Sólo sé que al hombre
tu nombre es un talismán.
Tu nombre es tu vanagloria
en vez de ser tu baldón,
que ser mulata es tu gloria,
ser mulata es tu blasón.
Ser mulata es ser candela,
ser mulata es imitar
en el mirar, la gacela,
la leona, en el amar.
Copa que embelesa y mata
si se liba hasta la hez
¿su almo encanto la mulata
lo debe acaso a su tez?
Dúdanlo las gentes necias,
y ella que ama su color,
dice que entre las especias
la canela es la mejor (7)*

Destacamos de Muñoz del Monte tan sólo su egregia personalidad, y la diversidad de sus actividades. (8)

DESDE LA RECONQUISTA HASTA EL FIN DE LA ESPAÑA BOBA

Durante el período francés hubo turbulencias que entorpecieron la cultura dominicana. Había demasiada inquietud, demasiado sordo rencor para que pudiera sentir el sereno latir del corazón de la poesía o las artes. Marie Louis Ferrand (1753-1808) pudo haber sido un buen gobernante y, de hecho, tenía algunos planes que no debieron gozar de la simpatía del alma hispánica del dominicano, entre otros, el traslado de la capital a la habia de Samaná (9), al abrigo de ataques, en una ciudad bien trazada, con su palacio de gobierno y su teatro. Como procedentes del gran país del teatro, los franceses tuvieron en la ciudad de Santo Domingo un teatro de aficionados (10), donde se representaban comedias en francés.

J. B. Lemmonier Delafosse, que recoge la nota, afirma con jactante petulancia: "Esto faltaba a nuestra instalación en la ciudad: jamás se habían representado comedias entre los españoles". (11) Cosa, como es natural, falsa.

Cuando Ferrand marchaba con sus tropas al encuentro de Sánchez Ramírez, para sucumbir en Palo Hincado, los galos iban entonando una canción francesa cuyo título era *On va lui percer le flanc*, esto es, "Van a atravesarle el costado".

Era natural que no hubiera otras manifestaciones culturales: en Santo Domingo no había paz; la ocupación francesa era ingrata a los dominicanos, y las mejores familias estaban en el exilio voluntario.

La Reconquista y el retorno a la Madre Patria trajo sosiego, y muchos de los dominicanos ausentes regresaron al país. El período de la España Boba, tan desastroso en lo político y en lo económico, trajo relativa paz, y lo más interesante fue la apertura de la Universidad de Santo Tomás de Aquino, en 1815; la aparición de los primeros periódicos y la llegada al país, el 11 de agosto de 1811, del arzobispo Pedro Valera y Jiménez

(1757-1833), quien aunque tenía ideas monárquicas, amaba entrañablemente su patria.

La Universidad abrió sus puertas, tras los esfuerzos de Núñez de Cáceres para su reinstalación, el 21 de diciembre de 1814, e inició docencia el 6 de enero siguiente. El claustro de rectores, reconociendo los esfuerzos de Núñez de Cáceres, decidió colocar su retrato en el Aula Magna. El gremio costeó dicho retrato.

El primer periódico que aparece —el primero en la historia dominicana—, dirigido por Antonio María Pineda es El Telégrafo Constitucional de Santo Domingo, el 5 de abril de 1821, y diez días después vio la luz pública El Duende (12) dirigido por el propio Núñez de Cáceres, figura señera de un vigoroso movimiento cultural. Parece que para esta fecha también figuraba el periódico La Miscelánea, que precedió al de Pineda y al del autor de la independencia efímera. (13)

La manifestación primordial de la cultura de la época fue la tertulia. Las tertulias y ágoras han tenido una importancia extrema en los movimientos culturales dominicanos: se trata casi siempre de grupos minoritarios de donde han salido poderosos movimientos poéticos y artísticos.

El primer foco de atracción lo constituyó el hogar del arzobispo Valera y Jiménez, donde fundó un Seminario para estudiar artes clásicas y humanismo, el que contó con la colaboración de ilustres personalidades. (14)

La gran tertulia, donde se leían obras clásicas de la literatura universal, se discutían los acontecimientos políticos y se le daba curso a la dialéctica en un ambiente siempre egregio era la que presidía don José Núñez de Cáceres (1772-1846), a la sazón Rector de la Universidad de Santo Tomás de Aquino y prócer de la "Independencia Efímera", gestada en estas fecundas reuniones y a las que asistían personajes tan ilustres como Juan Vicente Moscoso (1773-1837) a quien llamaban por sus altas dotes intelectuales "el Sócrates dominicano"; Bernardo Correa y Cidrón (1756-1837) Rector de la Universidad en el período 1819-1820 y el canario Antonio María Pineda, fundador del primer periódico dominicano que vio la luz pública. Otros

personajes de esta categoría eran asiduos a la tertulia de José Núñez de Cáceres. (15)

Núñez de Cáceres es un personaje singular de nuestra Historia. A haber vivido en otra latitud y en época de menos turbulencias habría alcanzado estatura ecuménica frente a la eternidad. Sus tertulias fueron el ágora donde destellaron, en este medioevo de nuestra Historia, como en las celdas monacales de la Edad Media, las luces de la cultura y del movimiento intelectual del mundo. Las páginas de El Duende, el periódico que él dirigía, recogían impresiones de inquietudes latentes. Había sido gobernador interino, pero, contumaz y soberbio, sostuvo agrias disputas con los gobernantes españoles que dejaban desmedrar la patria y así expresó con amargura en el último número de su periódico (16):

Aún no está el terreno político de la patria en aquel grado de fertilidad que requiere la fecunda semilla de la libertad para dar sus frutos opimos, cualquiera que sea la moderación con que se riegue, y así no hay más que dejar correr la vela, entregándonos como varones fuertes a la suerte de los acontecimientos.

—Quedamos en la docena del fraile, sin embargo de que muchos la tienen por número funesto, y llevando la vida des bons vivants, abandonamos el campo a los que se hallan adornados de una flexibilidad superior a la nuestra".
(17)

Esa flexibilidad se refería a la suspicacia del gobernador de la colonia, Brigadier Pascual Real, que se mantenía en un no disimulado resquemor contra los periódicos. Pascual Real había sustituido a Sebastián Kindelán, comprensivo y muy buen amigo de Núñez de Cáceres, quien siempre había dicho que no tomaría ninguna acción contra España mientras Kindelán fuera Teniente General de la colonia. Era la agonía de la España Boba y la larga noche de la opresión que se acercaba en un trágico y lúgubre naufragio. (18)

Núñez de Cáceres encontró ya agobiante y más que nada humillante la ocupación española tan indiferente al destino de su primera hija, y tras lanzar una Declaratoria de Independencia, elocuente y altivo, con ideas muy liberales que arrancaron de "El contrato social", declaró la independencia el 10. de diciembre de 1821, creando el estado que llamó Haití-Español.

Conociendo el grave peligro que constituía Haití, efervescente e imperialista y muy poderoso para la libertad del nuevo Estado exangüe, lo puso bajo la protección de la Gran Colombia, esperando de Bolívar una ayuda que nunca llegó. El 9 de febrero de 1822, trémulo y pesaroso, José Núñez de Cáceres, al entregarle la llave de la ciudad al invasor Jean Pierre Boyer, y sin abatir su voz, le dijo en un elocuente discurso que el otro escuchó impávido:

"Toda política llamada a trabajar en la condición de los Estados y en esa misma transmutación, de diferentes pueblos en un solo, ha tenido en cuenta siempre la diversidad de lenguaje, la práctica de una antigua legislación, el poder de los hábitos que tienen su raíz en la infancia, y la desemejanza de costumbres hasta en el alimento y el vestido, de igual suerte que pueden tener gran influencia en sus decisiones la contigüidad del territorio y la proximidad de los límites. La palabra es el instrumento natural de comunicación entre los hombres; si no nos entendemos por medio de la voz, no hay comunicación y de ahí ya un muro de separación tan natural como insuperable, igual quizás a la interposición material de los Alpes y los Pirineos. En fin, no expongo argumentos: los hechos han tenido y tendrán más eficacia para persuadir que las razones.

"Prometí a mis compatriotas darles la independencia americana —a la que se inclinaban todos con ardor—, sin efusión de sangre, sin violencia, sin confusión, sin desorden. Aunque la solución no haya correspondido a sus deseos ni a los míos, espero que me harán justicia por lo

que toca a la pureza de mis intenciones en esta empresa, y, en fin, dirán si yo sostuve o no mi palabra y si en conciencia se me puede imputar el declive hacia el cual el destino de Santo Domingo ha conducido esa obra en cuanto a su resultado final". (19)

Después de esto Núñez de Cáceres conspiró contra el haitiano, hasta que en 1823, acompañado de su esposa e hijos, partió para Venezuela, iniciando un exilio que sería eterno.

NUÑEZ DE CACERES POETA. Entre los folletos que se publicaron en la limitada imprenta que tenía el gobierno, dejada por los franceses, se destaca un poema "A los vencedores de Palo Hincado", que quiere ser épico y no alcanza a serlo, aunque revela la cultura clásica de su autor. Dice así en su primera estrofa:

*Por más que se atavía
La rubicunda aurora de colores
Para anunciar la aparición risueña
De tan plausible día,
Sus varios y esmaltados resplandores
Son oscuros bosquejos, débil seña
Del almo gozo, del placer y gloria
Que al suelo patrio causa su memoria.*

Terminando con estas dos estrofas (el poema tiene catorce), donde el tono se eleva:

*¡Gloria eterna a los bravos
Hijos de Yuma, de Casuy, Almirante
Que el natal suelo con valor rescatan!
Yacíéramos esclavos
Si ellos con el acento rutilante
Las viles ataduras no desatan.
Almas insignes, recibid por fruto
De nuestra gratitud el fiel tributo.*

*Que la historia perezca
Si no transmite tan ilustres nombres
A la posteridad más apartada
Y la fama enmudezca
De los Leonidas y trescientos hombres
Si el siete de noviembre, y su jornada
A honor perpetuo de los naturales
El tiempo no grabare en sus anales. (20)*

No hay nada en este poema que nos permita afirmar que Núñez de Cáceres es poeta. Saber versificar no es ser poeta. Pero es obvio que la refacción del autor de la Independencia Efímera es la lectura de los clásicos. Lo probó con sus fábulas, género que él es de los pocos en cultivar en nuestra patria, y que publicaba El Duende bajo el seudónimo de *El fabulista principiante*. Eran fábulas de intención política, y, además de la moraleja, siempre tenían un epígrafe explicativo. (21) Una de esas fábulas, cuyo epígrafe reza: "Contra el verdadero mérito y la buena opinión que con él se gane, nada pueden las calumnias de la envidia", y cuyo título es "La araña y el águila", dice:

*"De este tiro acabóse su privanza,
cayó por tierra su soberbio imperio.
¡Qué dulce es la esperanza
de salir de su yugo y cautiverio.*

*Su júbilo y placer así explicaba
una araña despues de haber concluido
de sus débiles hilos un tejido
en que prender el Aguila intentaba.*

*Su colérico enojo le nació
de ver cuán alto vuelo
la reina de las aves emprendía
de su morada a la región del cielo,
que todo vil insecto
de lo bueno y lo grande es desafecto.*

*Viene el Aguila, observa su embarazo,
muestra una garra y desbarata el lazo.*

*Si el valimiento y la opinión estriban
en mérito y virtud sobresalientes,
de la envidia los tiros impotentes
su solidez afianzan, no derriban”.*

Si no poesía, por lo menos hay ingenio en estas fábulas bien entalladas y muy dignas del espíritu luchador de este gran hombre.

Joaquín Balaguer traza en pocas líneas la personalidad intelectual de José Núñez de Cáceres en los siguientes párrafos:

“Basta a la gloria de Núñez de Cáceres, como escritor, los documentos que redactó en tres ocasiones solemnes en que le tocó asumir la representación del país para proclamar su derecho a ser libre o para exigir de la Metrópoli el remedio requerido por los males de la colonia: la “Declaratoria de Independencia del pueblo dominicano”, proclama dirigida al mundo y redactada con la elevación propia de la grandeza de aquel momento histórico; el discurso que pronunció el 9 de febrero de 1822, para entregar a Boyer la llave de la ciudad de Santo Domingo, donde increpa al déspota, advirtiéndole que la desemejanza de costumbres y el idioma establecían entre las dos porciones de la isla un muro tan infranqueable como los Alpes y los Pirineos, y la exposición que el 26 de junio de 1813, elevó al Mariscal de campo Carlos Urrutia y Matos, donde pinta con lenguaje patético la situación del país, “amaestrado por las vicisitudes”, y donde declara con arrogancia que el hombre a quien le asiste la verdad permanece impenetrable hasta cuando sobre su cabeza se desploma la máquina del mundo”. (22)

NUÑEZ DE CACERES EN EL EXILIO.— En el extranjero siguió brillando la personalidad ecuménica de Núñez de Cáceres.

Se fue a Venezuela. Allí lo llevó la creencia de que todavía su causa podía encontrar refugio en el alma de Simón Bolívar, sobre todo, después que con olímpico desdén el déspota haitiano humilló la bandera de la Gran Colombia. Se equivocó. Quizá Bolívar guardaba agradecimiento para el haitiano, pues en sus playas encontró asilo y protección; quizá sus garrafales problemas en su patria no le permitían distraerse en otras contiendas lejanas; quizá no le interesaba en lo más mínimo el destino de la isla antillana. Su amistad en Venezuela fue con el gran llanero José Antonio Páez, antagonista, en política, del Libertador.

José Núñez de Cáceres fundó y dirigió en Caracas el periódico *El Cometa* (1824); luego *El Constitucional caraqueño*; en 1826 *El Relámpago* y en 1827, *El cometa extraordinario*.

Con el periodismo se sentía en sus aguas, haciendo campaña combativa y polémica, audaz y recia. Se hizo temible. Era tan agresivo que incurrió en el desagrado de Bolívar.

En Venezuela la vida se le hizo imposible y se fue a México en 1828. Primero ejerció en Puebla la abogacía; luego pasó a San Luis de Potosí y, por último, se estableció definitivamente en Victoria, capital del estado en Tamaulipas.

Eran días de caldeada política para México, y allí también intervino Núñez de Cáceres en la política, pero como un mexicano más, actuando siempre en favor de los intereses del país. En Tamaulipas se le quería y se le respetaba. Protestando de la enajenación de tierras de México por parte de los Estados Unidos de Norteamérica; enardeciendo el patriotismo con palabras de fuego y con tal vehemencia, que al terminar la guerra en 1848, el Congreso de Tamaulipas decidió grabar su nombre con letras de oro en el salón de sesiones. El estado de Tamaulipas lo había declarado ciudadano benemérito "por los distinguidos servicios que ha prestado a este Estado y a la federación". Murió en 1845 tras enterarse, con honda satisfacción, de la independencia de su patria. (23) El panegírico lo pronunció su gran amigo y compatriota Simón de Portes (24) quien dijo en el cementerio de la ciudad de Victoria:

“Yo también vi la luz en la patria de Núñez de Cáceres, y a nombre de su país natal os doy las gracias por la digna acogida que habéis dado al infortunado y primer héroe de su independencia, y quiera el cielo que aquella isla destinada por su posición geográfica y por sus riquezas naturales, recuerde, andando el tiempo, este suceso, para estrechar los lazos que deben unir como dos hermanos ambos pueblos”. (25)

Pedro Núñez de Cáceres, no acompañó a su padre a México; se quedó en Venezuela, donde escribió una voluminosa Historia de la ciudad de Caracas, muy comentada. Su hijo, que se llamaba como su abuelo José Núñez de Cáceres pertenece a la alta intelectualidad venezolana como humanista, polígloto y poeta.

OTROS INTELECTUALES DOMINICANOS DE TIEMPOS DE LA ESPAÑA BOBA.

La otra figura de la época de la España Boba que —además de Juan Vicente Moscoso y Valera Jiménez— (26) — tuvo que emigrar cuando su presencia se hizo sospechosa a los haitianos, fue Bernardo Correa y Cidrón. Fue opuesto a la campaña de la Reconquista, abogando porque el país continuara bajo la tutoría francesa. Esta actitud resultaba insólita en aquella época, cuando el consenso de los dominicanos era francamente hispanófilo.

De 1819 a 1820 fue Rector de la Universidad de Santo Tomás de Aquino, y eficaz colaborador de la campaña humanística desplegada por el arzobispo Valera, en el Seminario reabierto en su propio hogar. Al emigrar, se fue a España, donde usufructuaba el trono, como intruso mal avenido, José Bonaparte (27), recibiendo una canongía en Málaga. Esta adhesión al usurpador le obligó, tras ser procesado después de la independencia española, a regresar a Santo Domingo en 1816. Sus sentimientos francófilos le concitaron la malaversión de sus compatriotas, los cuales le lanzaron ataques virulentos, teniendo

que responder a las críticas del propio José Núñez de Cáceres.

(Respuesta al artículo comunicado de El Duende), y a los demás (Vindicación de la ciudadanía y apología de la conducta política del Doctor don Bernardo Correa y Cidrón).

Después de este corto lapso de limitada inquietud viene la etapa de la ocupación haitiana.

NOTAS

(1) He aquí una lista parcial de esos ilustres emigrantes: José Francisco Heredia (1776-1820), quien pasó en 1801 a Caracas, se casó en 1802 en Coro con su prima María de la Merced Heredia, pasando a Cuba en 1803, donde nació su hijo José María Heredia y Heredia, el clásico americano conocido como "el Cantor del Niágara"; Domingo Heredia y Mieses (1804-?), poeta satírico y matemático, padre del otro José María, el francés de Los Trofeos, sonetos de los más perfectos escritos en lengua francesa por un parnasiano; Francisco Muñoz Del Monte (1800-1865) de Santiago de los Caballeros, quien emigró a Cuba, distinguiéndose como poeta; Esteban Pichardo y Tapia (1799-1880?), también santiaguense, quien emigró a Cuba y entre novelas y obras geográficas escribió un "Diccionario provincial casi razonado de voces cubanas"; Gaspar Arredondo y Pichardo (1773-1859) quien en sus Memorias, redactadas en su exilio de Cuba, describió las terribles matanzas de Cristóbal y Dessalines; José Antonio Bernal y Muñoz (1775-1853), famoso médico que sirvió una cátedra de Anatomía en la Universidad de La Habana; el criminalista José Gregorio Quintanó y Valera (1773-1847) y Juan de Mata Tejada (1790-1835) a quien se le debe el haber llevado la litografía a Cuba.

(2) Se publicó completa en 4 tomos treinta años después de escrita (1883) por la sociedad Amigos del país. Había muerto veintidós años antes en La Habana, el 19 de noviembre de 1861.

(3) Entre los documentos que Delmonte y Tejada incluye en su Historia se encuentran el "Diario de Colón", en versión de Las Casas, y el "Diario de Campaña" del Brigadier Juan Sánchez Ramírez, héroe de La Reconquista.

(4) Máx Henríquez Ureña afirma: "Es difícil superar el tono magistral de su limpia prosa". Joaquín Balaguer afirma: "tiene la ventaja de ser un monumento de dicción y de estilo, no superado en este aspecto por ningún libro de autor hispanoamericano".

(5) En compañía de José Antonio Saco emprendió una campaña periodística en "La Epoca" en demandas de libertades políticas para Cuba, que lo llevó a la cárcel; fue miembro de la diputación de Santiago de Cuba, por la Constitución del 29 de octubre de 1836, y escribió un Himno a la milicia nacional de Cuba.

(6) Ballagas dice: "El poema La Mulata es otra muestra precursora de la poesía afroantillana. Subrayamos la fecha en que se escribió: 1845. Una de las líneas constantes de la poesía negrista en general es el contraste blanco y negro, el mestizaje y especialmente, la mulata como tipo de singular belleza física"

(7) El poema sigue largo y monótono, cambiando, a veces, de ritmo y rima. Hasta que un verso dice:

Punto de transición entre dos razas

verso al que Ballagas hace el siguiente comentario: "Nicolás Guillén dirá casi un siglo después: *mulata, fuente de razas*".

(8) Al igual que en muchos aspectos de las actividades intelectuales, Del Monte fue el iniciador del teatro en la República independiente.

(9) Donde está la actual ciudad de Samaná.

(10) Según cita que en su libro "El teatro en tiempos de Ferrand" hace el notable intelectual Emilio Rodríguez Demorizi, de la obra "Secondé campagne de Saint Domingue" (1803-1809), publicado en El Havre por el francés J. B. Lemmonier-Delafosse.

(11) De la obra citada.

(12) El primer número salió el 15 de abril de 1821.

(13) Durante el período francés circuló "la Gaceta o Boletín de Santo Domingo", periódico bilingüe oficial.

(14) Estos fueron, entre otros, el latinista Manuel González Regalado y Muñoz (1793-1867), elocuente orador sagrado y Andrés López de Medrano, quien luego emigró a Puerto Rico donde gozó de aprecio por su cultura.

(15) Citaremos a José Gabriel Aybar (1751-1828), Juan Ramírez Garrido, el canónigo Francisco González Carrasco (1775-1827), y el también canónigo José Lorenzo Rondón; Fray Ambrosio Pérez Jácome, Manuel Carmona Aguirre, Manuel de la Candelaria, José María Bobadilla, Antonio Cerezano Camarena (1798-1860) y Pedro Núñez de Cáceres, hijo del autor de la Independencia Efémera.

(16) De El Duende, periódico dominical, llegaron a salir trece números.

(17) Cita de Max Henríquez Ureña en su obra "Panorama histórico de la Literatura Dominicana". Río de Janeiro. 1945.

(18) Durante el período de la España Boba circularon muchos folletos y hojas impresas, que son minuciosamente detallados por Máximo Coiscou Henríquez en su notable obra "Historia de Santo Domingo: contribución a su estudio". Vol. I. 1938.

(19) El 17 de marzo de 1822, el periódico bilingüe *L'etoile haitienne* publicó en francés este discurso de Núñez de Cáceres (Véase Clío, No. 32. 1938).

(20) En el colofón se lee: "Santo Domingo, Imprenta del Gobierno. José María González. Año de 1820".

(21) De Max Henríquez Ureña, en la obra citada, copiamos: "Así hace constar que en *El palomo, la paloma y la lechuga*, "repréndese el perjudicial empeño de impedir los matrimonios a pretexto de la pobreza de los contrayentes"; que *El conejo, los corderos y el pastor*, fue escrita contra los que obtienen puestos elevados y visten grandes uniformes sin la calidad necesaria"; y *El mulo y la acémila* "contra los que estando manchados de defectos natalicios, censuran estos mismos en otros". *El abejarrón y la abeja* lleva por delante la moraleja: "al que tiene prendas útiles no es mucho que se le disimule algún leve defecto", como lleva ésta, *El lobo y la raposa*: "los malos nunca encuentran nada bueno en los hombres honrados, principalmente si sirven de estorbo a sus maldades", y esta otra *Los topos en consejo* "muchos por lucir su talento, se detienen poco en los medios de que se valen y menos en las resultas".

(22) Joaquín Balaguer. Historia de la literatura dominicana. Librería Dominicana. 1958.

(23) La noticia la publicó, en mayo de 1845, la Gaceta del Gobierno del Estado de Tamaulipas, traducida por el propio Núñez de Cáceres del *Courier des Etatus Unis*, de New York.

(24) Emigró a Cuba, donde conspiró a favor de su independencia, y más tarde se reunió con Núñez de Cáceres en la ciudad de Victoria, capital del Estado de Tamaulipas, donde llegó a ser miembro del Congreso de Estado. Uno de sus nietos fue presidente de México.

(25) Simón de Portes era abuelo de Emilio Portes Gil, quien fue presidente de México en el período 1928-30.

(26) Juan Vicente Moscoso, que fue profesor de Juan Pablo Duarte, tuvo que emigrar al acusársele de conspirar contra el gobierno haitiano, y el arzobispo Valera también emigró cuando el Gobernador haitiano Maximiliano Borgella, trató de asesinarlo.

(27) También estuvo en Francia donde estrechó la mano de Napoleón Bonaparte.

CAPITULO X

MANIFESTACIONES FOLKLORICAS HASTA EL SIGLO XIX



ESPAÑA nos trajo en su seno materno la leche sonora de su dulce habla, en sus palabras hermosas, el gracejo de sus refranes y la gloria de sus cantos. En los campos de América está España latente hasta en el llanto del niño. Está en la mujer que mece al hijo junto a su seno, cuando canta y aun en el rasgueo musical de la guitarra que es flor de amor en los brazos de nuestros trovadores.

Pero lo que nos trae como sello indeleble y sempiterno es su propia habla. Como expresa Miguel Piantini.

"Cruza nuestra lengua el ancho mar y poco a poco se derrama por el inmenso ámbito de las tierras recién descubiertas y allí el arahuaco, el quechua, el guaraní, el nahuatl y otras lenguas aborígenes, aumentan su caudal con voces que hoy son corrientes y comunes en toda la Hispanidad". (1)

El amerindio tenía diferentes lenguas y fue en Santo Domingo donde un europeo, Fray Ramón Pane, que se internó en el Macorix, aprendió por primera vez una lengua americana.

"El taíno, especialmente —hemos dicho—, sacaba su eufonía de una concurrencia de vocales (canao, caoba, saona),

que lo hacían muy armonioso, sobre todo en la natural dulcedumbre del habla femenina. Pero el europeo debió de chocar con este rimerero de vocablos nuevos que no sirvieron de nada a los intérpretes que debían allanar los caminos de la comprensión al Primer Almirante; estos intérpretes eran: el judío converso y poligloto Luis de Torres (que hablaba caldeo, hebreo y árabe) y el explorador Rodrigo de Jerez, que dominaba el dialecto de Guinea. Y así, antes de conocer los nombres indígenas, Colón llamó príncipes a los caciques; almadías (nombre árabe) a las canoas; sirenas a los manatíes con caras de hombre que asomaban de vez en vez en el Mar Caribe y que, según afirma "no eran tan hermosas como las que pintan", y reinos a los cacicazgos". (2)

Un año después del Descubrimiento de América, el notable humanista Antonio de Nebrija publicó su Diccionario, el primero de la lengua española, donde ya incorpora palabras indígenas de La Española.

Copiamos de Emilio Rodríguez Demorizi:

"En las tierras recién descubiertas, La Española tuvo el privilegio, como observa Rufino José Cuervo, de ser "el campo de aclimatación donde empezó la lengua castellana a aclimatarse a las nuevas necesidades. Como en esta isla ordinariamente hacían escala y se formaban o reforzaban las expediciones sucesivas, iban éstas llevando a cada parte el caudal lingüístico acopiado, que después seguían aumentando o acomodando en los nuevos países conquistados". Aquí "se llamó *estancia* a la granja o cortijo, y *estanciero* al que en ella hacía trabajar a los indios, voz que luego ha pasado a significar el que tiene o guarda una estancia... *quebrada* se hizo sinónimo de arroyo; se generalizó el sentido de *ramada*; empezó a decirse que los indios o los animales *se alzaban*; dióse a frutas indígenas el nombre de otras españolas en fuerza a alguna semejanza cierta o imaginaria como al níspero, al plátano, a la ciruela, al manzanillo; y también se aprendió el nombre de muchas cosas que han venido a ser el común castellano". (3) Muchos ingenios españoles que pasan por América llevan a Europa e incorporan a

su obra literaria voces americanas, como en el caso de Tirso de Molina con las palabras que oyó en nuestra Isla:

¿Cómo se coge el cacao?

Guarapo, ¿qué es entre esclavos?

¿Qué frutos dan los guayabos?

¿Qué es casabe y qué jaojao?

Pero a la larga el español, enriquecido con el acervo de las voces nuevas, se iba enriqueciendo y penetrando en las voces americanas. Angel Rosenblat, el gran humanista venezolano, nos dice:

“En su segundo viaje Colón conoció en Guadalupe una fruta que por cierta analogía externa con el fruto del pino, llamó *piña*. El nombre se generalizó y pasó a Europa (de ahí el nombre inglés de *pine apple*). En América había para designarla más de un centenar de nombres distintos, según la variedad y según la lengua. Uno de ellos era *ananá*, en el guaraní del Brasil, de donde el portugués *a naná* y luego *ananás*. (4) Es el que, a través del portugués penetró en francés, alemán, holandés, danés, sueco e italiano, y llegó a la India. Del Brasil pasó a Argentina, pero lo curioso es que en el Paraguay, la región guaranítica por excelencia, la fruta se llama, precisamente, *piña*. Es el triunfo de la forma europeizante sobre la indígena”. (5) Lo mismo pudiéramos decir de la *papa* peruana, que los españoles la llamaron *patata*, porque la confundieron con la *batata* antillana (de ahí el *potato* inglés), o el *guajolote* mexicano, que los españoles confundieron con el pavo, como le llamamos hoy. (6)

Con su habla trajo sus tradiciones, sus coplas y canciones.

En una conferencia que dictáramos en el Teatro Nacional Cervantes de Buenos Aires, el 14 de septiembre de 1949, al enfocar el folklore dominicano, decíamos:

“España trajo su canción: no la saeta plañidera, ni el iay! desgarrador del cantejondo; trajo toda la alegría de su otra

canción, flor de Andalucía, con aroma de mujer hermosa; sal y gracia de su sol amante, y una luna gitana. España fue pródiga y materna para legarnos la sangre de su espíritu, que se regó, roja y gloriosa, inundando los cauces de los bosques, precipitándose en cataratas armoniosas, escalando escarpadas laderas, invadiéndolo todo: ríos, montañas, bosques, todo, hasta hacer esa isla de canciones que es mi patria, más cercana de Dios cuanto más llena de alma y de armonías". (7)

Lo dicho acerca de Santo Domingo puede repetirse con respecto a todos los pueblos hispánicos de nuestra América. Los españoles que recorrían las rutas de las conquistas, cantaban y entretenían la holganza nocturna, repitiendo romances tradicionales bajo la blanca luna encendida. Ese mismo español, aun cuando sabe hacer zigzaguear la espada homicida, le dice al indio que es hombre libre, y lo dice, antes que con la voz del sacerdote en el púlpito, con la sabia y profunda del romance o de la espinela:

*¡Mira, hombre, con atención
para qué fuiste creado!
¡Mira, ese cuerpo te han dado!
¡Alma, vida y corazón,
entendimiento y razón!
Haces una culpa grave.
Es un dios, tan sabio y grande
a quien la cuenta has de dar,
y si quieres acertar:
aquél que se salva, sabe.*

*Sabes que te has de morir,
que tienes gloria e infierno,
bueno o malo, todo eterno
y que a juicio has de venir,
así debes discurrir
si tu vida es acertada,*

*allí la disculpa enfada
porque se hace en un momento,
y el de buen entendimiento
y el que no, no sabe nada.*

Esta glosa fue recogida por Juan Alfonso Carrizo (8) por los caminos de América.

Los conquistadores hablaban, en muchas ocasiones, en el breve lenguaje musical de la copla, en el caudal sonoro de los octosílabos donde se remansa la savia popular del bello decir castellano. He aquí ejemplos diseminados y decidores de esta verdad:

Llegados los españoles de Cortés a San Juan de Ulúa, en los vagares de la conquista mexicana, les sale al paso un caballero de buen porte, de nombre Alonso Hernández Portocarrero, quien dijo a Hernán Cortés:

*—Paréceme, señor, que os han venido diciendo estos
caballeros que han venido otras dos veces a esta tierra:*

*Cata Francia, Montesinos,
Cata París, la ciudad,
Cata las aguas del Duero
Do van a dar a la mar.*

Yo digo que miréis las tierras ricas, y sabréis bien gobernar. Conocedor Cortés del romance a que aludía su interlocutor, le repuso, sin esquivar la alusión:

*—Dénos Dios ventura en armas como al paladín Roldán;
que en lo demás, teniendo a vuesa merced y otros
caballeros por señores, bien me sabré entender. (9)*

En otra ocasión se lamentó Cortés, en Tacuba, del desastre de la Noche Triste, cuando le dijo el bachiller Alonso Pérez, quien era soldado de sus filas:

—Señor capitán, no esté vuesa merced tan triste, que en las

guerras estas cosas suelen suceder, y no se dirá por vuesa merced:

*Mira, Nero, la Tarpeya
A Roma como se ardía. (10)*

Son, como se ve, romances, esos rasgos de epopeyas de los que en mala e infortunada hora abominó el marqués de Santillana, pero que constituyen la esencia del pueblo español y su más elevado ejemplo de emoción poética popular. ¿Influían esos romances en las nuevas modalidades del decir americano? Obvia es la respuesta. Pero Carrizo, el notable folklorista argentino nos lo dirá mejor:

“Por eso, porque España se vino de mudada, es que resulta difícil encontrar el alma indígena de América a los que la creen india. Su suelo, su clima, sus lenguas aborígenes, su fauna, su flora, todo se podrá estudiar con prescindencia absoluta de España; pero el alma de América, nunca. Al contrario, cuanto más conozcamos la España medieval y renacentista, más conoceremos a América”. (11) E ilumina su aserto con el ejemplo de una copla quechúa:

*¿Yuyairi, churaskaikita
Mas kisnyaman maky kyta
Huacaspá nihuaskaikita
Mana maicay concanahuajkita?*

Que no es otra cosa, explica Sierra, sino una copla española, traducida literalmente, que Emilio Lafuente y Alcántara trae en su Cancionero popular:

*¿Recuerdas cuando pusiste
tus manos sobre las mías
y llorando me dijiste
que nunca me olvidarías? (12)*

Y agrega Carrizo:

“Las que no son traducciones revelan con evidencia la influencia española en su ideología. Las oraciones, diríamos litúrgicas, a la Pachamana, la divinidad protectora de los ganados, las sementeras y los pastos (entre los indios del Perú), tratan, cuando no del trigo, de la oveja; y el trigo y la oveja son de procedencia hispánica. Las que no ofrecen ninguna de esas pruebas tienen por lo menos la rima y el ritmo de las coplas españolas, revelando con ello su filiación hispánica, porque las letras de los himnos del Inca no tenían, según confiesa Garcilaso, ni ritmo ni rima”.
(13)

Hay coplas de una hondura significativa, que nos recuerdan las hispánicas, en cada palabra. En el Cibao, Santo Domingo, se escucha la siguiente, cantada, en el movido ritmo del merengue:

*Quisiera veíte y no veíte,
quisiera hablaíte y no hablaíte,
quisiera encontraíte sola
y quisiera no encontraíte.*

En tanto que en el cancionero de Tucumán (Argentina), se escucha ésta con puro sabor teresiano:

*Cansado estoy de vivir
la vida que estoy viviendo,
que también la vida cambia
si se vive padeciendo.*

Desde luego que este texto es muy mundano para compararlo con las coplas de Santa Teresa, pero recuérdese que los místicos españoles, y muy particularmente San Juan de la Cruz y la gran poetisa avilense, transformaban a lo místico las coplillas populares que andaban en las bocas de las gentes.

De esta manera, y gracias a la herencia española nuestra copla americana es una, fresca y pura, y recorre todos los

caminos de nuestro mundo nuevo. Hay un corrido mexicano que empieza:

*Por la sierra morena
vienen bajando
unos ojitos negros
de contrabando.*

Y sin variarle una sola letra a los versos empieza así mismo una cueca chilena. Ya nosotros habíamos señalado (14) en nuestra conferencia folklórica esas coincidencias al decir:

“Cuando oigo a un argentino cantar:

*Palomita blanca,
reblanca, reblanca,
¿Dónde está tu nido,
renido, renido?
En un palo verde
reverde, reverde;
todo florecido,
recido, recido.*

Según copio de la *Antología folklórica argentina*, publicada por el Consejo Nacional de Educación, recuerdo que también en mi patria, aunque con ritmo distinto, más acorde con la luz de nuestro sol, se cantan estas letras.

El argentino canta — ritmo gaucho de pampas verdes y claras:

*¿Quién es aquel pajarillo
que canta sobre el limón?
Anda, dile que no cante,
que me parte el corazón.*

Y el mexicano, del corrido y la alegría, repite variando el ritmo:

*¿Qué pajarillo es aquél
que canta en aquella higuera?
Anda, dile que no cante,
que espere a que yo me muera.*

No importa que el pajarillo pampeano cante desde un limón, mientras el barranqueño prefiera una higuera; una misma es la canción y ambos la entonan en el profundo litoral de América.

*Esta guitarra que toco
tiene boca y quiere hablar,
sólo le faltan dos ojos
para ayudarme a llorar.*

Canta un argentino, mientras en el extremo opuesto, en la bien nombrada Colombia, se oye:

*Este tiple tiene boca,
corazón, y sabe hablar,
sólo le faltan los ojos
para ayudarme a llorar.*

Y para terminar evocaré dos coplas españolas que se cantan en Argentina y en Santo Domingo, variando el ritmo:

*Bajo de un copioso pino
llorando me lamentaba,
como el pino era tan tierno,
de verme llorar, lloraba.*

Argentina.

*Me subí en un pino verde
a ver si la divisaba
y como el pino era verde,
de verme llorar, lloraba.*

Dominicana.

Los ejemplos pudieran multiplicarse, pero con estos, bastan". (15)

Coplas y romances eran cosa común entre los españoles, y lo fue, también, entre los nativos.

Rondas y nanas. Cuando la madre en América arrulla a su niño lo hace en el mismo lenguaje con que la mujer española canta a su hijo. Pero en ningún otro género se prolongó con tal fidelidad la tradición como en la ronda. Nuestros niños cantan una canción, con puro sabor castellano, mientras tomados de la mano giran graciosamente:

*Doña Ana no está aquí,
ella está en su vergel
abriendo la rosa
y cerrando el clavel.*

*Vamos a dar la vuelta
del toro, toronjil,
a ver Doña Ana
comiendo perejil.*

Nos parece una coplilla lopesca o un pequeño romance de García Lorca.

En Argentina se canta la siguiente ronda:

*Mañana es domingo,
se casa Piringo
con un pajarito
rebozo de harina
¿Quién es la madrina?
Doña Catalina.
¿Quién es el padrino?
Don Juan Barrigón,
que tiene la cola
igual que un ratón.*

Rodríguez Marín la recoge en España:

*Mañana es domingo
y es día de respingo,
se casa Benito
con un pajarito.*

María Cadilla de Martínez la cita en Puerto Rico:

*Mañana es domingo,
se casa Chiringo
con una mujer
que sabe coser.*

Aurelio M. Espinosa la descubre en California:

*Mañana es domingo,
se casa Benito
con un borreguito. (16)*

Y nosotros, cuando niños, decíamos una versión distinta:

*Mañana es domingo
de vara y pendón,
se casa la reina
con Juan Barrigón.
¿Quién es la madrina?
Doña Catalina.
¿Quién es el padrino?
Don Juan Rivera.
Míralo como viene
con la tripa afuera.*

Félix Coluccio (17) trae en su Diccionario folklórico algunas rondas donde nos hace el honor de citarnos al dar las versiones dominicanas.

En Argentina dicen:

Aserrín, aserrán,

*aserrín, aserrán,
los maderos de San Juan,
piden pan y no les dan,
piden queso,
les dan hueso
y les cortan el pescuezo.*

En Puerto Rico, según Cadilla de Martínez:

*Aserrín, aserrán,
las campanas de San Juan,
las de Juan, piden pan;
las de Pedro, piden queso;
las de Enrique, alfañique,
trique, trique, triquetrán.*

En Perú, Ricardo Palma, anota lo siguiente:

*Aserrín, aserrán,
los maderos de San Juan;
los del rey asierran bien,
los de la reina también,
las del duque,
truque, truque,
las del dique
trique, trique.*

En Santo Domingo:

*Aserrín, aserrán,
los maderos de San Juan
piden queso, piden pan,
los de rique
alfeñique,
los de alfandoque,
triqui, triqui,
triqui, tra.*

Así pudierámos seguir con todas las rondas (18) que se cantan en nuestra América.

ROMANCE EN SANTO DOMINGO. El romance es la forma de poesía popular más jerarquizada y hermosa en España. Fue la expresión poética del medioevo que ha tenido vigencia ricamente renovada hasta nuestros días. Por eso los españoles lo trajeron a América, aunque en Santo Domingo la forma popular de hondo arraigo es la espinela y no los octosílabos asonantados. Sin embargo, el romance fue muy bien conocido en Santo Domingo, y muy particularmente en el siglo XVI, y prueba de ello es que Lázaro Bejarano, el poeta hispalense, en una sátira sobre la vida dominicana, escrita en la década del 1550, intercaló estos dos versos:

*Gritos dan niños y viejos
y él de nada se dolía.*

del romance "Mira, Nero, de Tarpeya", citado en el primer acto de La Celestina. Algunos de esos romances han persistido hasta nuestros días, como el de Delgadina, el terrible romance que Pedro Henríquez Ureña oyó docena de veces "en boca de amigas y sirvientas, a pesar de las prohibiciones maternas". (19) Es un romance que se repite donde quiera que se habla español, (aunque al parecer desconocido en los pliegos y canciones del siglo XVI, pero ya citado por Melo en el siglo XVIII, y universalmente repetido hoy donde quiera que se habla castellano, lo mismo en la Argentina y en México que entre los judíos de los Balkanes o de Marruecos).

He aquí la versión de Pedro Henríquez Ureña:

*Pues señor: éste era un rey
que tenía tres hijitas;
la más chiquita y bonita
Delgadina se llamaba.*

*Cuando la madre iba a misa
su padre la enamoraba*

y como ella no quería
en un cuarto la encerraba.

Al otro día siguiente
se asomó a una ventana
y alcanzó a ver a su hermana
sentada en silla de plata.

—Hermana, por ser mi hermana,
me darás un vaso de agua,
que el alma la tengo seca
y la vida se me acaba.

—Quítate de esa ventana,
perra, traidora y malvada,
que si mi padre te viera
la cabeza te cortara.

Delgadina se quitó
muy triste y acongojada
y la trenza de su pelo
hasta el suelo le llegaba.

Al otro día siguiente
se asomó a otra ventana
y alcanzó a ver a su hermano
sentado en silla de plata.

—Hermano, por ser mi hermano,
me darás un vaso de agua,
que el alma la tengo seca
y la vida se me acaba.

—Quítate de esa ventana,
perra, traidora y malvada,
que si mi padre te viera
la cabeza te cortara.

Delgadina se quitó
muy triste y acongojada
y la trenza de su pelo
hasta el suelo le llegaba.

Al otro día siguiente
se asomó a otra ventana

*y alcanzó a ver a su madre
sentada en silla de oro.*

*—Mi madre, por ser mi madre,
me darás un vaso de agua,
que el alma la tengo seca
y la vida se me acaba.*

*—Quítate de esa ventana,
perra, traidora y malvada,
que si tu padre te viera
la cabeza te cortara.*

*Delgadina se quitó
muy triste y acongojada
y la trenza de su pelo
hasta el suelo le llegaba.*

*Al otro día siguiente
se asomó a otra ventana
y alcanzó a ver a su padre
sentado en silla de oro.*

*—Mi padre, por ser mi padre,
me darás un vaso de agua,
que el alma la tengo seca
y la vida se me escapa.*

*—Corran, corran, caballeros,
a dar agua a Delgadina,
que el alma la tiene seca
y la vida se le acaba.*

*No le den vaso de oro,
tampoco en vaso de plata,
dénsela en el de cristal
para que refresque el agua.*

*Cuando los criados llegaron
Delgadina estaba muerta,
y encontraron un letrero
que a sus pies estaba escrito:
Delgadina está con Dios
y su padre con los diablos.*

No obstante lo terrible de este romance, alcanzó una peligrosa popularidad, según ya ha sido señalado. Por toda América se recitaba, aunque rozaba el sentimiento humano natural, reñido con esta crueldad incestuosa. Por eso algunos padres prudentes, ante la insistencia con que sus hijos se aferraban al romance, trataron de borrar el detalle incestuoso, con estos dos versos:

*Cuando su madre iba a misa
su padre la castigaba...*

es decir, el padre era riguroso y fuerte, pero en ningún momento la requería de amor. Es, en cierto modo, la misma modificación que *Ciro Bayo* señala en Argentina:

*¿Qué quieres que miras, hija?
Que tú has de ser mi mandada.*

Pero lo cierto es que el romance alcanzó amplia vigencia, y en Santo Domingo se recitó hasta los días de nuestra infancia: Siendo muy niño lo oímos en boca de un infeliz retrasada mental que tenía bellísima voz, y con quien nuestra madre nos dejaba jugar en las veladas lunares, cuando aquella infeliz ilusionada, que soñaba con la llegada de un ángel de luz que iluminase su vida, nos enseñó canciones muy españolas que nada tienen que ver con nuestras tradiciones, como aquella de Alfonso XII penando por la muerte de su Mercedes (21) o aquél de la muchacha que, al casarse con un enano, le buscó una cama innaccesible. (22)

Todavía Pedro Henríquez Ureña nos habla del romance —que hemos escuchado gran parte en prosa como narración lúdrica— en que una madre, al notar que su niña presuntamente le robó un higo, la entierra viva en castigo, y ésta se convierte en una mata de ají, que canta lastimosamente cuando alguno de sus hermanos trata de robar un fruto al arbusto:

*Hermanito de mi vida (23)
no me hales los cabellos*

*que mi madre me ha enterrado
por un higo que ha faltado.*

La súplica se dirige a varios miembros de la parentela, hasta que al llegar al padre, éste desentierra a la hija, y da a la madre el condigno castigo.

El romance de Delgadina aparece como pariente de leyendas moriscas y lo mismo sucede con el de Hilo de oro (24), del que nació una de las diversiones de la niñez dominicana. Según Pedro Henríquez Ureña (25): "Los niños se sientan en fila, poniendo en la cabecera a la niña de más edad como reina, y ordenándose los demás de mayor en menor, para presentar la familia real; sólo dos niños no se sientan: uno es caballero y otro su criado. El caballero se acerca a la reina y canta:

*Hilo, hilo, hilo de oro,
yo jugando al ajedrez,
por un camino me han dicho:
lindas hijas tiene el rey.*

La reina responde:

*Téngalas o no las tenga,
yo las he de mantener,
que del pan que yo comiere,
de ese mismo han de comer,
y del vino que bebiere
de ese mismo han de beber.*

El caballero se retira diciendo:

*Enojado voy, señora,
a los palacios del rey,
pues la hija del rey moro
no me la dan por mujer.*

La reina llama:

*Vuelva, vuelva, caballero,
no sea tan descortés,
que de las hijas que tengo
la mejor será de usted.*

Vuelve el caballero y escoge:

*Esta tomo por mi esposa
y también por mi mujer,
que me ha parecido rosa
acabada de nacer. (26)*

Hay desde luego, muchas variantes de este romance, como ésta, que es la que nosotros cantábamos en nuestra niñez:

*Hilito, hilito de oro
en el camino encontré,
y en el camino me han dicho
que lindas hijas tenéis.*

*—Si las tengo o no las tengo,
no las tengo para dar,
que del pan que yo comiere
también ellas comerán,
y del agua que bebiere,
también ellas beberán.*

*Yo me voy muy enojado,
a los palacios del rey,
a decirle a mi señor
lo que vos me respondéis.*

*—Vuelva, vuelva, caballero,
no sea tan descortés,
y de las hijas que tengo
escojáis la que queréis.*

*—Esta tomo por hermosa
por bonita y por mujer,*

*que me parece una rosa
acabada de nacer.*

Y un último verso suelto:

"Téngala usted bien guardada".

Hay otros romances más, como el de las manzanas:

*—Señora Santa Ana
¿por qué llora el niño?
—por una manzana
que se le ha perdido.
—Vamos a la huerta,
cogeremos dos,
una para el niño
y otra para vos.*

romancillo al que Pedro Henríquez Ureña hace la siguiente glosa:

"Mi amigo Alfonso Reyes presentó, en el Ateneo de México, la ingeniosa hipótesis de que este romance, conocido también aquí, acaso tiene por base un mito solar semejante al de las manzanas o toronjas doradas de las Hespérides, recobradas por Heracles: símbolo del retorno de la luz del día. ¿Acaso doña Ana en su vergel es también representación del sol, o de la luna, que abre sus flores y cierra otras?" (27)

Muchos romancillos más pudieran citarse, como el de Catalina:

*En Cádiz hay una niña
que Catalina se llama
¡ay, sí!
Que Catalina se llama.*

La muerte del señor don Gato:

*Estaba el señor don Gato
sentado en su silla de oro,
llegó la Señora Gata
con su vestido planchado,
con mediecita de seda
y zapatitos de plata.*

*El Gato, por darle un beso
se cayó desde el tejado,
y se rompió la cabeza
y se descompuso un brazo.*

*Don Gato hace testamento
de lo mucho que ha robado:
seis varas de longaniza
y diez libras de tasajo.*

*Los ratones de contento
se visten de colorado,
diciendo: "Gracias a Dios
que murió el Señor Don Gato
que nos hacía correr
con el rabito parado".*

*Las gatas se ponen luto,
los gatos mitones largos,
y los gatitos chiquitos
hacen miau, miau, miau.*

Entre los romances de navidad, en Santo Domingo se cantan muchos, a la manera de villancicos, como el siguiente:

*San José y la Virgen
y el niño también
pidieron posada
en Jerusalén.*

*Abrenos, por Dios,
vecinos queridos
y dale posada
a estos desvalidos.*

O el más popular de todos, infaltable en las veladas navideñas:

*Venid, pastorcitos,
venid a adorar
al rey de los cielos
que ha nacido ya.*

Del grupo de los romances que se cantan en ronda mencionaremos, por último, el romance de Mambrú —en la versión de Pedro Henríquez Ureña, Malbrú— que todos los de mi generación han cantado:

*Mambrú se fue a la guerra
iqué dolor, qué dolor, qué pena!
Mambrú se fue a la guerra
no sé cuándo vendrá,
que do - re - mi, que do - re - fa
no sé cuándo vendrá. (28)*

*En Francia nació un niño
iqué dolor, qué dolor, qué pena!
en Francia nació un niño
de padre natural,
ique do - re - mi, que do - re - fa!
de padre natural.*

*Por no tener padrino,
iqué dolor, qué dolor, qué pena!
por no tener padrino
Mambrú se ha de llamar
ique do - re - mi, que do - re - fa!
Mambrú se ha de llamar.*

*Vendrá para la Pascua,
iqué dolor, qué dolor, qué pena!
vendrá para la Pascua
o para Navidad
ique do - re - mi, que do - re - fa!
o para Navidad.*

*La Navidad se pasa
iqué dolor, qué dolor, qué pena!
La Navidad se pasa
y Mambrú no viene ya
iqué do - re - mi, que do - re - fa!
Mambrú no viene ya.*

Este Mambrú español, parece, en realidad, proceder de Francia.

“Creo, —dice Pedro Henríque Ureña— que ya no se toma en cuenta la hipótesis de Francois Genin, de que el romance castellano de Malbrú o Mambrú, no era moderno y traducido de la *Chanson* francesa del siglo XVIII (como claramente se ve) sino antiguo y quizás modelo remoto de ella. Ciertamente que la *chanson* de Malborough se funda en otras anteriores, cuyo origen acaso se remonta al final de la Edad Media, pero no veo la posibilidad del abolengo español. Si con algunos romances castellanos tienen semejanzas las *chansons*, es con el de doña Alda, en cuanto a su dato fundamental: la dama que espera noticias de su guerrero esposo; y este dato procede de la leyenda francesa de la esposa de Rolando”. (29)

Manuel Rueda, hombre polifacético de la cultura dominicana —pianista, poeta, dramaturgo, folclorista, y en todo grande— ha recorrido todos los rincones del país allegando datos para su obra folklórica, y nos trae algunas notas acerca del romance en nuestro país. Nos habla del romance de Don Carlos y Don Alberto, y el de la esposa infiel, que recogió en Azua, con el mismo gracejo andaluz, que Rueda cita en el largo párrafo que transliteramos:

“La prosa narrativa acogió asimismo el romance como a género afín. En el *Cuento de don Carlos y don Alberto*, que hemos recogido en Azua, se desarrolla el conocido romance de Blanca-Niña, la esposa infiel, pariente de aquel famoso Bernal Francés, y una de cuyas versiones hispánicas reza así:

*Estando una bella dama
arrimada a su balcón*

*vio venir a un caballero,
mirólo con atención.
Siete años había, siete,
que no se desarma, no.
—Bella dama, bella dama,
con usted durmiera yo.
—Suba, suba, caballero,
dormirá una noche o dos.
—Lo que temo en su marido
que tenga mala intención.
—Mi marido anda de caza
por los montes de León... etc.*

La fuerza y sencillez de los versos terminan por imponerse en la versión dominicana aludida, que los mezcla a la prosa. Son casi idénticas las indagaciones del marido receloso:

*—¿Cuyo es aquel sombrero
que en mi cuarto veo yo?
—Tuyo es, marido mío;
mi padre te lo mandó.*

*—Da las gracias a tu padre,
buen sombrero tengo yo.
¿Cuando yo no lo tenía
él de mí no se acordó!*

Las mismas preguntas se suceden:

*—¿Cuya es aquella capa
que allá arriba veo yo?
¿cuyo es aquel caballo
que en el patio relinchó?*

con las consabidas respuestas de la esposa que achaca a dádivas del padre los que son despojos de amante. Hasta llegar a la

última pregunta, por donde la tragedia encuentra su atroz culminación:

*¿Cuya es aquella espada
que colgada veo yo?*

*—Clavada pronto, marido,
en mitad del corazón,
que merece bien la muerte
quien a un marido engañó.*

Y termina el trovador con el triste comentario:

*Doña Ana murió a la una,
don Carlos murió a las dos". (30)*

Otros romances nos ofrece Rueda con su oportuno y valioso comentario, como el de Gerineldo.

OTRAS MANIFESTACIONES FOLKLORICAS DEL SIGLO XVI AL XVIII

Desde muy temprano hubo música europea en La Española, primero que en cualquiera otra región de América. Y dominicano fue el primer músico del Nuevo Continente, Cristóbal de Llerena "hombre de rara habilidad, porque sin maestro lo ha él sido de sí mismo, y llegado a saber tanto latín que pudiera ser catedrático de Prima en Salamanca y tanta música que pudiera ser maestro de Capilla en Toledo", según elogios que de él hiciera el Arzobispo Lope de Avila en carta enviada a Felipe II en 1588, para defenderlo de las persecuciones de que fuera objeto, por su famoso Entremés. (31).

Desde su erección contó nuestra catedral con Chantre y organista y Coro, siendo durante tres siglos el centro artístico más activo de La Española, pues contaba con una buena copia

de músicos de voz y tecla, nombre que se les daba en los pasados siglos a los que eran organistas y cantores.

Entre los instrumentos musicales que encontraron los españoles en la Isla, todos muy primitivos, usados por los indios, los cronistas citan: la flauta de madera, el caracol marino (fotuto) de un molusco llamado lambí, la güira, el atambor, los cuales eran usados en sus areitos.

Fernando Colón en su Historia, describe el Baiohabao, especie de atabal aborigen, como sigue: "Diré solamente lo que he sabido de muchos, especialmente de los principales, a los cuales he tratado más que a otros, puesto que como los moros, tienen la lei reducida a canciones antiguas y cuando quieren cantarlas, tocan cierto instrumento que llaman baiohabao, el cual es de palo, y cóncavo, fuerte y muy sutil, de medio brazo de largo y otro medio de ancho y la parte donde se toca está en forma de tenazas de herrador, y la otra parte es como una porra, de manera que parece una calabaza de cuello largo. Este instrumento que tocan, tiene tanto sonido que se oye a una legua, y cantan a él las canciones que saben de memoria, y le tocan los hombres principales, aprendiendo los muchachos a tocarle, y cantan a él, dentro, según su costumbre". (32) Otro de los instrumentos monocordes que usaban los indios, y que describe magistralmente el músico dominicano Enrique de Marchena, es la gayumba o gallumba, que describe:

"... se hace cavando en tierra un hueco de dos o tres pies de profundidad, cubriéndolo con una yagua la cual se ajusta con unos tirantes de madera (horquetas). En el centro de la yagua se coloca una cuerda sujeta a un trozo de madera susceptible de encorvarse sin resquebrajamiento. Puesta la cuerda en vibración, produce sonidos uniformes que pueden variarse si se acorta con la mano. Su peculiar timbre se escucha a grandes distancias en el campo". (33) Los españoles trajeron a la Isla instrumentos europeos para animar sus veladas con las suaves canciones de sus tierras lontanas, y que se hicieron populares en la nueva sociedad de blancos, indios y africanos. Rodríguez Demorizi (34) cita: trompetas, chirimías, vihuelas, guitarras, flautas, violines, sinfonías, y, en las primeras décadas del siglo XVI, el órgano.

(35) Pronto los dominicanos, que se apasionan por la guitarra, instrumento de rápida aclimatación en América, empiezan a hacerle modificaciones para poderlos hacer rústicos y sonoros:

“Así predominaron en Santo Domingo —dice Rodríguez Demorizi—, desde los tiempos coloniales hasta la llegada del acordeón, las bandurrias campesinas: el tres, el cuatro, el seis, el doce (36), el violín rústico; así como el bongó o atabal, típico del Sur de la Isla, el atabalito o balsié, probablemente indígena, el tamboril, la frutiforme güira, el guayo, la maraca, el pandero, la gayumba, los quijongos, los palos, la bandola, el tiple o guitarra”. (37) Todos estos instrumentos de cuerda, arriba citados, eran, en realidad, rústicas imitaciones de la bandurria, y su nombre le era dado por el número de cuerdas que se le ponían. Algunos eran muy estridentes, como el tiple (38) que acentúa exageradamente los sonidos.

Todos estos instrumentos “hoy son muy raros —según afirma Arzeno—; fueron suplantados por el acordeón, instrumento gangoso, pero cuyo conjunto es ampliamente abierto y belicoso, por lo que ha tomado una preponderancia exclusiva en todo el Cibao, nacionalizándose como en Alemania, donde nació en 1830; su nombre se deriva de acorde”. (39)

A este instrumento se agregan algunos de origen africano que se esparcieron por todo el ámbito del Cibao: el timbal o balsié, que es un tronco hueco al que se le pone una piel tensa de chivo para percudirlo; los quijongos o cañutos, muy populares en La Vega, etc.

En 1509, en la corte virreinal de Diego Colón y doña María de Toledo, hay músicos vihuelistas y se celebran regias recepciones bailables. Uno de esos vihelistas es Raúl González y en 1510 hay en la ciudad de Santo Domingo un trompetista de nombre Pedro Hernández.

Juan Méndez Nieto cita en sus *Discursos medicinales* al ciego Cieza, quien vivió en Santo Domingo hacia el año 1552. Dice, en tal año, Méndez Nieto, refiriéndose al Presidente de la Real Audiencia, don Alonso de Maldonado:

“Era este hombre tan grave y melancólico, que jamás, en

cuanto allí presidió, le vido persona alguna reir, y si lo iban a visitar cien hombres y a quejarse y pedir justicia otros tantos, a todos les daba el callar por respuesta, y al mejor tiempo se levantaba y los dejaba, y subiendo en su mula, se iba a la fuente que dicen del Arzobispo, y esto sin dejarse acompañar de hombre nacido, si no era de Alonso Hernández Melgarejo, que mañosamente le había cogido la voluntad; y llevándole un ciego que tañía sinfonía, que se decía Cieza, y teniendo allí una alfombra y dos cojines, se recostaba y detenía al son del agua y del instrumento hasta la oración”. (40) Lázaro Bejarano, en su sátira *El purgatorio del amor*, cita algunos de esos músicos:

*También vide a Maldonado
Licenciado y Presidente
a la sombra de una fuente
descuidado del cuidado
que el Rey le dio de su gente;
y al son de una sinfonía
que Cieza el ciego tañía,
cantaban los Melgarejos,
gritos dan niños y viejos
y él de nada se dolía.*

Otro buen tocador de vihuela, que hacia 1565 estuvo en Santo Domingo, antes de pasar a México, fue Diego Risueño, quien dio “lecciones de tañer”.

Pedro Henríquez Ureña menciona dos hermanas, negras, horras de Santo Domingo, que en las últimas décadas del siglo XVI vivían en Cuba: Teodora y Micaela Ginés, citadas por el cubano José de la Cruz Fuentes, en los siguientes términos:

“En 1580 había en Santiago de Cuba dos o tres músicos tocadores de pífanos; un joven natural de Sevilla nombrado Pascual de Ochoa, tocador de violín, que había venido de Puerto Príncipe (Camagüey) con unos frailes dominicos y dos negras libres, naturales de Santo Domingo, nombradas Teodora y Micaela Ginés, tocadoras de bandolas”. (41) En 1598 ya Micaela estaba en La Habana y entre los cuatro músicos con que

contaba la ciudad, ella tocaba la vihuela. La otra, Teodora, que permaneció en Santiago, inspiró la vieja canción donde se la nombra, muy parecida, según P. Henríquez Ureña, a la milonga argentina:

— *¿Dónde está la Ma Teodora?*

— *Rajando la leña está.*

— *¿Con su palo y su bandola?*

— *Rajando la leña está.*

— *¿Dónde está que no la veo?*

— *Rajando la leña está.*

“Rajando la leña está”, quiere decir, “tocando el baile”. (42) Según afirmación que llenos en Rodríguez Demorizi: “El *son* cubano, que ha ganado celebridad universal, tiene su origen en las canciones populares de las hermaas Teodora y Micaela Ginés, naturales de Santo Domingo”. (43)

Un personaje típico en Santo Domingo, desde los primeros días de la colonia, es el del cantador popular, gran improvisador al son del cuatro y del tiple. Eran las suyas improvisaciones “a lo divino” en que se invocaban sentimientos religiosos y “a lo humano.” Ya se cantaban aires nuevos que iban a arrigar como modalidades criollas de canciones: “punto y llanto”, “galerón”, “zapateo”, “media tuna.” El “galerón” devenía del romance, en tanto que el “Zapateo” y “la yuca” se bailaban.

Entre esos improvisadores famosos que, aunque no cantaban, decían versos con gracejo inigualable para recogijo de todos, se cuenta Manuel Mónica, que vivió en la segunda mitad del siglo XVIII y a quien todos llamaban Meso Mónica. Era un negro hijo de libertos, que no recibió ninguna educación, pero a quien Dios le dio esa gracia de conversar en versos. Su capacidad de improvisación se destaca en la siguiente anécdota. Pasaba el negro muy de mañana, y un vecino le preguntó:

*Meso Mónica ¿do vais
tan de mañana y aprisa?*

Y prontamente él respondió:

*A la catedral y a misa
¡Si otra cosa no mandáis!*

Y el verso final no era un ripio puesto ahí para que “mandáis” rime con “vais”, sino una muy deliberada intención para que se le invitase con una taza de café.

Por lo regular Meso Mónica improvisaba décimas. Los octosílabos brotan en los improvisadores populares; y la décima, con sus rimas sonoras bien repartidas, según la fórmula abbaaccddc, resultan de un gran efecto, aunque a veces se entremezcle un asonante con los consonantes normales. La facilidad de Meso Mónica para improvisar, y la gracia con que lo hacía, lo sacaban verdadero de muchos apuros en los que concitaba la ayuda de los demás. Así, cuando una vez andaba apesarado, y varios amigos le preguntaron la causa de su preocupación, prometiéndole ayuda si lo decía en versos, él dijo:

*Aristóteles decía
(filósofo muy profundo)
que en la redondez del mundo
no existe cosa vacía.*

*Miente su filosofía
según lo que a mí me pasa,
y él no sentara tal basa
y al punto se convenciera
si hoy a mediodía viera
las cazuelas de mi casa.*

Dícese que por aquella época existía en Santo Domingo un guitarrista improvisador de nombre Curro. Cierta vez que improvisaba, cantando en porfía, irritó de tal manera a Mónica su jactancia, que le improvisó una décima:

*Sé que de gente va un flus
donde tú cantando estás,*

*y me tiene tu tas tas
rompido todo el testús.
Dizque en un decir Jesús
hace versos tu mollera,
y aunque tu numen tuviera
la erudición de Guevara,
tanta gente no velara
si no fuera novelera.*

Meso Mónica fue el decimero por excelencia del siglo XVIII, como Juan Antonio Alix lo será en las primeras décadas del siglo XX. Escribió muchas décimas de tipo político; una de las más conocidas fue la escrita en 1795 en contra de la cesión de Santo Domingo a Francia. Muchas de las improvisaciones de nuestro negro decimero han podido llegar a nosotros modificadas y aun estragadas, cuando pasaron de boca en boca a través de largos años de tradición oral. No es dudar, pues, que muchas improvisaciones ajenas se le hayan atribuido a él y viceversa. (44)

La cesión de Santo Domingo a Francia provocó la más alta indignación de la musa popular, como de la estos ovillejos anónimos, donde sólo debemos ver la intención histórica de los versos y no su pésima calidad:

*¿Cuando pensé ver mi grey
Sin Rey?
¿Cuándo mi leal y fiel porte
Sin norte?
¿Y cuándo, ¡oh, pena feroz!
Sin Dios?
Lloro yo mi suerte atroz
pues me veo en un instante,
a la que era tan amante,
sin Rey, sin norte y sin Dios.*

Y cuando se exhumaron unos restos que se creyeron de Colón, hacia La Habana, para llevarlos a Sevilla, se oyeron estos lamentos:

*¡Llorar, corazón, llorar!
Los restos del gran Colón,
los sacan en procesión
y los llevan a embarcar.*

Es acerba la musa que canta desde el fondo del anonimato.

La España Boba, etapa deprimente de monotonía y caída honda, antes que ira despertaba la indignación a través del chiste rimado.

De 1813 a 1818 gobernó la colonia, bonitamente entregada a una España que la despreciaba, Carlos de Urrutia, quien no se ocupaba más que de fomentar pequeños sembrados en pegulajes que usufructuaba y donde hacía trabajar a los prisioneros. El pueblo le llamaba, de fisga, Carlos Conuco, y lo satirizaba en coplas y décimas, que corrían de boca en boca o se pegaban en las paredes. En la más famosa, y que circuló impresa con el dibujo del Gobernador y su esposa Catalina, que era sobrina suya, se hacía alusión a las arepas (tortas de maíz) con que alimentaba los prisioneros que le atendían su sembrado:

*Llegó un oficial y dijo
dad arepas, Vuecelencia.*

Y Catalina le dice:

*Usted, tío Carlos, no afloje;
lo mandado, y adelante.
Usted sabe que es constante
en favorecerle Jorge,
que se enoje o no se enoje
el pueblo dominicano,
muéstrese con él tirano,
oprímale con pobreza,
déle siempre en la cabeza
y su arepita en la mano.*

El dato es sacado de la obra de Max Henríquez Ureña, que también nos trae estas Ensaladillas, anteriores al 1819, donde figuran muchos nombres de personas conocidas en la ciudad de Santo Domingo:

*A Puerto Rico se van
varias mozas de casar.
Trata de matrimoniar
con una Román, Sardá,
Doña Faustina Solá
tiene también su cortejo,
no dice si es mozo o viejo,
sólo sé que es bachiller
y que a mademoiselle Garmier
le suele hacer sus camorras.
Tienen cara de cotorras
las hijas del doctor Faura.
Una mona es doña Laura
cuando se viste de seda.
A todo el mundo lo enreda
doña Pepita Logroño.
¡Qué bien se cuida su moño
La Tomasina Bernal!
Tiene epíteto de leal
la Jaúregui por constante.
Cada mes se echa un amante
de la Rocha la Antoñita.
Priva mucho de bonita
la doña Rosita Adrián.
Viven en continuo afán
por casarse las del Valle.*

Las ensaladillas, aunque desprovistas del valor literario y de importancia local, como apunta Menéndez Pelayo, gozaron de gran boga en el siglo XVIII. Luego perdieron su interés.

(1) Migual A. Piantini M. "Discurso de ingreso a la Academia Dominicana de la Lengua. 1976.

(2) Mariano Lebrón Saviñón. Discurso de recepción del Señor Don Miguel Piantini a la Academia Dominicana de la Lengua. Santo Domingo 1976.

(3) Emilio Rodríguez Demorizi, Vicisitudes de la Lengua Española en Santo Domingo, (cita de Cuervo), en su discurso de recepción pública del 7 de noviembre de 1943, en la Academia Dominicana de la Lengua. Inserto en su libro "Lengua y folklore en Santo Domingo", U.C.M.M., Santiago, Rep. Dom., 1975.

(4) En su Oda a la Zona tropical, Andrés Bello la alude: "el ananás sazona su ambrosía".

(5) Angel Rosenblat. La primera visión de América. Caracas, 1940.

(6) "La tendencia hispanizadora se encuentra también en el aporte extra hispánico. Si encontramos decenas de indigenismos (cacao, chocolate, canoa, maíz, tomate, patata, caucho, quina, coca, huracán, hamaca, tobogán, hule, carey), en casi todas las lenguas de Europa ¿sería extraño que el español de América estuviera inundado de indigenismo? Sin embargo, no sucede así. Hay países donde el indio aún predomina (Perú, Bolivia, Ecuador, Guatemala), o donde constituye una parte considerable de la población (México); hay regiones donde se han desarrollado verdaderas lenguas de relación hispanoindígena, de carácter provisional (regiones bilingües, de densa población indígena) y, sin embargo, en el habla general de los hispanohablantes la influencia indígena —el sustrato indígena, para decirlo en términos lingüísticos, es relativamente pequeño (se refleja sobre todo en el léxico) y se halla en continuo retroceso. El español, en cambio penetra cada vez más en las lenguas indígenas, misionero de la cultura conquistadora, desterrando sus expresiones tradicionales". A. Rosenblat. Ob. cit.

(7) Mariano Lebrón Saviñón. Luces del Trópico (capítulo Paanorama folklórico dominicano). Buenos Aires, 1949.

(8) Juan Alfonso Carrizo. Antecedentes hispano-medievales de la poesía nacional argentina. Buenos Aires, 1945.

(9) Bernal Díaz del Castillo. Historia verdadera de la conquista de Nueva España. Ed. Claridad. 1950.

(10) B. Díaz del Castillo. Ob. cit.

(11) Vicente D. Sierra. Así se hizo América. Ed. Cultura Hispánica.

(12) V. D. Sierra. Ob. cit.

(13) Obra citada

(14) M. Lebrón Saviñón. Ob. cit.

(15) En toda América se han venido haciendo recopilaciones de estas joyas folklóricas de nuestro continente. En Argentina, uno de los más distinguidos folkloristas lo es Félix Coluccio, autor de un voluminoso *Diccionario folklórico argentino*. Otros argentinos notables son: Juan Alfonso Carrizo, Carlos Vega y Aurelio M. Espinosa. Este último ha estudiado la poesía española en California y Nueva España. Pedro Henríquez Ureña y Beltrán D. Worfe en el Caribe. María Cadilla de Martínez en Puerto Rico; Acevedo Hernández, en Chile; José Machado en Venezuela; Juan León Mera en Ecuador. Las mejores fuentes folklóricas en Santo Domingo son: Del areito de Anacaona al poema folklórico, por Enrique de Marchena; La música en Santo Domingo y otros ensayos, Flérida de Nolasco; De nuestro Sur

remoto, de Rafael Damirón; Al amor del bohío, y otros libros de Ramón Emilio Jiménez; los innumerables libros de Emilio Rodríguez Demorizi; las exhibiciones de Papito Rivera, y las prolifas investigaciones de Manuel Rueda, Fradique Lizardo y otros.

(16) Hasta aquí las versiones dadas por Vicente D. Sierra, en su obra citada.

(17) Félix Coluccio. Diccionario folklórico argentino. 2a. edición aumentada. Librería El Ateneo. Buenos Aires. 1949.

(18) La ronda del Arroz con Leche, por ejemplo, de la que en Argentina hay la siguiente versión:

*Arroz con Leche
se quiere casar
con una señorita
de San Nicolás.
Que sepa coser,
que sepa bordar,
que sepa abrir la puerta
para ir a jugar.
Con ésta, sí,
con ésta, no,
con esta señorita
me caso yo.*

Versión que viene en el Diccionario de Coluccio, el que también recoge nuestra versión:

*Arroz con Leche
se quiere casar
con una viudita
de la capital,
que sepa coser,
que sepa bordar,
que ponga la aguja
en su mismo lugar.*

*Tin - Tan,
sopita de pan,
si no me dan
café con pan
le halo la leva
al sacristán.*

(19) Pedro Henríquez Ureña. Romancero en América. en *Obra Crítica*. Ed., bibliografía e índice onomástico por Emma Susana Esperati Piñero, prólogo de Jorge Luis Borges. Fondo de Cultura Económica. México. Buenos Aires.

(21) "¿Dónde vas, Alfonso XII, - dónde vas, triste de ti? - Voy en busca de Mercedes - que ayer tarde no la vi.

(22) Me casé con un enano — para poderme reír— le puse la cama alta— y no se pudo subir.

(23) En algunas versiones dice: Hermanito, hermanito.

(24) Según Menéndez Pelayo y Ciro Bayo, en ciertos países de Suramérica alude a Francia.

(25) De la obra citada.

(26) El propio Pedro Henríquez Ureña da las siguientes variantes: "Hilito, hilito de oro— en el camino encontré" "Me dijo una gran señora— que lindas hijas tenéis..." "Lindas hijas tiene usted". "Yo las sabré mantener". "Comerán ellas también— y del vino que tomare— tomarán ellas también..." "Hasta el palacio del rey..." "De las hijas del rey moro— elija la que queréis" "por ser su madre una rosa— y su padre un clavel..." etc.

(27) P. Henríquez Ureña. Ob. cit.

(28) Nuestra versión dice: "Mambrú se fue a la guerra, —no sé cuando vendrá. Vendrá para la pascua— la pascua o navidad.— Ahí vienen dos soldados— qué noticia traerán— La noticia que traigo— Mambrú se ha muerto ya.— La caja era de pino— la tapa de cristal.— Encima de la tapa— un ramillete hay— Encima del ramillete— un pajarito está— Cantando el pío, pío,— el pío, pío, pa". —Después de cada verso se dice: "iqué dolor, qué dolor, qué pena! ", y luego del segundo: "que do - re - mi, que do - re - fa".

(29) Obra citada.

(30) Manuel Rueda. Discurso de ingreso como individuo de Número de la Academia Dominicana de la Lengua. No. 10 y 11. 1970.

(31) Ya citado en el capítulo correspondiente al siglo XVI.

(32) Fernando Colón. Historia del Almirante. Vol. I.

(33) Enrique de Marchena. Del areito de Anacaona al poema folklórico. Santo Domingo. 1936.

(34) Emilio Rodríguez Demorizi. "Música y baile en Santo Domingo". Colección Pensamiento Dominicano. 1971.

(35) El piano fue traído en 1800.

(36) El *tres*, que tiene sonidos muy agudos, se conoce en Puerto Rico; el *cuatro*, más pequeño que el tiple, se usa mucho en bailes de Colombia y Venezuela.

(37) Emilio Rodríguez Demorizi. Ob. cit.

(38) El tiple, no obstante, concitaba admiración, como se deduce de estos elogios que le despiertan a Félix Marfá del Monte, en sus Cantos dominicanos (1875):

*Venga el tiple sonoro,
de cuerdas rojas y azules
que de cantores gandules
salió siempre victorioso,
el que aplauso estrepitoso
alcanzó en toda cantina;
el que la gracia divina
supo ensalzar la jilacha
la más preciosa muchacha
que al Guanuma se avvicina.*

En Colombia y Puerto Rico también se conoce el tiple.

(39) Julio Arzero. Del folklore dominicano. Santo Domingo, 1927.

(40) Citado por Rodríguez Demorizi.

(41) Citado por Pedro Henríquez Ureña.

(42) Laureano Fuentes y Matos, conservador de la letra y la tonada de la Ma Teresa, dice que, así como en Puerto Príncipe y Bayamo "se anuncian algunos bailes con los nombres de Sacar la candela, Rapiar el perico, etc., en Santiago de Cuba se decía: Matar la culebra, rajar la leña...".

(43) E. Rodríguez Demorizi. Ob. cit.

(44) "...ha habido confusión entre el *Negríto poeta* mexicano y *Meso Mónica*, pues en ocasiones se han atribuido a ambos las mismas ocurrencias. Como ambos vivieron en la misma época y ambos eran de la misma raza negra, la confusión es fácil de explicar; pero un atento análisis de la cuestión favorece a Mónica en la mayoría de los casos, pues en esos versos se mencionan vecinos conocidos en Santo Domingo, como el Chantre de la Catedral en 1769, don Juan José de Oropesa, que para 1796 era Deán de la misma Iglesia. Igualmente han sido atribuidos al Negríto Poeta algunos versos de los improvisadores chilenos Lorenzo Mujica y el Padre López, contemporáneos suyos; y lo que es más, también se le adjudican versos de Quevedo". Máx Henríquez Ureña. *Panorama histórico de la Literatura Dominicana*. Río de Janeiro. 1945.

CAPITULO XI

UN ENFOQUE DEL ARTE DEL SIGLO XVIII



L INSULSO SIGLO XVIII.- El siglo XVIII es el de la decadencia de las colonias hispanoamericanas. Pero esto no fue otra cosa sino el reflejo del insulso movimiento dieciochesco de España. En la Madre Patria el mal gusto predominaba; un afán antiespañol, con la entronización de los modos y los gustos franceses, era lo que había seguido al extraordinario esplendor calderoniano.

Las colonias de América habían tomado un aspecto francamente hispánico. El largo proceso de colonización, iniciado en el gran siglo XVI español, trajo como consecuencia el que la América Hispánica participase del esplendor, vicisitudes, convulsiones y agonías de la Península. El americano vivía en grandes ciudades españolas, arregostado en lujosos palacios, algunos como no los había en Córdoba o Toledo; participando, por igual, de los privilegios de los españoles, que, después de todo, eran sus padres, y exhibiendo la reciedumbre de una nueva sociedad en los grandes virreinos de México y Lima, o en las nuevas urbes que, como Guatemala y Buenos Aires, conocían el boato y esplendor donde antes medraban míseras aldehuelas de indígenas.

Aun aquellas ciudades que, como Santo Domingo, habían caído en franco desmedro, perdida ya la fuente de interés que

atrajo legiones de aventureros a sus playas, conservaban un cierto señorío, aunque recatado en la pudibundez de la nueva sociedad.

Pero si los españoles trajeron a América su cultura, su amor y su fe, trajeron también sus defectos, sus intrigas, sus chismes y estas cosas influían notablemente en el comadreo y los males que tintaban la quietud de las colonias.

Esto explica la rápida decadencia colonial. Pero, como América no pierde contacto con España, tampoco se desliga de Europa, y aires de libertad, venidos de Francia, van hinchando el río de las nuevas tendencias independentistas. La parte más recalcitrante de la españolía, que estaba representada por la Inquisición y las autoridades retrógradas, hicieron esfuerzos extraordinarios por impedir que los americanos trataran de liberarse del tutelaje que ya no necesitaban.

Se prohibió la entrada a la América hispana de libros que pudieran "contaminar" de liberalismo las mentes. Pero todo fue inútil; las ideas de Voltaire, Montesquieu, Diderot y Rousseau penetraban en América. Las murallas de represiones se aspillaban. Y las obras de los enciclopedistas, que fueron el fermento de la Revolución Francesa, caerían, a la larga, como cataratas sonoras, para engrosar el río de donde brotó la gran revolución de América que puso fin al dominio español.

LA ARQUITECTURA DEL SIGLO XVIII

La arquitectura que predomina en Santo Domingo durante este siglo, es la religiosa. Todavía las iglesias se planean en grande, construyéndose monumentales conventos en la Ciudad Primada, sumergida, ahora, en una silenciosa quietud. Pero los estilos siguen las formas arcaizantes, como el barroquismo tardío, que fue esencia del trabajo arquitectónico colonial. (1).

Hasta los padres jesuitas parecen afectados por este arcaísmo predominante. Tal se ve en la antigua iglesia de los jesuitas, convertida hoy en Panteón Nacional. (2) Posiblemente, y esta opinión es del padre Fray Cipriano de Utrera, la obra se inició en 1714, ya que consta que en 1716 hubo una donación

de mil pesos a favor de la obra. De todas maneras, esta severa construcción, de impresionante fachada, la cual se conserva intacta, prueba que aunque el arquitecto (3) no gustó de las nuevas formas ornamentales del siglo XVIII, al menos continuaban los españoles su plan de urbanización en grande.

Con la iglesia de los jesuitas se introduce en las construcciones de América la cúpula sobre el tambor. (4) En esa iglesia funcionó (o mejor dicho, junto a ella), el nuevo colegio de la Compañía de Jesús.

De este siglo es también el convento de Regina Angelorum, construido en 1722, y que es, para nuestro gusto, el más bello, por sobrio, monumento colonial —exceptuando la Catedral de Santa María—, cuya fachada con sus ventanas cornupiales y sus hermosos relieves, rematan en una bóveda de crucería.

De esta época es, también, la iglesia del Carmen, cuyo alerito borrominesco “aporta uno de los vocablos góticos incorporados al idioma de la arquitectura barroca.”(5) Esta pequeña construcción conserva en sus ventanas una de las pocas rejas del siglo XVIII.

Del 1729 es la iglesia de la Tercera Orden de los dominicos(6), “de una nave, dos capillas laterales elípticas, coro alto y ábside poligonal, techada en bóveda de cañón corrido.” La antifachada de pilastritas de ladrillos está proyectada sobre el fondo plano, con un sentido de superficie muy hispánico. La espadaña coquetona impuesta a la curva perezosa del techo le pone un acento dieciochesco. El motivo de la espadaña central se repite en las ruinas de la parroquia de Sabana de la Mar, que data del último cuarto del siglo XVIII.(7)

Vemos, pues, cómo, aunque tardíamente, los españoles van mezclando al barroco, motivos mozárabes, ornamentaciones tropicales, como el bosque de palmeras en que rematan las columnas de la nave principal de la Catedral y el gótico, aunque en mínimos detalles.

No es sólo para las grandes ciudades para las que se reservan las filigranas roqueñas de sus edificaciones; en lugares tan remotos como Bánica, y tan humildes como Cotuí, levantan

sus parroquias y las hacen con amorosa solicitud, no descuidando el detalle oportuno.

De este siglo es la conclusión de la iglesia de San Carlos de Tenerife, de San Gregorio, en Nigua; de San Lázaro, aldeaña del hospital del mismo nombre y concluida en 1759, y la de San Miguel(8), que se reparó en 1740.

Por fin, experimentaron grandes reformas en este siglo las famosas parroquias de Higüey y de Bayaguana.

NOTAS

(1) Elwin Walter Palm. Los monumentos arquitectónicos de La Española. Ediciones de la Universidad de Santo Domingo. 1955.

(2) Al expulsar a los jesuitas de La Española, por orden de los Reyes de España, la iglesia de los jesuitas quedó inactiva. Más tarde funcionó ahí el Teatro de la Republicana, de notable historial; luego la Oficina de Rentas Internas. Hoy día ha sido convertida en Panteón Nacional.

(3) No hay noticias acerca del arquitecto que construyó el templo de los jesuitas: no lo menciona Sánchez Valverde, ni, interiormente, el padre Utrera, ni, por tanto, Palm, quien escribe la obra más completa y hermosa acerca de nuestros monumentos arquitectónicos.

(4) E. W. Palm. Ob. cit.

(5) E. W. Palm. Ob. cit.

(6) Es la llamada, simplemente, "iglesia del convento" por los moradores de Santo Domingo.

(7) E. W. Palm. Ob. cit.

(8) Mandada a construir en el siglo XVI por el intrigante Tesorero Real don Miguel de Pasamonte.

CAPITULO XII

INVASION DE BOYER



LA decisión de Boyer de invadir Santo Domingo no era deseable para los dominicanos. Es risible y hasta pueril el que se hayan desentrañado documentos con firmas de dominicanos ilustres donde le demandaban al mulato, compañero de Dessalines y Enrique Cristóbal, que con sus hordas negras los viniera a proteger, no ya de los franceses, contra los que habían luchado denodadamente, ni de los españoles, de quienes acababan de separarse, sino de los propios dominicanos y de la ilustre rectoría de José Núñez de Cáceres. Que así lo exprese Jean Price Mars,(1) escritor haitiano que habla y escribe con pasión haitiana y hondo sentimiento racial, pasa; pero que dominicanos se hagan solidarios de esta tesis, es infamia insostenible. Si esos documentos que publica Price Mars en su célebre Historia(2) no son apócrifos, esas firmas pudieron ser arrancadas a una población aterrorizada, como las adhesiones serviles que Trujillo obtenía de "un pueblo agradecido", o los repudios que muchos padres firmaron, por su oposición al régimen, contra sus propios hijos asesinados.

Ricardo Patee, buen conocedor de nuestros pueblos, y que escribe su libro sobre Haití con harta simpatía, dice: "Muchos haitianos comprendieron que la fusión de las dos partes, aunque

deseable desde un punto de vista geográfico y económico, amenazaba acarrear consecuencias bien complejas para ambos pueblos. Santo Domingo nunca había conocido un ritmo tan acelerado de desarrollo demográfico como Haití, y la cultura española permanecía vigorosa, a pesar de los múltiples trastornos a que nos hemos referido, sin contar con que la religión estaba mejor establecida que en Haití y que cualquier innovación podría provocar los más vivos resentimientos.”(3) Es verdad que Jean Pierre Boyer proclamó la validez de la Constitución de 1816, que abolía la esclavitud; pero el esclavo dominicano, en un régimen que había dejado de ser agrario, tenía limpia las espaldas del flagelo, y bajo el régimen que se inició el 21 de diciembre de 1821, con el gobierno de Núñez de Cáceres, muy poco tenía que temer. El negro de Santo Domingo había sido incorporado a la sociedad de tal manera, que muchos de ellos habían recibido educación, integrando, desde los lejanos días de la colonia, el atuendo de la vida común. Por otra parte, con la abolición de la esclavitud en Haití, bajo los regímenes de los dos emperadores (o mejor dicho, el emperador y el rey), el negro no fue más libre que bajo el francés. Quizá sintió menos duro el oprobio del despotismo, pero de hecho sólo fue libre en el breve período de Petión, en una sola porción de Haití, donde desmedró en un largo vacar, que se hizo imperante por un afán de olvidar un pasado de ultrajante trabajar.

¿Creen los historiadores que sostienen el infundio de nuestro deseo de unirnos a Haití que en la mente del dominicano estaba dormido, si no muerto, el recuerdo de las hazañas cruentas de Toussaint, Dessalines y Cristóbal? ¿No estaban frescas todavía las heridas de los monstruosos degüellos de Moca y Santiago? ¿Qué esperaban entonces de Boyer? ¿Que después de azotar con furia las espaldas del negro haitiano viniera a acariciar las del dominicano?

Santo Domingo era para entonces una población de mulatos y de blancos. En cuanto al color de la piel, predominaba el blanco. Haití seguía desangrándose en los agrios e irreconciliables odios raciales. Primero, mulatos y negros abrieron un amplio ventanal al odio desde las feroces disputas de

Rigaud y Toussaint, hasta el hondo rencor de Dessalines contra Petión, porque no quiso emparentar con él.(4) Desde entonces en toda la Historia de Haití va a gravitar esa sorda rivalidad entre negros y mulatos.

En Santo Domingo nunca ha habido distingos raciales. Por eso somos el pueblo más híbrido de todo el mundo. De manera que el dominicano no rechaza al haitiano porque fuera negro, sino porque nada podía esperar de un país de negros que menospreciaba al negro.

James G. Leyburn afirma en su libro "Pueblo haitiano"(5) que el pecado más grande que puede cometer un visitante a Haití es el de llamarle negro o mulato a alguien, cosas sumamente enojosas allí.(6) Este prejuicio se hace extensivo al clero, pues según Leyburn: "La iglesia Católica hizo esfuerzos por formar sacerdotes naturales de Haití, pero una vez que se ordenaron, los campesinos no quisieron saber nada de ellos. Los echaban de sus casas exclamando: —" ¡Váyase! ¿Cómo quiere que Dios lo escuche? Usted no es blanco; usted no sabe nada." Y los sacerdotes haitianos tuvieron que ser trasladados a Africa como misioneros".(7)

Nosotros no sabemos si esto es verdad. Pero en la República Dominicana nadie rechaza un sacerdote porque sea negro o mulato. Y los hay, y no en minoría.

Otra diferencia que hacía imposible la complaciente aprobación de la ocupación haitiana la establece el idioma.(8) El haitiano aprendió el francés, pero un francés dialectal proveniente de sus capataces, nacidos en la Normandía en un muy alto porcentaje. Este francés normando atiborrado de vocablos españoles y africanos, constituye el criollo que habla el haitiano, y que se conoce con el nombre de *patois*.(9)

Y eran dos obstáculos insalvables. El blanco dominicano no podía querer el tutelaje de una nación oscura, —hinchida de odios y hambrienta de sanguinarias venganzas raciales— ni el cambio de costumbres españolas que le eran tan caras. El negro dominicano, ni por afinidad racial podía desearla. Días antes de la invasión de Toussaint Louverture, el General Antoine Chanlatte escribía: "Lo que es asombroso, pero muy cierto, es

que los esclavos de la parte española han preferido su estado a la facilidad que tenían para pasarse a la parte francesa, donde la libertad los esperaba.”(10) El argumento es muy valedero por provenir de un francés que escribía en la misma época de los aconteceres. En el mismo tono escribía el abogado francés Dorvo Soulastre, quien decía: “Por una extravagancia que podrá parecer asombrosa, los españoles estuvieron, en todo tiempo, muy alejados de nuestro Código Negro. Sus leyes tuvieron por objeto facilitar la manumisión de los esclavos, que pueden rescatarse reembolsando el precio que costaron. Nó solamente el dueño no puede negarse a aceptar los más pequeños pagos parciales, por medio de los cuales el esclavo completa sucesivamente su rescate, sino que la ley ha fijado un máximo, pasado el cual no se puede exigir nada más. A cualquier precio que ascienda la compra del esclavo, él es libre desde que su amo ha recibido trescientos pesos fuertes; esta facilidad en la manumisión ha hecho muy considerable el número de negros libres; y la mezcla de los colores, consecuencia del tiempo y de las revoluciones, ha borrado de una manera muy sensible la línea de demarcación tan profundamente trazada en otro tiempo. La proporción de los hombres libres ha ganado de tal modo en razón de los esclavos, que, en una población de 125,000 individuos, el número de hombres libres alcanza a 110,000.”(11) Pero Méderic Louis Elie Moreau de Saint-Mery, que visitó la Isla en 1783 —y ya los hemos aludido en otro capítulo— e informa de la manera como se negoció la cesión de la parte española a Francia, dice, en largo párrafo que transliteramos: “La población de la parte española está compuesta de tres clases de individuos: los blancos, de los que acabo de hablar, los libertos y los esclavos.

“Los libertos son poco numerosos si se les compara con los blancos, pero su número es considerable si se ponen en relación con los esclavos. Por un principio de religión propio de los españoles de Santo Domingo, ellos miran como un acto de piedad, el legado de la libertad que hace un amo. Los confesores mantienen esta opinión, de manera que es muy común ver testamentos que conceden la libertad a varios esclavos a la vez.

Hay otra sensación que produce el mismo efecto: es la que se origina de una afección ilícita; y por eso es frecuente la causa de manumisión de aquella (esclava) que la ha inspirado y de aquellos que le deben la existencia.

“Por último, desde que una esclava presenta a su amo 250 pesos fuertes (1,375 libras tornesas) tiene segura su libertad y el hijo que lleva en su seno puede adquirir esa misma ventaja mediante el pago de 12 pesos y medio, o con el doble, si es después de su nacimiento.

...

“Los prejuicios de color, tan poderosos en otras naciones, donde se ha establecido una barrera entre los blancos y los libertos o sus descendientes, casi no existen en la parte española. Por eso, las leyes de las Indias españolas sobre los libertos han caído absolutamente en desuso... (12) Es también rigurosamente cierto que la gran mayoría de los colonos españoles son mestizos, que tienen todavía más de un rasgo africano que los traicionan luego, pero que han hecho disimular un prejuicio que podría considerarse nulo...

“Resulta de esta opinión un factor que se extiende necesariamente a los esclavos. Estos son alimentados, en general, como sus amos y tratados con una dulzura desconocida en los otros pueblos que poseen colonias. Por otra parte, (como) todo esclavo puede hacerse libre pagándole el precio al amo, quien no puede negarse (a aceptarlo), es muy natural que la idea de verlos pasar a cada instante a la clase libre, impida tratarlos con esta superioridad que existe ordinariamente entre amo y esclavo. Así, pues, la servidumbre se encuentra muy moderada, de una parte, por la esperanza de hacerla cesar, y de otra, por la costumbre de confundirse, en cierto modo, con aquéllos que poco antes eran todavía esclavos.

“Las leyes de Indias contra los esclavos fugitivos, pronuncian la pena de azote y de grillos, esposas o cadenas. Los negros no pueden ausentarse sin un permiso escrito de sus amos; si ellos golpean a un blanco, pueden ser condenados a la pena de

muerte y el porte de arma les está prohibido; pero estas leyes están muy descuidadas en Santo Domingo; lo que no tiene lugar o lo que en cambio no sucede con aquella ley que ordena que las Audiencias Reales oigan y hagan justicia a todos los esclavos que reclaman la libertad, pues éstas no permiten que los amos maltraten a los esclavos.”(13) De modo que el negro en Santo Domingo, esclavo o no, gozaba de tales libertades y tolerancias, que el presbítero Antonio Sánchez Valverde opinaba que tantas facilidades y tanto proteccionismo sólo debían existir para los esclavos de buena conducta, como una manera de evitar las repetidas relaciones eróticas entre amos y esclavos. Y existían constantes ejemplos de estas relaciones, más acentuados, porque en la parte española, los colonos, muy pobres en su mayoría, teniendo que trabajar con los esclavos, estaban junto a ellos en continua promiscuidad. De ahí el que Marrero Aristy escriba en su Historia:

“El negro y el mestizo dominicanos, sin que en ello tuvieran primacía el más leve o absurdo prejuicio racial, se consideraban justamente españoles, fuese mucha, poco o ninguna la sangre hispana que corriese por sus venas, por el hecho principal de haber nacido españoles y de haber asimilado la lengua, la religión y las costumbres de España; y este concepto no podrían trastornarlo Toussaint y sus sucesores ni aun empleando la fuerza, razón que ha hecho posible la indestructible diferenciación de los pueblos que ocupan la Isla hasta los días presentes, en que el afianzamiento de los valores hispanos que integran el espíritu dominicano constituye una fuerza irreductible y tan perdurable como el mismo pueblo, sea cual fuere el color de la piel o el origen social del individuo. ¡Grandeza inigualable del alma genitora de España, generosa y eterna, como la de ninguna otra nación que haya sido madre de pueblos!”(14) Había, pues, notoria incompatibilidad entre los dos pueblos. Ni siquiera estamos aduciendo superioridad de pueblos. El dominicano se cree superior al haitiano, en la misma medida en que un haitiano debe sentirse superior al dominicano. Es cuestión de orgullo patrio, de aprecio terrenal.

El otro obstáculo que existía para la conciliación de los

pueblos es el de sus creencias. El vudú, con su sugestiva mitología, es una verdadera religión, pues obedece al interrogante que se hace el nativo en el mundo que conoce; una religión de origen africano.(15) La religión oficial del haitiano es el catolicismo romano, pero el haitiano supersticioso suele mezclar sus credos con sus mitos. Cree en Dios y en su Omnipotencia; mas cree también, con igual arraigada fe, en sus brujos hechiceros. Y hasta regañan y riñen con los iconos de sus altares. El *vudú* es una creencia muy ligada a los espíritus. Según Fernando Ortiz, autor de un magnífico glosario afro-cubano, la palabra *vudú* quiere decir brujería. He aquí como lo expresa:

“VUDU. Brujería, hechizo. Es vocablo traído de Haití... y generalmente se aplica por los antropólogos a la brujería de los afroamericanos, así de las Antillas como de los Estados Unidos. Es palabra Dahomey, donde significa “fetiche”... procede del lenguaje dahomeano o enve, de la raíz *vo*, aterrizar un dios, uno que mete miedo.”(16) Pero es una religión difícil de desarraigar del alma haitiana, tal como lo explicó el propio Price Mars en su célebre obra “Así habla el tío”:

“El vudú es una religión, porque todos los adeptos creen en la existencia de seres espirituales que viven en alguna parte del universo, en estrecha intimidad con los humanos, cuya actividad dominan. Estos seres espirituales constituyen un *aolimo* innumerable, formado de dioses, y los mayores llevan el título de Papá o Gran Maestro y tienen derecho a que se les tribute homenaje.”(17) En ningún pueblo, a no ser la India, ha habido tanta separación entre las diferentes clases —dos existentes— como en Haití, hasta el extremo de que el término que algunos usan para determinar estos dos grupos es: *casta*. El tantas veces citado James G. Leyburn explica: “El sistema de casta es un hecho preponderante, ya que rige la profesión, el lenguaje, la religión, el matrimonio, la vida familiar, la política, la vestimenta, la posición social, toda la vida, en suma, de cada persona, desde la cuna a la tumba.”(18)

La historia nos prueba que esta separación no ha existido en Santo Domingo.

Los haitianos trajeron a Santo Domingo sus costumbres,

sus odios y sus resabios; y el fermento de feroces tiranías. Y que esto tenía que ser así lo sabían los dominicanos que lucharon y luchan por esta separación desde Sánchez Ramírez a Santana, y desde Santana hasta nuestros días.

José Núñez de Cáceres se lo explicó muy bien al déspota invasor en su discurso al entregarle el mando:

“Toda política llamada a trabajar en la Constitución de los Estados y con esa misma transmutación de diferentes pueblos en uno solo, ha tenido en cuenta siempre la diversidad de lenguaje, la práctica de una antigua legislación, el poder de los hábitos que tienen su raíz en la infancia, y la semejanza de costumbres hasta en el alimento y el vestido, de igual suerte que pueden tener gran influencia en sus decisiones la contigüidad del territorio y la proximidad de los límites. La palabra es el instrumento natural de comunicación entre los hombres; si no nos entendemos por medio de la voz, no hay comunicación, y de ahí ya un muro de separación tan natural como insuperable, igual quizás a la interposición material de los Alpes y los Pirineos.” A todo esto se agregaba la Constitución haitiana que le vedaba a todo blanco el derecho a tener propiedades en la Isla, lo cual explicaría el Mensaje de adhesión que los catalanes residentes en Santo Domingo se apresuraron a enviarle a Jean Pierre Boyer, mensaje que Juan José Duarte, padre del Fundador de la República Dominicana, se negó dignamente a firmar.

OCUPACION HAITIANA

Desde luego, que, tan pronto como Boyer tomó posesión de la parte española, desató sobre ella los mismos rigores, y aun sahumados, con que gobernaba su propia patria. Empezó suprimiendo todas las libertades civiles e inició, fiel a su consigna de empedernido rapaz —y tal lo son todos los tiranos— una campaña de confiscación de tierras, que provocó una aterrorizada emigración de familias dominicanas al extranjero. Todos los primeros actos del mulato aristófobo —“el deseado por los dominicanos”, según Price Mars— tendieron a vulnerar la

cultura y ennegrecerlo todo , empezando por el forzoso cierre de la tricentenaria Universidad de Santo Tomás de Aquino y de todas las iglesias, con excepción de la Catedral, apropiándose, al mismo tiempo, los bienes del Clero. Abrió las puertas de Santo Domingo a los negros libertos de los Estados Unidos de Norteamérica que desearan asentarse en el país y hacer fortuna.(19)

Para los dominicanos empezaba una era negra de veintidós años, baldón de nuestra Historia.

Y entonces algunos dominicanos, avenidos ya con la fatalidad, decidieron medrar a la sombra del nuevo régimen. Alabar al nuevo déspota fue su consigna, y la Historia recoge los nombres execrables de: José Joaquín del Monte (1772-1853) y de su hijo, el puertorriqueño Manuel Joaquín del Monte y Torralbo (1804 - 1875) (20), quien fue Consejero de Estado en Haití, tras haber escrito unos versos muy malos y muy viles de elogios a Boyer, proclamándolo el autor de nuestras libertades. La musa popular se desbordó, y se oyeron coplas bilingües, algunas de origen afro-dominicano, cosa muy anormal entre nosotros(21), por lo cual nunca sabremos si eran haitianos o dominicanos quienes las escribían(22) y donde no escaseaban los elogios a Boyer(23) buscándose rimas artificiosas, mediante la haitianización de palabras castellanas, como *liberté*, para que rime con Boyé.

Cuando los autores de estas desventuradas poesías las firmaban, como en el caso de José María Caminero (1782-1852), un cubano asentado en Santo Domingo,(24), que escribe en francés, idioma que parecía conocer muy bien, una insulsa oda al tirano, modelo de adulonería de reptil(25), el pueblo dominicano, que sentía en carne propia el látigo oprobioso, se indignaba. Caminero tiene a su favor el que cuando se formaron los grupos de egregios independentistas, él los engrosó con la misma vehemencia con que antes había escrito sus versos ramplones. Ya veremos cómo los dominicanos auténticos respondían desde el fondo de sus humillados corazones a estos desventurados aspavientos de loas.

EMIGRACIONES

Inmediata a la invasión de Boyer se desató una nueva oleada de emigraciones. Un nuevo éxodo de hombres y mujeres ilustres, que, como si esto fuera parte de nuestro sino desventurado, fueron a iluminar en otros puntos de nuestro continente. Uno de los primeros fue José Núñez de Cáceres, quien huyó hacia Venezuela, y cuando su actuación política le hizo la vida imposible allí, pasó a México, donde al fin murió. Gentes que le eran adictas, huyeron con él; y también hispanófilos que calificaban como desventuras los acontecimientos del país.(26) El francés Chasseriau, emigró con su esposa dominicana y su hijo, también dominicano, Theodore Chasseriau (1819-1856), nacido en Samaná, quien llegaría a ser uno de los altos pintores franceses del siglo XIX, al asentarse sus progenitores en la Francia eterna. Hay actualmente una revalorización del arte de este antillano francés, que une el neoclasicismo de Ingres con el romanticismo de Delacroix, y cuyos cuadros pueden admirarse en el Museo del Louvre.

Familias muy ilustres que abandonaron el país fueron consideradas emigraciones civilizadoras: los Foxá, los Angulo, los Portes, los Heredia, los Pichardo, los del Monte, los Bernal.(27)

Importancia especial tienen algunos como Francisco Xavier Foxá (1816-1865?) nacido en Santo Domingo, que empezó a brillar tempranamente en Cuba, triunfando sobre todo en el teatro, donde se destacó como un precursor del romanticismo americano con su drama "Don Pedro de Castilla", escrito en 1836; es decir, el mismo año en que García Gutiérrez estrenó en España su drama super romántico "El Trovador", acontecimiento en los fastos del teatro español, cuando el poeta a los clamores del público salió a saludar —cosa que sucedía por primera vez— con una casaca que le prestó un amigo. Siendo la obra de Foxá la historia de Don Pedro el Cruel de Castilla —en tres actos—, concitó escándalo y el público se dividió en dos bandos, uno que se inclinaba hacia las truculencias del drama romántico y otro que defendía el teatro tradicional.(28)

No solamente Foxá lleva el romanticismo a Cuba, y prácticamente es el iniciador en América del teatro romántico, habiendo escrito su "Don Pedro" un año antes de que Hartzembuch estrenara "Los Amantes de Teruel", (1837), sino que en España sólo le precedieron "La Conjuración de Venecia", de Martínez de la Rosa (1834) en dos años y "Don Alvaro o La fuerza del sino" (1835) del Duque de Rivas en un año. Otras obras de Foxá, como "El Templario" (1840), subieron a escena, pero hoy son sólo un recuerdo histórico.

Dos buenos poetas hermanos, brillaron en Cuba: los hermanos Angulo Guridi. El primero, Javier Angulo Guridi (1816-1884), el primer dominicano en publicar un libro de versos —"Ensayos poéticos"(1843)— en Cuba. En 1876 publicó una tragedia —"Iguaniona". Su hermano Alejandro Angulo Guridi (1822-) escribió versos y obras narrativas.

NOTAS

(1) Las respuestas a los argumentos del haitiano, sabias y azas polémicas, se las dieron Manuel Arturo Peña Batlle, Carlos Sánchez y Sócrates de Nolasco, contra quienes el historiador de Haití destila odios.

(2) Jean Price Mars. La República de Haití y la República Dominicana, aspectos diversos de un problema de historia, de geografía y de etnología. Puerto Príncipe. 1953.

(3) Ricardo Pattee. Haití pueblo afroantillano. Ed. Cultura Hispánica. Madrid. 1956.

(4) Petión desechó la idea de casarse con Defilée, la hija de Dessalines, y ya no hubo conciliación entre ambos jefes.

(5) James G. Leyburn. Pueblo haitiano. Ed. Claridad. Buenos Aires. 1946.

(6) "Los visitantes de Haití no pueden cometer error de tacto más grande que el de usar ciertos términos comúnmente aceptados en los Estados Unidos tales como negros, de color, mulato, negro puro o africano. En tanto que los estadounidenses emplean esas palabras para describir a la gente con mayor o menor grado de sangre, en Haití se las considera en general como epítetos oprobiosos, que hacen resaltar como lo más importante el color de la epidermis, sin tener en cuenta otras condiciones esenciales, como cultura, nivel de vida y posición social. No muchos haitianos podrían dar una respuesta tan elegante como la que sugiriera el presidente Petión a un subalterno que estaba exasperado contra un hombre blanco por haberle llamado "negro". "¿Por qué, entonces —le dijo el presidente— no le llama "blanco" usted?" El término más ofensivo de todo es, quizás, el de mulato, a causa de que llama la atención sobre la mezcla de raza en la familia." Leyburn. Ob. cit.

(7) J. G. Leyburn. Notas 2 en la pág. 15 de la ob. cit.

(8) Todos estos conceptos están vertidos en nuestro opúsculo "La negra noche de la ocupación haitiana."

(9) "Todo haitiano, sea de la clase alta o de la baja, conoce y usa este lenguaje, pues las niñeras lo hablan a los niños de la clase alta que tienen a su cuidado, y lo hablan también los sirvientes. La clase selecta lo aprende, pues, en su más tierna infancia, y debe usarlo, inevitablemente, en el trato con la gente a su servicio. Entre ellos, empero, hablan francés. El idioma oficial del país es el francés." Leyburn. Ob. cit.

(10) Citado por Rodríguez Demorizi en su libro "La era de Francia en Santo Domingo". Pág. 221.

(11) Cita de Rodríguez Demorizi del libro de Dorvo Soulastre: "Voyage par terre de Santo-Domingo." En la ob. cit.

(12) La subraya es nuestra.

(13) M. L. Moreau de Saint Mery. Descripción de la parte española de Santo Domingo. Traducción de Cayetano Armando Rodríguez. Ed. Montalvo. 1944.

(14) Ramón Marrero Aristy. La República Dominicana, origen y destino del pueblo cristiano más antiguo de América. Ed. El Caribe. 1957.

(15) Patte explica: "La palabra *vudú* o *voudú*, pues la ortografía varía considerablemente, es de origen dahomeano, como lo ha reconocido la mayor parte de los que han escrito sobre el asunto. Y agrega más abajo: "*vudú* proviene de Dahomé, donde hay una religión, en que se practica un culto que contiene los mismos elementos que el *vudú* haitiano".

(16) Fernando Ortiz. Glosario de afrocubanismos. Pág. 497.

(17) Jean Price Mars. Ainsi Parla l'oncle. Compiègne. 1928.

(18) "El residente de Haití no puede perder de vista las distinciones sociales entre las dos castas, pues ellas son inseparables en todas las fases de la vida haitiana. Así ha ocurrido desde las primeras horas de la república. En efecto, los orígenes del sistema de castas datan de los días coloniales franceses del siglo XVIII". Leyburn.

(19) Muchos norteamericanos negros vinieron a la Isla, atraídos como la mariposa al candil, por esta ilusoria promesa de prosperidad, pero regresaron desilusionados a su patria cuando al desembarcar en Port-au-Prince contemplaron el panorama social que presentaba la tiranía imperante. Se quedaron núcleos que penetraron por Santo Domingo, Puerto Plata y Samaná.

(20) Su padre emigró a Puerto Rico, durante las primeras invasiones haitianas y allí nació, en la villa de San Germán.

(21) "Levántate, negra, —y hacé café! —Levántese uté— que estos no son los tiempos— de su mercé."

(22) El muy ilustre Rodríguez Demorizi recoge parte de esa poesía popular del tiempo de la ocupación en su libro "Poesía popular dominicana".

(23) "Dios se lo pague— a papá Boyé— que nos dio gratis— la libertad."

(24) Nació en Santiago de Cuba e hizo de Santo Domingo su patria de adopción.

(25) "Buvons un coup a sa santé,— buvons en deux a sa villance,— buvons a trois a sa bonté,— buvons en queatre a sa clemence,— buvons en cinq a ses bien faits,— buvons en six a son genie.— Si nous buvons ses hauts-faits— nous serions ivres pour la vie."

(26) Entre otros Felipe Dávila Fernández de Castro y Manuel Márquez Jovel, que huyeron antes de proclamarse la independencia efímera.

(27) La emigración fue más profusa que en otra ocasión. A Cuba emigró una legión de profesionales: médicos como Bartolomé Segura y Mises (n. hacia 1770) y Domingo Enrique Díaz Páez (11799-1860?); abogados como Domingo Díaz Páez (n. 1771), José María Morillas (1803-1890?), Manuel de Monteverde y Bello (1795-1871), José Florentino Montolfo y Sánchez (n. 1800), Tomás de Arredondo (n. 1971), Manuel Carmona Aguirre (n. 1790); militares distinguidos como Melitón Sánchez Valverde y Francisco de Paula Fernández de Castro y Guridi, etc.

(28) El escritor español José María de Andueza, que asistió al estreno, cuenta que "un individuo murió algunos meses después a consecuencia de los palos que unos cuantos cobardes le sacudieron aquella noche, porque dijo que el drama era detestable; el autor se vio privado injustamente de poder imprimirlo por espacio de algunos meses; el Gobierno quiso dar un color político a una cuestión meramente personal, y se siguió una causa en la que no salieron mal librados los sujetos sobre quienes, ignoro si con fundamento o sin él, recayó la culpabilidad de los sucesos de aquella noche." J. M. de Andueza. Isla de Cuba pintoresca, historia política, literaria, mercantil e industrial. Madrid. 1841.

(29) Se publicó con Prólogo de José Joaquín Pérez.

FIN DEL PRIMER TOMO.

Este libro se terminó de imprimir en los Talleres Offset de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, en fecha 6 de abril de 1981. Composición tipográfica: Félix Santiago Núñez y Rafael Antonio Feliz; Diagramación: Nelson Núñez, Eduardo Canario Lugo y Nelson Martínez; Fotomécanica: Francisco Tavárez y José Altagracia Bussi; Impresión: Nelson Veloz y Máximo Antonio Saldaña; Compaginación y Encuademación: Roberto Pol, Israel Ferreras, José María Díaz, Héctor Santana, Jorge Rafael Paredes, Ramon Asencio y Rafael Socorro Mendoza.

